

UNA CASA  
LLENA DE PALABRAS  
ELEANOR BROWN



Las hermanas Andreas crecieron rodeadas de libros y en especial de la literatura de William Shakespeare. El lema de su familia podría perfectamente ser «no hay problema que no se pueda solucionar con un carné de biblioteca». Ahora las tres han vuelto a casa, a la pequeña ciudad universitaria donde crecieron, en parte porque acaban de descubrir que su madre padece cáncer, pero también, en realidad, porque sus vidas se están desmoronando y no saben qué hacer. Ahora, cuando se tienen que enfrentar con la fragilidad de sus padres y su propio abanico de decepciones y frustraciones, no saben si será posible que abriendo un libro todo se solucione. Afortunadamente para ellas, las valiosas palabras del Bardo inglés nunca las abandonarán...

**Lectulandia**

Eleanor Brown

# **Una casa llena de palabras**

ePub r1.0

Titivillus 03.04.15

Título original: *The weird sisters*  
Eleanor Brown, 2011  
Traducción: Enrique de Hériz  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Acerca de la obra

«Con buen sentido del humor y mucha sensatez, Eleanor Brown consigue que su historia fluya. Tiene verdadero talento narrativo».

*THE NEW YORK TIMES*  
*REVIEW OF BOOKS*

«Si no lo hubiera sabido de antemano, nunca me hubiera imaginado que esta agradabilísima novela era la primera de su autora».

*DAILY MAIL*

*A Chris, por la primavera,  
por un espectáculo de rock and roll,  
por siempre.*

Pero en cuanto llamamos a los bomberos llegó el camión y tres hombres altos tocados con cascos metieron una manguera en la casa y el señor Prothero salió justo antes de que abrieran el paso del agua. Nadie tuvo una Nochebuena más ruidosa que esa. Y, cuando los bomberos apagaron la manguera y se quedaron en aquella habitación empapada y llena de humo, la tía de Jim, la señorita Prothero, bajó las escaleras y se asomó para echar un vistazo. Jim y yo nos quedamos esperando, en gran silencio, a ver qué les decía. Siempre decía lo que había que decir. Miró a los tres altos bomberos con sus cascos brillantes, plantados entre el humo, las ascuas y aquellas bolas de nieve que ya se deshacían, y les dijo: «¿Quieren algo para leer?»

DYLAN THOMAS,  
*Navidad de un niño en Gales*

Anoche soñé con las tres hermanas fatídicas.

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*Macbeth*

## Prólogo

Volvimos a casa porque habíamos fracasado. Al principio no lo queríamos admitir, por supuesto, ni ante nosotras mismas, ni mucho menos ante los demás. Decíamos que habíamos vuelto porque nuestra madre estaba enferma, porque necesitábamos parar un poco, una pausa momentánea antes de encarar alguna Gran Novedad. Sin embargo, la verdad era que habíamos fracasado y, antes de permitir que los demás lo supieran, armábamos cuidadosas excusas y coartadas, y nos envolvíamos con ellas como si fueran capas para librarnos de la fría verdad. Es la primera fase: negación.

Para Cordelia, la más joven, todo empezó con las cartas. Llegaron el mismo día, aunque sus contenidos eran tan distintos que tuvo que mirar los matasellos para saber cuál le habían enviado antes. Parecían muy simples: un papel en sus manos, vulnerable a la lluvia, al fuego, al descuido incauto... Mas no pensaba destruirlas. Eran de las que se guardan plegadas en una caja de recuerdos para abrirlas años después, cuando ya los dedos luchan contra los crujidos de la edad y el corazón se acelera con el deseo enfermizo de que los recuerdos nos posean.

Deberíamos contarte lo que decían y lo haremos, pues su contenido influyó en cuanto ocurrió más adelante, pero antes tendremos que contar cómo se comunica nuestra familia y para ello hemos de explicar cómo es nuestra familia.

Uf, tío.

Quizá será mejor que solo expliquemos lo de nuestro padre.

Si en la secundaria diste un curso sobre Shakespeare puede que el nombre de nuestro padre habite en algún rincón de tu mente, bajo capas de números de teléfono que nunca has usado, sueños olvidados y palabras que nunca llegan a pasar de la punta de la lengua cuando las necesitas. Nuestro padre es el doctor James Andreas, profesor de literatura inglesa en el Barnwell College, con una especialidad singular: el Bardo inmortal.

Las palabras que se nos puedan ocurrir para describir el trabajo de nuestro padre son insuficientes para transmitir qué significa vivir con alguien con una preocupación tan singular. Entusiasta, experto, obseso... Todas esas palabras suenan a huecas, comparadas con la tormenta de arena de Shakespeare en que crecimos nosotras. Nuestras canciones de cuna eran sonetos; las tres recibíamos consejos y órdenes en pareados; era más fácil oírnos llamar a un odioso compañero de juegos «granuja de riñones gordos» que «mamón»; en las fiestas de Navidad jugábamos debajo de la mesa mientras frases como «filosofía deconstructista» y «maleficencia patriarcal» se filtraban entre los gruesos manteles durante los villancicos.

Y eso solo es el principio.

Aunque suficiente para lo que nos hemos propuesto.



La primera carta era de Rose: pluma precisa sobre grueso papel vitela. De *Romeo y Julieta*: «Nos conocimos, nos cortejamos e intercambiamos votos, ya te contaré. Mas ruego que consientas en casarnos hoy mismo».

Y así entenderás que era el modo en que nuestra hermana mayor nos decía que se iba a casar.

La segunda era de mi padre. Él se comunica casi exclusivamente por medio de páginas copiadas de *The Riverside Shakespeare*, la edición de las obras completas. Estas llevan tal cantidad de notas después de décadas de pensamiento e interpretaciones que a duras penas conseguimos distinguir las líneas de texto que él subraya. Pero no importa, nos han acunado y alimentado con esas obras de teatro y basta un mínimo recordatorio para que vuelva todo el lenguaje.

«Ven, vayámonos; y reza a los dioses por el dolor de nuestra adorada madre». Así es como supo Cordy que nuestra madre tenía cáncer. Así supo que debíamos volver a casa.

## Uno

Cordy nunca había robado nada hasta entonces. Por puro orgullo, cuando nuestras amigas de la adolescencia sacaban a pasear sus dedos largos por los anaqueles de las tiendas de Barnwell, se negaba a participar e incluso a ponerse los pendientes baratos y el pintalabios grumoso, así como a escuchar la música robada de las tiendas. Y sin embargo ahí estaba, en aquel pueblo desierto y sin nombre, encarada al muro de las pruebas de embarazo aun sabiendo que carecía del dinero necesario para pagársela. Como en un tiroteo al estilo del salvaje oeste: Cordy contra los palitos rosas a pleno sol.

Hubiera querido hacerlo en un lugar anónimo, en alguna tienda de amplios pasillos en los que resonara una música suave e inofensiva y que no perteneciera a una persona, sino a una compañía, pero ese tipo de tiendas se habían espabilado hacía tiempo y todas tenían inventos antirrobo como vigilantes de espaldas encorvadas junto a las puertas. Por eso estaba en aquella droguería polvorienta llevada por unos papis, con el estómago revuelto y las mejillas incendiadas.

«Dale al tambor, grita “valor” y adelante», se dijo en un suspiro, y luego soltó una risilla y alargó una manita furtiva para agarrar una de las cajas, cualquiera, la que fuese. Todas le iban a decir lo que ya sabía pero se negaba a admitir.

Con una mano deslizó la caja en el interior del bolso mientras la otra toqueteaba el fondo en busca de los restos de su última paga, de meses antes, unas pocas monedas sueltas enterradas en una gravilla de pastillas de menta pasadas, pelusa y rotuladores rotos. Mientras caminaba, sacó de un estante una barrita de caramelo y se la mostró a la cajera mientras seguía excavando en busca de algún penique más con una quemazón en la mano al rozar la caja perdida en las profundidades.

Al salir de la tienda, un estallido de júbilo.

—Demasiado fácil —dijo en voz alta en la calle vacía, mientras su falda suspiraba a la acera, ya calurosa y plomiza con la pujanza de la primavera, tan gastadas las sandalias que notaba la insistencia del calor en los talones.

El placer de lo prohibido duró hasta que llegó de vuelta a la casa en que se hospedaba, destartalada y oscura, con unos cuantos huéspedes tirados en los muebles rotos de la sala, recuperándose de los excesos de la noche anterior. Abrió la caja de un tirón, lanzó el prospecto hacia la papelera e hizo lo que tocaba hacer. Acurrucada en el váter, con las baldosas agrietadas y trituradas bajo los pies, mientras miraba la línea rosa, pálida como un papel de periódico ya borroso, se topó al fin con su conciencia:

«Mucho más bajo que esto no se puede caer, Cordy, viejales», oyó la voz animosa de Bean. «¿Cómo te vas a ocupar de un bebé si ni siquiera te puedes pagar el test de

embarazo?», machacó Rose.

Cordy silenció a manotazos las voces imaginarias y enterró la prueba en la papelera. En realidad no cambiaba gran cosa, se dijo. En cualquier caso iba volviendo hacia casa, deambulando por un bucle que no llevaba a ningún lado, siempre encaminada adonde la empujara el viento, o el siguiente conductor dispuesto a llevarla. Aquello solo confirmaba lo que ya sabía: que tras siete años de flotar como una semilla de diente de león, había llegado la hora de sentar la cabeza.

Sentar la cabeza. Le dio un escalofrío.

Aquellas palabras le resonaban por dentro como una campana. Al fin y al cabo, por eso se había ido. Justo antes de los exámenes, en la primavera de su penúltimo curso en Barnwell College, estaba en la sala de estudio del departamento de Psicología, tumbada sobre la moqueta basta con los brazos inmovilizados porque sostenía un libro de texto sobre la cara, y dos chicas de último curso hablaban cerca de ella: una se iba a casar, la otra continuaba en la universidad. Cordy bajó el libro hasta el pecho y sintió su peso cada vez mayor sobre el corazón mientras escuchaba la letanía del Porvenir. Detalles de bodas y créditos a estudiantes. Hipotecas y seguros de salud. Carreras e impuestos. Incapaz de respirar, tiró el libro al suelo de un empujón y abandonó la sala. Si el futuro era aquello, no quería tener nada que ver con él.

Es probable que la culpa fuera nuestra porque siempre la hemos malcriado. O quizá fuese de nuestro padre: Cordelia siempre ha sido su favorita. Él nunca le decía que no, ni a sus grititos ahogados de bebé, ni a sus súplicas de infancia para pedir clases de ballet (súplicas que abandonó antes de llegar a la cuarta postura, aunque siguió llevando el tutú durante muchísimo tiempo, así que resultó un despilfarro total), ni a sus llamadas telefónicas desesperadas en plena noche para que le traspasara algo de efectivo durante los años que se pasó deambulando por el país, sin ningún logro particular. Era la Cordelia de su Lear, legendaria por su devoción. «Siempre quiso más a nuestra hermana». En cualquier caso, más allá de quién fuera el culpable, hasta entonces Cordy se había negado a madurar y nosotros se lo habíamos permitido, igual que cualquier otro capricho que hubiera tenido en su vida. Al fin y al cabo, tampoco podíamos culparla: estábamos bastante seguras de que si alguien hiciera públicas las distintas y variadas maneras en que hacerse mayor da asco, habría más gente que se rajaría del todo.

¿Y ahora, en cambio? Hacerse mayor ya no parecía una opción. Cordy rebuscó en uno de los dormitorios hasta que encontró un calendario y contó hacia atrás. Ya era casi junio, estaba bastante segura. Y había salido de Oregon, la última parada de aquel viaje tan largo y extraño, en... ¿febrero, tal vez? Se frotó la frente con los nudillos mientras pensaba. Hacía ya demasiado tiempo que las citas con hombres no tenían la menor importancia.

Sin embargo podía ir hacia atrás en aquel viaje hasta antes del momento en que empezó a sentirse tan vacía y presa de las náuseas por la mañana, antes de que sus

pechos crecieran tan sensibles que hasta la tela de las camisetas parecía rascarle la piel, antes de aquella fatiga interminable que la golpeaba en los momentos más extraños, antes de saber. Washington, California, Arizona. Le vino la regla en California; recordaba vagamente una pelea con un dispensador de tampones reticente en el baño de una estación de servicio. Y luego había ido a Nuevo México, de donde recordaba a un pintor mucho mayor que ella, con el cabello pintado con chocantes mechas blancas, la piel arrugada por el sol, las manos anchas y llenas de callos. Se había detenido allí unas cuantas semanas, un puñado de turnos de camarera para ganar algo de dinero y pagar lo que faltaba del viaje de regreso a casa, aunque no le había durado mucho. Él había entrado en el restaurante para comer a solas y era tan tarde y había tanta soledad en sus ojos... Había convivido con él una semana, pasando los días acurrucada en un sofá de su estudio, leyendo y echando un vistazo a los arroyos mientras él pintaba en silencio volutas de color extrañas y retorcidas que goteaban desde el lienzo hacia el suelo. Pero era amable y benditamente silencioso y después de tanto *Sturm und Drang* a Cordy casi le dio pena marcharse. La última noche hubo un condón roto, una discusión en voz baja, sueños oscuros, y a la mañana siguiente ella se había ido.

Cordy se desplomó en la cama y soltó el calendario. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Volver a Nuevo México y contárselo al pintor? Dudaba que le encantaran las noticias. Tampoco es que ella estuviera muy emocionada. A lo mejor lo perdía; las heroínas de las novelas siempre tenían unas muy oportunas pérdidas que les evitaban tomar decisiones peliagudas. Y Cordy siempre había tenido mucha suerte.

Hasta ahora.

Pisoteó las pilas de ropa sucia que había en el suelo y salió hasta el vestíbulo. Los tirados de la sala de estar seguían roncando cuando pasó de puntillas hacia la cocina, donde había dejado su mochila. Había vivido allí un invierno: parecía que hubieran pasado años, pero no podía ser tanto, ya que las cartas habían llegado a aquella dirección. ¿Habían pasado años? ¿De verdad habían pasado años desde la última vez que permaneció en un mismo sitio el tiempo suficiente para considerarlo su dirección fija?

Cordy rechinó los dientes y empezó a apretujar sus cosas dentro de la mochila. No sabía qué hacer. Pero no pasaba nada. Alguien lo solucionaría por ella. Alguien se ocuparía de ella. Siempre se ocupaba alguien.

Ningún problema.

Y

Bean se negaba absoluta y fehacientemente a creer en nada que pareciese siquiera vagamente paranormal. Sin embargo durante la última semana, más o menos, había tenido la extraña sensación de que se avecinaba algo malo. Se despertaba por la

mañana con un nudo en la boca del estómago, como si se hubiera tragado algo maligno, creciente, y aquel peso seguía con ella todo el día, haciendo que sus tacones resonaran con más fuerza en las escaleras del metro y que le doliera el cuerpo después de correr apenas unos minutos en la cinta. Aquellos cócteles que por su color parecían joyas le ardían tanto en el estómago que abandonaba los vasos para que se vaciaran solos de pura evaporación en las barras de caoba de los abrevaderos más modernos de la ciudad.

Ninguno de los trucos que llevaba en la chistera servía para que desapareciese aquella sensación: ni seducir a un desventurado banquero entre el bullicio de algún club, ni el castigo de aquellas clases de *spinning* que le dejaban el cuerpo tan tieso y agotado que vomitaba en el mismo baño del gimnasio, ni un par de zapatos nuevos que costaban tanto como el alquiler que pagaba por un dormitorio del tamaño de un armario pequeño en un piso compartido en Manhattan. De hecho, el último par solo había servido para que aquella piedra que llevaba dentro se volviera de acero.

Cuando al fin llegó el momento que tanto había temido, cuando el socio director del bufete de abogados en el que trabajaba se acercó a su mesa para decirle que la quería ver en su despacho, casi supuso un alivio. «Si darle fin ya fuera el fin, mejor sería dárselo pronto», citó para sí misma, siguiendo sus acartonados pasos hasta el despacho.

—Siéntate, Bianca —le dijo.

En Nueva York todo el mundo la llamaba Bianca. Los hombres, después de pedirle el número de teléfono en algún abrevadero de modernez terminal, tenían que pedirle que repitiera el nombre y luego, tras un esfuerzo para entenderlo, sonreían. Había algo en aquel nombre —y sinceramente, pocos de aquellos hombres tenían a esas horas de la noche las sinapsis suficientes para hacer ninguna clase de conexión literaria, o sea que debía de tratarse de otra cosa— que la hacía más atractiva.

Para nosotras, de todos modos, siempre sería Bean. Y era el nombre que ella usaba para llamarse a sí misma. «Vas bien, Bean», decía cuando se le caía algo, y sus compañeras de piso en la ciudad la miraban con curiosidad. Sin embargo, se le daba bien el papel de Bianca y se preguntaba si parte de aquel malestar que sentía por dentro se debía a que sabía que la actuación se iba a terminar. Para siempre.

Se sentó en uno de los orejeros de piel de la zona del despacho para visitas. Él se sentó en el otro.

—Hemos auditado un poco las cuentas, mira —dijo él sin preámbulos.

Bean se lo quedó mirando. El nudo de la boca del estómago se estaba incendiando. Miró fijamente sus cejas, como de maleza y escarabajos, sus manos blandas y arrugadas, y tuvo ganas de llorar.

—Hemos encontrado algunas... Digamos, algunas anomalías en las cuentas de gastos. A tu favor. Quiero pensar que se trata de errores.

Casi parecía esperanzado.

Ella no dijo nada.

—¿Me puedes contar qué está pasando, Bianca?

Bean bajó la mirada hasta la pulsera que llevaba puesta. La había comprado en Tiffany meses antes y ahora recordaba la extraña acometida en el estómago al entregar la tarjeta de crédito, la misma sensación que había tenido últimamente cada vez que compraba algo, ya fuera comida o un bolso. La sensación de que se le estaba acabando la suerte, que ya no podía continuar y que tal vez (eso era lo más aterrador) ni siquiera quería.

—No son errores —dijo Bean, pero se le quebró la voz en la última palabra, así que hubo de carraspear e intentarlo de nuevo, más alto—: No son errores.

Cruzó las manos sobre el regazo.

El socio director la miró sin muestras de sorpresa, aunque decepcionado. Bean se preguntó por qué lo habían escogido a él para aquel trabajo sucio en concreto. Era casi un emérito y se agarraba a su despacho con vistas por la única razón de que le ofrecía un lugar en el que huir de su mujer e ir pasando las horas hasta que le tocara morir. Se planteó la posibilidad de acostarse con él, pero la estaba mirando con una preocupación tan propia de un abuelo que la idea se pudrió de raíz sin darle tiempo a imaginarla del todo. En verdad sentía algo que solo podía describir como gratitud por el hecho de que fuera él y no cualquiera de los otros socios, cuyas lenguas, de tanta desesperación por alcanzar la cima a empujones, se habían vuelto afiladas como dientes y cuyos bramidos de frustración discurrían por los vestíbulos como una marea creciente cuando las cosas se atrevían a no salir a su gusto.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre. A Bianca se le retorció el corazón por la bondad de aquella voz. Se mordió la lengua con fuerza y pestañeó para contener las lágrimas. No iba a llorar. No delante de él, de ningún modo. Allí, no—. Es mucho dinero, Bianca. ¿Hay alguna razón...?

La pregunta quedó en un esperanzado suspense.

Podría haber mentido. Tal vez debería haberse imaginado antes esta escena para tenerla planificada. Se le daba bien el teatro de la vida a nuestra Bean, podría haber interpretado cualquier papel que quisiera. Pero mentir parecía propio de débiles y desesperados, y de repente estaba agotada. No quería más que tumbarse y dormir días seguidos.

—No —dijo—. No hay ninguna razón.

Al oírlo él exhaló un suspiro largo y lento que pareció cambiar el movimiento del aire en el despacho.

—Ya sabes que podríamos llamar a la policía.

Bean abrió los ojos de par en par. Nunca había pensado en eso. ¿Por qué no lo había hecho? Siempre había pensado que estaba mal robar a quien te da trabajo, pero por alguna razón nunca se había permitido pensar que de hecho era un delito. (¡Un delito! ¿Cómo había llegado a eso?) Por Dios, podía ir a la cárcel. Se vio en una celda, con un mono naranja, sin pulsera ni maquillaje, sin toda la armadura que la vida en la ciudad le obligaba a llevar. Se quedó sin palabras.

—Aunque no creo que sea necesario. Has trabajado bien para nosotros. Y yo sé lo que significa ser joven en esta ciudad. E involucrar a la policía es muy desagradable. Supongo que bastará con que presentes la dimisión. Y, por supuesto, pagarás la deuda.

—Por supuesto —respondió Bean.

Seguía helada, preguntándose cómo había hecho para calcular tan mal, preguntándose si de verdad se iba a escabullir sin más que una palmadita en la muñeca, o si la sacarían a empujones por el vestíbulo, esposada y con una caja de efectos personales derramándose por el suelo de mármol mientras todo el mundo contemplaba el espectáculo.

—Tal vez merezca la pena que te tomes algo de tiempo. Que vayas una temporada a casa. Eres de Kentucky, ¿verdad?

—Ohio —contestó Bean, aunque solo salió un suspiro.

—Eso. Vuélvete al estado de los falsos castaños. Quédate un tiempesito. Reconsidera tus prioridades.

Bean reprimió las lágrimas que, de nuevo, se empozaban sin control.

—Gracias —dijo, alzando la mirada hacia él.

Milagrosamente, el hombre sonreía.

—Todos hemos hecho tonterías muy grandes, querida. Según mi experiencia, la gente buena se castiga a sí misma más de lo que los demás podrían hacerlo. Y creo que tú eres buena persona. Tal vez hayas errado el camino más de la cuenta, pero creo que puedes recuperar el norte. Ahí está el truco: en recuperar el norte.

—Claro —concedió Bean.

La vergüenza le entorpecía la lengua. Le hubiera resultado más fácil de haber estado enfadada, si él la hubiera tratado como merecía, hubiera llamado a la policía, iniciado acciones legales o hecho cualquier cosa que equilibrara la horrible traición cometida por ella contra su confianza, aquella manera de mearse en todo lo que sabía bueno por un montón de ropa cara y gastos de taxi a última hora de la noche. Quería que él se pusiera a gritar, pero el hombre mantuvo la voz baja y equilibrada.

—No te recomiendo que menciones que has trabajado aquí cuando busques otro empleo.

—Por supuesto —dijo Bean. Él estaba a punto de añadir algo, pero ella echó el sillón hacia atrás y lo interrumpió—: Lo siento. Lo siento mucho.

Él tenía las manos unidas por las yemas de los dedos, como si formara un tejadillo. La miró, y vio cómo se le iba corriendo el maquillaje alrededor de los ojos pese a su impresionante habilidad para reprimir las lágrimas.

—Lo sé —le dijo—. Tienes quince minutos para abandonar el edificio.

Bean se fue volando.

No se llevó nada del trabajo. Tampoco le importaba lo que allí tenía, nunca se había preocupado de hacer suyo aquel lugar. Se fue a casa y llamó a un amigo que tenía su coche en venta a cambio de calderilla. Aunque con eso se iba a gastar

prácticamente lo último que le quedaba de aquel dinero ganado con malas artes, mientras él acudía se dedicó a hacer la maleta y se preguntó cómo podía haber gastado todo aquel dinero para luego no tener más que ropa, complementos y una lista de hombres a los que no quería volver a ver jamás, y esa idea le sentó tan mal que tuvo que ir al baño y vomitar hasta que ya no le quedó por echar más que sangre y bilis amarilla. Entonces sacó del cajero automático todo el dinero que pudo y metió cuanto tenía en aquel cascajo de coche y se largó en aquel mismo momento sin dedicarle siquiera una despedida a aquella ciudad que le había dado... bueno, nada.

Como Cordelia fue la última en enterarse, también lo fue en llegar, aunque entendemos que no había en ello culpa ni intención alguna, solo la costumbre. Cordy, la última en nacer, llegó un mes más tarde de lo esperado: fue saliendo perezosamente del vientre de nuestra madre, demostrando así la falsedad de la idea de que los partos son cada vez más breves. Desde entonces ha llegado tarde a todo y le gusta decir que llegará tarde a su propio funeral, ja, ja, ja.

Le perdonamos el retraso, pero no el chiste.

¿Hubiéramos escogido todas regresar, aun sabiendo que eso nos juntaba de nuevo a las tres, que sería imposible mantener todos esos secretos apretujados en una sola casa? La respuesta es irrelevante: era una especie de condena por destino. Estábamos destinadas a ser hermanas por nacimiento y aparentemente también a serlo ahora, cuando nos parecía haber dejado todo eso muy atrás.

Mientras Bean y Cordelia iban arrastrando sus equipajes (en sentido literal y metafórico) por todo el país, Rose estaba ya acomodada con toda clase de seguridades en nuestra casa de la infancia. Al contrario que Bean y Cordy, Rose nunca había pasado mucho tiempo fuera de ella. Durante años había mantenido la costumbre de cenar con nuestros padres una o dos veces por semana y de pasar por casa los domingos. Al fin y al cabo, alguien tenía que echarles un vistazo. Se estaban haciendo mayores, les dijo por teléfono, con la cantidad exacta de suspiros necesaria para transmitir que estaba cumpliendo con su obligación y, de paso, con la de Bean y Cordy. Y por lo general sus visitas a la casa para cenar en domingo sonaban a obligación, frustración y triunfo a partes iguales cuando le recordaba a nuestro padre que tenía que cortar el césped antes de que se quejaran los vecinos, cuando iba de aquí para allá por la sala de estar poniendo marcapáginas en los libros abiertos para que no se les estropeará el lomo, cuando recordaba a nuestra madre que no bastaba con entrar el correo en casa, también había que abrirlo. Al salir de allí, invariablemente se decía (con algo más que una pequeña satisfacción en el rostro) que era una suerte que ella estuviera. A saber en qué clase de desaliño habrían caído sin ella.

Pero... ¿instalarse en casa? ¿A sus avanzados treinta y tres años? ¿O sea, para siempre, como diría Cordy?

Tendría que haberse ido a vivir a la ciudad con su prometido, Jonathan, pues poco antes había firmado su primer contrato como profesora titular, y haber agitado



alocadamente la mano con el anillo de compromiso cada vez que volviera a Barnwell aunque fuera para demostrar no solo que era la más lista, sino también que Bean no era la única capaz de pillar a un tío y que nuestro padre no era el único genio profesional de la familia. Así tendría que haber sido, pero así es como fue:

## Acto I

*Lugar:* interior de aeropuerto y piso de Jonathan, justo después de las vacaciones de invierno

*Personajes:* Jonathan, Rose, viajeros

Rose había cambiado de posición en el asiento una docena de veces a medida que los pasajeros del vuelo de Jonathan iban saliendo por las puertas del aeropuerto. Buscaba el lugar idóneo para que él la viera desde dentro; el equilibrio adecuado entre una descuidada falta de atención y una belleza informal, sin que ninguna de ambas poses traicionara cuánto lo había echado de menos.

Cuando al fin salió él, asomado a la suave cuesta de la rampa que se extendía desde la puerta, cuando ella alcanzó a ver su cabello alborotado por encima de las cabezas de los demás pasajeros, su grácil manera de echar adelante los altos hombros de larguirucho como si caminara contra un viento insistente, ella olvidó sus artificios y se levantó, dejó caer el libro a un lado y se alisó la ropa y el cabello hasta que lo tuvo delante, se encontró entre sus brazos y con la cálida boca de él sobre sus labios.

—Te he echado de menos —le dijo recorriéndole la mejilla con una mano, maravillada por su presencia. Cuando él reaccionó al contacto como un gato, moviendo la barbilla contra su mano, un rastrojo de barba le rozó la palma—. No vuelvas a irte nunca.

Jonathan se rio, echó la cabeza levemente hacia atrás y luego le soltó un beso en la frente mientras se pasaba la bolsa por el hombro para que dejara de resbalar.

—He vuelto —dijo.

—Sí, y se te prohíbe volverte a ir —contestó Rose.

Más adelante pensaría en esa escena y se preguntaría si algo había cambiado en el rostro de él, pero en aquel momento no notó nada. Recogió el libro y encajó su mano con la de él mientras se dirigían a recoger el equipaje.

—¿Tan horrible ha sido? ¿Tus hermanas no volvieron a casa al recibir la carta de tu padre?

Para estar de cara a ella, Jonathan se dio la vuelta en la escalera mecánica y puso una mano en cada barandilla.

—No, no vinieron, y demos gracias a Dios porque hubiera sido peor incluso. Solo estábamos mamá, papá y yo.

—¿Solita?

Se dio la vuelta para abandonar la escalera y mantuvo una mano tendida para

ayudarla. Digno de un desmayo, como hubiera dicho Cordy.

—Uf. Prefiero no hablar de eso. ¿Qué tal tu viaje?

Jonathan había pasado fuera dos semanas, casi todas las vacaciones, para dar una conferencia en Alemania, y de vuelta había ido a visitar a unos amigos de Inglaterra. Rose había tachado atentamente todos aquellos días en su agenda diaria, sintiéndose como la ridícula colegiala que sufre un calentón pero no puede evitarlo. Ridícula, lo sabía. Cuando llevaban apenas unos pocos meses juntos, ella había sido la primera en articular la mágica frase de dos palabras, sin respiración y muerta de risa, tumbados en la cama de Jonathan mientras él alternaba los besos en el cuello y las cosquillas despiadadas. Rose llevaba semanas pensando que aquello era amor, pero no podía ser la primera en decirlo, y luego las palabras se le escaparon en un mareo de vértigo. Se había quedado congelada, horrorizada por la pérdida de control, pero entonces él susurró que también la amaba y a ella le entró la flojera de tanta felicidad y tanto alivio. Estar sin él le había sentido como una cruel amputación, así que buscó su mano para recordarse que lo tenía al lado.

Él le tomó la mano, se la llevó a la boca y le besó las yemas de los dedos.

—Estás preciosa —le dijo—. Me había olvidado de lo bonita que eres.

Rose se sonrojó, meneó la cabeza y volvió a alisarse la ropa con la mano libre.

—Estoy horrible. No he tenido tiempo de cambiarme y...

Jonathan la interrumpió con otro beso, esta vez en el centro de la palma.

—Ojalá pudieras verte con mis ojos —dijo en tono suave—. Yo veo mejor.

Condujo ella de vuelta al piso de Jonathan y entre los dos cargaron la maleta hasta dentro. Rose no había estado allí desde que él se fuera —Jonathan no tenía mascotas, ni plantas, y no había razón alguna para ir de visita si él no estaba— y el aire parecía espeso y estancado. Rose abrió las ventanas, encendió el ventilador y se sentaron juntos en el sofá, con los dedos entrelazados, hasta que él carraspeó incómodo:

—Tengo algunas noticias.

—¿Buenas o malas?

Rose casi ni le escuchaba. Alargó la mano libre y acarició un mechón díscolo detrás de la oreja. Le había crecido el pelo... Tenía que pedirle hora en la peluquería.

—De hecho, excelentes. Mientras estaba en Oxford con Paul y Shari...

—¿Cómo están, por cierto?

Paul había sido compañero de habitación de Jonathan en el programa de doctorado y muchas de las mejores historias que contaba tenían que ver con sus desventuras.

—Genial. Muertos de sueño, ya sabes, pero ya tienen lo de la criatura controlado y parecen felices. Tengo fotos. Les encantaría conocerte.

Rose se echó a reír.

—Difícil, salvo que se planteen hacer un viaje trasatlántico con un recién nacido.

Jonathan tragó saliva, incómodo.

—Bueno, por ahí va el asunto, amor. Aprovechando que estaba allí, Paul y yo

comimos con su decano. —Hizo una pausa en busca de las siguientes palabras y Rose notó que se le enfriaba el corazón, recubierto por una fina lámina de hielo como la escarcha de una ventana—. Le interesa mucho mi investigación y quiere que trabaje para su facultad. Tendría laboratorio propio y estudiantes de posgrado que trabajarían conmigo. Es ideal, una oportunidad perfecta.

Rose alargó una mano hacia el vaso de agua que él le había dejado en la mesita de café. Sentía la boca penosamente seca, le dolía la garganta. Otra vez sola. Al parecer, era típico de su Suerte haber encontrado al fin a su Orlando, su amor perfecto, justo para que él la dejara. La Rosalind de Shakespeare nunca había tenido ese tipo de problema; estaba demasiado ocupada vistiéndose de hombre y retozando con su sirviente. Dura vida. Rose depositó el vaso en la mesa y dejó que su mano se deslizara para abandonar la de él.

—O sea, que te vas —dijo en tono apagado cuando al fin sus labios reseco volvieron a estar en condiciones de pronunciar palabras.

—Me gustaría —respondió él con suavidad.

Él buscó de nuevo su mano, pero ella se movió de tal modo que se quedó mirando hacia delante, apartada, con los tobillos cruzados en posición remilgada y las manos plegadas sobre el regazo, como si estuviera esperando que la atendiera un sirviente en una velada de té con pastas especialmente carca.

—Pero se suponía que nos íbamos a casar —susurró.

—Y lo haremos, claro que lo haremos. No digo eso. Pero si rechazara esto sería estúpido. Lo entiendes, ¿verdad?

Había una súplica en la voz, pero ella se apartó.

—¿Cuándo te vas?

—De momento, aún no he dicho que sí. Pero podría empezar al principio del tercer trimestre, justo después de Semana Santa.

—Tu contrato aquí dura hasta fin de año, ¿no? ¿Vas a romper tu contrato?

—Rose, no seas así. Escúchame, por favor. Quiero que vengas conmigo.

Rose volvió la cabeza hacia él y soltó una risotada breve y brusca como un ladrido.

—¿A Inglaterra? ¿Quieres que vaya a Inglaterra contigo? Tiene que ser broma, Jonathan. Tengo un trabajo, tengo una vida aquí. No soy como tú. No me pongo a recorrer el planeta cada vez que me da un capricho.

—Eso es un poco agresivo, ¿no te parece? —preguntó él, recuperándose del mordisco. Nuestra Rose, «cuya lengua alberga más veneno que el colmillo de la víbora». Jonathan se frotó las manos con rapidez en las rodillas y se levantó, alborotándose el cabello con impaciencia—. Podría ser bueno para nosotros, para los dos. Para mí desde luego, pero también para ti. A partir del año que viene no tienes trabajo, ¿no?

—¿Eso lo dices para que me sienta mejor?

Esa primavera le habían dicho a Rose, sin dejar lugar a dudas, que al terminar el

año no le renovarían el contrato de adjunta. Sin malos rollos, no era nada personal, pero no tenían abierta ninguna plaza fija para profesores y era muy importante que el departamento de adjuntos se renovara para mantener la vitalidad del currículum, ya se sabe. «Sí —había pensado Rose con amargura—, y porque así podréis seguir explotando a todos esos recién doctorados sin tener que darles nunca ni un centavo más de lo que os propongáis». La idea de tener que buscar un nuevo trabajo la paralizaba, la idea de quedarse sin trabajo la paralizaba, y tenía grandes tentaciones de meterse un dedo en cada oreja y ponerse a cantar hasta que todo aquello terminara.

—Mejor, no sé. Pero sí esperaba que al menos te alegraras un poco por mí.

Ella lo miró, se fijó en sus ojos tristes y heridos, y se desmoronó un poco.

—Me alegro. Lo siento. Pero es tan... Es un cambio tan grande con respecto a lo que teníamos planeado...

—Siempre hemos sabido que había que tenerlo en cuenta, amor. Mi plaza aquí solo es temporal, ya lo sabes.

—Pero yo creía que a lo mejor...

Rose no quería decir lo que pensaba. Se había limitado a dar por hecho que él renunciaría al capricho de la alta sociedad académica y se buscaría algo cerca, en algún sitio al que ella pudiera acceder sin necesidad de mudarse. Un sitio que no la obligase a cambiar nada.

—Lo siento —repitió.

—Ay, Rose. Yo también lo siento. No hablemos más de eso. Vamos a disfrutar de que estamos juntos un poquito.

Se acercó a ella, la rodeó con sus brazos, le dio un beso y así apenas logró calmar un poco el dolor del rasguño de su corazón. Así que estaba claro: él no iba a quedarse y ella no podía —ni quería— irse. Incluso pensar en ello era ridículo.

Jonathan pasó las manos por el cabello de Rose y fue sacando las horquillas para que la melena cayera por la espalda como a él le gustaba, acariciándosela como le gustaba a ella, que encontraba relajantes los suaves tironcillos en el cuero cabelludo. No estaba prestando atención. Bean y Cordy se habían sentado en sus hombros y le susurraban al oído como el ángel y el diablo en los dibujos animados. O como dos demonios, en realidad.

«Si quieres puedes ir, Rosie —decía la hermana más joven—. Haces la maleta y te vas. No es tan difícil. Yo lo hago siempre».

«¿Qué te da miedo? —se burlaba Bean—. ¿No quieres abandonar esta vida tan glamurosa?»

Vale, no era una vida llena de glamur. Pero era importante. Ella era importante. Nosotras la necesitábamos. ¿No?

Bean y Cordy no contestaron. Bean se estaba ajustando los cuernos y Cordy correteaba en pos de su propia cola. «Me necesitáis», pensó Rose llena de orgullo. Ellas se dieron la vuelta.

—Chist —siseó Jonathan, como si oyera la liada espiral de los pensamientos de

Rose, y le dio un beso y nosotras nos caímos de sus hombros como si alguien nos hubiera echado de un manotazo.

## Acto II

*Lugar:* Interior, el Golden Dragon, un restaurante chino pequeño tres pueblos más allá, más famoso por su comodidad que por su cocina, sede también de un conocido episodio vergonzoso para Bean, a los ocho años, cuando devoró ella solita un primer plato de cerdo agridulce y luego lo vomitó entero limpiamente, en la boca de un falso dragón escondido tras una planta, convencida de que allí nadie lo vería.

*Personajes:* Rose, Jonathan, nuestro padre, nuestra madre.

Estaban sentados a la mesa los cuatro, compartiendo platos y una charla amistosa. El té echaba vapor en las tacitas y Rose manejaba con torpeza los palillos, al tiempo que envidiaba la soltura con que Jonathan usaba aquellos utensilios infernales.

—Tenemos algo que deciros —anunció nuestro padre, tras un carraspeo.

Rose alzó enseguida una mirada precavida. Los nacimientos de Bean y Cordy, que habían cambiado las reglas del juego, habían llegado precedidos por anuncios como aquel. Cualquiera que fuese la noticia, no podía ser buena.

Nuestro padre carraspeó de nuevo, pero la que habló fue nuestra madre, que se abalanzó para arrancar la tirita de palabras que papá iba a colocar.

—Tengo cáncer de pecho —dijo.

El hielo de la garganta de Rose se solidificó y ella agarró la taza de té, que aún hervía, y dio un trago largo para que el líquido quemara aquella escarcha interior, dejando de paso una ampolla en la lengua que no podría dejar de sentir cada vez que hablara durante los días siguientes. Se hizo un silencio. Los pocos comensales que había en otras mesas continuaron engullendo, ajenos a la conversación.

—Mamá —dijo Rose al fin—, ¿estás segura?

Nuestra madre asintió.

—Bueno, es pronto aún. Pero me encontré un bulto... ¿cuánto hará? ¿Cosa de un mes?

Miró a nuestro padre en busca de confirmación, aquella clase de cómoda conversación cooperativa que habían desarrollado años antes. Él asintió.

—¿Hace un mes? —A Rose se le quebraba la voz. Posó la taza en la mesa con la mano temblorosa—. ¿Por qué no me llamaste? Yo podría...

Dejó la frase a medias, no muy segura de qué podría haber hecho. Pero algo sí habría hecho. Se habría ocupado del asunto. Se ocupaba de todo. ¿Cómo se le había escapado aquello? ¿Se habían pasado un mes yendo al médico y manteniendo conversaciones en voz baja entre los dos, y ella no se había enterado de nada?

—Hemos ido al oncólogo y es maligno. Parece que no se ha esparcido, pero es

bastante grande. Así que harán unas sesiones de quimioterapia antes de operar para que se encoja un poco. Y luego... —A mamá se le quebró la voz y le tembló un momento, como si solo entonces hubiera entendido con claridad el significado de aquellas palabras clínicas, y hubo de tragar saliva y tomar aliento—. Y luego la mastectomía. Ya sabéis, para acabar con el problema de raíz.

Lo dijo como si se tratara de algo que hubiera decidido hacer al despertarse por puro capricho. Como embarcarse en un crucero, por ejemplo, o empezar clases de tenis.

—Lo siento —dijo Jonathan. Alargó un brazo por encima de la mesa, puso su mano sobre la de mamá y le dio un apretón. Qué compasión tan elegante la suya—. ¿Qué podemos hacer?

Rose lanzó miradas alocadas por todo el restaurante, a los individuales rojos y dorados de papel. Sabía que eso iba a ser lo que recordara, no el miedo en los ojos de su madre, ni los fuertes latidos de su propio corazón, sino lo desesperadamente hortera que era aquel lugar, lo chabacano que parecía. Los palillos no se habían partido como era debido al separarlos, sino que se habían astillado por el centro: eso era lo que iba a recordar.

Sin embargo, después de la primera impresión, le había llegado una especie de —perdonémosla por decirlo así—, una especie de alivio. Gracias a Dios, un objetivo. Una excusa para saberse necesaria. Una razón para convertir el abandono de Jonathan en algo importante. Así que al día siguiente renunció al alquiler, hizo las maletas y, aunque nadie la había invitado, volvió a casa de sus padres.

Cuando ya llevaba un tiempo allí y había arreglado los pequeños líos de la casa y ayudado a nuestra madre en las primeras sesiones de quimioterapia, la asaltó lo vergonzoso de su situación. Lo humillante que era estar viviendo en casa de nuevo. Si decía a los demás que se había instalado para cuidar a nuestra madre, la gente asentía, por supuesto, y soltaba un suspiro comprensivo. Aun así, ¿dónde estaba? ¿Viviendo con sus padres? ¿A su edad? Se sentía como una nadadora que hubiera hecho un gran esfuerzo para brucear contra las olas para descubrir luego que, además de estar agotada, seguía a la misma distancia de la orilla que al principio. Estaba sola y cansada.

Avergonzada solo de pensar en sí misma y en su vida desnortada, se sonrojó y se levantó con impaciencia del sillón que había junto a la ventana, donde había estado mirando fijamente y con cierta irritación el jardín de flores silvestres de nuestra madre. Como suele ocurrir con todos los jardines silvestres, aquel se había descontrolado por completo. A nuestra madre le encantaba por cómo atraía a las mariposas y a los abejorros, y por la mareante fusión de violetas y amarillos que provocaba cuando se liaban los tallos, mientras que Rose prefería que los jardines fueran más obedientes.

Se dio la vuelta para mirar la sala de estar, con una tenue luz encendida tras el sillón orejero favorito de nuestro padre, de un color naranja que el sol había ido

aclarando, lanzando sombras a los libros abiertos diseminados por todas las superficies pese a sus intentos de mantenerlos en orden. Los vicios de nuestra familia —desorden y literatura—, capturados en un retablo del atardecer. Nunca hemos sido lectoras organizadas, capaces de leer un libro seguido hasta el final con cualquier clase de orden lógico. Entramos y salimos de las palabras como suben y bajan los turistas de esos autobuses que van dando vueltas a la ciudad. Dejas un libro en la cocina para ir al baño y al volver puedes descubrir que ha desaparecido, reemplazado por otro igual de interesante. No discriminamos. Nuestro padre, por supuesto, limita sus lecturas a cosas escritas por, de o sobre nuestro Will, pero nuestra madre trajo a nuestras lecturas algo de diversidad y, en consecuencia, de educación. Para ninguna de nosotras supuso nunca un verdadero problema leer una biografía para niños de Amelia Earhart, seguida por un libro de autoayuda sobre el alcoholismo (que ningún miembro de la familia padecía), seguido por el acto tercero de *Bien está lo que bien acaba*, seguido por una colección de sonetos de Neruda. Cordy insiste en que esa es la fuente de su incapacidad para centrarse en nada durante más de unos minutos, pero no la creemos. Es nuestra manera de hacer las cosas.

Y no es que a Rose le molestara exactamente estar en casa de nuestros padres. Esta y Barnwell son, por lo general, más agradables que el piso anónimo que alquilaba en Columbus —moqueta fina sobre suelos de cemento, vecinos que llegaban y se mudaban con tal rapidez que enseguida dejó de hacer el esfuerzo de aprenderse sus nombres—, pero después de llenar los pastilleros de nuestros padres y ordenar la sala de estar, después de contratar por fin un servicio de jardinería y cuadrar las cuentas, después de acompañar a nuestros padres a las sesiones de quimio y de quedarse sentada en la sala de espera porque allí nadie la necesitaba —de verdad que no, ya les iba bien solos—, resultó que su vida seguía casi tan vacía como antes.

El relojito de la repisa de la chimenea dio las diez y Rose respiró aliviada: a las diez ya era perfectamente aceptable acostarse sin sentirse como una holgazana. Caminó hacia la escalera y se detuvo ante el espejo, alabeado y ajado, que llevaba ahí colgado desde que tenemos uso de memoria. Rose se quedó mirando su reflejo y dijo cinco palabras que ninguna de nosotras había pronunciado jamás: «Ojalá mis hermanas estuvieran aquí».

«El zorro, el mono y el abejorro, aun siendo tres, discutían en corro».

Nuestro padre escribió una vez un ensayo sobre la importancia del número tres en la obra de Shakespeare. Una cosita de nada, decía él, una bagatela, pero era nuestro favorito. El padre, el hijo, el espíritu santo. Las tres cabras macho, los tres ratones ciegos, *Tres hombres en un bote*, ¡por no mencionar al perro!, *El rey Lear*: Goneril, Regan, Cordelia. *El mercader de Venecia*: Portia, Nerissa, Jessica.

Y nosotras: Rosalind, Bianca, Cordelia.

Las hermanas fatídicas.

En los ratos que pasábamos atrapadas con nuestro padre al volante del coche solíamos practicar extensas revisiones de la historia de la palabra *weird*, “extrañas”,

en *Macbeth*, con un bis especial sobre Fuentes Escocesas y Escandinavas Usadas por Shakespeare para la Creación de su Importante Trabajo. Os vamos a ahorrar esas humillaciones.

Sin embargo, merece la pena mencionar (sobre todo ahora que la palabra ha evolucionado desde su delicioso significado original, la extrañeza sobrenatural, hacia algo depresivamente crítico y pedestre; por ejemplo, la frase: «“¿No te parece que Rose viste de una manera un poco extraña?”», dijo Ben») que Shakespeare nunca pretendió decir que las hermanas fueran raras. La palabra que usó originalmente era mucho más cercana a *wyrd*, que tiene una acepción totalmente distinta. *Wyrd* significa ‘destino’. Podríamos responder que nosotras no estamos destinadas a hacer nada, que en nuestras vidas lo hemos escogido todo, que no existe eso que llaman destino. Y estaríamos mintiendo.

Rose, siempre la primera; Bean, nunca la primera; Cordy, siempre la última. Y si no aceptamos, si no vemos —como hicieron las extrañas hermanas de Shakespeare— que no podemos luchar contra nuestra familia ni contra nuestros destinos, ¿de quién será la culpa sino nuestra? Nuestro destino está presente en cómo nacimos, en cómo nos criaron, en la suma que las tres representamos.

La historia de esta trinidad es quisquillosa: una línea divisoria permanentemente cambiante, nunca igual, nunca equitativa. Dos contra una, o las tres en oposición, pero nunca juntas. Al nacer Cordy, Rose tomó consigo a Bean; dos contra una. Y cuando Bean se rebeló y se negó a seguir jugando a los juegos de Rose, esta y Cordy se aliaron y Cordy se convirtió en una adepta sumisa; dos contra una.

Hasta que Rose se fue y quedamos separadas las tres.

Y entonces Bean y Cordy se encontraron cotilleando por sus respectivas ventanas hacia los robles de anchos troncos una calurosa noche de verano y volvimos a ser dos contra una.

Y ahora estamos aquí, midiendo la distancia que nos separa con un brazo levantado, frías y distantes. ¿Para qué? ¿Para mantener a las otras aparte? ¿Para protegernos?

A veces vemos historias en revistas y periódicos o leemos novelas sobre las relaciones entre hermanas, profundas y llenas de amor. Se supone que las hermanas están cercanas y conectadas, que comparten la historia y las leyendas de la familia, que se ríen de las desgracias. Pero nosotras no somos así. La verdad es que nunca lo hemos sido, porque incluso cuando nos asociamos lo hacemos más por desprecio que por amor. ¿Dónde están esas hermanas que se comportan así, que se tratan entre ellas como si fueran las mejores amigas? Nunca las hemos conocido. Sabemos de muchas hermanas que se aguantan, sin duda, pero ¿de dónde vendrá ese mito?

No creemos que a Cordy le importe, la verdad, porque suele aceptar las cosas tal como vienen. A Rose sí, sin duda, porque le gusta que todo se alinee con su imagen mental. ¿Y Bean? Bueno, con Bean la cosa va cambiando, como pasa con todo. Forjar una amistad tan poco natural exigiría demasiado esfuerzo.



Nuestra separación no tiene ninguna carga dramática: no nos hemos traicionado, no nos hemos robado amantes ni hemos discutido por dinero o propiedades, ni por cualquiera de las cosas que causan rupturas irreparables en las familias. La respuesta, para nosotras, es mucho más simple.

Mira, nosotras nos queremos. Lo que pasa es que no nos caemos demasiado bien.

## Dos

Todos los veranos son iguales en Barnwell: días densos, lánguidamente húmedos, oscurecidos de vez en cuando por tormentas eléctricas que mantienen la exuberancia de prados y campos. Recordamos el calor como se recuerda a un huésped no deseado. Cuando éramos pequeñas, no era tan grave: corríamos ante los aspersores, sobornábamos a nuestros padres para que nos llevaran a la piscina al aire libre de la escuela, nos dejábamos el pelo pegado a la frente mientras tomábamos polos caseros. Sin embargo, cuando nos hicimos mayores se convirtió en nuestro enemigo, y nos hacía quedarnos sentadas en el dormitorio, con el ventilador más grande que podíamos encontrar instalado a pocos centímetros para que removiera el aire con una premura rabiosa que en nada contribuía a reducir el calor. Era imposible dormir y muchas veces nos encontraban dando vueltas por la casa, con las batas blancas brillando en la oscuridad, un trío de Lady Macbeths enloquecidas por el mercurio.

Cuando ya nos habíamos ido todas de casa, nuestros padres instalaron aire acondicionado central, y aunque fue demasiado tarde para impedir que se combasen las puertas, o para detener el moho que plagaba cualquier libro que permaneciera en el mismo sitio durante unas semanas, al menos consiguieron que la idea de vivir aquí en agosto fuera soportable. En invierno seguíamos sometidas a aquellos radiadores que chasqueaban y siseaban, al uso generoso de calefactores y, en un experimento desastroso por parte de Cordy, al empleo de un antiguo brasero colonial que, según se hizo evidente, había perdido la capacidad de mantener aisladas las ascuas y de impedir que su calor chamuscara las sábanas.

Bean llegó por la tarde, envuelta en un vestido de diseño totalmente inadecuado para Barnwell, sudando desesperadamente y maldiciendo con violencia. Rose oyó que un coche enfilaba por el camino de entrada, cerró cuidadosamente el libro tras ponerle un marcapáginas y miró por la ventana. Bean salió del asiento delantero de un utilitario blanco barato que llevaba un doloroso arañazo en el lado del conductor. Se inclinó para acceder al asiento trasero y Rose alcanzó a ver una carrera que recorría una media que en otro tiempo había sido incuestionablemente pija. El pelo de Bean se había escapado de las prietas trenzas cuyo perfeccionamiento le había costado tantas horas de esfuerzos ante el espejo de la habitación. Parecía que hubiera dormido con la ropa puesta —y, de hecho, así era: se había detenido en el aparcamiento de una estación de servicio al notar que estaba demasiado cansada para seguir conduciendo, había enroscado las piernas en torno al cambio de marchas y el traje se le había arrugado de tanto calor—. Rose abandonó el asiento junto a la ventana de su dormitorio y bajó las escaleras.

—Qué mala pinta traes —dijo mientras abría la puerta.

El calor se coló en la casa, se puso a empujar el fresco del interior y la obligó a jadear para recuperar el aliento. Bean la fulminó con la mirada.

—Gracias —respondió—. Así me siento mucho mejor.

Arrepentida al instante, Rose alargó una mano para coger una de las bolsas que arrastraba nuestra hermana.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo que hace calor y llevo una eternidad metida en ese coche. ¿Te quieres apartar?

Rose accedió y Bean se adentró en el vestíbulo, lanzando vistazos a su alrededor en busca de algún cambio en el paisaje. Pasó rozándola, soltó la bolsa junto a la escalera y se dirigió a la cocina. Rose la siguió indolente, con la sensación de llevar ropa demasiado informal, como le ocurría siempre que estaba junto a nuestra hermana. Incluso tras algo parecido a un desafortunado encuentro con una manada de gatos rabiosos, Bean seguía pareciendo elegante y chic. Rose se parecía a nuestra madre: las dos preferían faldas amplias de lino, pantalones de pernera ancha y blusas largas estampadas. Normalmente se sentía exóticamente cómoda, pero de pronto se sintió simplona. Se tiró del pantalón por la parte trasera, tanteó la línea de sus sosas braguitas de algodón y se tragó una burbuja de irritación, sin saber si la causaba Bean o ella misma.

Al llegar a la cocina la vio junto al fregadero, con una mano apoyada en el grifo plateado, bebiendo agua con ansia de un vaso decorado. Lo vació con un exagerado chasquido de lengua y se inclinó para rellenarlo, apoyada en la encimera. Con un gran alivio por el defecto en la desaliñada perfección de Bean, Rose vio cómo se expandía por la tela de su traje rojo una mancha de humedad, justo en el punto en que se había apoyado en la encimera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rose—. Mamá y papá no me han dicho que fueras a venir.

Bean, que se estaba bebiendo otro vaso de agua, alzó las cejas por encima del cristal.

—Es que no les he avisado. —Luego, más por cambiar de conversación que por aportar algo de información, añadió—: Ah, y ya me he enterado de lo tuyo. Felicidades.

—Gracias —contestó Rose, al tiempo que se llevaba un dedo hacia el anillo en un movimiento rápido. «No será que no te lo avisamos hace meses, Beany. No eches a correr por culpa nuestra. No es que mamá se esté muriendo, ni nada por el estilo».

—Ah, el anillo —dijo Bean al ver el movimiento de la mano de Rose—. «Le di un anillo a mi amor y le hice jurar que jamás se desharía de él». Enséñamelo.

Rose dio un paso torpe adelante y le tendió una mano rígida. Bean agarró los dedos regordetes de nuestra hermana mayor con sus propias zarpas manicuradas y miró el anillo: un zafiro brillante instalado en oro blanco antiguo y labrado. A Rose le había encantado el romanticismo y la unicidad del anillo al seleccionarlo con

Jonathan; delante de Bean, en cambio, estaba convencida de que parecía barato.

—Bonito —opinó—. Diferente. Es mejor así. Los diamantes son tan aburridos...

Cuando le soltó la mano, Rose atisbó el meñique de Bean, la uña postiza despegada y mordisqueada por un lado. La mano de Rose permaneció en el aire, dubitativa por un momento, antes de regresar al apoyo del muslo.

—Gracias —dijo—. A mí me gusta.

—¿Cómo está mamá?

—Bien. Bueno, tan bien como cabe esperar. Casi ha terminado la quimio. Esta semana no le toca, y la que viene la llevaremos para el siguiente tratamiento. Está cansada y no come mucho, pero no es tan duro como podría ser.

Podría haber dicho muchas más cosas: que nuestra madre se había quedado tan agotada después del primer tratamiento que se había pasado casi tres días durmiendo; que poco después se le había caído el pelo por la quimio y Rose la había encontrado llorando en el suelo del baño, casi calva, con mechones de pelo enredados a las piernas como si fueran algas; que incluso una vez pasado lo peor parecía tratarse de una guerra interminable. Pero Bean entendería bien pronto por sí misma cómo estaban las cosas.

—Lo vamos superando.

—Ajá —contestó Bean.

Hubiera hecho todo un interrogatorio sobre la salud de nuestra madre, pero le interesaba más ver el modo en que Rose lo explicaba todo como si ella hubiera sido una parte vital del asunto, aun cuando nuestros padres habían sobrevivido muy bien hasta entonces formando una nación de solo dos personas.

Rose alzó levemente los hombros.

—Nos arreglamos. No hacía falta que vinieras.

Bean soltó una sonrisilla desdeñosa y alzó una mano para recolocarse el pelo con desgana.

—Ya, debería haber supuesto que no te alegrarías de verme.

—No es eso —dijo Rose. Hasta ella se sorprendió del tono defensivo que había en su voz—. Precisamente el otro día pensaba que ojalá estuviéramos todas aquí.

—Bueno, pues ya tienes lo que querías —respondió Bean, estirando las manos con las palmas hacia arriba, en el clásico ademán que significaba «¿y qué más quieres de mí?»—. Cordy no ha venido, ¿verdad?

—No —dijo Rose—. Ni siquiera estoy segura de dónde está. Papá envió una carta a la última dirección que mamá tenía anotada en la agenda, pero ya sabes cómo es Cordy.

—Bien. Ahora mismo no podría aguantarla.

—Bueno, ¿y hasta cuándo te quedas? —se atrevió a preguntar Rose con delicadeza.

Bean se encogió de hombros.

—Un tiempcito. No sé. He dejado el trabajo.

Menuda noticia. Bean había trabajado en el departamento de recursos humanos... Mejor, Bean era el departamento de recursos humanos de un bufete de abogados de Manhattan, aunque si conocía a alguien tomando unas copas se limitaba a decir que trabajaba en el mundo del derecho y dejaba que el otro diera por hecho lo mejor. O lo peor. «Lo primero que haremos, matar a todos los abogados».

—Ah —dijo Rose—. ¿Por qué?

—¿Por qué se deja un trabajo? No quería seguir allí. —Bean se bajó de la encimera de un empujón y caminó hasta la puerta—. Voy arriba a cambiarme. ¿Dónde están mamá y papá?

—Papá está en la facultad y mamá ha salido a no sé qué. Volverán luego.

—Genial. Entonces voy a darme una ducha —anunció Bean, y se fue taconeando por el vestíbulo. Terminada la emoción, Rose la siguió por las sobrias escaleras de madera y regresó a su libro. Si hubiéramos sido otra clase de hermanas, las reticencias de Bean habrían despertado curiosidad. Tal como eran las cosas, solo era un secreto más, uno entre los mil que estábamos seguras de no compartir jamás.

Nuestros padres, más por atrofia que por intención, no habían cambiado para nada nuestras habitaciones desde que nos independizáramos oficialmente. A menudo eso generaba curiosos senderos de exploración, pues se conservaban objetos y recuerdos que no queríamos llevar con nosotras a nuestras nuevas vidas y sin embargo tenían el valor suficiente como para no quererlos tirar.

Bean tiró sus bolsas sobre la cama, aquel lecho pesado con baldaquín coronado de tul que le había cambiado a Cordy unos años antes. Esta tenía ahora el lecho blanco y pesado de hierro forjado que a Bean no le había parecido suficientemente sofisticado. A los quince años, los gruesos postes de madera de las esquinas de su cama le habían parecido el colmo de la elegancia; ahora el baldaquín se le antojaba triste, con el tul oscurecido por el polvo, la madera deslucida y sin pulir, la colcha desteñida por la parte en que el sol había ido desgastando el color. Se quitó los zapatos de una patada y caminó hacia la ventana, tamborileando los dedos sin parar sobre la tripa. Ni siquiera ahora, a quinientas millas de la ciudad, desaparecía aquella sensación tensa y temblorosa que notaba en el vientre.

Bean corrió la cortina de la buhardilla y anduvo hacia la cama mientras se iba quitando la ropa. Las medias, arrugadas y pegajosas, fueron a parar a la papelera; el traje quedó extendido sobre la cama. En la falda había una mancha de grasa de una hamburguesa que se había comido por el camino. Tendría que ver si, en su ausencia, Barney había conseguido que se instalara en el pueblo una tintorería. Cuando se quitó las joyas que llevaba, un reloj con brazaletes de plata y unos pendientes de diamante minúsculos, la tensión en su estómago creció de nuevo.

Se quitó la ropa interior y se envolvió una toalla en torno al pecho antes de cruzar el vestíbulo para llegar al baño que siempre habíamos compartido. La gruesa bañera, con patas en forma de garra, seguía allí, aunque rodeada por una cortina de ducha nueva. El champú que se había dejado allí en su última visita —¿El día de Acción de

Gracias? ¿El verano pasado? ¿Antes?— seguía en la repisa de la ventana, gracias a Dios, pues no había tenido tiempo (o digámoslo claro, dinero) para pasar por el salón de belleza antes de salir. Abrió el agua, helada para liquidar el calor pegajoso del viaje, y se metió bajo el castigo del chorro, rogando que la piedra que llevaba dentro se fuera por el sumidero y desapareciese.

Bean no había pensado qué hacer a continuación. Se había centrado en abandonar la ciudad, convencida de que las millas que pusiera entre una vida y la otra le garantizarían un cierto perdón. Eso había resultado irritablemente falso. En el coche tenía cajas y cajas de ropa —por el amor de Dios, ¿para qué quería toda aquella ropa?— y cada una de ellas era un recordatorio de lo que había hecho. «Ladrona —pensó mientras se frotaba la cara—. “Eres una ladrona, una maleante, una villana”». Lo que quedaba de maquillaje desapareció entre el jabón y el agua, pero siguió frotando la esponja por la cara hasta que sintió la piel enrojecida y ardiente.

Ningún plan. Ningún pasado. Ningún futuro. Estaba en casa y, por supuesto, Rose también tenía que estar allí. Ella, que hubiera ganado el concurso de: «¿Quién es más posible que te juzgue sin piedad?» Incluso Cordy, con toda su excentricidad, hubiera sido mejor. Pero Rose... Uf.

Se agachó y cortó el agua. Tendría que resolver eso de algún modo. Debería encontrar un trabajo. Uno en el que no exigieran referencias, por supuesto.

Si era capaz de hacerlo, si lograba devolver lo que debía al bufete y se libraba de todo lo que había comprado con ese dinero, tal vez pudiera empezar de cero. No soportaba ni pensar en volver a Nueva York, pero... ¿otra ciudad? ¿San Francisco? Al menos hacía mejor tiempo. Allí podría olvidar. Allí todo sería distinto.

A las siete el sol se planteaba descansar por fin y conceder un cierto alivio al pesado calor del día. En la cocina, Bean se sentó en una de las encimeras con la espalda apoyada en la pared amarilla y el brazo encajado entre los armarios de un lado. Iba quitando el rabito a unas fresas y parecía que sus dedos, pegajosos por el jugo, soltaban tantas en su boca como en el cuenco. Este —grueso, de cerámica— había sido de Nana, y Bean la echó de menos.

Nuestra madre estaba delante del fregadero y sus dedos revoloteaban hábilmente por encima de un pepino para pelarlo con un cuchillo, una habilidad que ninguna de nosotras ha dominado nunca sin correr el riesgo de sufrir heridas corporales. Si se encarga nuestra madre, la cena raramente se sirve en casa antes de las nueve, e incluso recordamos veces, cuando éramos jóvenes, en que nuestros padres nos despertaban para cenar y luego dábamos cabezadas en la mesa, con nuestras flacas piernecillas metidas en los pijamas estampados columpiándose adormecidas como péndulos bajo las sillas. Nuestra madre era caprichosa; podía atacarle el antojo de preparar una comida de cuatro platos un miércoles cualquiera, y otro empeño igual de fuerte empujarla a desaparecer en mitad de la preparación y darse un baño relajante, o irse a buscar el libro que estaba leyendo e involucrarse tanto en ese mundo que el agua de la pasta se le evaporaba y la alarma de incendios (con suerte) la traía de

nuevo a la realidad.

El verano, de todos modos, es distinto porque en medio de todas esas granjas hay tenderetes junto a la carretera, plagados de los frutos de la estación en Ohio: maíz dulce y crujiente Silver Queen; tomates perfectamente maduros y compactos del tamaño de una pelota de béisbol; pepinos de sabor delicado, con una pulpa acuosa y muy satisfactoria; fresas, moras, frambuesas, melocotones, un mareante despliegue de colores pletóricos de zumo. No solemos comer otra cosa en verano que un bufete cargado de frutas y verduras, y Rose vio al entrar en la cocina que eso iba a ocurrir esa noche. Por suerte, también significaba que la cena estaría lista antes de que los grillos salieran en serio.

Bean se echó una fresa a la boca y buscó otra bajo sus piernas, donde las tenía amontonadas con los rabitos verdes hacia arriba. Giró el pelador con gesto experto y el verde de la fresa saltó. Siete seguidas.

—¿Qué ha pasado con la librería? —preguntó.

Al llegar con el coche se había fijado en los escaparates vacíos y en el cartel que, con letras rabiosas, anunciaba: «¡LIQUIDACIÓN FINAL!»

Rose se plantó junto a nuestra madre, cogió uno de los pepinos desnudos y pálidos, y empezó a cortarlo en rodajas finas que luego dispuso trazando círculos sobre una bandeja que había a su lado. Siempre nos comíamos los pepinos y los tomates de la misma manera, apelonados en pilas ovaladas y sazonados con vinagre balsámico y pimienta recién molida. A Rose se le hacía la boca agua solo de pensarlo.

—Oh, es un desastre —dijo nuestra madre—. Se les subieron los humos, la verdad. ¿Recordáis que se encargaban de los libros de texto de Barney?

Lo recordábamos. Barnwell, que así se llamaba tanto el pueblo como la facultad en la que enseñaba nuestro padre y, por tanto, en la que habíamos estudiado las tres con diversos grados de éxito, no tuvo librería propia durante años. La librería del pueblo, encajada entre una cafetería famosa por sus hamburguesas —parecidas a las de la cadena White Castle— y la oficina de correos, se encargaba de ese honor, y en la temporada de venta de libros de texto, así como cuando más adelante se permitía revenderlos, se llenaba de estudiantes de secundaria con pinta de pasar hambre y desesperación entre sus colchas tejidas a mano y sus pastelitos de Rice Krispies en forma de estado americano (que, en el caso de Ohio, no se alejaba demasiado de la forma convencional de uno de esos dulces).

—Ajá —dijo Bean, al tiempo que encestaba una fresa en el cuenco con un agradable *ping*.

—La cuestión es que dijeron que no querían seguir vendiendo libros de texto y, básicamente, acusaron a los estudiantes de robar libros.

—Claro que robaban —interrumpió Bean—. Sus libros eran un timo total.

Recordaba que un amigo suyo, un muchacho guapo que llevaba perilla y un cabello negro entusiastamente rizado, le había contado que su única razón para llevar abrigo era que los bolsillos tenían el tamaño suficiente para que cupiera en ellos un

libro de química.

—Los libros de texto son caros en todas partes —dijo Rose.

—Estoy segura de que no todos los estudiantes robaban —opinó nuestra madre—. En cualquier caso, no sé cómo se les ocurre. Todos esos padres venían al pueblo en busca de suvenires y ahora se van a las tiendas de los campus para comprar camisetas y cosas de esas.

—¿Y entonces cerraron?

—Al principio no. Primero abrieron una cafetería, lo cual no fue mala idea, pero Maura no tenía ni idea de cómo llevarla. Ya sabes que el Beanery sigue abierto, así que era demasiada competencia.

—Ah, ¿sabes quién lo lleva ahora? —dijo Rose—. Dan Miller. ¿No se graduó contigo?

—Sí —contestó Bean. Pestañeó unas cuantas veces, cambió de postura y bajó de un salto de la encimera, cargada con un cuenco pequeño con los rabitos verdes descartados de las fresas para llevarlo al cubo de la basura. Presionó el pedal con el pie y la tapa se abrió obedientemente—. Joder, ¿aún vive aquí? Qué locura.

—Bean, ¿eso no es orgánico? —dijo nuestra madre, alzando las cejas y gesticulando con el cuchillo hacia el contenedor que quedaba a la izquierda del cubo. Demasiado tarde: Bean sacudía los últimos rabitos de fresa en el cubo de la basura. Se encogió de hombros, como si le hubiera resultado imposible evitarlo, y regresó junto al fregadero con el cuenco.

—No se vive tan mal aquí —dijo Rose, algo picada.

—Ay, déjalo. No estoy hablando de ti. Nosotras nos criamos aquí, es distinto. No es como si vienes a la universidad y luego decides quedarte porque es muy bucólico.

—Es que es bucólico —dijo nuestra madre.

—No todo el mundo quiere vivir en una ciudad como Nueva York —señaló Rose.

—Y bien que me parece. Bastante gente sobra ya por allí —dijo Bean, al tiempo que soltaba el cuenco en el fregadero, donde resonó con entusiasmo.

—«¿Y qué es la ciudad sino su gente?» —citó Rose.

—Entonces, ¿te irás otra vez? —preguntó nuestra madre.

Bean se encogió de hombros.

—Aquí no me voy a quedar, eso seguro.

A Rose se le resbaló el cuchillo y le hizo un corte minúsculo en la zona carnosa del pulgar. Se lo llevó a la boca y chupó la sal amarga y el tomate dulce.

—¿De verdad has dejado el trabajo? —preguntó Rose, apartando el pulgar de la boca para examinar el corte.

Bean la miró.

—Sí. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—No sé. Se me ocurre que tal vez nos lo podrías haber comentado, qué sé yo. Que te lo estabas pensando.

—¿Cuándo? ¿En las grandes charlas que tenemos por teléfono una vez por



semana? —dijo Bean en tono desdeñoso—. No me había dado cuenta de que debía mantenerte informada acerca de mis planes quinquenales.

Sentía cómo la malicia se iba acumulando en su interior como en un pozo, pero no era capaz de evitarlo. Era una rabia que debía haber dirigido contra sí misma pero, por el amor de Dios, ¿es que Rose no podía dejarla en paz?

—Tampoco hace falta que me arranques la cabeza —dijo Rose—. Solo preguntaba.

—Tú nunca te limitas a preguntar, Rose. Solo quieres criticarme.

—No te estoy criticando. Perdóname por haber mostrado un poco de interés.

—Niñas —intervino nuestra madre. No le hicimos caso.

—He dejado el trabajo. No quería seguir trabajando allí. Estaba harta de Nueva York. ¿Qué más quieres? «Toma, pues, lo que el documento te concede, toma tu libra de carne».

—No te pongas dramática. Si yo fuera a dejar el trabajo no lo haría sin planificar antes. Es lo único que digo.

—Claro que no lo harías. Pero las demás no podemos ser tan perfectas como tú, Rose.

Bean se acercó a la nevera, la abrió de un tirón y se quedó mirando su interior sin ver en realidad lo que contenía. El aire frío le ayudó a reprimir las lágrimas. Cerró la puerta y se dio la vuelta para enfrentarse a ellas.

—Te puedes quedar tanto como quieras. Me encanta que estéis en casa —dijo nuestra madre como si no acabara de oír la pelea.

Se lavó las manos y las sacudió para secarlas. Los últimos rayos de sol se colaron por la ventana, iluminando las arrugas de su cara, y Bean se llevó una sorpresa, como le ocurría siempre que iba a casa y veía cómo envejecían sus padres. Rose apenas se daba cuenta, como cuando cambiaban algún mueble; para ella el cambio era suave, como los que provoca la erosión. Para Bean, por el contrario, se trataba de un cambio sísmico. Ya cuando éramos jóvenes nuestra madre llevaba el cabello recogido en un moño grande y suelto sobre la coronilla, asegurado con horquillas invisibles. Sin embargo, la quimioterapia le había robado el pelo, aquel marrón oscuro que todas compartíamos con ella, y sus ojos, de un azul intenso que había salido perdedor de la batalla genética con el marrón chocolate de nuestro padre, parecían más claros. El pañuelo que llevaba atado a la cabeza subrayaba la palidez de su piel y hacía que los ojos quedaran enormes, perdidos en medio de la cara. Empezaba a colgarle un poco la papada bajo la barbilla, mientras que en las manos, de apariencia frágil y delgaducha, la piel se veía tensa sobre los finos huesos.

Con gesto nervioso, Bean se pasó los dedos por la barbilla, que, por fortuna, seguía agarrada con firmeza a la mandíbula. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cuándo había envejecido tanto nuestra madre? ¿Era solo porque estaba enferma? ¿O acaso nos estaba pasando a todos sin que nos diéramos cuenta?

Una oleada de culpa febril se paseó por su cabeza mientras se agarraba al borde

de la encimera y reunía fuerza de voluntad para no desmayarse. De nada servía darle vueltas: todos nos hacíamos mayores. Y, mientras iba pasando el tiempo, Bean se había dedicado a ahogar su juventud en un mar de ropas y hombres que no significaban nada.

—Voy a cambiar —se dijo en un susurro, como si las palabras tuvieran la potestad de hacer el trabajo por ella. A su lado, nuestra madre y Rose iban charlando, ignorando su preocupación. No importaba. Bean tenía mucho camino por delante para que su promesa tuviera algún significado. Como todos.

—Bianca, ¿puedes ayudar, por favor? —pidió nuestra madre.

Estaba agachada, arrastrando un canasto de ropa lavada hacia la puerta trasera. La casa tenía una secadora que funcionaba a la perfección, pero nuestra madre insistía, cuando lo permitía el tiempo, en tender las sábanas y las toallas al sol. Hacía tiempo que todas nos habíamos negado a que nuestra ropa quedara colgando al aire para que la vieran los vecinos, pero la batalla de la ropa de casa no la habíamos ganado, así que nos conformábamos con aquellas sábanas y toallas levemente tiesas.

Bean estaba tumbada en el sofá con los pies colgados del respaldo, leyendo una historia de la Segunda Guerra Mundial que sostenía en una mano mientras con la otra aguantaba una ciruela cuyo jugo iba manchando las páginas. Llevaba tres días en casa y no había hecho más que dormir, leer y comer, y lo único que le había impedido convertir su hibernación en un letargo invernal completo al modo de los osos era el hecho de que nuestra madre no tuviera la despensa llena de chocolate y cereales.

—Bah, déjalo —dijo Bean. Se metió el resto de la ciruela en la boca, separando la pulpa de la semilla con la lengua mientras se levantaba, y se secó las manos en los pantalones cortos—. Ya me encargo yo —añadió con la boca llena.

Iba descalza, enseñando las piernas. Los pantalones cortos mostraban la leve sombra que había dejado su último aerosol bronceador. En la línea del cuello de su camiseta sin mangas había un rastro claro de jugo.

Nuestra madre abrió la puerta trasera de un empujón. Bean levantó el canasto de la ropa y, en un solo movimiento, salió por la puerta y escupió la semilla de la ciruela trazando un grácil arco.

—Precioso —dijo nuestra madre—. Cuánta clase.

—Eh, a lo mejor te crece un arbusto que dé ciruelas. ¿O es un árbol? ¿Las ciruelas crecen en árboles?

—Sí, árboles. Mucha clase y muy poco conocimiento del huerto.

Bean soltó el canasto bajo el tendedero y la ropa, dio un salto y se recolocó.

—Ya sé hacerlo, mamá. Tendrías que ir dentro a descansar.

—Todo el mundo quiere que me dedique a descansar —protestó nuestra madre—. Me siento como si estuviera haciendo una cura de descanso en una novela victoriana.

Se agachó y sacudió una sábana con la facilidad que brinda la práctica, con la tela húmeda flameando al viento.

—Lo siento —dijo Bean—. No lo sabía.

Sabía que se había perdido mucho de lo que había pasado nuestra madre, que las llamadas telefónicas no le habían dado acceso a la historia completa, que ni siquiera se habría enterado del todo si hubiese llamado más a menudo.

—Cógela por la otra punta, ¿quieres? —pidió ella—. No es por ti, Beany. Lo siento. Es verdad que me canso mucho y es muy frustrante no ser capaz de hacer todo lo que quisiera.

—Rose y yo te podemos ayudar.

Ambas estiraron la sábana sobre la cuerda de tender y la sujetaron con un par de pinzas de madera.

—Podéis, pero no se trata solo de eso. Es que me gustaría hacer estas cosas sola, sin que vosotras tengáis que ayudarme. Cuesta un poco acostumbrarse a estar enferma.

Agarró la sábana con un tirón de impaciencia que se correspondía con su tono de voz.

Bean sacó una pesada toalla del montón de ropa lavada e interrumpió la postura lasciva que estaba representando con una almohada.

—¿Y cómo te encuentras?

Mamá meneó la cabeza y su rostro se suavizó.

—Ahora mismo, no tan mal. Va por oleadas, según los tratamientos; mal durante unos cuantos días después de cada sesión. Para mí, el peor es el tercero, luego mejora. Pero creo que voy a estar cansada mucho tiempo y ya estoy bastante cansada de estar cansada.

—Pero algún día se acabará la quimio. Entonces te sentirás mejor.

—No, entonces vendrá la cirugía. Y quizá más quimio, o radiaciones. Y quizá más cirugía, si decido reconstruirme el pecho. Será un largo camino.

Mientras tendía otra toalla en la cuerda y le ponía las pinzas, Bean sintió la misma sensación de tensión que había experimentado al mirar a nuestra madre en la cocina.

—¿Tienes miedo?

—Claro que sí.

Había seguridad en su voz, pero el rostro parecía preocupado y distante. Nuestra madre cogió la última funda de almohada del canasto y la tendió con dedos expertos y confiados. Las sábanas y las toallas colgaban en torno a ellas, una fortificación fresca y húmeda en el rebotante calor del día, aunque se colaba una leve brisa. Bean se quedó mirando las sombras que las telas trazaban en el rostro de nuestra madre.

—Aún no he terminado —dijo esta, como si le quedara aún mucho camino. Luego hizo una pausa y se sacudió la preocupación—. Pero tengo unos médicos maravillosos y también a tu padre y a vosotras, claro. Lo conseguiremos.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar... —dijo Bean—. Para eso he venido.

Nuestra madre levantó el canasto vacío, se lo apoyó en la cadera y dedicó una dura mirada a Bean.

—Te lo agradezco, Beany, pero no me creo ni por un segundo que hayas venido solo para ayudarme.

Bean se quedó helada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuántas fotos de Nueva York habías recortado de las revistas para engancharlas en todas las paredes de tu habitación? ¿Cuántas veces habías visto *Desayuno con diamantes*, sin enterarte nunca, dicho sea de paso, de qué iba la historia en realidad? ¿Cuántos libros sobre la ciudad le pediste a la señora Landrige que encargara para la biblioteca?

—Miles, en respuesta a todas las preguntas —contestó Bean.

Apenas recordaba que la ciudad le había parecido la escapada perfecta, cómo brillaba igual que un espejismo en la distancia. Pero la promesa se había ido apagando hasta parecer solo el recuerdo de un recuerdo, una copia duplicada ya tantas veces que se había vuelto pálida y borrosa. Ahora, lo único que podía recordar era la cruda realidad de las sucias calles, las multitudes en el metro y el ridículo precio del alquiler.

—No acabo de conocerte precisamente, cariño. Sea lo que fuere lo que te ha obligado a dejar ese trabajo tiene que haber sido horrorosamente duro. —Bean hizo ademán de hablar, pero nuestra madre alzó una mano—. No, no tienes por qué decírmelo. Sinceramente, no estoy segura de quererlo saber. Me encanta que estés aquí y te invito a quedarte tanto tiempo como quieras.

—Gracias —respondió Bean.

Se le acumulaban las lágrimas en la garganta y nuestra madre, afortunadamente, tuvo la elegancia de darse la vuelta a tiempo para no verlas. La puerta de la casa se cerró con fuerza tras ella y Bean se dio la vuelta para mirar la cerca trasera, donde la madreselva crecía en gruesos cabos en torno a las estacas. Aquella casa encerraba muchos de nuestros recuerdos veraniegos favoritos: cuando perseguíamos el código Morse de las luciérnagas de noche en el patio, cuando comíamos sandía en el amplio asfalto pintado de las escaleras de la entrada principal, el sabor metálico del agua de la manguera y la deliciosa extensión de libertad en las horas dispuestas en torno al ocaso. Hasta el olor de la colada secándose en el tendedero tenía el poder de retrotraernos. Sin embargo, aquella tarde ninguno de aquellos hermosos recuerdos alcanzaba a Bean. Nuestra madre se estaba muriendo. Bean era una delincuente. Rose era una zorra. Pese a todas las promesas, la vida no estaba a punto de mejorar.

## Tres

—Me voy caminando al pueblo —anunció Rose a Bean, que estaba sentada en la sala de estar, leyendo.

El día no se había zambullido aún en el aire quieto y sofocante que traería el calor de verdad. Bean estaba apoyada en la ventana, con las rodillas plegadas sobre el pecho y los dedos de los pies doblados hacia abajo con un extraño estilo felino que le era propio desde niña. Apartó la mirada de la novela que estaba observando. No era capaz de recordar ni una palabra, aunque desde el desayuno había pasado cincuenta páginas.

—¿Quieres venir?

Rose contempló cómo la atención de Bean regresaba desde la novela, o dondequiera que hubiera estado hasta entonces, hacia la habitación. Nuestra madre se entretenía fuera, en el jardín, con un amplio sombrero de paja por encima del pañuelo que cubría su tierno cuero cabelludo, sujeto por una cinta elástica y ancha. Con tirones sólidos y fuertes iba arrancando malas hierbas de la tierra y las tiraba descuidadamente por encima del hombro para que cayeran en una pila sobre el sendero de ladrillos, como si hubieran recibido una orden.

—¿Crees que una de las dos debería ofrecerle ayuda?

—Yo ya lo he hecho —contestó Rose en tono rotundo—. Me ha dicho que quería hacerlo ella. Es ridículo, pero se considera capacitada. Y no creo que le haga ningún daño.

—Qué generoso por tu parte —dijo Bean.

—¿Quieres venir o no? —atajó Rose—. Estaba intentando ser amable.

Bean dejó el libro a su lado, abierto y con el lomo forzado.

—Claro. Es mejor que estar aquí sentada. Por Dios, ¿es que no hay nada que hacer en este pueblo?

Se levantó y, de camino a la puerta, se enfundó unas alpargatas perfectamente conjuntadas con su escueta blusa y su falda cruzada de algodón. Parecía un anuncio. Rose suspiró, sacó un marcapáginas de un estante junto a la ventana y lo colocó en el libro que Bean acababa de dejar.

—No es que no haya nada que hacer —corrigió—. Es que todo pasa más despacio. Tienes que acostumbrarte al ritmo si te vas a quedar.

Bean se mofó mientras se acercaba a la puerta y echaba un vistazo a su reflejo en el grueso espejo que había sobre la mesita del vestíbulo, donde dejábamos las llaves, el correo y cualquier otra cosa que necesitara un lugar. Se atusó el pelo, que cayó en lustrosas ondas sobre sus hombros. Rose le abrió la puerta.

—¿Los Manning siguen viviendo allí? —preguntó Bean.

Habían cruzado una manzana en silencio, escuchando el lejano murmullo de los cortacéspedes y los chillidos de los niños junto al lago. Rose miró hacia la casa, una más de las muchas de venta por catálogo de Sears, hechas con listones anchos de madera y adornadas con gruesas ventanas y amplios porches.

—Ella se ha tomado un año sabático, creo. Un programa de intercambio con una escuela de California. Pero él sigue aquí.

Bean miró hacia la casa vacía. Una bicicleta montaba guardia en el camino de entrada y se veía una regadera abandonada entre los pensamientos aplastados de las escaleras del porche.

—Ah —dijo Bean con cierta tristeza.

La profesora Lila Manning —a la que llamaban doctora Manning, reforzando la última letra para distinguirla de su marido, con quien compartía la inclinación académica— había sido una de sus favoritas: una mujer bajita, en cierto modo delicada, con una actitud encantadoramente áspera. En algún momento se había convertido en una especie de mentora de Bean, que había pasado tardes enteras en su casa bebiendo vino blanco y viendo ponerse el sol en el patio trasero mientras la conversación iba pasando como una nube. Habían sido una pareja joven, aunque en aquel momento pareciera que un mundo entero los separase: casados, dos hijos pequeños, una vida de estabilidad y normalidad que ella odiaba tanto como deseaba. Aunque ahora su corazón sentía un pellizco de nostalgia, se había distanciado de ellos al sumergirse en la vida de la ciudad y al llenarse la vida de los Manning de otros estudiantes, réplicas chinas de los que habían pasado antes.

Los pájaros y los insectos mantenían un murmullo grave que latía en los oídos de Bean mientras caminaban. Había pasado tanto tiempo en la ciudad que aquellos sonidos le resultaban extraños y en cierta medida se sentía agredida por ellos, igual que un turista en Nueva York podía sentirse por las sirenas y los chirridos de los frenos de los taxistas. Pensar en la ciudad le retorció el estómago, y dijo lo primero que se le ocurrió en voz demasiado alta, con un volumen que empujó la quietud de la mañana veraniega.

—Bueno, ¿cómo va la planificación de la boda?

Un rastro de sudor se alzó en los antebrazos de Rose: Bean vio cómo se distribuían las gotas entre los poros de los que habían brotado, como nadadoras sincronizadas listas para representar un número de Busby Berkeley. Rose se encogió de hombros:

—Bien, supongo. No sé, nunca había pensado de verdad en una boda. Miro esas revistas de casamientos y todas dicen cosas como: «Llevas soñando con este día desde que eras una niña», pero no es mi caso. Nunca he tenido ese sueño.

—Yo tampoco. ¿Es muy raro? ¿Las niñas sueñan con su boda y se visten de novias?

—No tengo ni idea. Desde luego, nuestras conocidas no lo hacían. Pero, como siempre, no somos una muestra representativa. Y además, Jonathan y yo tampoco

queremos la clase de boda que soñaría una niña. Todo ese coñazo... —añadió Rose en tono despectivo.

—Coñazo —repitió Bean, como si probara la palabra, permitiendo de modo inconsciente que se le deslizara por la punta de la lengua. Rose le lanzó una mirada dubitativa y se echaron a reír las dos—. Perdona, es una palabra un poco rara.

Hubo una pausa. Rose se metió una mano en el bolsillo para asegurarse de que su cartera seguía ahí.

—Entonces, ¿dónde la vais a celebrar? —preguntó Bean.

—En la capilla del campus. Y el banquete en Harris. La escuela no suele alquilar espacios en vacaciones, pero papá ha conseguido que hagan una excepción.

Bean asintió mientras recordaba vagamente un concierto al que había asistido en la sala de baile de Harris durante su segundo curso. La banda era un experimento hippiefolk, probablemente una de las que Cordy había visto últimamente en cualquier lugar lleno de barro, y Bean había pasado la mayor parte del concierto pegada al muro trasero, permitiendo en plena borrachera que algún muchacho la magreara. Intentó recordar el nombre del chico durante un instante y luego abandonó con un metafórico manotazo al aire. «Ah, ¿todo olvidado? ¿Toda la amistad del colegio, la inocencia de la infancia?»

—Bueno, ¿y cómo os lo vais a montar? O sea, si Jonathan vive en Inglaterra y tal...

Rose rechinó los dientes y echó una mirada hacia una de las casas que quedaban en la acera de enfrente.

—Aún no lo hemos decidido con exactitud. La boda sigue programada para Nochevieja; no quería perder la paga y señal. Así que quizá vaya para allá a pasar un poco de luna de miel y luego, cuando se le termine la beca, volverá.

A Bean le costaba mucho imaginar que alguien pudiera desear volver de Oxford a Barnwell, pero no dijo nada. Se limitó a canturrear un par de compases de la canción que se hizo popular tras la Primera Guerra Mundial «How Ya Gonna Keep 'em Down on the Farm? (After They've Seen Patee?)» («¿Cómo vas a mantenerlos en la granja ahora que han visto París?»)

—¿Ya has empezado a buscar el vestido?

Rose se rio. Qué típico de Bean ir directa a la ropa.

—No, de hecho me da miedo. —Algo intimidada, se tironeó de los pantalones cortos, que amenazaban con escalar por el interior de sus pálidos muslos—. No consigo verme con una de esas enormes monstruosidades blancas.

—Nadie dice que tengas que llevar un vestido blanco. Ponte lo que quieras. No será un bodorrio formal, ¿verdad?, de los de corbata negra y tal. —Rose meneó la cabeza—. Entonces no importa que no sea tradicional.

—Supongo —respondió Rose, aunque la idea parecía confundirla levemente.

Habían llegado al principio de la calle principal y Bean se detuvo.

—Buscaré contigo. Iremos a Columbus. Aquí no habrá nada —dijo. Se volvió un

instante hacia Rose y sonrió, una rareza de dientes afilados que, sin embargo, parecía amable—. Estarás guapa —añadió, y luego dio un apretón en la mano a nuestra hermana mayor.

Rose le devolvió la sonrisa con un gesto de sorpresa y placer más genuino, y se detuvo delante de la oficina de correos.

—Gracias.

Hubiera querido decir algo más, pero el momento ya había pasado y eso de prolongar el sentimentalismo no encajaba con nuestra naturaleza. Por un momento sintió que podía contarle a Bean lo traicionada y confundida que se sentía por la marcha de Jonathan, lo indecisa que se sentía ante lo que iba a hacer; Bean la entendería, seguro que podría ayudarla. Pero lo descartó. Bean no podía ayudar en algo así. Un vestido, tal vez. Una vida, no.

—He de entrar para enviar esto.

—Vale. Yo voy a caminar calle abajo y echaré un vistazo. Nos vemos en el café dentro de... ¿qué, media hora?

—Claro.

Rose se encogió de hombros y miró a Bean mientras esta se alejaba con el cabello balanceándose y las arrugas de la ropa imbatidas aún por el calor. Rose meneó la cabeza y entró a comprar un sello para mandarle una carta a Jonathan a Oxford.

La biblioteca atrajo a Bean calle abajo, como nos había atraído a todas a lo largo de los años. Nuestros padres nos habían formado para convertirnos en lectoras y la biblioteca del pueblo había sido el único lugar, aparte de la iglesia, que visitábamos cada semana. Cuando éramos jóvenes, teníamos tres carritos rojos que llevábamos todos los sábados por la mañana al pueblo como en un desfile, con nuestra madre a la cabeza, caminando con las rodillas bien altas, como un mariscal. A Rose le gustaba ir la última para mantenernos a la vista en todo momento, sobre todo a Cordy, que solía necesitarlo desesperadamente. Cordy se podía comer un polo dejando que le goteara por todo el brazo y luego se paraba a lamer los rastros dulces y pegajosos que le recorrían la piel como babosas. O no llevaba los libros bien apilados y se le caían por los lados del carrito, y Rose se hacía cargo de ellos como esas niñas que van tirando pétalos en las bodas, detrás de los novios, solo que ella recogía en vez de tirar. O Cordy se paraba de golpe y se acuclillaba para contemplar un hormiguero en las grietas de la acera, hipnotizada por las idas y venidas hasta que Rose le daba un golpecillo en el culo y la ponía a caminar de nuevo como un pato. Bean, que prefería llegar la primera, iba detrás de nuestra madre, acosándola con preguntas que ella contestaba cuando encontraba un momento oportuno entre las conversaciones de sociedad que iba manteniendo por el camino.

El edificio olía igual que ahora: polvoriento y húmedo. Bean se detuvo al pasar por la puerta e inhaló. Con todo el dinero que la facultad aportaba al pueblo, habría sido de esperar que hubieran cambiado la biblioteca, pero seguía siendo la misma. La moqueta era de un color de caléndula sucia, gastada por las pisadas. La ficción para



adultos quedaba a la derecha de Bean y, al fondo, junto a la pared cuyas ventanas daban a un amplio sauce y a una serie de setos mal cuidados, estaba la infantil. Una mujer curioseaba entre las novedades de ficción y dos niños, presumiblemente hijos suyos, permanecían sentados y contentos en la mesa amarilla de plástico que había al fondo, examinando con esfuerzo unos libros demasiado grandes para sus manos. Había un hombre sentado en uno de los avejentados cubículos de madera, con la cabeza tan inclinada hacia delante que Bean apenas alcanzaba a ver un rizo de su cabello rubio, con una pincelada pelirroja, justo encima del cuello.

Bean vio a la señora Landrige, la bibliotecaria que llevaba allí desde los tiempos de los carritos rojos y que ya entonces tenía el cabello blanco y la figura encorvada, en su escritorio, sellando fichas de la biblioteca con ademán paciente. Sintió una oleada de dulce nostalgia por la mujer que nos había presentado a E. Nesbit, Edward Eager y Laura Ingalls Wilder, y le entró un deseo desesperado de darle un abrazo a la anciana, aunque la señora Landrige no lo habría consentido. Esta, de hecho, no consentía demasiadas cosas.

Bean se acercó a grandes zancadas hasta el escritorio y adoptó de inmediato un tono susurrante. Estábamos bien enseñadas.

—Señora Landrige.

La anciana alzó la cabeza de golpe y clavó en ella una mirada penetrante con sus ojos de un azul acuoso.

—¡Bianca! —exclamó sin dudar un instante.

A Bean le asombró que la recordara. Teniendo en cuenta la facilidad con que entraban y salían de aquel pueblo los profesores y sus respectivas familias, se preguntó cuántos clientes habituales habría tenido aquel lugar, por otra parte tan pueblerino; cuántas fichas podría asociar la señora Landrige con una cara concreta.

—¡Me alegro de verte!

—Yo también me alegro —contestó Bean con sinceridad—. Pensaba que a lo mejor se habría jubilado.

La señora Landrige sonrió.

—Soy demasiado vieja para no trabajar. Me impide pensar en lo inevitable.

Soltó una risilla asmática y la pechera del vestido, de cuadros rojos y negros, tembló sobre su busto.

Bean no sabía muy bien qué decir, así que devolvió la sonrisa y volvió a recorrer la sala con la mirada, fijándose en el escritorio con los montones de papel y los gastados sellos de goma sobre la mesa, que se daban mutuo sostén como los borrachos. Los niños del fondo discutieron un momento por un libro en el centro de la mesa y el hombre del cubículo alzó la cabeza, de modo que concedió a Bean un atisbo de su perfil: fuertes mejillas que se perdían al llegar a la perilla, una línea del pelo que se iba alejando de la frente con elegancia. Bean pensó que podía haber sido guapo. Lástima de perilla.

—¿Has venido de visita? —preguntó la señora Landrige. Había vuelto a ocuparse

de su trabajo e iba dejando una fecha del futuro sellada, levemente torcida, en una columna que reflejaba todas las relaciones establecidas por cada libro—. ¿O te quedas?

—Me quedo —dijo Bean. Luego lo repitió en un farfulleo—. O sea, no sé cuánto tiempo estaré aquí. Quizá vuelva a la ciudad cuando... —«¿Cuando qué, exactamente? ¿Cuando nuestra madre haya muerto? ¿Cuando ya nadie te quiera meter en la cárcel? ¿Cuando te sientas segura, Bean?»—. Cuando pase un tiempo —remató con voz débil.

La señora Landrige se detuvo con el sello en el aire y luego soltó el arma sobre la mesa. Miró a Bean un momento, como si estuviera pensando, y después asintió con un golpecillo de cabeza, como si acabara de decidir algo.

—Entonces necesitarás un carné de la biblioteca, ¿no? —preguntó al fin, como si eso lo arreglara todo (en nuestra familia, casi se podía decir que era así). Abrió un cajón con su mano veteada de venillas y sacó un paquete de carnés. Escribió el nombre de Bean en uno de ellos con su caligrafía precisa y colegial, y se lo pasó con una floritura—. Me encanta que hayas vuelto, querida —dijo con una sonrisa.

De pronto a Bean le entraron ganas de llorar. Pestañeó con fuerza y apartó la mirada de la señora Landrige para que no regresara el afán de llorar o, peor aún, de abrazarla. El hombre del cubículo recogió sus cosas y se acercó al mostrador a grandes zancadas. Llevaba vaqueros y una camiseta de Superman, y unas botas tronadas y descoloridas. Sin anillo de matrimonio, edad adecuada. Merecía una cana al aire, al menos.

—¿Listo, padre? —preguntó la señora Landrige, al tiempo que recogía sus libros.

—Se hace lo que se puede —contestó él.

—¿Conoces al padre Aidan? —preguntó la bibliotecaria a Bean, que estaba muy ocupada en sonrojarse un poco por habersele ocurrido flirtear con un sacerdote.

—No —respondió esta, y tendió una mano quizá demasiado deprisa—. Soy Bianca Andreas. Mi padre da clases aquí. En Barnwell —añadió, como si el pueblo fuera un Gotham académico rebosante de instituciones de enseñanza superior.

El hombre sonrió, mostrando unos dientes de blancura brillante, algo torcidos, como si hubiera en su boca un cierto desequilibrio.

—Encantado —contestó—. Yo soy Aidan.

—El padre Aidan es el nuevo sacerdote de Saint Mark —aclaró la señora Landrige, al tiempo que cerraba suavemente el último libro y empujaba toda la pila hacia él por encima del mostrador.

Bueno, al menos no era católico. Saint Mark era nuestra iglesia, episcopal y no tan progresista como para permitir que Bean se acostara con el hombre que ahora tenía delante (al menos no lo consideraría idóneo), pero tampoco la iba a mandar al infierno por solo pensarlo. Los sacerdotes episcopalianos podían tener citas, enamorarse y casarse. Tal vez pudieran incluso practicar el toqueteo premarital. Bean no había tenido ocasión de planteárselo hasta entonces.

—¡Qué bien! —exclamó, con excesivo entusiasmo.

Se sentía paralizada por su incapacidad de poner en marcha su habilidad para ligar, como Puck en *El sueño de una noche de verano* sin sus flores hechizadas. De hecho, era fantástico que la iglesia tuviera un sacerdote nuevo: al último se le había pasado la fecha de caducidad años antes, pero se había mantenido tercamente por ahí, aburriendo al populacho con sus rechinantes sermones navideños mucho antes de que Bean se largara en busca de pastos no tan verdes. Pero no quiso decirlo.

—Ahí van mis padres. A Saint Mark.

Aidan asintió.

—Eres la hija del profesor Andreas, ¿verdad? Tu padre nos leyó algo hace unos cuantos domingos. Es un orador excelente.

Es cierto. Los años de dar clases han creado un monstruo de la retórica: su voz ondula de graves a agudos como en una montaña rusa, salta hacia delante en momentos importantes como unos fuegos artificiales y luego se retira, llevándose consigo a la audiencia. Sus cejas demasiado largas se menean al estilo de Marx y él abre las manos a ambos lados del atril, como si necesitara luchar para mantener los papeles en su sitio, no fuera que echaran a volar ante sus elevados pensamientos.

—Gracias —dijo Bean, aunque ni ella ni nosotras tengamos mérito alguno en ese asunto.

—¿Cómo está tu madre? Le toca quimio dentro de pocos días, ¿verdad?

Bean dio un paso atrás, sorprendida por la pregunta. Había olvidado el grado de implicación de nuestros padres con la iglesia, y cómo nos habían educado para que también nosotras nos involucrásemos, aunque no se nos había pegado demasiado. Ella no pensaba mucho en Dios. Nosotras tampoco. Estaba ahí por si lo necesitábamos, como el tubo extra de pasta de dientes que guardas bajo el lavabo.

—Está bien. Dice que está cansada. Pero es de esperar. Y bueno, ahora he venido a ayudarla.

Bean se quedó encantada de haberle colado a un cura aquella idea de sí misma como una moderna (aunque mejor vestida) Florence Nightingale.

—Entonces te veré en la iglesia, ¿no? —preguntó Aidan mientras se inclinaba para sujetar los libros bajo el brazo.

La mano, amplia y salpicada de vello dorado, se abrió sin problemas sobre las portadas de los libros y Bean la miró fijamente mientras se inventaba una respuesta. Llevaba años sin pisar una iglesia más que cuando volvía al pueblo por Navidad, cosa que tampoco ocurría con frecuencia. Nuestros padres habían deseado que fuéramos creyentes, pero también nos habían enseñado, fuera de la iglesia, a cuestionarlo casi todo. Nunca ha tenido mucho sentido que nuestro padre, un hombre que se pasa la vida analizando hasta la última sílaba que contiene un libro, acepte con tanta facilidad los versículos aún menos creíbles de otro. Y esa es en parte la razón por la que a todas se nos ha escapado el misterio de la fe y por la que Bean —o cualquiera de nosotras— nunca se ha preocupado siquiera de fingir que la asistencia a la iglesia

forma parte regular de su vida adulta.

Sin embargo, tampoco era que tuviera la agenda llena de asuntos urgentes, ¿no?

—Qué diablos —contestó—. O sea, sí.

Aidan la miró un instante con extrañeza mientras ella se volvía a sonrojar —dos veces en escasos minutos, todo un récord— y luego sonrió, se despidió, se encaminó a la puerta y desapareció bajo la luz del sol.

—¿Te vas a llevar algún libro hoy? —preguntó la señora Landrige, de regreso a la rutina de sellar, sellar y sellar tarjetas con fechas de devolución de libros.

—No, gracias —contestó Bean—. Tengo que ir a ver a mi hermana.

Al menos nos servíamos de excusa.

Y

A la noche siguiente, Rose estaba sentada en la cama contemplando cómo bailaban en el aire las motas de polvo mientras marcaba el número de Jonathan.

—Justo a tiempo —dijo este al contestar, a un océano de distancia.

Rose y Jonathan habían acordado una llamada semanal. Cordy diría que no era un plan muy romántico. «Práctico», contestaría Rose.

—Te echo de menos —dijo con un suspiro al oír su voz.

Se acercó a la puerta de la habitación y la cerró. Aquellas conversaciones siempre sabían a mucho y a poco a la vez: ¿cómo podía estar segura de que él no aprovechaba para hacer otras cosas mientras hablaban? ¿Cómo podía estar segura de que él se alegraba verdaderamente de hablar con ella? La línea telefónica ampliaba la distancia y al mismo tiempo la anulaba.

—Yo también te echo de menos, amor. ¿Cómo estás?

—Bien. Ha venido Bean.

—¿El regreso de la hija pródiga? Debe de ser agradable tenerla por ahí.

Rose soltó un resoplido de fastidio. Jonathan no nos entendía; su familia era muy numerosa, bulliciosa y cariñosa: seis hermanos, multiplicados ahora exponencialmente por los matrimonios y los hijos. En la visita a casa de sus padres en Navidad se había sentido como si la rodeara una camada de cachorros demasiado entusiastas.

—La verdad es que no. No hace gran cosa. Se queda tumbada y lee. No ayuda con lo de mamá.

—¿Hasta cuándo se queda?

—Eso es lo extraño. Ha dejado el trabajo y ha traído todas sus cosas, como si se fuera a quedar para siempre.

—Sí que es extraño.

Jonathan y Bean se habían conocido el día de Acción de Gracias y, curiosamente, se habían llevado bien desde el primer momento. Rose había tenido un poco de

aprensión ante la perspectiva de presentarle a la hermana mujer fatal, pero Bean se había comportado perfectamente bien, y había entretenido a Jonathan improvisando acentos neoyorquinos y con una sarta interminable de palabrotas divertidas durante una partida de cartas que jugaron hasta altas horas de la noche.

—Creía que sería una chica de ciudad toda la vida.

—Yo también. De hecho, creo que pasa algo malo, pero no me lo quiere contar. Intenté sonsacárselo, pero me echó los perros.

—Dale tiempo. Si de verdad pasa algo que la ha obligado a abandonar la ciudad para siempre, es probable que sea bastante malo.

—Pero yo podría ayudarla —dijo Rose, en tono quejoso.

Jonathan se rio.

—Ahí está mi «yo lo arreglo». No hay problema que ella no pueda solucionar.

—No te burles. Si me lo permitiera, me gustaría ayudarla. Se ha ofrecido a acompañarme a comprar el vestido de novia.

—Tómale la palabra. Tú odias ir de compras y a ella le encanta. Perfecto.

Rose miró por la ventana. Nuestro padre y Bean estaban sentados en las sillas del porche trasero, leyendo juntos.

—¿Lo voy a necesitar?

—¿El vestido de novia? Claro que sí. Salvo que tengas algo que decirme...

—No, yo no. Es que he pensado... No sé, todo esto me da un mal pálpito. ¿Y si conoces a alguien allí? ¿Y si decides que no me echas de menos? ¿Y si no quieres volver?

Rose se tumbó en la cama y hundió la cara en la almohada, avergonzada de haber expuesto tanto su miedo pero demasiado asustada para ahorrarse las preguntas.

—Rose —la voz de Jonathan sonó suave pero firme—. Tú eres mi amor. Tú. Llevo toda la vida esperándote y no voy a renunciar a ti ahora. Te echo mucho de menos y no hay nada que desee tanto como convertirte en mi esposa. Y eso no va a cambiar. ¿Lo pillas?

—Pero podrías decidir quedarte ahí...

—Adonde quiera que vaya, voy contigo. Ese es el trato. Y ya no me toca tomar más decisiones unilaterales. Decidimos juntos que yo viniera aquí y, cualquiera que sea mi siguiente destino, lo decidiremos juntos también. ¿De acuerdo?

No era una representación del todo exacta. No lo habían decidido juntos: simplemente Rose había decidido a regañadientes no enfrentarse al deseo de Jonathan de ir al extranjero. A pesar de sus recelos, sabía que era importante para su carrera y, aunque solo pensar en vivir tanto tiempo sin él le resultaba doloroso, sabía que no merecía la pena perderlo por esa discusión. Pero eso no implicaba exactamente estar a favor de la decisión.

—Claro —contestó.

—Compra el vestido. Encarga cajas de cerillas personalizadas y contrata la sinfónica de Cleveland para la música. Cualquier cosa que te haga feliz. Yo, desde

luego, estaré ahí el día de Nochevieja y más vale que tú también estés.

—Estaré —contestó ella con una sonrisa.

Imaginó que se tomaban de la mano y reprimió la inevitable pregunta de qué iba a ser de ellos después de la boda, cuando tuvieran que empezar de verdad a forjar un matrimonio, si ni siquiera eran capaces de decidir dónde iban a vivir.

Si Rose hubiera dicho que le gustaba su trabajo habría mentido. Como se negaba a trabajar fuera del estado, había aceptado un empleo en la Universidad de Columbus, en la que apenas era un engranaje más dentro de la maquinaria. El edificio de Matemáticas era de frío hormigón; pasillos por el lado exterior, junto a las ventanas; aulas en el interior, sin luz natural. Sus alumnos la miraban fijamente y sus caras, hinchadas por la cerveza y el sueño atrasado, se veían enfermizas bajo las luces fluorescentes que relumbraban y chisporroteaban en lo alto, puntuando sus charlas con un murmullo rabioso.

Compartía un despacho minúsculo con otros dos profesores. Uno de ellos estaba en ausencia perenne, mientras que el otro tenía una molesta propensión a dejar su taza de café encima del escritorio, costumbre que iba marcando unos círculos propios de matemática de conjuntos en cualquier papel que ella, por pura mala suerte, hubiera dejado expuesto. El escritorio de Rose estaba tan henchido de los detritus de muchos años de desorganización que por un lado se compadecía de su situación, pero por otro, bueno... Ya conocemos a Rose. En esas condiciones corregía trabajos, se reunía con estudiantes proclives al llanto ante la visión de un gráfico de coordenadas, miraba fijamente las paredes cuando se suponía que estaba escribiendo y garabateaba espirales en torno a las manchas circulares de café que invadían sus papeles. Las paredes estaban hechas con bloques y la pintura blanca amarilleaba por la luz.

Rose se sentía como si la hubieran metido en la cárcel en un proceso kafkiano por un crimen no especificado.

En una universidad tan grande como aquella, los miembros del personal apenas se relacionaban y se comportaban como buques en medio de la noche: ella se sentía con las amarras sueltas, a la deriva entre el aula, el despacho y el aparcamiento de su facultad. Había días en los que no hablaba con más personas que sus alumnos, y difícilmente podía considerarse que aquello era en verdad una relación (ni, en palabras que Rose diría en un día particularmente malo, que ellos fueran en verdad personas). De vez en cuando conocía a algún hombre, un exalumno en alguna reunión social, un representante de libros de texto, un profesor de otra universidad que acudía a dictar una conferencia. Les atraía por su soltura, por el desafío de hacerla sonreír, de acercar una vela a su cara. Pero aquellas citas eran distracciones, y más bien pobres, que la dejaban a la deriva por las salas, como el fantasma de Banquo, vista y no vista, temida y mal comprendida.

Y entonces llegó Jonathan.

Ella entró en su despacho un inhóspito día de enero, hace un año, y él estaba sentado al escritorio del profesor misterioso, en actitud desenfadada con los pies

sobre la mesa y el labio inferior echado hacia delante mientras contemplaba el libro que sostenía en el regazo. Jonathan, si se hubiera puesto a ello, podría haber sido un hombre terriblemente guapo. Sin embargo, iba con el cabello desaliñado y se le levantaba un mechón por detrás, como si allí se preparase un motín. La montura de las gafas era tan blanca como el pelo y los cristales pedían a gritos una limpieza. Llevaba camisa de manga corta y corbata, una combinación que siempre nos recuerda a nuestro padre, solo que la camisa de Jonathan era de color burdeos y la corbata hacía juego, en lo cual demostraba cierta tendencia a la exquisitez. En cambio, los pantalones eran negros y los zapatos marrones, prueba de que tenía tanto sentido de la moda como nuestro padre.

Como tenía la mente a millones de kilómetros de distancia y su presencia era totalmente inesperada, Rose chilló al verlo y los papeles que llevaba en las manos abandonaron el montón ordenado para convertirse en un desmañado racimo. Él alzó la mirada, menos sobresaltado que ella, y soltó una sorprendente risotada. Más adelante le contaría que el causante de aquella risa había sido el improbable ruido emitido por el chillido de Rose, pero ella pensó en aquel momento que se reía de ella; por eso se sonrojó de golpe y clavó la mirada en los papeles.

—Parece que te he asustado —dijo él. Recogió las piernas para apoyar los pies en el suelo. Era alto, esbelto. Una patilla más larga que la otra—. Soy profesor invitado. Estaré aquí todo el año.

Sin dejar de mirar los papeles, Rose contestó:

—Debe de ser el profesor misterioso.

Luego se dio cuenta de lo que acababa de decir y aún se sonrojó más. Toqueteó los papeles para ordenarlos de nuevo y caminó hacia su escritorio. Tuvo que darse la vuelta para pasar entre las mesas, juntadas a empujones como piezas de un puzle para que cupieran en un espacio verdaderamente diseñado para una sola. Por alguna razón, ese movimiento, que le hacía desplegar toda la anchura de sus caderas ante él, la avergonzaba.

Jonathan soltó una carcajada como un ladrido, puro placer.

—¿Así me llamáis? —Se levantó, cruzó la minúscula distancia que separaba sus mesas y tendió una mano—. Soy Jonathan Campbell. Enseño química, pero me han exiliado aquí porque allí no queda ningún despacho vacío. Por eso nunca me veis. Llevo aquí desde septiembre.

—Encantada. ¿De dónde eres? —preguntó mientras le estrechaba la mano.

Rose alzó la mirada para clavarla en sus ojos, de un marrón casi negro, una sombra de rastrojo en el rostro, como la sombra de las hojas en el shakespeariano bosque de Arden.

—Un poco de todas partes. Nací en Michigan, pero he vivido en muchos sitios.

—Entonces, ¿la glamurosa Columbus, en Ohio, será solo una parada en tu gira por el mundo? —preguntó Rose con un rubor en las mejillas.

¿Estaba coqueteando?

Él rio entre dientes.

—Podría decirse así. El año pasado estuve en París.

—Venir aquí habrá sido un bajón.

A Rose le latía rápido el corazón y no conseguía evitar una sonrisa estúpida, como de preadolescente. Se preguntó qué haría Bean; dar una sacudida al cabello, probablemente. Incómoda, Rose se toqueteó el moño que llevaba en el cogote, tan conservador.

—En absoluto. París está sobrevalorada: demasiados franceses. ¿Tu nombre...?  
—preguntó, sonsacando.

—Rose Andreas.

—¿Enseñas en el departamento de mates?

Rose se lo quedó mirando fijamente, con la lengua paralizada.

—Sí —dijo al fin—. Este es mi despacho.

Jonathan asintió y la miró con expresión pensativa. Ah, nuestra Rose. Su pelo recogido como en el ideal de belleza de principios de siglo, la piel rosa de tanto sonrojo, la cara lavada, aquella indumentaria flotante para disimular las curvas, «tan mezcladas en ella la belleza y la honra»... Pero... ¿se iba a dar cuenta él? ¿Vería, bajo la timidez, a la mujer capaz de quitarle la mancha que llevaba en la corbata sin usar más que un poco de agua con gas y una punta de su blusa, la que podía capturar arañas que a las demás nos daba miedo tocar, la que sabía arengarnos para que metiéramos las maletas en el coche antes de salir de viaje de manera que todo encajara y no nos olvidáramos nada, la que escogía las flores perfectas para que la mesa del desayuno pareciera una fiesta, la que nos abrazaba después de una pesadilla, la que llegaba a apartarse para asegurar nuestra felicidad? ¿Vería por qué la queríamos tanto? Contuvimos la respiración.

—¿Te gustaría comer conmigo? —preguntó él.

A lo mejor nunca te gustó tu nombre. A lo mejor aprovechabas cualquier oportunidad para cambiarlo: un colegio nuevo, por ejemplo, en el que hacías una prueba con algún eco lejano de tu nombre verdadero: de Elizabeth a Bitsy, ¿no sería chulo? Tú, nueva por completo. Probabas con el segundo nombre, si era válido y no vergonzante como lo son a menudo. O tal vez eras una de esas pobrecitas cuyos padres bienintencionados escogían nombres de algún antepasado muerto ya desde hace mucho tiempo y que nadie debía verse obligado a llevar en tiempos modernos. Como Evelyn o Leslie o Laurie para un chico. O Florence o Mildred o Doris para una chica: nombres que no eran malos —eso lo entendías—, solo penosamente caducos, nombres que garantizaban años de torturas en los patios, o la sensación de estar destinada a la mecedora y al asilo mucho antes de tiempo.

¿Y si no se trataba solo de tener un nombre con una desafortunada marca de género, o uno que simplemente no te sentaba bien? ¿Y si el nombre que te daban había sido ya vivido antes, si de hecho había sido tan bien habitado que su mera mención bastaba para hacer pensar en su dueña original y por lo tanto convertía tu



existencia en poco más que una ocurrencia tardía?

En uno de sus muchos empleos temporales, Cordy había trabajado en un despacho con una secretaria hostil que se llamaba Elizabeth Taylor. Acurrucada en su cubículo, fingiendo desesperadamente valer los veinticinco dólares a la hora que la empresa pagaba a su agencia (sin hacer, por supuesto, nada de auténtico trabajo), Cordy miraba y escuchaba mientras Elizabeth Taylor contestaba al teléfono. Al menos un millón de veces cada día, pensaba Cordy mientras pasaba la mano arriba y abajo por los artículos de oficina que acaparaba como material de su pantomima de empresa compuesta por una sola mujer, Elizabeth Taylor decía: «Sí, de verdad». Y cada vez lo decía con una sonrisa. Cordy suponía que se debía, al menos en parte, al hecho de que había adquirido el apellido Taylor por matrimonio, de modo que solo lo había llevado durante unos quince años. Con el tiempo, estábamos seguras de que se hartaría de las bromas sobre la película *Fuego de juventud* y de los comentarios sobre su entusiasmo por los matrimonios, y algún día aquella Elizabeth Taylor saltaría, atacaría a su marido y desearía no haberse casado con él.

Con un padre como el nuestro y con unos nombres como los nuestros, habíamos alcanzado ese estado muchos años antes.

Primero fue Rosalind, una elección decente; es probable que la intervención de nuestra madre le evitara algo peor. Pero luego ya fue cosa de nuestro padre, estamos seguras. Porque entonces llegó la segunda hija y... ¿cómo vas a llamar a la segunda, sino Bianca? Y luego la tercera: si le llega a poner un nombre que no fuera Cordelia, los cielos habrían temblado. Bean y Rose agradecieron, cierto, que la comparación con *Lear* no se pudiera hacer hasta que se completara la troika, o tal vez las podían haber doblado para interpretar a las hermanas mayores, y sabían bien que no había modo alguno de sobrevivir al hecho de llamarse Goneril o Regan. No en los tiempos que corren.

Nuestros nombres pesan. Y aunque hemos tratado de huir de su influencia se han colado en nuestro interior y nos encontramos una y otra vez viviendo según el patrón que nos señalan.

No es nada probable que nuestros padres buscasen cómo llamarnos en uno de esos libros de nombres para recién nacidos. Obviamente, su elección procedía del *Riverside Shakespeare*. Rose tuvo una vez un monitor de campamentos de verano que, para romper el hielo, buscaba siempre el significado de los nombres de todos los niños y Rosalind se horrorizó al descubrir que el suyo significaba, sí, ‘rosa linda’, pero también ‘serpiente caballo’. ¿Serpiente caballo? Si eso no basta para que una niña tenga problemas con su imagen corporal toda la vida, no sabemos qué hace falta.

Pero, sobre todo, la espina clavada en nuestro costado —en el costado de Rose, según juego de palabras de Cordy, cómo no— era el amor. Verdaderamente, la transformación de *Como gustéis* llega por medio del amor entre Rosalind y Orlando. ¿Cómo se puede estar a la altura de eso? ¿Existe en la América del siglo XXI un hombre dispuesto a empapelar un bosque entero con poemas de amor para ti?

Rose te confirmará que no.

Y si existiera, probablemente sería bastante espeluznante.

Pero solo te lo puede decir después de pasarse dieciséis años —¡dieciséis!— buscando en el bosque, de descartar pretendientes inapropiados en una especie de carroñeo romántico. ¿Inválido emocional? ¡Claro! ¿Complejo de Edipo? ¡Claro! ¿Acosador? ¡Claro! ¿Incapaz de comprometerse? ¡Claro! ¿Incapaz de NO comprometerse? ¡Claro! Rose no se dio cuenta de la trampa en que la metía su nombre hasta que, ya con su carrera de citas muy adelantada, un pretendiente particularmente insensible la llevó a ver la ofensiva obra en cuestión. Porque, por supuesto, ser Rosalind implicaba que estaría siempre buscando su amor verdadero, pero exigiría tales extremos para demostrarlo que nunca lo podría encontrar, al menos fuera de los límites de la ficción.

Así que dejó de salir con chicos y juró que renunciaba por completo —su vida tampoco era insatisfactoria, se dijo—, y precisamente entonces conoció a Jonathan, claro, que no era el tipo de hombre que escribe poemas y los cuelga por todo el campus, pero consentiría en hacerlo si Rose lo deseaba, cosa que a ella no le pareció demasiado mezquina.

## Cuatro

Aunque no hubiera sido verano, incluso en otoño o primavera o invierno, aun si el campus hubiera estado abarrotado de estudiantes y siguiera presente algo más que el mero esqueleto del personal que mantenía el soporte vital del pueblo en el largo y lento tirón que va de la graduación de fin de curso a las primeras tutorías del siguiente, tampoco habría habido nada que hacer por la noche. Tal vez un concierto de un músico de visita, o una errática obra experimental en un teatro minoritario para aguantar hasta la anémica hora de las nueve, pero luego, ¿qué? Bean siempre había sido noctámbula, Rose la había pillado más de una vez leyendo bajo las sábanas con una linterna en nuestra infancia y no le había costado nada adaptarse al espíritu de la ciudad que nunca duerme.

Y ahí estaba ahora, de vuelta en Barnwell. Nuestros padres habían ido derivando hacia el sueño por etapas, como una serie en un retablo: aquí fregando los platos, luego sentados leyendo en el sofá, luego el suave sonido de sus voces en el piso de arriba y ahora el silencio. Rose había dado un largo paseo y al volver se había encontrado a una Bean casi tan desesperada como para sugerirle una partida de Maldad & Malicia, un juego de cartas al que jugábamos de pequeñas y que con solo dos jugadoras era terrible, si bien hubiera servido para pasar un rato hasta que les entrara el sueño. Pero Rose estaba cascarrabias y callada, así que Bean se lo pensó y se acurrucó en el sofá con un libro hasta que su hermana subió a grandes pisotones las escaleras, llevándose consigo su mal humor, como si fuera la nubecilla negra del osito Pooh.

—Esto no habría pasado en Nueva York —dijo Bean dirigiéndose a su libro, una novela lacrimógena que había encontrado en la despensa, abierta por la mitad.

Como era de esperar, el libro guardó silencio.

En el coche, de regreso a casa, se había dedicado a imaginar su estancia en Barnwell, una existencia ascética y monjil que iba a servirle como penitencia espiritual por lo que había hecho. Llevaría colores apagados, comería pan seco y su piel adoptaría la palidez cinematográfica de una inválida glamurosa a medida que ella renunciara modestamente a los placeres de la vida. Sin embargo, el cilicio de la realidad ya empezaba a apretar. Por el amor de Dios, era viernes por la noche. A esas horas en la ciudad apenas estaría preparándose para salir y, en cambio, allí estaba planteándose en serio la posibilidad de acostarse.

—Ridículo —dijo al libro, y lo cerró con firmeza.

El coche estaba cargado de gasolina y en la cartera llevaba doblados unos cuantos billetes de diez, aunque no pensaba pagarse las copas; algún paleta solitario estaría más que feliz de encargarse de eso. Subió la escalera para meterse en su habitación,

abrió el armario y rebuscó entre la ropa hasta que dio con algo aceptable: no para Nueva York, ni mucho menos, pero sí para cualquiera de los bares que había por ahí. El pelo y el maquillaje apenas le llevaron tiempo —era la ventaja de estar en un lugar con tan bajas exigencias— y luego salió a la noche y se encendió un cigarrillo mientras el coche se deslizaba por el camino de salida en punto muerto, con las luces apagadas hasta que llegó a la calle, como en los viejos tiempos. Volvía a ser Bianca, o casi, aunque solo fuera por una noche.

Bean sobrellevaba el peso del nombre de Bianca Minola con tanta resignación como Rose el de Rosalind. Esta podría argumentar que el de Bianca no implicaba una gran carga: ser la bella perpetua en los bailes, objeto de pelea entre múltiples pretendientes, amada por su padre y descrita así tras una cita: «Vi moverse sus labios de coral y vi cómo su aliento perfumaba el aire; cuanto en ella vi era dulce y sagrado...» ¿Qué dificultad había en eso?

A decir verdad, las tres tenemos casi exactamente la misma pinta (se nos ha acusado levemente de ser esa clase de hermanas que no se parecen del todo, como si hiciéramos trampa), pero Bean siempre ha sido la guapa. Vale, ha pasado más tiempo en el gimnasio, luchando para derrotar la extraña complexión legada por nuestros padres, sobre todo por nuestra madre: una cintura de Scarlett O'Hara y unos pechos pequeños y subidos, los hombros anchos y los brazos musculosos, las caderas y los muslos como globos. Y Bean también se ha gastado una fortuna en peluquerías para que se ocuparan de nuestro cabello —moreno, denso, pero famoso por su independencia e indiscutiblemente aburrido— los mejores estilistas. Es como esos padres que arrastran a su hijo revoltoso a toda una serie de psiquiatras estirados y ataviados con chaqueta de lana, desesperados por encontrar uno que al fin lo entienda.

Incluso si alguien nos viera juntas y se diera cuenta de que nuestros ojos son idénticos: grandes, de un marrón vacuno, un poco demasiado juntos; de que nuestras narices trazan la misma línea recta, fuerte, de amplio puente; de que nuestras bocas son idénticamente amplias pese a los labios estrechos; seguiría diciendo que Bianca es la guapa. Todas nos parecemos a nuestro padre —«la marca de tu padre está tan clara en ti»— pero Bianca es la que embellece ese rostro.

Metió el coche en el aparcamiento de un bar unos cuantos pueblos más allá y se echó el contenido de una muestra de perfume en el pelo para despejar el humo. La puerta soltó su gruñido de dolor al abrirla y Bean cojeó con sus tacones sobre la gravilla hasta que alcanzó la acera. Ya se sentía mejor. Un poco de atención masculina, unas pocas copas y estaría como nueva. Ya habría tiempo mañana para ser Madre Teresa. Siempre y cuando no tuviera demasiada resaca.

Había otros bares más cerca, pero uno anunciaba que celebraba la noche del karaoke (hum, no) y en los demás el aparcamiento estaba tristemente vacío. Se oía el ruido desde fuera, rock clásico en la *jukebox*, y un olor a cerveza se colaba bajo el resquicio de la puerta. Bean respiró hondo y entró.

Nadie se dio la vuelta para mirarla mientras trasponía la puerta. Repasó la distribución con una rápida mirada y se dirigió a un asiento en el lado de la barra que más minuciosamente le permitía controlar las expectativas. El camarero se acercó lentamente hacia ella, se quitó el trapo que llevaba doblado en el hombro y dio con él un somero repaso a la madera pegajosa de la barra delante de Bean.

—¿Qué te pongo? —preguntó.

Bean se permitió un revoloteo de pestañas mientras examinaba la precaria selección.

—Un Jack doble y una botella de cerveza *light*, la que tengas —dijo.

Alzó los ojos para mirarlo con las patas de araña de rimel que llevaba en los ojos, pero él ya se había vuelto hacia la nevera. Tampoco le hubiera servido ni en caso de extrema necesidad, decidió al ver su espalda. Viejillo, el vientre blando, los ojos legañosos y rojos por el alcohol. Merecía algo mejor.

—Cinco cincuenta —dijo el hombre, al tiempo que deslizaba la botella y el vaso hasta ella por la barra.

Bean iba a sacar el efectivo que llevaba en el bolso, pero se detuvo y, en vez del dinero, sacó los cigarrillos.

—Apúntamelo —dijo.

El hombre se encogió de hombros y se alejó.

Un metálico solo de guitarra brotaba de la *jukebox* como un aullido mientras Bean se tomaba su copa, dejando que el alcohol le quemara al bajar por la garganta hasta que le resultaba insoportable y daba un trago a la cerveza aguada para apagar el fuego. La sala se difuminó agradablemente y Bean sonrió mientras giraba levemente en el taburete, con un codo desnudo apoyado en la barra pegajosa.

Había un grupo de mujeres apretujadas en un cubículo cerca del fondo; Bean solo alcanzaba a ver sus coronillas alzadas cada vez que chillaban de risa. Una copita al salir del trabajo. Conocía aquella sensación: el aturdido alivio de saberse licenciadas de la oficina durante toda la noche, la oleada de ánimo adolescente cuando la conversación gira en torno al sexo, la camaradería forjada en las trincheras y celebrada con unas copas, la sensación de que, como grupo, la mera supervivencia a la jornada de trabajo implicaba un logro memorable.

Junto a la *jukebox*, unas cuantas parejas habían improvisado una pista de baile entre algunas mesas. Bean las miró bailar un momento y luego echó un vistazo más allá.

La mesa de billar prometía. Un grupo de hombres de treinta y pocos jugaban (no muy bien, al parecer) una partida y se jugaban las cervezas. Uno de ellos llevaba traje con la corbata suelta y arremangado, pero los demás iban con camiseta y vaqueros. Ex atletas de cuerpos densos con rostros que antaño fueron bellos, ahora hinchados y tristes por el alcohol y las decepciones. Atrapados en aquellos pueblitos de un solo caballo, con sus mejores días ya pasados, exactamente en la situación en que no se encontraría jamás. Justo donde ella se encontraba ahora.

A Bean siempre se le habían dado bien los hombres. Había mujeres más guapas, listas, delgadas y divertidas, pero Bean tenía algo especial. Cuando apenas tenía doce o trece años acudió a algunas representaciones en Barney, donde atrajo las miradas de estudiantes de secundaria que —eso esperaba— se habrían horrorizado de haber sabido su verdadera edad. En cuanto descubrió cómo escaparse de casa los viernes y sábados por la noche para seguir los sonidos de la histeria y la cerveza, aprendió a coquetear entre la bruma del humo y el ruido, a besar sin hacer promesas, a pescar a un hombre y tirar del sedal desde el otro lado de la sala con una sola mirada.

Se llevó la cerveza a la boca, sostenida por el gollete con dos dedos, y se sacudió el pelo hacia atrás. El del traje serviría. Pidió por gestos otra copa y se la tragó antes de coger la cerveza y los cigarrillos, y desplazarse a una mesa alta más cerca de los jugadores de billar.

—Buen tiro —comentó cuando uno de los que llevaban camiseta tiró demasiado fuerte y mandó la bola fuera de la mesa de un salto hasta el suelo, por donde rodó para quedar bajo la silla de Bean.

—Perdón —dijo él mientras se arrodillaba para recogerla.

—Para nada. Me gustan los hombres arrodillados.

Él alzó de golpe la cabeza para mirarla, sorprendido, y luego sonrió.

—Eso tiene arreglo.

Bean no respondió, se limitó a sonreír y a beber un trago de cerveza, envolviendo el cuello de la botella con los labios. Él lanzó la bola al aire, casi falló al cogerla al vuelo y caminó de espaldas hacia la mesa.

—Tú también —asintió ella, rechazándolo.

Ahora la miraban también los demás, la recorrían con los ojos. Cruzó las piernas, liberó un zapato de tacón para que quedara colgando de los dedos y suspiró mientras encendía un cigarrillo. Pan comido. «Es un talento que tengo: fácil, fácil».

En la siguiente partida, el mismo hombre se dirigió a la barra y regresó con otra copa y una cerveza para ella.

—¿Te apuntas a una partida? —le propuso.

—Claro —contestó ella—. Siempre que no te importe perder.

Él se echó a reír mientras Bean se bajaba del taburete de un salto con una experta sacudida de cabello y le quitaba el taco de las manos.

Bean había bebido lo justo para que le resultara deliciosamente fácil representar su papel sin pensar: rozar al tipo del traje, apoyarse justo en su mesa, conseguir que alguno de ellos se ocupara de la molesta cuenta y le fuera renovando la bebida.

Pero entonces se coló por la puerta un golpe de aire caliente y entró una pandilla de niñas. Tal vez tuvieran más de veintiún años, pero desde luego eran niñas. El tinte demasiado ordinario, los peinados demasiado inflados, los pantalones demasiado cortos, el maquillaje demasiado grueso. Sin embargo, al contrario que Bean, estaban en el lado adecuado de la frontera de los treinta. Y, al contrario que ella, estaban dispuestas a hacerse las tontas y acercarse desde la barra a las mesas de billar, entre

risitas, bien atusaditas y posando. A Bean le pareció que el aire de la sala se espesaba y se atenuaban las luces al ver cómo los hombres iban girando sus cabezas de uno en uno, apartándose de ella, mostrándole que solo la habían usado para pasar el rato hasta que llegase algo mejor. Lo mismo que Bean con ellos. Se le hizo un nudo en la garganta y tragó con fuerza. ¿Se iba a ver obligada a pelear? ¿Nunca había tenido que pelear para reclamar la atención y ahora se vería obligada a hacerlo por aquellos hombres que ni siquiera parecían merecerlo?

—Señoras —dijo el hombre que se había acercado primero a Bean, con un ronroneo en la voz—. ¿Se apuntan?

Los hombres que pululaban por la mesa de billar se habían vuelto simiescos y boquiabiertos, todos con sus botellas de cerveza colgando de las manos, los tacos de billar apoyados en la pared y contra las mesas mientras admiraban el despliegue de carne fresca que tenían delante. Bean sintió que iba replegándose sobre sí misma, como una grulla de papiroflexia.

Las chicas intercambiaron una mirada para consultarse, como suelen hacer las de esa edad, como si necesitaran llegar siempre a un acuerdo telepático para hacer hasta el más mínimo gesto.

—¡Ni siquiera sabemos jugar! —chilló una.

Las demás empezaron de nuevo con las risitas.

—Vaya rollo —dijo Bean.

Caminó hasta la pared, repasó el taco con un bloque de tiza, pasando la mano por la madera con gestos firmes y expertos, y luego sopló suavemente, poniendo los labios como era de esperar. Los hombres la ignoraron. Una de las chicas le dirigió una mirada compasiva y Bean contuvo la respiración al entender —ella misma había tenido el atrevimiento de mirar así una o dos veces a alguien— que aquella chica se sentía tan segura en la nada meritoria belleza de la juventud que se podía permitir el lujo de sentir compasión por alguien como Bean. Y en vez de sentirse superior Bean se sentía equivocada, como si su esfuerzo, su ropa y su edad resultaran excesivos. Las ganas de luchar que le quedaban por dentro se evaporaron, como agua echada al fuego.

—Nosotros os enseñamos —dijo uno de los hombres.

Bean vio cómo inflaban los pechos, orgullosos como pavos, solo de pensar que podrían salvar a aquellas mujeres desesperadas de los peligros de las viciadas mesas de billar.

Hubo un rumor de actividad mientras las chicas bailoteaban de un lado a otro, fingiendo ignorar qué extremo del taco debían usar, y los hombres iban cayendo junto a ellas, intercambiando parejas como si todos ejecutaran un complejo baile colectivo con algún miembro ausente hasta que todo encajó. Una de las chicas tropezó con Bean y la empujó contra el borde de la mesa.

—¿Volvemos a empezar? —sugirió uno de los chicos.

Bean, que iba ganando la última partida con su compañero, refrenó el afán de

darle en la cabeza con el taco de billar. Miró a su compañero para ver si apoyaría su queja, pero parecía estar a punto de zambullirse de cabeza en el escote de una de las risueñas. Bean retorció el cuerpo, apoyó una mano en la cadera ladeada; nada. Sacudió la melena; ninguna respuesta. Uno de los hombres se inclinó hacia delante y murmuró algo al oído de su acompañante. Ella soltó un chillido de risa y él se echó hacia atrás para terminarse la cerveza de un trago, aparentemente complacido.

—Vale —dijo Bean, y se apartó nuevamente de la mesa. Uno de los hombres dio un paso adelante y colocó las bolas para empezar.

Ella se escondió en la penumbra, tanteando en busca de su vaso con una mano mientras contemplaba el juego que se iba desarrollando ante sus ojos. Se lo bebió de un trago, sin saborear siquiera el líquido amargo, pero el murmullo del bar se atenuó y le pareció verlo todo como a través de un túnel. En la oscuridad, junto a la pared, se sintió como si acabara de abandonar el escenario para sumarse al público. Porque no cabía la menor duda: eso era lo que estaba ocurriendo. No estaba esperando entre bambalinas la oportunidad de regresar a la escena. La habían sustituido por un grupo de becarias muy inferiores a ella: mujeres más ruidosas y estúpidas y feas y vulgares, pero indiscutiblemente más jóvenes.

El alcohol se le amargó en las tripas y se dio cuenta de que ahora tenía que encontrar el modo de volver a casa, pues estaba claro que no se iba a quedar ni con el más alfeñique de aquella basura de hombres. Esa noche no. Y, aunque Bean no era de las que suelen huir de los desafíos, veía cómo iba a acabar la cosa y no le gustaba nada la imagen de ella misma luchando contra aquellas niñas tontas por unos hombres que no lo merecían. Le quedaba tan poca dignidad en la vida que no quería malgastarla con ellos.

Como los hombres le habían pagado la cuenta, Bean pidió al camarero que le llamara un taxi y se fue a esperar en el aparcamiento, sentada en el capó de su coche y fumando un cigarrillo tras otro mientras la gente iba saliendo del bar a medida que la noche avanzaba y se le iban agotando las esperanzas.

¿Qué significado tenía eso para ella? ¿Qué se hace cuando ya no eres tú a la que miran? ¿Cuando hay mujeres menos bellas, menos inteligentes, menos versadas en el arte de la caza, pero capaces aun así de ganarte simplemente por su fecha de nacimiento?

Llegó el taxi y Bean tiró el cigarro a la gravilla. Apoyó la cabeza en la ventanilla, fría por el aire acondicionado contra el calor de la noche. ¿Qué iba a hacer? ¿Quién podía ser si ya no era Bianca? ¿Quién querría a Bean? Se sintió cruelmente sobria, tanto que hasta podría haber conducido de vuelta a casa, y lamentó que el poco dinero que le quedaba sirviera para pagar el trayecto, aparte de que por la mañana se vería obligada a pedir a alguien que la llevara de vuelta al escenario de su humillación para recuperar el coche. Un desperdicio. Toda la noche, toda su vida. Un desperdicio.

—Levántate —ordenó Rose a Bean. Dio una patada a la cama por si fuera poco—. Arriba, dormilona.



—Por Dios, Rose —gimió Bean—. No son ni las siete. Cállate, joder.

Se le metió entre los labios secos un mechón de pelo y se lo apartó antes de darse la vuelta para volver a enterrar la cabeza en la almohada.

—Mamá tiene cita en Columbus a las ocho. Salimos dentro de quince minutos.

—Perfecto. Largo.

Rose abrió las fosas nasales en un aleteo y apoyó los puños en las caderas mientras fulminaba con su mirada la colcha amontonada encima de Bean. Estaba claro que había sido ella la encargada de poner tan fuerte el aire acondicionado la noche anterior, enterrada como estaba bajo un edredón de plumas. En junio. Por pura maldad, alargó una mano y le quitó las sábanas a Bean, quien protestó con un aullido y las recuperó de un tirón.

—Tu madre está enferma, rata egoísta. Anoche te conté que iríamos a la última ronda de quimio y me dijiste que vendrías.

—¿Eso dije? —preguntó Bean con curiosidad, echando un vistazo a la silueta de Rose, que relucía contra la luz del sol.

Parecía muy impropio de ella haber accedido a algo así. Y, sinceramente, no lo recordaba. Desde la noche del bar se había acostumbrado a alcanzar el sueño bebiendo, y la noche anterior se había mareado un poco después de terminarse una botella de vino que había encontrado en la nevera. Tal vez había accedido en uno de esos momentos de alegría de borrachera. O era más probable que hubiese estado dispuesta a aceptar lo que fuera con tal de que Rose se callara rápido.

—Sí, lo dijiste. Y ahora, si su alteza tiene la amabilidad de vestirse, podremos irnos. ¿Es que no basta con que los prepare a ellos? ¿Ahora también tengo que preocuparme por ti?

—Ya voy —dijo Bean mientras apartaba las sábanas para sentarse—. Ya voy.

El añadido de «zorra» al final de la frase se daba por hecho.

Nuestros padres se pasaron todo el trayecto escuchando la radio mientras Rose, sentada detrás, se agitaba sin parar y Bean se marinaba en los vapores del alcohol que le salía por los poros y se esforzaba por no vomitar. La pasta de dientes había servido para disimular el aliento, pero no para la deshidratada jaqueca matutina del vino blanco, y el sabor mentolado en la lengua inflada hacía que se le atascara la garganta.

Una vez dentro del hospital, Rose dirigió el desfile. Bean se desvió hacia un carrito de café y Rose la metió en la fila de un tirón. Bean se fijó en cómo caminaban juntos nuestros padres, con el compás de los que llevan mucho tiempo formando una pareja. Nuestro padre es dos o tres centímetros más bajo que nuestra madre, lleva el pelo entrecruzado de gris y la barba, bien recortada, también de un tono respetablemente entrecano. Ella siempre apoya en él un brazo al caminar y él usa la mano libre para reacomodarse las gafas unas mil veces; los pasos perfectamente sincronizados, con cada uno de la zancada del otro. Al llegar a las puertas de la clínica ambulatoria, Rose se detuvo y los hizo entrar a ellos solos. Cuando se deslizó la puerta, nuestro padre se dio la vuelta y besó a nuestra madre justo por debajo de la

línea trazada por el pañuelo que llevaba en la frente. Ella aceptó su ternura como una bendición.

—¿Nosotras no entramos? —preguntó Bean.

Había encontrado los últimos caramelos de menta de un paquete y se echó a la boca uno que solo llevaba enganchada una pelusilla. Le dio un bocado de firmes mandíbulas y sonrió al ver que Rose fruncía el ceño.

—Solo se permite un acompañante. No sobra sitio. Esperaremos fuera.

—¿No podemos entrar? ¿Y entonces para qué diablos hemos venido?

—Apoyo moral.

Rose se echó el bolso al hombro y dio media vuelta para dirigirse a la sala de espera.

—Yo hubiera sido un buen apoyo moral en casa —refunfuñó Bean en voz baja, aunque siguió a su hermana y se consiguió un café por el camino—. ¿Cuánto rato será? —preguntó mientras se sentaba a su lado.

Rose miró el reloj.

—Saldremos de aquí hacia las doce, diría yo. Primero han de analizar la sangre, luego los de farmacia han de preparar el tratamiento y después la quimio en sí misma tarda unas horas.

Sacó un libro del bolso y lo abrió en una clara indirecta.

—¿Y ellos qué hacen?

—Normalmente él le lee. Habrás traído un libro, ¿no?

Bean metió una mano en el bolso y sacó un grueso volumen de bolsillo con las cubiertas prendidas apenas de una esquina. Rose meneó la cabeza y se volvió para concentrarse en su libro. Dentro, nuestra madre se iba a sentar en un sillón reclinable de un perdonable vinilo hospitalario mientras un tubo inoculaba gota a gota una benévola ponzoña en sus venas y nuestro padre, con sus gafas de cerca asentadas en el puente de la nariz, leía para ella.

¿Cómo explicar lo que significaban para nuestra familia los libros, la lectura, el regalo de las bibliotecas, las páginas? Incluso cuando íbamos a la Coop —una escuela minúscula llevada a modo de cooperativa por los propios profesores, refugio para familias demasiado intelectuales— nosotras éramos distintas. «¿Cómo que no veis la tele?», le preguntó a Bean una niña. Era nueva, sus padres eran profesores invitados que entraban y salían en un mismo curso, una estada tan breve que Bean ni siquiera recuerda cómo se llamaba la hija. Solo recuerda que tenía un ceño extrañamente arrugado en muestra de su radical y completa incapacidad de comprender la mera idea de una vida con semejante carencia.

Pero para nosotras no era una carencia. Era una abundancia. Para Rose era una vida en la que, tras nuestro viaje semanal a la biblioteca, despejaba la superficie de su tocador y ordenaba las lecturas de la semana, disponiendo los libros apoyados por los lomos, con las páginas abiertas en abanico para que soltaran resoplidos de texto al aire. Una de sus amigas, una chiquilla con los ojos azules muy hundidos y piel

apergaminada, seguía el mismo ritual para ordenar las joyas de sus disfraces de vez en cuando; Rose entendió la metáfora ya a esa edad un día en la habitación de su amiga, toda de mimbre blanco, al ver el brillo de la bisutería, que le pareció comparativamente apagado. Para Bean era una vida en la que el glamour y la individualidad que buscaba estaban a vuelta de página. Para Cordy, siempre levemente distante por mucha gente que la rodeara y cloqueara para llamar su atención, era una vida en la que podía retirarse y estar a solas, y aun así transportarse a otros lugares.

En el internado, cuando se hizo claro que los demás podían pensar que había cosas más interesantes que hacer, cuando se hizo evidente que los únicos libros que podían decorar una habitación eran los de texto, gruesos, caros y sin más valor que el que pudiera obtenerse al revenderlos a fin de curso, nos vimos obligadas a escoger. Rose, que nunca había prestado atención a las exigencias de los chulitos, siguió leyendo y su única concesión fue escoger una habitación para ella sola después del primer curso, aunque es probable que se debiera más a su inclinación por la limpieza que al miedo a ser desenmascarada como lectora. Bean se pasaba las tardes en la biblioteca, pues había descubierto la sala de los clásicos, llena de enormes sillones y otomanas de piel, con las paredes recubiertas de libros en los que podía adentrarse para escapar. Cordy, tan poco consciente de las convenciones como Rose, pero sin llevar el estigma por todas partes, leía en cualquier lugar: de camino a clase, durante la misma, en el patio mientras los frisbees giraban sobre su cabeza, en la cama por la noche mientras su compañera de habitación y sus amigas jugaban a cartas en el suelo, y una vez junto a la ventana de un sótano en una fiesta cervecera, donde apenas tenía la luz suficiente de una farola para ir pasando páginas. La diferencia entre Rose y Cordy, en ese aspecto, era que aquella, si alguien la interrumpía, respondía fulminando al culpable con una mirada ceñuda, mantenía el libro abierto y contestaba con brusquedad hasta que una pausa en la conversación le permitiera entrar de nuevo en el libro de sus regocijos. Cordy cerraba el libro, o lo soltaba abierto bocabajo de golpe, y se sumaba al jaleo.

En Nueva York, Bean tomaba el metro porque le concedía tiempo para leer, sin preguntas pero no sin distracciones —los *frotones*, los que leían por encima de su hombro, los pedigüeños, los metomentodo con opiniones para dar y vender—, aunque aprendió enseguida a deshacerse con facilidad de todos ellos sin dejar de repasar la página con un ojo. Recordaba que uno de sus novios le había preguntado, como quien no quiere la cosa, cuántos libros leía al año.

—Unos cientos —había contestado Bean.

—¿De dónde sacas el tiempo? —había preguntado él, patidifuso.

Ella entrecerró los ojos y pensó en el abanico de posibles respuestas que se le ofrecía. ¿Por qué no me paso las horas zapeando en la tele por cable y quejándome de que no dan nada? ¿Por qué no lleno los domingos enteros con bustos parlantes que solo saben de la previa, el partido y el pospartido? ¿Por qué no me paso todas las

noches bebiendo cervezas demasiado caras y concursando con otros mantenidos para ver quién la tiene más larga? ¿Por qué, cuando me toca hacer cola en el gimnasio, en el tren, a la hora de comer, no me dedico a quejarme por la espera / a mirar el espacio vacío / a admirarme en todas las superficies reflectantes disponibles? ¡Leo!

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros.

No os sorprenderá saber que esa conversación fue el detonante final de su ruptura, pues entonces fue cuando se dio cuenta de que aquella emoción atribuida a la posibilidad de que él no le gustara demasiado significaba en realidad que no le gustaba nada de nada. Pese a su dinero y sus pintas y todos los atributos que, sobre el papel, poseía, no era un lector y... Bueno, limitémonos a decir que esa es la clase de estupidez con la que no transigimos.

Bean no empezó a asimilar lo que de verdad significaba la enfermedad de nuestra madre hasta el tercer día de quimioterapia. A nuestra madre le dolía todo. Tenía frío, pero el tacto de las mantas en la piel le resultaba áspero y pesado. La mínima rendija de luz que se colara por las cortinas la obligaba a volver la cabeza, como si cortara la delicada piel de sus párpados con la precisión de un escalpelo. Se aburría, pero si le leíamos algo le daba dolor de cabeza y nos pedía que parásemos. Se sentía sola y nos llamaba para que le hiciéramos compañía, pero luego nos pedía que nos fuéramos, como si nuestra presencia le dificultase la respiración. Vomitaba y luego pedía comida y vomitaba de nuevo. Bean caminaba de un lado a otro por el pasillo, junto a la puerta de la habitación de nuestros padres, entrando y saliendo según fueran cambiando las peticiones.

Rose meneaba la cabeza y apretaba los labios hasta convertirlos en una fina línea. Atacó con un dedo la burbuja de jabón que se alzaba desde el fregadero y contempló cómo se reventaba bajo la luz del sol.

—Esto va mal. Había leído que durante el tratamiento empeoran, pero no me esperaba esto.

—No soporto no poder ayudarla. ¿Cuánto va a durar?

—Suele ser solo un par de días; quizás esta vez, como está tan mal, sea algo más largo. Tengo que llamar al médico y preguntar. Y luego pasará otros cuantos días muy cansada. Tiene hora pedida para que comprueben el tamaño del tumor y luego planificarán la operación.

Seguimos lavando y secando los platos durante unos minutos, en un incómodo silencio. Fuera seguían los sonidos del verano: el zumbido de las abejas, los gritos de los niños al salir del colegio, el barrido circular de un aspersor. Parecía cruel y erróneo que hubiera tanta felicidad en el mundo en ese momento.

—¿Se va a morir? —preguntó Bean, insegura.

Le temblaba un poco la voz y se quedó mirando fijamente el plato que tenía en la mano, viendo cómo se desvanecían las vetas de humedad.

Rose cerró de golpe el grifo.

—No digas eso. Ni lo digas. Se va a curar.

—Pero...

—Nada. —Rose alzó una mano, con los dedos arrugados y blancos de tanta agua. Se negaba a mirar a Bean a los ojos—. No podemos ni pensarlo. Da mala suerte.

Bean no dijo nada. Terminó de secar, guardó los últimos platos y luego desapareció hacia la sala de estar.

Rose subió al piso de arriba y echó un vistazo hacia la puerta de la habitación de nuestros padres para atisbar la difusa figura de nuestra madre, tumbada en la cama. Dormía: Rose alcanzó a oír el susurro regular de su respiración. De pequeñas, cuando teníamos pesadillas, nos colábamos en el cuarto de nuestros padres y suplicábamos que nos dejaran dormir en su cama. Nuestra madre no solía acceder: normalmente nos llevaba de vuelta a nuestras camas y nos daba un beso por toda protección contra la oscuridad. Ahora se movió apenas un poco, dormida con la boca abierta, y Rose sintió la necesidad acuciante de colarse en la cama junto a ella. En vez de hacerlo, se alejó por el pasillo de puntillas y bajó la escalera. Bean había recuperado su posición en el sofá, con un libro agarrado holgadamente entre los dedos. En el suelo, a su lado, había un vaso de agua que acababa de tirar.

Una furia impotente se asentó en la garganta de Rose:

—Bean, mira lo que acabas de hacer.

Esta inclinó la cabeza ligeramente para poder ver por encima del borde del sofá. Movié una mano lo justo para poner el vaso en pie y regresó al libro.

Con gran retumbar de pasos, Rose se metió en la cocina y volvió con un trapo. De rodillas, frotó el agua del suelo y luego, con menos éxito, los arroyuelos de líquido que ya empapaban los bordes de la moqueta.

—Solo es agua, Rose. Relájate.

Bean se mordisqueó una uña con los incisivos. Al quitarse la pintura había desvelado la fragilidad de las uñas, que se replegaban sobre sí mismas y rasgaban la piel de tal manera que siempre tenía las puntas de los dedos ensangrentadas e inflamadas.

—El agua provoca catástrofes, Bean.

Rose terminó de pasar el trapo y se levantó. Reprimió la tentación de tirar el trapo mojado a la cara de nuestra hermana, perfectamente maquillada, para demostrarle que tenía razón. Bean alzó la mirada hacia ella y luego la despachó con un ademán despectivo.

—Lárgate —dijo.

Echó una pierna por encima del respaldo del sofá y se enfrascó de nuevo en el libro.

—Eres insoportable. ¿Te haces una idea de cómo sería la vida por aquí si yo no estuviera?

—Sería mucho más tranquila, eso seguro —respondió Bean.

Atacó otra uña con los dientes, arrancó a mordiscos el blanco y lo escupió por el aire.

—Aquí todo lo hago yo. Todo.

Bean suspiró y dejó el libro apoyado en su pecho.

—Y eso es justamente lo que te gusta. Vale, ¿quieres hablar de lo que te preocupa de verdad, o prefieres callarte de una puta vez y dejarme leer?

—Lo que me preocupa de verdad es que hayas vuelto de esta manera y que lo des todo por hecho, como si estuviéramos a tu servicio. Sales toda la noche y nadie dice ni una palabra. Y ya estoy harta de ir corriendo por todas partes como Cenicienta, recogiendo todo lo que tú ensucias.

—Nadie te impide salir, Rose. Ve adonde quieras. Eres libre y tienes más de veintiún años.

—Vale. Entonces me iré a Inglaterra a vivir con Jonathan. ¿Qué te parece?

—Por mí, bien.

Bean se encogió de hombros. Levantó su melena para poderla esparcir por encima del brazo del sofá, como Ofelia ahogada en el arroyo. Rose se sentó con el trapo húmedo todavía entre las manos.

—No seas estúpida. He de estar aquí para cuidar de mamá.

—Ya sabes que hay gente que se dedica a eso. A mí me gusta llamarlos médicos.

—No me refiero a eso.

—Vale. Entonces, ¿qué te parece? —Bean se incorporó y dejó el libro a un lado. Rose dio un respingo al ver que el lomo quedaba forzado y las páginas abiertas como alas de pájaro—, ¿qué te parece si te quedas aquí hasta que mamá termine el tratamiento y luego te vas a Inglaterra y adonde Jonathan quiera ir?

—Tengo un trabajo. No puedo dejarlo de cualquier manera.

—¿A Jonathan le pagan un sueldo?

—Claro.

—¿Le dan alojamiento?

—En Oxford, sí. Pero en su siguiente destino vete a saber.

—Entonces no necesitas trabajar.

—Puede que te sorprenda, Bean, pero no todo el mundo trabaja solo por el dinero.

—Claro que sí. Por eso lo llaman trabajar. Si nos pagaran solo por estar sentadas y conservar buen aspecto, le darían un nombre totalmente distinto.

—No quiero ser la clase de persona que no trabaja. No quiero ser un ama de casa. No quiero ser como...

Rose se censuró, pero la frase quedó colgada en el aire y Bean se abalanzó.

—¿No quieres ser como mamá? Puede que te sorprenda, Rose, pero estoy bastante segura de que mamá podría haber trabajado si hubiese querido. No es que papá la tuviera encerrada en una especie de mazmorra de los tiempos en que las mujeres no votaban. Además, no estoy sugiriendo que no vuelvas a trabajar. Digo que en este mismo instante no tienes que preocuparte por eso. A mucha gente le encantaría estar en esa situación. A mí, por ejemplo.

—No veo que salgas corriendo precisamente a buscar trabajo.

—Estoy calentando motores.

Rose se enfurruñó y miró por la ventana. La tarde se iba cubriendo de nubes grises. Se acercaba una tormenta. Apretó las manos y luego tiró de los dedos uno por uno, estirando los músculos, mientras su mente repasaba el futuro. Si planificaba su marcha para cuando nuestra madre se encontrase mejor, parecería que no le importaba, como si viera el encontronazo de nuestra madre con la muerte como un retraso inconveniente de sus propios planes. ¿Qué clase de hija —de persona— pensaría así? ¿Y si planificaba su marcha y luego nuestra madre no mejoraba? ¿Y si resultaba que se quedaba sentada, con el billete de avión en la mano, esperando que se muriese?

—¿Y si no se cura?

—Tú misma has dicho que da mala suerte mencionarlo.

—Ya lo sé. Pero no puedo evitar pensarlo.

—No te pongas tan dramática, Rosie. Solo estaba hablando. No va a pasar.

Bean recuperó el libro y Rose siguió toqueteándose los dedos con actitud nerviosa un rato más, hasta que aquella dejó el ejemplar y le dedicó una mirada larga y dura. Aquella sensación de incomodidad no era propia de Rose y la ponía un poco nerviosa.

—¿Qué haré? ¿Qué haré si se muere? —preguntó Rose.

Hablaba tan bajito que las palabras parecían desaparecer en el aire. Bean suspiró.

—Si te quedara algo de cerebro, dejarías el trabajo y te irías a Inglaterra para estar con Jonathan. ¿Te das cuenta de lo que está pasando?

—No.

—Entonces te has quedado sin excusas. Lo que pase o deje de pasar con mamá no significa absolutamente nada de cara a tu futuro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, querida hermana, que lo único que te retiene aquí eres tú misma.

## Cinco

En su sueño, Rose estaba sentada en el asiento trasero del coche de Jonathan, que bajaba por la autopista, con los árboles circulando a su lado en un verdor difuso. No había asiento delantero ni conductor y ella movía los dedos como insectos, tendiendo desesperadamente la mano hacia delante con la intención de agarrar el volante y los pedales. Al mirar por el parabrisas hacia la carretera, todo se veía oscuro y borroso. El coche iba cada vez más y más rápido, y Rose volvía a intentarlo, pero sus manos seguían cayendo en un espacio vacío por mucho que retorciera el cuerpo.

La despertó de golpe un trueno tan estruendoso que hizo vibrar los cristales de las ventanas y se sentó en la cama, palpándose el corazón sobresaltado con una mano. «Calma, Rose, calma», pensó mientras inspiraba y espiraba lentamente, adentro por la nariz, afuera por la boca, profundas respiraciones de yoga que tranquilizaban su mente y sacaban su corazón de aquella carrera de caballos que había emprendido.

Llevaba más de un año tomando clases de yoga de una mujer de edad parecida a la de nuestra madre, con un pelo plateado brillante y un cuerpo suave y ágil que combinaba la calidez de una abuela con la musculatura de una atleta. La instructora, Carol, parecía sentirse tan cómoda en su propia piel que Rose había empezado a sentir lo mismo, ella que escondía su cuerpo bajo camisetas sueltas que le llegaban hasta las rodillas por encima de unos pantalones de hechura amplia, pese a que le restringían los movimientos.

Los antepasados de nuestra madre eran rusos, o más o menos, de esa parte pequeña de Polonia anexionada tantas veces por tantos conquistadores distintos que habían renunciado por completo a su nacionalidad y habían dejado de preocuparse por los gentilicios. Éramos de lo que podría considerarse terca sangre campesina, hechas para la granja, para el ganado, para el trabajo. Rose envidiaba la elegancia de Carol, y sus estrechas caderas, cuando veía cómo iba pasando de una postura a la siguiente, pero, tras un tiempo, descubrió que aquellas piernas que tanto había odiado le permitían hacer las mismas cosas que ella. Ese período había coincidido con el sexo más apasionado que jamás tuvo con cualquiera, Jonathan incluido, y muchas veces se preguntaba si no habría accedido a casarse precisamente por el yoga. Le había hecho sentirse bella, lujuriosa, maleable.

Pero entonces, hacía unos pocos meses, Carol había anunciado que ella y su marido se retiraban nada menos que a Florida y a Rose le aterró la instructora nueva, una rubia desteñida que se llamaba Heidi y llevaba taconcitos con los pantalones de yoga. Heidi llegó para dar su primera clase y subió la calefacción unos quince grados, de modo que Rose se encontró con la cara roja y sudando, patosa en un espacio que antes había aprendido a encontrar tan agradable. A medida que Heidi se fue



moviendo por la clase, corrigiendo repetidamente las posturas de Rose, esta empezó a sentir que el corazón le pesaba y que le faltaba el aire. Al final agarró su colchoneta y embutió los pies, hinchados de tanto calor, en las zapatillas.

—¿Te vas, querida?

Se lo preguntó al tiempo que se acercaba a ella y apoyaba unos dedos gélidos en su piel enfebrecida. Miró a Rose compasivamente, como si desde el principio hubiera sabido que no iba a ser capaz de terminar.

Rose asintió, pestañeó para retener las lágrimas y huyó.

No regresó. Notaba la diferencia en su cuerpo, la tensión en los músculos que antes eran flexibles, los fallos en el ritmo cardíaco más frecuentes, pero ni siquiera se planteaba regresar a un fracaso tan doloroso.

Sin embargo, se dio cuenta de que la respiración todavía funcionaba y comprobó una vez más el ritmo del corazón con la palma de la mano antes de apartar las sábanas de un empujón, deslizar las piernas a un lado y sentarse un momento antes de levantarse de un salto, pese a la queja del colchón. Le crujieron las rodillas —un recordatorio sonoro de su imparable descenso a los cuarenta— y se movió con cautela hasta que los músculos entraron en calor. Avanzó por el pasillo hacia la escalera. Estaba segura de que nuestros padres seguirían durmiendo por mucho ruido que hiciera, pero no quería despertar a Bean, que dormía en el cuarto contiguo.

Estaba ya casi en la cocina, guiada por la luz que nuestra madre siempre dejaba encendida en el fregadero, cuando oyó que la rejilla exterior se abría de golpe y luego sonó el tintineo del pomo de la puerta. Con el corazón de nuevo sobresaltado por la adrenalina, Rose se plantó de un salto ante la puerta y echó un vistazo para ver quién era el intruso. Fuera, un coche dio un acelerón y se fue rasgando la noche justo antes de que el estallido de otro trueno enterrase su ruido.

La luz de las farolas que había al pie de la escalera de entrada iluminaba a Cordy por detrás, transformándola en una silueta oscura que olía a lluvia y a hierba fresca.

—Hola, Rose —dijo mientras entraba, como si para ella llegar a casa a las dos de la madrugada fuera lo más natural y tampoco le resultara extraño que Rose la recibiera junto a la puerta.

La última vez que había visto a Cordy tenía el pelo negro y llevaba la falda escocesa del uniforme escolar con un montón de camisetas que se iban turnando. Esa noche, el cabello había vuelto al moreno oscuro que tenemos todas. Llevaba una camiseta blanca suelta y estampada con mangas abombadas, salpicada de gruesas gotas de lluvia, y una falda larga de retales. Portaba una bolsa de viaje ajada en una mano y una funda de guitarra repleta de adhesivos en la otra, como una *neohippie* recién enviada por una agencia de casting.

Pues ya estaba. Todas de nuevo en casa, tal como había deseado Rose. Y, aunque en el futuro habría de lamentar con frecuencia ese deseo, al menos ya no se le caería la casa encima. Suspiró.

—Hola, Cordy —dijo.

Esta cerró la puerta de una patada, sin importarle el ruido, soltó el bolso y la guitarra, se sacudió las sandalias y luego las pisó al acercarse a darle un abrazo a Rose, que le devolvió el gesto a nuestra hermana pequeña. Notaba los omóplatos de Cordy como alitas a través del algodón fino y húmedo de la camiseta. Cuando rompió el abrazo, el olor del sudor de su hermana se le quedó pegado en la bata.

—Me iba a preparar algo de comer. ¿Tienes hambre?

—Canina —dijo Cordy, al tiempo que entraba en la cocina. Cogió una de las perpetuas chaquetas de punto de mamá, que estaba colgada del respaldo de la silla más cercana, y se la echó por encima para calentarse un poco—. Qué locura de lluvia. En la 301 no veíamos nada.

—¿Quién te ha traído? —preguntó Rose.

—Un amigo, Max. Va lanzado al Salón de la Fama del Rock and Roll.

Lo dijo de tal manera que no se sabía si quería decir que Max se dirigía al edificio monumental de Cleveland o si esperaba que algún día lo admitieran en él. Cordy abrió la nevera de golpe y la luz azulada de su interior puso en evidencia sus rasgos delgados y demacrados.

—Así que le dije: «Oye, van a raptar a mi hermana. ¿Me llevas?»

—No hay boda hasta diciembre —dijo Rose mientras sacaba un vaso del armario y metía una mano en la nevera por delante de Cordy para coger la leche—. Te has adelantado unos seis meses.

Cordy retiró el papel de aluminio que cubría una bandeja y atisbó un par de mazorcas de maíz. Cogió una y empezó a comérsela fría.

—¿Quieres que te la caliente? —se ofreció Rose.

—No —contestó Cordy. Tenía trocitos de maíz entre los dientes y un grano entero en una comisura, y Rose reprimió el afán de limpiárselo—. Estaba un poco harta de viajar, ¿sabes?, y también está lo de mamá y eso. He pensado que igual podía echar una mano. —Se encogió de hombros—. Además, ¿acaso tengo algo mejor que hacer?

Se rio. A Rose le sorprendió lo amarga que sonaba su risa.

—Me alegro de que hayas venido —dijo tras una pausa—. Bean también está aquí.

—Mmm. ¿Qué tal está? —preguntó Cordy, mascando maíz con la boca llena. Se iba comiendo la mazorca en pequeños círculos, como siempre había hecho, pese a que todos los demás de la familia las vaciábamos en línea recta.

—La verdad es que no lo sé. No hemos hablado mucho. Parece que está bien. Como siempre.

—Qué raro, ¿no? —Cordy se terminó la mazorca y la sostuvo delicadamente con dos dedos mientras caminaba hacia la cesta de basura orgánica para tirarla—. Estar todas juntas en casa.

Se acercó a la mesa y se sentó con un pie en el borde de la silla y la pierna plegada cerca del cuerpo, como un osito de peluche, un objeto reconfortante. En uno de los parches de la falda tenía un desgarrón.

—Sí que es raro —accedió Rose.

—¿Es verdad que Jonathan está en Inglaterra? Vaya rollo. —Cordy se iba sacando los granos de maíz que se le habían quedado prendidos en los dientes y los examinaba de uno en uno en la punta del dedo antes de volvérselos a tragar. Rose le agarró la mano y la detuvo. Cordy se pasó la lengua por los dientes y luego sonrió—. Da igual, ya los he pillado todos. —Rose se fijó en la suciedad de las uñas y en el brillo grasiento del cabello—. Bueno, ¿y cómo está mamá, por cierto?

Rose se obligó a no poner los ojos en blanco. «Por cierto», como si se le hubiera ocurrido de repente. Qué grato ser Cordy, dar por hecho que todo acabaría bien, dejar que fueran los demás quienes vigilaran los peligros.

—Va tirando. Le están dando quimioterapia para intentar encoger el tumor antes de operar. Recibió el tratamiento hace un par de días, así que apenas empieza a recuperarse. Estará bastante cansada, así que no le des importancia, ¿vale?

Cordy se lo pensó un momento.

—Vale —dijo al fin—. Bueno, estoy lista para acostarme. ¿Y tú?

Rose meneó la cabeza. Era típico de Cordy: solo se interesaba por sí misma. Se acabó la leche, caminó con pasos suaves hasta la encimera, enjuagó su vaso y lo dejó en el escurrerplatos.

—Te llevo la bolsa.

Rose echó a andar con el bolso húmedo de lana verde militar echado a la espalda, donde fue empapando la fina tela de la bata. Cordy la siguió, golpeando animosamente con el brazo de la funda de la guitarra cuanto objeto se le pusiera por delante.

—Uy —repetía—. Uy.

Rose abrió la puerta del dormitorio de Cordy y entró. Por alguna razón, esta nunca la había redecorado al hacerse mayor, al contrario que sus hermanas, y seguía siendo la habitación de una niña: rosa y blanca, con cintas y lazos. Cordy había cambiado de aspecto mil veces, pero su habitación permanecía igual.

Cordy entró, se quitó la falda por los pies y se tiró en la cama sin más que la ropa interior y la blusa. Con una leve repulsión, Rose se fijó en que tenía vello en las piernas y las plantas de los pies negras.

—Buenas noches —dijo.

Cerró los ojos, lista para caer dormida. Rose esperó un instante, a punto de decirle que se lavara los dientes, o la cara, o cualquier otro recordatorio maternal propio de la hora de acostarse. Pero se lo pensó mejor.

De momento la dejaría dormir.

—«Buenas noches, dulce príncipe» —dijo al fin, y cerró la puerta al rostro ya vacío de Cordy.

Nuestro padre y Rose habían llevado a nuestra madre a la revisión para que le midieran el tumor, así que Bean, al despertarse, tuvo que salir a recoger el periódico para poderlo leer mientras desayunaba. Como la banderita del buzón estaba bajada —

nos habían traído el correo atrozmente pronto—, recogió también las cartas y, de vuelta a casa, echó un vistazo a los sobres.

Había uno grueso y acolchado de Nueva York dirigido a ella. Reconoció la caligrafía inexperta de Daisy, su excompañera de piso, de comportamiento pasivo agresivo.

Rasgó el sobre, soltó el periódico y las demás cartas en la mesa y metió una mano dentro. Había un montón de sobres pequeños, todos remitidos a su piso de Nueva York, un par de invitaciones de boda, dos postales que la invitaban a inauguraciones en galerías de arte y lo que tanto temía: facturas; al menos una docena. Tarjetas de crédito, todas con el límite superado, todas con intereses propios de usureros.

Y, al final de la pila, una nota de Daisy en una de sus hojas de escritorio con sello propio, tan típicas de una señorita del sur. Contenía una lista detallada de lo que debía a sus antiguas compañeras de piso: alquiler, electricidad, agua. Al ver la suma al final de la lista, tragó saliva con fuerza.

Bean se había ido a propósito sin dejar una dirección, pero estaba claro que habían bastado los limitados conocimientos de escuela de señoritas de Daisy para seguirle la pista, lo cual implicaba que las empresas de las tarjetas de crédito no tardarían en llegar.

Durante demasiado tiempo había mantenido el hábito de negarse a abrir las facturas, como si al ignorar las cifras exactas de lo que debía, estas se volvieran menores o, con mucha suerte, inexistentes.

Por desgracia, no había resultado ser la mejor estrategia.

Bean pensó en la fealdad que contenían aquellos sobres. Pensó en cómo se habían apartado de ella los hombres en el bar cuando entraron las chicas. Pensó en los días vacíos que había pasado en casa hasta el momento, en todos los días vacíos que se le desplegaban por delante. Pensó en cómo nuestra madre se desplomaba sobre la almohada después de perder otra batalla con la náusea, sin aliento, lívida y llagada, con manchones violetas alrededor de los ojos. Pensó en el sacerdote que le había preguntado si iría a la iglesia.

Se sentó a la mesa y abrió lentamente el primer sobre.

Cordy dormía hasta tarde y solo se despertaba cuando los ruidos de la casa y la insistente luz del sol se volvían tan obvios que ya no era creíble seguirlos incorporando al sueño. Casi una década de vagabundeo la había vuelto muy cauta a la hora de abrir los ojos: se había acostumbrado a despertarse lentamente, probar el espacio, contarse la historia de cómo había acabado en aquella cama en concreto, en esa habitación, en ese momento. Se quedó en la cama unos minutos, mirando el techo de su infancia. La misma grieta retorcida sobre la puerta, la misma lámpara acanalada colgada bajo el yeso desportillado y ajado. Tenía la habitación de la esquina, junto a nuestros padres, bajo el desván; las ventanas de buhardilla de los cuartos de Rose y Bean se veían compensadas por los muy inclinados alerones que daban a la habitación un aspecto penumbroso y ventral.

En algún momento de la noche se había sumergido bajo las sábanas y ahora emergió y se puso a rebuscar en su bolsa para encontrar algo que pareciera remotamente limpio. Llevaba meses viviendo en furgonetas, cayendo tirada de vez en cuando en alguna comuna de jóvenes entusiastas, mezclándose con gente que pululaba por ahí, en una desesperada búsqueda de una gloria perdida propia de Kerouac.

Muy chungo.

Toda su ropa estaba sucia y olía a una mezcla bien adobada de sudor y hachís. Tenía el pelo largo y greñado y se había lavado con tan poca frecuencia que le había dado por rascarse la piel sin darse cuenta y tenía algunas marcas opacas en los brazos. Cuando se despertaba por las mañanas, a menudo contemplando al desaliñado y anónimo niño-hombre acostado junto a ella, el primer pensamiento en acudir a su mente era: «Ya soy demasiado mayor para esta mierda». Sin duda había conocido a gente amable, pero no se trataba de una amabilidad natural, sino de la benevolencia que surgía de un cóctel de sustancias ilegales sumada a un silencioso y frenético deseo de caer bien.

Estaba bastante segura de que ninguno de ellos se hubiera definido así. Eran lo suficientemente jóvenes para dejarse engañar por la grandeza de sus planes, tan absortos en el intenso romanticismo del estilo de vida que iban construyendo, de cuchitril en cuchitril, que nunca se habían parado a pensar que la sarna no tenía nada de romántico. Sin embargo, al mismo tiempo no podía dejar de adorarlos precisamente por ello, del modo condescendiente en que un adulto puede adorar la idiotez de un niño. Porque, según había descubierto Cordy recientemente, con el tiempo se había convertido en una adulta que vivía entre niños, y ya se le había pasado la hora de dar el siguiente paso. Pero como no había adónde ir, anduvo hacia atrás.

Tras aceptar el hecho de que en su bolso no había nada limpio, Cordy abrió de un tirón el último cajón de la antigua cómoda de la habitación de la esquina y sacó unos vaqueros acampanados y una camiseta que, como había adelgazado tanto, podía caberle. La otra contrapartida del estilo de vida que había llevado era que durante la mayor parte del tiempo se pasaba hambre. Si estaban en un concierto, por ejemplo, ofrecido por cualquiera del aparente millón de bandas de folk-rock intercambiables, siempre había alguna pareja con rastas que vendía bocadillos adaptados a su magro presupuesto, pero eran secos, insípidos, hechos con un pan casero de doce cereales, con crueles tallos de alfalfa y mantequilla sin sal. Hizo una mueca al pensarlo, pero su estómago rugió traicionero. Se apoyó una mano en el vientre para amortiguar el sonido, y en vez de eso notó los principios de un bulto duro que le recordaba por qué había vuelto a casa.

A juzgar por la posición del sol, calculó que serían casi las once, así que salió lentamente de la habitación, recorrió el pasillo hacia el baño y aprovechó el trayecto para echar a la columna de la ropa sucia un enorme montón de prendas. La puerta de

Bean estaba abierta y Cordy alcanzó a ver su espalda, tensa y encorvada como un dedo en posición de llamar a alguien. Sostenía un teléfono junto al oído, con los dedos moteados de blanco y rojo al presionar el auricular, y estaba llorando. Cordy se detuvo y apoyó la palma de una mano en la puerta, como si pudiera transmitir su consuelo a través de las paredes.

—No voy a volver —dijo Bean, con el jadeo ahogado que sigue cuando se agotan los berridos. Cuando volvió a hablar, su voz se convirtió en un susurro—. De eso nada —siseó.

Silencio de nuevo. Cordy cambió ligeramente el pie de apoyo y sintió que le subía un escalofrío por las piernas desnudas.

—Lo haré —añadió Bean. Y luego—: Lo sé. Ya lo sé.

Algo en el tono de su hermana hizo que Cordy diera un paso atrás y se alejara de la puerta. Ahí había un secreto, un secreto que Cordy no estaba segura de querer saber porque ni siquiera recordaba la última vez que Bean había llorado, al menos en presencia de otros. Algo le olía a amargo y doloroso. Se dio la vuelta sobre sus pies mugrientos y echó a caminar por el pasillo haciendo ruido, pisando a propósito todas las tablas que resonaban, asegurándose de anunciar su presencia.

Cordy estaba desplomada en una silla ante una mesa del restaurante barato de Barnwell. En realidad, nada había cambiado. Muebles disparejos, de un marrón pesado y achocolatado, agotados y destrozados por el uso constante; suelos deteriorados, marcados con los trazos oscuros que dejaba el tráfico de personas. En las mesas había juguetes: una bola 8 mágica y un barril de monitos de plástico, y desde las paredes suplicaban a gritos los cuadros de artistas locales. Cordy, que iba vestida acorde con la categoría del restaurante —pantalón de pana color oliva, una camiseta desteñida y un bolso de cáñamo— descansaba la cabeza sobre los brazos; los pies, calzados con sandalias, enroscados a las patas de la silla. Delante tenía una taza de cristal de cuyo borde colgaba la etiqueta de una bolsa de té que enviaba señales de humo al aire. Cordy la miró detenidamente.

—¡Eh, Cordy! ¡Ya me habían dicho que estabas de vuelta! —Dan Miller se sentó al otro lado de la mesa y se echó un sucio trapo de secar los platos por encima del hombro—. ¿Qué tal te ha ido?

Cordy se incorporó con gesto adormecido. Se había recogido el pelo en dos trenzas desordenadas y se las echó hacia la espalda al encararse a él.

—Miller —le dijo con una sonrisa—. Qué rápido viajan las malas noticias.

Él soltó una risilla y su boca abierta iluminó la presencia de los hoyuelos en la cara. Tenía el pelo más oscuro de lo que recordaba Cordy, casi negro, y un rastrojo de barba de un solo día.

—No es tan mala. La mala de verdad es que Bean también ha vuelto.

—Vaya, hombre. ¿A ti qué te hizo?

—Nada. Se lio con uno de mis compañeros de piso, pero creo que a estas alturas ya nos hemos recuperado todos. Además, no tendría que meterme con tu hermana.

Cordy agitó la mano en un gesto magnánimo, cogió su bebida y envolvió el cristal con los dedos para calentarse, a pesar de que el sol se colaba por las ventanas y se derramaba por el suelo.

—Métete con otros, pues.

—Entonces, ¿cómo estás? Pareces hecha polvo.

—Veo que tu legendario encanto no ha desaparecido —dijo Cordy, mirándolo por encima del borde de la taza antes de posarla de nuevo en la mesa para seguir toqueteando el hilo de la bolsa de té—. He pasado un tiempo por ahí. Siguiendo algunos grupos, ya sabes. Saliendo.

—Uau. Asombroso. Creía que casi todos nosotros nos habíamos hecho carcamales para eso.

—Bueno, yo soy dos años más joven que tú. Evidentemente, ese es el punto límite para convertirse en carcamal.

—Pero has vuelto —observó Dan. Alzó una mano para dar un tirón de su camiseta de camuflaje con un dedo grueso. Tenía el dorso de las manos forrado de vello oscuro—. Es evidente que a ti la edad del carcamal te ha llegado pronto.

—Puede que a mí también me haya llegado el límite. Ya sabes que cuando te empieza a parecer que Barnwell sale ganando en las comparaciones quiere decir que la cosa está mal.

—Eh, oye —advirtió él con dedo admonitorio—. No olvides con quién estás hablando. Yo he escogido vivir aquí.

—Ya, ¿cómo es eso? ¿Tú no eres de Filadelfia o algo así?

—En una vida anterior, sí. Solo que al final resultó que me gustaba más esto. No está tan mal, ¿no?

Cordy se encogió de hombros, tomó el vaso y bebió otro trago antes de contestar.

—Nos coge por sorpresa, supongo. El otro día estaba leyendo una de esas revistas de ex alumnos y resulta que todos los demás se han alistado en los boinas azules o se han convertido en importantes investigadores de curas para el cáncer.

—Y aquí estamos nosotros. Deprimente, ¿no?

—Eh, yo no me licencié. Así que tengo excusa.

—Y yo soy «pequeño empresario» —dijo Dan irguiendo el torso—. Y un miembro respetable de la comunidad. No necesito excusas.

—¿Esto es tuyo?

Cordy echó un vistazo a su alrededor. Como era verano, había poca gente. En cambio durante el curso escolar, como todo lo que tuviera que ver con el campus, el local hubiera estado lleno a rebosar.

—Sí, todo es mío —dijo él, abarcando el espacio con un gesto—. Soy el magnate de la restauración de Barnwell. Hazme una reverencia.

—No, gracias —dijo Cordy con frialdad. Sin embargo, le dedicó una ligera sonrisa y alzó las comisuras de los labios, rosados por la crema protectora que usaba.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó él.

—Ni idea. Una temporada. Mi madre está enferma, ya lo sabes. Rose se casa. Y tengo que pensar un poco en lo que va a venir. Ahorrar un poquito.

—Joder, son muchas cosas a la vez. —El hombre juntó un poco las cejas, que formaron una «v» de preocupación—. ¿Estás trabajando?

—Todavía no.

—Bueno, si necesitas un trabajo, dímelo. Miller te colocará.

Se dio unas palmadas en el pecho y luego se lo frotó. En el hueco que se formaba en la parte baja del cuello se le arremolinaba el vello que asomaba por debajo de la camisa. Cordy recordó cuando lo veía jugar con un frisbee en la plaza, sin camiseta, y cómo le asombraba que fuera tan peludo. Ni le parecía repulsivo ni le atraía: le provocaba fascinación científica y curiosidad por la textura.

—Pero si yo odio el café. Beberlo, aunque me encanta como huele —aclaró Cordy.

—Pues ya es algo, ¿no? Y aquí huele increíblemente, ¿verdad? —preguntó Dan.

Se echó tan hacia atrás que se vio obligado a rodear con su bota una pata de la mesa para no caerse mientras inhalaba con gran exageración.

Cordy soltó una risilla.

—Es una mierda de sueldo, pero si vives en casa de tus padres... No hay de qué preocuparse. Llámame.

Hubo una pausa momentánea. Cordy había tenido decenas de trabajos a lo largo de los años; para ella, un empleo no implicaba un compromiso con nadie ni con nada. Aceptar un trabajo en Barney no significaba que le debiera el alma a esa cadena. No significaba que hubiera de quedarse para siempre. Si no quería, ni siquiera tenía que aguantar un turno entero.

—Vale —accedió.

Dan se levantó de un salto, le apoyó una mano en un hombro y le dio un leve apretón.

—Por Dios —dijo, mientras le apretaba una clavícula—. Tienes que recuperar algo de peso, chiquilla. ¿Te traigo una pasta o algo así?

—Gracias —contestó Cordy, alzando una mano para apoyarla en la suya.

Dan se alejó silbando y ella lo miró caminar y se fijó en la tela de sus vaqueros abolsados. Parecía muy feliz y a Cordy le dio algo de pena darse cuenta de que ese sentimiento se le había vuelto ajeno.



Cordy sabía que podía haber sido peor. Ella podía haber sido Ofelia, con toda su sexualidad prohibida, volviéndose loca y suicidándose. Podía incluso haber sido Bianca, con tanta belleza, pero también con la necesidad de soportar tanta obediencia. Así que ser Cordelia, se daba cuenta, no estaba tan mal.



Para Cordy, el problema de Cordelia —o sea, de la Cordelia de Shakespeare, aunque te pido que esperes hasta que veas hacia dónde vamos— era que fuese tan inmadura. Su gran momento de rebelión consistía en negarse a jurar amor a su padre precisamente porque lo amaba demasiado. (Aunque, a decir verdad, a Cordy más bien le gustaba lo que eso implicaba para sus hermanas mayores, algo así como un dedo corazón levantado, si bien de modo indirecto). Y ahí seguía al fin, leal y cooperadora hasta que... Bueno, hasta que se muere. Es verdad que hay una parte en que se convierte en reina de Francia y lidera las tropas francesas contra el malo de Edmund, pero a) pierde y b) tampoco es que lo haga queriendo. Si existe la posibilidad de ser un líder militar y tomárselo de un modo totalmente pasivo, eso es lo que representa Cordelia. A ella todo le ocurre; ella nunca hace que pase nada.

Se supone que deberle tu nombre a Cordelia podría haber implicado algo de dignidad, pero en verdad Cordy nunca la había sentido. Lo único que había heredado de su nombre era una leve ira contra las injusticias que, al igual que Cordelia, le provocaba dudas manifestar en voz alta, si bien la reticencia de esta procedía de un sentido exagerado de la bondad, mientras que la de Cordy venía de... ¿De qué? ¿De la pereza? ¿Del miedo? No estaba segura del todo. En su encarnación más reciente se había pasado el tiempo sentada en brumosas habitaciones llenas de humo, con los suelos combados, escuchando las bravatas de la gente sobre el Patriarcado y el Poder Establecido y, aunque estaba de acuerdo y le entristecían mucho las cosas terribles que ocurren en este mundo, se sentía incapaz de cambiarlas. Al fin y al cabo, a Cordelia la habían ejecutado por Hacer lo que Hay que Hacer y, aunque Cordy no creía que a ella pudiera pasarle lo mismo, tampoco es que se muriese de ganas de probarlo.

En el amor también Cordy había sido bastante conformista. Mientras Rose buscaba y Bean se mostraba disponible, Cordy apenas se había preocupado de buscar nada. Su carácter dulce y cómico había atraído a los hombres, cierto, pero ella más bien los tomaba según iban llegando y no se dejaba arrastrar al drama que implicaba enamorarse. Más de una vez se había descubierto bajo el cuerpo de un hombre sudoroso que le daba empujones mientras le susurraba palabras cariñosas al oído, con el cálido aliento sobre su piel, y se había preguntado cómo había llegado hasta ahí, y por qué tanto follón. A lo largo de los últimos años, el sexo le había servido para conseguir cama, pero nunca había implicado ninguna pasión y a Cordy siempre le había parecido más un gesto de camaradería que de cualquier otra cosa.

Para ella, la vida estaba llena de cosas que una se limitaba a hacer cuando se las pedían, como dormir con alguien a cambio de una cama, o trabajar como asistente en un hotel para conseguir dinero para llegar al siguiente pueblo, o casarse con el rey de Francia y llevar sus tropas a una muerte segura.

Rose te dirá que Cordy siempre fue la favorita por ser la pequeña y que eso es una injusticia.

Cordy te dirá que ambas cosas son ciertas.

Ejemplo: Nochevieja, Cordy tiene quince años. Rose está con la familia de su novio en Connecticut. Cree que con este podría casarse. (Se equivoca). Bean está en cualquier sitio. Ha dicho a nuestros padres que está con Lyssie (apócope de Lisístrata; siempre que nos acordamos de nuestros nada elegantes nombres recordamos que podríamos haber sido hijas de un profesor de literatura clásica) y que se van al cine, pero nosotras sabemos que está en una fiesta. En esa fiesta nadie sabrá quién es nuestro padre y la casa estará sucia, con el papel pintado levantado de las paredes y los muebles en inclinada pose de agotamiento. Habrá cerveza y costo, y colchones en lugares impensables, y mucho antes de la medianoche Bean y Lyssie estarán totalmente pasadas de rosca y entregadas a los brazos de algún muchacho sudoroso y empapado en cerveza que pasará al olvido al día siguiente. Esta aventura es posible solo porque Bean siempre ha sido una excelente mentirosa y no porque nuestros padres sean proclives a dar su aprobación a una salida como esa.

Cordy y sus mejores amigos habían decidido que querían ir a un festival de Nochevieja en Columbus, una fiesta con grupo de música, fuegos artificiales y miles de participantes borrachos por cortesía de la compañía cervecera que patrocinaba el evento. Como nunca ha sido una gran bebedora, no se nos ocurrió que escapara en busca de alcohol como Bean. Aun así... ¿una muchacha de quince años y su acompañante apenas pubescente sueltas por la calle en una noche famosa por su disipación?

Nuestros padres dijeron que sí.

Cuando Rose se enteró se puso como una pava en ebullición. Ella había ganado un premio en un concurso estatal de historia y había querido ir con sus amigas a Columbus para competir en el siguiente nivel, pero nuestra madre había insistido en acompañarlas como carabina. «¡Para un asunto académico!», había aullado Rose.

Nuestros padres habían machacado a Bean durante una semana por robar un caramelito en la librería y metérselo en el interior de la manga del abrigo. Se descubrió el delito cuando, al regresar a casa, se negó a quitarse el abrigo pese al entusiasmo de nuestros radiadores.

Cuando bajó de un empujón al hijo del nuevo profesor de estudios de Medio Oriente de su bicicleta para montarla ella misma, acto que dejó al muchacho con un labio abierto y un miedo eterno a las chicas Andreas, Cordy recibió un severo sermón. «¿Lo veis?», preguntó Rose.

Pero lo que Rose no acababa de ver era que aquella permisividad también era señal de negligencia. La insistencia de Cordy por ser concebida había sorprendido a nuestros padres, que habían decidido que Bean sería la última partícula subatómica de aquella familia nuclear tan particular. En muchos sentidos, estaban agotados ya cuando llegó Cordy. Así que, si le permitían ir a ciertos sitios o hacer cosas que jamás hubieran permitido a Rose o a Bean, era justo interpretarlo como una muestra de preferencia, sí, pero de preferencia por las mayores, no por la menor.

También creemos que, para cuando llegó Cordy, ya habían entendido que

tampoco importaba demasiado lo que hicieran porque saldría bien de todos modos. Recibió más abrazos y muestras de amor, le hicieron más fotos, se rieron y jugaron más con ella, pero ya no era como un juguete nuevo; la ignorábamos tan a menudo como la adorábamos.

La combinación de todas estas cosas hace comprensible que Cordy desarrollase lo que ella misma consideraba artes interpretativas propias de un mono. En las cenas familiares, sobre todo si se sentaba a nuestra mesa algún directivo importante de la escuela o un conferenciante invitado, era ella quien nos animaba a engancharnos la cucharilla a la nariz, a comprobar la rectitud de la mesa rodando guisantes por su superficie, a representar una lectura en voz alta del libro Berlitz de viajes que contenía frases importantes en español, como: «Nos vemos en la discoteca», «¿Tienen cocos?» o, aun más vital, «por favor, déjeme en paz». Y, siendo Cordy como es, todos los presentes (incluidos los dignatarios de visita) tenían que participar.

No es sorprendente que, de entre nosotras, la actriz fuera ella y dirigiera, produjera y protagonizara todas las representaciones posibles de nuestra escuela. La pubertad le partió el corazón, porque hasta entonces siempre la habían llamado del departamento de teatro para que hiciera los papeles infantiles de todas las obras de Barney, ya fueran para niño o niña. Aún se sabe las canciones de *The Music Man*, con ceceo incluido. «Si alguien ha de acabar en Broadway —decía la gente cuando acababa la representación—, será ella».

Sin embargo, acabar en Broadway hubiera requerido una tenacidad de la que Cordy simplemente carecía. Se lo pusimos todo demasiado fácil, sí, y, cuando se olvidaba de hacer los deberes y se escabullía a la piscina, o cuando nos incitaba a abandonar las tareas y ponernos a construir un fuerte en el comedor, le perdonábamos aquellos abusos y hacíamos nosotras sus tareas de casa. La ayudábamos con los deberes, le hacíamos de niñeras, la dejábamos sentarse en la biblioteca de la Coop y pasarse horas leyendo y, cuando al fin llegó la hora, Cordy se encontró tristemente incapacitada para aceptar el hecho de que su sonrisa y su habilidad para conseguir que todos los especialistas en Shakespeare que llenaban una sala bailasen la Macarena (historia real) no le garantizaban forzosamente un éxito perenne.

Aun así, Rose os diría que Cordy siempre se llevaba el mejor regalo de Navidad.

Bean os diría que Cordy nunca perdió un juego de mesa en la vida, aun si lo perdía.

Cordy os diría que todas esas cosas son ciertas.

## Seis

Nuestro padre no cocina. Siempre fue así. Tanto él como nuestra madre se hubieran opuesto a la idea de que la cocina era territorio de la mujer, pero estaba claro que en la práctica no les representaba un problema. Así que, con nuestra madre de baja, apenas capaz de comer y menos aún de cocinar, nos tocaba a nosotras. Bean preparó una sopa de verduras con los restos que había en la nevera y Rose descongeló pan y dispuso un plato de quesos. Cordy fregó y no hizo más que entorpecer.

—¿Qué haces? —preguntó Rose a nuestro padre.

Ella terminaba de poner la mesa y él se peleaba con uno de los sillones de la sala de estar para pasarlo por la puerta que llevaba al comedor.

—Llevarle un sillón a tu madre. Si se sienta en una de las sillas de madera no aguantará el tiempo suficiente para comer.

—Le llevaremos una bandeja. Deja el sillón.

—Tu madre quiere comer con nosotros. «Hemos de comer juntos».

Y así fue.

Bajó las escaleras por su propio pie, cansada y delicada como porcelana fina, pero presente.

—Qué maravilla que estemos todos en casa —dijo, radiante.

—«Siéntate y come, y sé bienvenida a nuestra mesa» —recitó nuestro padre.

Deslizó su libro hacia una esquina, donde podía disimular que leía mientras comíamos.

Cordy, dotada para el arte de conseguir que se le atribuyeran méritos que no le correspondían, llevó la cena a la mesa con mucho esmero. Bean estaba a punto de servir la sopa cuando nuestra madre carraspeó.

—¿Bendecimos la mesa antes de empezar? —preguntó.

La mano de Bean regresó, culpable, al regazo.

—Bendícenos, señor —dijo Cordy con ánimo.

Nuestro padre le sonrió y luego tendió una mano por encima de la mesa. Unimos nuestras manos y agachamos las cabezas, un ritual que nos parecía tan pasado de moda y tan dulce que a Rose le entró un leve lloriqueo. Nuestro padre recitó la bendición con su rugido de voz baja y a Bean le sorprendió comprobar que la manera que tenía de bendecir la mesa por la noche siempre le hacía pensar en la puesta del sol.

—Amén —terminó.

—Amén —repitió Cordy, antes de proceder a servirse la mitad del pan con queso.

—A ver, codiciosa, deja un poco para los demás —dijo Bean.

—Déjala en paz —intervino nuestra madre—. Ha de recuperar peso.

Cordy se atragantó con el pedazo de pan que se había metido en la boca. Ah, ni se imaginaban cuánto peso iba a recuperar. Cogió su vaso de leche y lo vació sin parar, esforzándose por tragar a dos carrillos.

—Creo que tiene la solitaria —dijo Bean.

—Cállate —contestó Cordy.

Se levantó para ir a buscar más leche. La vimos alejarse con los pantalones caídos a la altura de las caderas y unos codos que parecían signos de exclamación al otro lado de la piel. Rose se planteó si debía preocuparse por ella y luego decidió que no.

—¿Qué tal ha ido la visita de hoy? —preguntó Bean.

Se había ausentado toda la tarde, en paradero desconocido, y había vuelto a casa justo a la hora de la cena.

—Bien, bien —contestó nuestra madre—. El tumor se ha encogido bastante, así que hemos adelantado y hemos planificado la operación para dentro de dos semanas.

Rose se quedó parada, con una cucharada de sopa a medio camino de la boca.

—¡Qué pronto!

—¿Qué? ¿Prefieres esperar para que el tumor tenga tiempo de volver a crecer? —preguntó Cordy.

Volvía de la cocina con el vaso lleno de leche hasta el borde. Lo soltó de golpe en la mesa y el líquido se derramó por los lados. Rose soltó la cuchara y recogió la leche con su servilleta, con la mirada clavada en la mesa.

—No tiene gracia, Cordy. Hemos de planificar. Tenemos que estar listas.

—Tu madre ya está lista y eso es lo que importa. «Estoy lista y resuelta por completo».

¿Estaba lista? ¿Puede alguien estar listo para despedirse de una parte de su cuerpo? ¿Se puede estar listo para arrodillarse ante el cuchillo y renunciar al control a cambio de poco más que una esperanza de que todo salga bien?

A Rose se le acumulaban los pensamientos. No estaba del todo segura de qué debían planificar, pero sin duda alguien tendría que hacer algo. Quizá hubiera alguna guía de autoayuda sobre cómo cuidar a las recién mastectomizadas.

—Hay algo que quiero deciros —avisó nuestro padre. Soltó la cuchara y se pasó la servilleta por la barba, que parecía algo más gris de lo que Bean recordaba—. Viendo el diagnóstico de vuestra madre, me parece necesario sacar a colación el asunto de vuestra salud.

Cordy sopló la leche para hacer burbujas en el vaso. Nuestro padre se quitó las gafas, gesto típico en él a media conferencia, aunque en este caso parecía necesitar de un esfuerzo inusualmente duro para soltar las palabras.

Tosió.

—«Caramba, señor, mal cocinero parece quien no es capaz de chuparse los dedos; por ello, quien no sabe chuparse los dedos no puede venir conmigo» —recitó al fin.

—Hum, ¿qué? —preguntó Bean.

—Creo que vuestro padre quiere deciros que, como el cáncer de pecho es

hereditario, es importante que os hagáis el autoexamen de senos —explicó nuestra madre dándole unas palmaditas en la mano a nuestro padre, que asentía incómodo.

Ah, ya. Estamos seguras de que eso es lo que Shakespeare intentaba decir.

A Cordy casi se le atraganta la leche.

—Qué incómodooooooooo —canturreó, al tiempo que se limpiaba los labios con el interior del brazo.

—Burdo —dijo Bean.

—No es burdo, Bianca. Es vital —respondió nuestro padre.

Rose iba asintiendo, por supuesto. Ella metía el quince por ciento de cada paga en el banco y cambiaba el aceite cada tres mil millas. Pero... ¿quién vive así en la realidad? Aparte de Rose.

El historial de conversaciones embarazosas en la familia era reducido. Tradicionalmente le había correspondido a nuestra madre el papel de explicarnos lo de los pajaritos y la cueva, lo de la menstruación y sus correspondientes cargas, y todo lo que tuviera que ver con el área femenina. Lo de palparnos los pechos entraba sin duda en esa categoría y por eso nos dio un poco de pena que fuera él quien tuviera que sacar el tema.

Seguimos comiendo un momento en silencio y luego habló Cordy:

—Vale. Juro solemnemente toquetearme en la ducha una vez al mes.

—¡Cordy! —exclamó Rose.

—«Lo cumpliré de cabo a rabo» —siguió Cordy. Al otro lado de la mesa, Bean soltó una carcajada—. ¿Todos contentos? ¿Podemos pasar a un tema menos embarazoso?

—No tiene gracia —dijo Rose.

Sin embargo, todos los demás parecían calmados. Soltó un suspiro hacia la sopa. ¿Acaso era la única que se daba cuenta de lo serio que era el asunto, de que podíamos perder a nuestra madre y, algún día, a cualquiera de nosotras?

De hecho, no era la única. Esa noche, en la cama, Bean se metió bajo las sábanas, con la parte de los pies cruzada por un rayo de luz de luna, y levantó un brazo por encima de la cabeza para toquetearse la piel cautelosamente con la otra mano. Solo por si acaso.

Cordy, con los pechos ablandados por razones bien distintas y acostumbrada a caminar por ahí sujetándoselos para aliviar la tensión de la piel, se dio un tanteo desganado y se durmió como un tronco.

Rose no pegó ojo.

—Me voy a correr un poco —nos dijo Bean—. ¿Alguien se apunta?

Llevaba años sin correr pero, como ahora no podía ir cada día al gimnasio, el cuerpo le empezaba a pedir actividad. O a lo mejor era por estar encerrada en casa con nosotras. En cualquier caso, tras su breve periodo de hibernación, agradecía volver a sentirse la de siempre. Cuando rechazamos la invitación —Rose con una breve inclinación de cabeza, Cordy con un escalofrío horrorizado— salió por la

puerta de atrás y tomó los senderos ondulados del bosque, retorcidos en espirales, hasta que salió por el lado que entra en el pueblo por detrás de la iglesia.

—¡Bianca! —le gritó alguien por detrás.

Bean soltó un jadeo y tropezó levemente con una raíz. Había ido pasando cuentas mentales, calculando sobre el ruido de sus pies al golpear la arena e imaginando cómo se las arreglaría para juntar todo el dinero que debía con el tipo de trabajo que podía conseguir en Barnwell y, al oír su nombre, tuvo la ridícula certeza de que era algún acreedor que la perseguía. Recuperó el equilibrio y al volverse vio al padre Aidan.

Estaba arrodillado junto a la puerta trasera de la vicaría, una palabra que sonaba como si hubiera de tratarse de un edificio de piedra pequeño y hecho polvo, con tejado de paja, cuando en realidad era una casa perfectamente normal con la fachada de listones de madera y cuyo único rasgo distintivo era la proximidad a la iglesia (que tampoco era de piedra destartada, como bien podría haber sido, sino de ladrillo e intacta). El padre Cooke siempre había dejado que las parras —de madreselva, moras o clemátides— trepan por todas partes y cubrieran la valla de madera hasta tal punto que solo se viera algún apóstrofe blanco entre el verdor. La luz del sol iluminaba el cabello de Aidan, resaltando el oro y el rojo.

—Hola, Bianca —llamó de nuevo.

Saludaba con una mano y con la otra se protegía los ojos de los rayos del sol. Ella se acercó despacio, cual gato escaldado, tirándose de la coleta y secándose el sudor de la cara. A Bean no le gusta que la pillen sin preparar para un encuentro con un hombre, por muy sacerdote que sea.

—¿Cómo estás? —preguntó él cuando Bean llegó a la valla.

Se apoyó las manos en los muslos y se levantó con un movimiento lento y ligero que Rose conocía bien: la precaución que provocan los crujidos que empiezan a emitir las articulaciones.

—Bien, bien. Solo he salido a correr.

Muchas gracias, Doña Obvia. Él se quitó los guantes y se pasó una mano por el pelo. La línea de las entradas trazaba dos curvas en las sienes. Bean siempre había rechazado por principio a cualquier hombre a quien se le cayera el cabello, pero se descubrió admirando a este. A lo mejor se había apresurado demasiado en la biblioteca: no era nada feo. Carraspeó y se reajustó de nuevo la coleta.

—¿Qué tal el jardín?

—Empiezo a desear que me hubieran enseñado jardinería en el seminario, la verdad. No estoy exactamente cualificado para esto. Aunque tampoco está mal hacer un poco de rata de campo.

Ella apoyó las manos en la valla y se inclinó hacia delante en un gesto de coquetería. Las viejas costumbres no mueren.

—Para empezar, me sorprende un poco que aceptara la oferta de venir a Barnwell. No es precisamente un destino moderno y enrollado.

Aidan se encogió de hombros, se golpeó ligeramente un muslo con los guantes y se apoyó también en la valla.

—El hombre propone y Dios dispone —dijo—. Voy donde me mandan.

—Me parece una manera horriblemente zen de tomárselo.

—¿Y tú? ¿Ya echas de menos la gran ciudad?

Bean reprimió una mueca de dolor.

—No exactamente. Ya era hora de salir un poco de allí.

—¿O sea que te quedas? Bien. Me gusta este sitio, pero la verdad es que no nos viene mal un poco de sangre joven en Saint Mark. No habrás olvidado que prometiste venir a los servicios...

Bean se sonrojó.

—No. Es que estamos... Bueno, ya sabe.

—Te prometo que es más divertido que el que te hurguen un ojo con un palito afilado —dijo él con una sonrisa.

Uf, qué mono era. La mente de Bean deambuló por un momento. Podía convertirse en la señora Moore, ¿no? ¿La virtuosa esposa de un virtuoso pastor? ¿Vivir en la vicaría? ¿Hacer pasteles o lo que sea que hagan las esposas de los párrocos?

—Ahí estaré el domingo —dijo—. Con las pilas puestas.

—De eso ya tenemos —contestó él—. Pero desde luego estaría bien verte por aquí.

Parecía a punto de decir algo más cuando sonó un aullido que procedía de la parte delantera de la casa.

—¡Padre! —llamó bruscamente una voz de mujer—. ¡Padre Aidan!

—El deber me llama.

Sin embargo, la interrupción no pareció molestarle, cosa que decepcionó en parte a Bean.

—La doctora Crandall —dijo Bean—. Reconocería esa voz en cualquier sitio. Siempre nos estaba gritando por pisotear su jardín cuando jugábamos al escondite.

—Es que no hay que pisotear los jardines de los demás —dijo Aidan con falsa solemnidad. Sus cejas eran finas y se juntaban sobre unos ojos penetrantes—. Diez avemarías.

Bean puso los ojos en blanco.

—No soy católica —dijo—. Y, por si acaso se le ha olvidado, usted tampoco.

—Tienes toda la razón —dijo—. Tendré que buscarlo en mi guía de conversión de penitencias católicas a episcopalianas.

—¡Padre Aidan! —aulló de nuevo la doctora Crandall.

—Estoy en la parte trasera —contestó Aidan. Luego se volvió hacia Bean—: Bueno, ya nos veremos. Perdón.

—No hay nada que perdonar. Se le permite hacer su trabajo. En este pueblo hay mujeres de mediana edad que necesitan un poco de atención espiritual.



—Todos necesitamos atención espiritual —contestó Aidan—. Un gusto verte, Bianca.

—Lo mismo digo, Aidan —contestó ella.

En su lengua, aquel nombre tenía una calidez de chocolate. Se dio la vuelta y empezó a trotar suavemente de vuelta hacia el sendero por el que había llegado, con la esperanza de que los días sin ir al gimnasio no la obligaran a menear las caderas más de lo suficiente para resultar femenina. Se permitió echar una rápida mirada por encima del hombro cuando el sendero se adentró en el bosque, pero el sacerdote había desaparecido. Se dio la vuelta y la coleta le azotó ligeramente la mejilla, en un golpe amargo.

Ahora que no importaba quién pudiera verla, echó a correr con más fuerza. En los bares, los hombres se acercaban a medida que los atraía y la tocaban tan a menudo como fuera posible. ¿Cómo se valoraba una conversación con un sacerdote en una soleada mañana de un día cualquiera, a ambos lados de una valla? No era el mismo juego.

Y de todas formas, ¿qué hacía ella evaluando aquella conversación como si él fuera una diana de prácticas de tiro? No había coqueteado con ella, ¿verdad? Aunque, ¿por qué otra razón iba a tomarse un tiempo para hablar con ella?

A lo mejor se lo había notado. A lo mejor los sacerdotes tenían algún tipo de radar que emitía un pitido cuando alguien se había portado mal y necesitaba unas palmadas en el culo. Metafóricamente, claro.

¿Quería eso decir que se había vuelto transparente para él? Rechinó los dientes y aceleró el paso, como si el polvo que levantaban sus suelas pudiera oscurecer todo lo que deseaba esconder.

Cuando volvió Bean, empapada en sudor y exhausta, estábamos en la sala, leyendo. Cordy tenía los pies, ya algo menos mugrientos, apoyados en la rodilla de nuestro padre y el resto del cuerpo desparramado en el sofá mientras saqueaba algún tocho en estado post mórtem que había descubierto detrás de la nevera. Rose estaba desplomada en el sillón que había junto a la ventana, con las piernas recogidas bajo el cuerpo y una novela sostenida con poca comodidad contra el cristal para poder pasar las páginas con una mano mientras con la otra se retorció con gesto inquieto un mechón suelto de pelo.

—No hagas ruido —dijo alzando la mirada, pese a que Bean apenas había roto el silencio—. Mamá está descansando.

Bean se movió de puntillas con gestos exagerados y tapándose los labios con un dedo. Cordy soltó una risilla. Rose se enfurruñó y volvió a su libro.

—Hola, Bianca —saludó nuestro padre, entonando, como suele hacer, como un sacerdote en el púlpito—. ¿Te lo has pasado bien?

Bean se encogió de hombros, se sentó en un viejo sillón orejero y estiró las piernas, amplias y musculosas bajo los pantalones cortos.

—No ha estado mal. Estoy en baja forma. No hay gimnasio.

—«El que mucho corre, tropieza» —dijo nuestro padre mirándola por encima de las bifocales.

Sostenía el libro con una mano y tenía la otra apoyada en la barriga, donde daba suaves tironcillos a los botones de la camisa. Cordy soltó su libro, que le quedó apoyado en la nariz, y dijo:

—¿Y el gimnasio de Barney, papá? —Las páginas del libro amortiguaban su voz—. ¿No puede ir Bean allí?

—«Siempre tendrás el campo abierto» —citó él en tono críptico antes de regresar a su libro.

Cordy le dio un empujón con el pie.

—Papi... —gimió.

—Vale, Cordelia. Lo miraré. ¿De acuerdo?

Volvió a colocar el pie de Cordy sobre su rodilla, se concentró en el libro y al instante siguiente había desaparecido ya en sus páginas. Siempre fue así, ahora estaba aquí, ahora desaparecido en la tierra del texto y la tinta, y pobre de aquella que intentara traerlo de vuelta. Podías pasarte media hora llamando y él ni siquiera se daba cuenta.

—Estás dejando rastros de hierba por todo el suelo —dijo Rose, que mantenía el libro abierto con el pulgar.

Bean levantó una zapatilla, luego la otra, y contempló los recortes de hierba que decoraban las suelas, como un oropel verde. Luego miró con alevosía al suelo que, si bien no estaba del todo sucio, tampoco se veía exactamente limpio.

—No veo que cambie mucho —dijo alzando una de sus bien depiladas cejas.

Cordy nos miraba, alternando los ojos de un lado a otro como en un partido de ping-pong.

—¿Por qué no te las quitas y la haces feliz? —preguntó, pacificadora como siempre—. ¿Tanto cuesta?

Bean se lo pensó un instante y luego se quitó las zapatillas y flexionó los dedos del pie para abrirlos bien dentro de los calcetines blancos. Aun sentada, hizo una reverencia exagerada:

—«Cumpló con agrado tu orden» —dijo.

—Gracias —respondió Rose, abruptamente.

Regresó a su libro, pero nos dimos cuenta de que no lo hacía convencida. A veces ni ella misma sabía de dónde le venía; no tenía intención de ser tan brusca, solo de mantenernos en fila. Quería pedir perdón por la brusquedad, pero algo le subía por dentro que le aniquilaba las palabras.

—¿Qué pasa, Rosie-Posie? —preguntó Cordy.

Se incorporó en el sofá y adoptó la misma postura que Rose: las rodillas dobladas, los pies apoyados en el culo. Eso de llamar a Rose por un nombre que nuestra hermana mayor no hubiera tolerado a nadie más era muy propio de ella. Cordy, la querida, la favorita.

—Nada —suspiró Rose, sin dejar de mirar el libro.

—«Mucho me parece que protesta esta dama» —murmuró nuestro padre al tiempo que pasaba página.

Rose lo miró, sorprendida de que hubiera prestado atención.

—Bueno, vale. Sí que pasa algo y no quiero hablar de ello —soltó sin la menor ceremonia, y de nuevo se concentró en el libro.

—¿Por dónde has ido a correr? —preguntó Cordy, cambiando levemente de tema.

—Por el arroyo y luego a través del pueblo desde la parte de atrás.

—Junto a Saint Mark, ¿no? —preguntó Cordy.

Era un ejercicio retórico. Sabía exactamente adónde llevaba aquel sendero. Había sido nuestro rumbo de huida los domingos por la mañana cuando éramos más jóvenes. Nos quitábamos los leotardos y los zapatos, los dejábamos colgando de las manos de nuestra madre como si fueran pulpos y salíamos a toda prisa, un estudio de contrastes entre nuestros preciosos vestiditos y los pies, sucios y descalzos. Cuando llegábamos a casa, los vestidos estaban manchados de jugo de moras o llenos de manchurroneos de hierba, pero nunca estaban rasgados, nunca exigían más que mínimos remiendos. No éramos tan tontas. Y nos volvimos adeptas a los quitamanchas desde muy jóvenes porque mi madre no estaba dispuesta a transigir y tener que limpiarlo todo ella.

—Sí. —Bean se encogió de hombros, como si no le importara.

—¿Sabéis que hay un sacerdote nuevo? —preguntó nuestro padre, mirando a Bean por encima de las gafas—. Joven, guapo. Pero es más Benedick que Claudio, así que no pasa nada.

—Mientras no sea más don Juan que Benedick —apuntó Cordy, doblando los sucios dedos de los pies.

—Es simpático. Lo conocí el otro día en la biblioteca y hoy estaba en el jardín —dijo Bean.

—Oooh —dijo Cordy, dejando el libro apoyado en el pecho, al fin interesada por completo en la conversación—. Así que nos hacemos amigos de los indígenas. Y qué, ¿es mono?

—¿No te fías de mi opinión? —preguntó nuestro padre pasando otra página.

—Claro que sí —lo tranquilizó Cordy—. Pero quiero saber si a Bean le parece mono. Es totalmente distinto.

—Sí —aclaró Bean—. Supongo. Pero es el párroco.

—Venga ya, ni que estuviera muerto —contestó Cordy. Luego, con su típico mariposeo, dio un toquecito a papá con el talón y cambió de tema—. ¿Qué pasó con el padre Cooke?

—Lo han puesto en barbecho —dijo nuestro padre—. «Y agotado por los excesos de la guerra, se retiró»... a Arizona.

—Qué pena —opinó Cordy con nostalgia.

—De pena nada —intervino Rose—. El tipo está jubilado y se dedica a jugar al

golf en Arizona. ¿Dónde ves tú la pena?

—En nada, supongo, pero en cierto modo es una pena que ya no tenga una congregación ni nada parecido. Debió de ser muy duro para él.

—Más bien un alivio. Imagina tener que escuchar los problemas de los demás un día sí y otro también, tener que trabajar todos los fines de semana... —Rose sonrió por el sacrilegio que estaba cometiendo.

—Y que nunca te inviten a ningún sitio más que cuando la gente quiere tener un párroco a mano. Todas las mujeres preciosas y ni una gota para beber —añadió Bean. Dimos todos un respingo al pensar en el antiguo padre Cooke y en cualquier hazaña romántica que pudiera haber protagonizado—. O no —añadió.

—El padre Aidan escribe unos sermones excelentes —opinó Rose, cambiándole el sentido de la marea a la conversación—. No creo que sea del todo correcto que estemos hablando de si es mono o no.

—Relájate, Rose. No nos lo vamos a llevar de putas —aclaró Bean—. Solo estamos hablando.

—Además, la iglesia es mucho más divertida si el párroco es mono —opinó Cordy.

—¿Y qué sabrás tú? Aquí solo hemos tenido al padre Cooke —dijo Bean.

—Pero tengo mi imaginación —respondió Cordy, indignada—. Además, ni que Saint Mark sea la única iglesia a la que he ido.

—Y en tu amplia supervisión eclesiástica, ¿había muchos reverendos guapos?

—Los suficientes —aclaró Cordy con voz misteriosa, y siguió leyendo.

Bean recogió sus zapatillas y se fue al piso de arriba para darse una ducha, dejando un rastro de hierba en la moqueta. Rose la miró pensativa. Nunca había sido capaz de distinguir cuánto había de real en la locura de Bean por los chicos y cuánto de artificio, como su maquillaje y su ropa perfectamente combinada. Porque no podía ser que estuviera pensando en el padre Aidan, ¿verdad?

¿Bean viéndose con el cura? Era la idea más ridícula que Rose jamás había oído.

## Siete

Para Rose, lo mejor de tener una pareja era que Jonathan fuera la primera persona que veía al despertarse y la última antes de dormirse. Había en aquel amor una bella simetría que ella encontraba aislante; el agradable ritmo de las tareas matinales y de la relajación del anochecer cerraba en torno a ella un círculo amable y la arropaba ante el mundo.

Sin embargo, para ella, la partida de Jonathan había arruinado la seguridad de su comunión. Hay que entender que nuestros padres nos habían criado como buenas feministas y para nosotras una mujer necesita a un hombre tanto como un pez necesita una bicicleta, pero Rose era distinta. Necesitaba seguridad, quietud, y se había acostumbrado muy rápido a que Jonathan formase parte de eso. Algunos días se sentía rota por dentro porque él no estaba ahí, como si fuera el hecho de su ausencia, y no la ausencia en sí, lo que tanto la ofendía. Era curioso para nosotras —que habíamos disfrutado durante tanto tiempo de los beneficios de su fuerza, que nos habíamos apoyado en ella para todo, desde la certeza del buen emparejamiento de nuestros calcetines hasta la conservación del secreto de lo muy tarde que habíamos salido de casa, pasando por la disponibilidad de un hombro amable en el que llorar cuando todo iba terriblemente mal— que Rose necesitara también un pilar en que apoyarse. Pero por eso él la amaba mejor que nosotras: nosotras la queríamos tanto por su fuerza que no podíamos perdonarle ninguna debilidad, mientras que él amaba ambas partes por igual.

Algunas noches Rose se saltaba la llamada pactada, programaba la alarma para que sonara a primerísima hora de la mañana y dejaba el reloj debajo de la almohada para que no despertara a nadie más. Cuando el pitido la sacaba del mínimo sueño que hubiera logrado imponer a su cuerpo se levantaba, bajaba con pasos sordos al piso inferior como un fantasma del padre de Hamlet en la más oscura de las medianoches y llamaba a Jonathan, marcando aquella extensa serie de números y escuchando el doble tono típico de las llamadas trasatlánticas.

Él no solía ir al laboratorio hasta las nueve, más o menos, de modo que si ella lo planificaba bien podía pillarlo mientras se demoraba con el café, una tradición que Jonathan mantenía contra el infernal hábito de tomar té, con lo que se granjeaba el respeto de Rose. A ella la diferencia horaria le parecía extremadamente molesta: si él llamaba antes de acostarse o al llegar a casa, la pillaba en pleno día, con la mente puesta en el millar de cosas que se había inventado para mantenerse ocupada durante el largo y lento trecho del verano. La oscuridad de la primera hora de la mañana daba algo mágico a las conversaciones, selladas en ambos extremos por el sueño, ella con el tono bajo y amortiguado, ambos aún en la cuna del hogar antes de que la violación

del mundo penetrara en el ritmo estable de sus almas.

—Hola —saludó él, en la ridícula imitación del acento *cockney* que reservaba (o eso esperaba Rose) para coger el teléfono cuando sabía que era ella quien llamaba.

—Buenos días —susurró ella con una sonrisa por la calidez que se extendía por su cuerpo, desatada, cuando oía su voz.

—¿Qué tal está la reina de las llamadas a medianoche? —preguntó Jonathan.

Le había mandado fotos de las minúsculas habitaciones de su residencia de estudiante, con aquella curiosa nevera de media talla en la cocina, la mesa del comedor pegada a la pared en la sala de estar, el dormitorio apenas un rincón improvisado entre el baño y el respaldo del maltrecho sofá. Le gustaba imaginárselo ahí, con el tenue sol inglés derramándose por la moqueta como un jarabe, algún brillo de oro reflejado en sus pestañas.

—¿No podías dormir?

—Nunca puedo —contestó Rose—. ¿Qué tiempo hace?

—Gris, tirando a marengo. ¿Y por ahí? ¿Desagradablemente húmedo?

—Como siempre.

—¿Te has pensado un poco lo de venirte?

—¿De visita?

Él esperó un momento.

—Claro. Para empezar.

—Jonathan, no me puedo mudar a Inglaterra.

El silencio se apoderó de la línea. Ella se lo imaginó pellizcándose el puente de la nariz, un gesto de frustración que siempre le había parecido curiosamente familiar hasta que se dio cuenta de que nuestro padre tenía la misma costumbre. Hola, Freud.

—Vale, de acuerdo. Entonces no te quedes. Solo de visita. ¿Cuándo puedes venir?

—Ah, no lo sé. Se acerca la operación de mamá.

—Buena noticia.

Rose frunció el ceño.

—No sé por qué.

—Es una buena noticia que el tumor se haya encogido lo suficiente para que puedan operarlo; no lo es que esté pasando todo esto. Entonces, después de la operación tal vez puedas venir a pasar un tiempo, unas cuantas semanas.

—¿Semanas? —chilló Rose. Al instante se le llenó la mente de los potenciales desastres que podían desatarse si no estaba ella para llevarnos firmemente de la mano—. No sé si será mucho...

—¿Por qué no? Si Cordy y Bean se quedan, y tú no has de volver hasta finales de agosto...

—Me lo pensaré —dijo Rose, dubitativa.

Si todo iba bien, nuestra madre podía estar en pie al cabo de tres semanas. Pero... ¿y si no? Y, por bien que fuera, ¿quién se iba a encargar de hacer la compra, y pagar las facturas y planificar las citas de nuestra madre con los médicos y las otras docenas

de cosas que habría que hacer mientras se recuperaba?

Le susurramos que lo haríamos nosotras. Y que todo saldría bien.

—Vale —contestó Jonathan, resignado.

—Te añoro —murmuró ella, repentinamente apasionada.

Él soltó una risa cálida y grave, sorprendido por la espontaneidad de su expresión, tan impropia de ella.

—Yo también te añoro. Eres adorable por haberme dejado venir.

Rose hizo un gesto de resignación, con el auricular apoyado entre la oreja y el hombro.

—¿Y qué podía hacer? ¿Decirte que no te dejaba ir? ¿Que tenías que quedarte conmigo y con las locas de mis hermanas?

—¿Ya se han sacado el título de locas? Pensaba que el reencuentro iba a durar unos días más.

Le cogió por sorpresa la culpabilidad que despertaba en ella el comentario.

—Es que... Siguen como siempre, ¿sabes? Creo que Bean está intentando ligarse al padre Aidan.

Esta vez la carcajada de Jonathan fue sonora y regocijada.

—Qué pasada. Bueno, al menos dará a las viejecitas de la sacristía algo que discutir aparte de quién pasa el cepillo.

—¿No te parece... incorrecto?

—El padre Aidan es capaz de cuidarse solo. Y Bean solo lo hace para llamar la atención, ya lo sabes.

—Claro que lo sé. Por eso me cabrea. ¿Y Cordy? Mis padres se van a pasar la vida manteniéndola mientras ella piensa a qué se quiere dedicar. No sé por qué no puede sentar la cabeza como todos.

—Es la peque —dijo Jonathan, como si eso lo explicara todo.

Rose pensó en Lear, en cómo se había quedado con Cordelia, conjurando las amenazas de la vejez por medio de su endeble conexión con su juventud.

—Tú tienes la suerte de llevarte bien con tus hermanos —suspiró.

Ya sabía que, si tenía descendencia con Jonathan, sería solo un hijo. Nada de dar gato por liebre como habían hecho sus padres con ella, preparándola para ser la Única para luego traer otras dos.

—Ah, pero yo nunca puedo mandar —se burló él—. ¿Qué habría sido de ti sin todos esos años en que pudiste hacer de generala?

—Probablemente tendría menos acidez de estómago.

—Relájate —dijo Jonathan—. Ya no tienes la responsabilidad de ocuparte de ellas. Que se cuiden solas. La gente cambia.

Después de colgar se quedó sentada en el suelo de la cocina, con el frío del linóleo en la parte de las pantorrillas que sobresalía de la bata, escuchando el silencioso murmullo de la casa dormida: el arrullo de los circuitos de la nevera, el encendido y apagado del aire acondicionado para mantener la temperatura estable, el

crujido ocasional de la madera al asentarse. ¿Era cierto lo que decía Jonathan? ¿La gente cambiaba? ¿No seguirían así para siempre? ¿Bean seguiría persiguiendo a un hombre tras otro? ¿Cordy perseguiría eternamente la sombra de la persona en quien jamás se iba a convertir? Y ella misma, Rose, ¿seguiría persiguiendo la sombra de cómo debían ser las cosas? Había días, sí, en los que Rose se sentía como si llevara una eternidad en esta tierra, al menos desde los tiempos de los dinosaurios, aunque sabía que era joven. Parecía demasiado pronto para haber entregado ya la vida entera, pero también le parecía extenuante intentar algún cambio.

Esto es lo mejor de ser la mayor: el control.

Esto es lo peor de ser la mayor: el control.

Cuando llegó Bean, algo se activó en la mente de Rose, a sus tres años, y supo que si le habían arrebatado el envidiado papel de ser la única estrella en el firmamento de los Andreas al menos le quedaría la gloria de ser la directora. No pasaría lo que tuviera que pasar, sino lo que ella quisiera. El mundo seguía siendo suyo, por mucho que ahora Bean viviera en él.

Cuando Cordy cumplió seis años, Rose la consideró al fin suficientemente mayor para tener un papel con voz propia en las representaciones teatrales que solíamos hacer ante nuestros padres. Cordy había adoptado el papel de criada leal (y muda), el extra que solo dice una frase, el lancero en aquellas producciones del sótano en las que una sábana bastaba para hacer el telón, hasta que Rose decretó que había alcanzado la madurez suficiente para interpretar, al fin, el papel que nos hacía completas, las tres brujas de la obra escocesa.

Aunque no estábamos técnicamente en un teatro, y por lo tanto no daba mala suerte pronunciar el nombre —«Macbeth, Macbeth, Macbeth», hala, ya estaba dicho—, Rose insistía en que la llamáramos «obra escocesa». Nos ataviábamos con los descartes del baúl de la ropa, constituido sobre todo por viejos vestidos de nuestras abuelas. Enviábamos a Bean a explorar las casas de los vecinos en busca de sombreros de bruja de viejos disfraces de Halloween, misión que cumplió admirablemente, y encajamos a *Semilla de mostaza*, nuestro gato-más-mapamundi, como extra, haciendo de pariente (por insistencia de Bean, quien consideraba que la ausencia de un gato en el texto original no era problema suyo, sino de Shakespeare).

El acompañamiento musical provenía de un tocadiscos de plástico que había sido propiedad de las tres y, en consecuencia, como todo lo demás, había acabado en poder de Cordy en última instancia. Teníamos un disco rayado de efectos sonoros de Halloween que soltaba sacudidas y gruñidos por detrás de nuestras declamaciones, con las sábanas colgadas como telones para conformar el escenario, y Rose había obtenido de nuestra madre la olla de las langostas, tan grande que se podía hervir a Cordy dentro (y sospecho que en más de una ocasión se nos ocurrió tal idea).

Así que llegó el estreno, con nuestros padres sentados en el deslucido sofá de dos plazas que escondía una cama plegable excepcionalmente chirriante, sosteniendo los dos ejemplares únicos del programa (creados con la perfecta caligrafía de Rose, *bien*



sûr), con la leyenda «Las extrañas hermanas» —las brujas de *Macbeth*— escrita de su puño y letra, y un pequeño caldero (apenas una burbuja negra en la parte baja del papel) dibujado por Cordy, que armó una pataleta de mucho cuidado hasta que le permitimos participar. Rose se mordió los labios mientras contemplaba el cuidadoso garabato de Cordy, convencida de que le había destrozado el programa, pero había aprendido ya que, si quieres que el espectáculo avance, hay que ceder el talento.

Se abrió el telón, con los fríos crujidos de la chimenea a nuestras espaldas, y empezamos con el texto cuidadosamente copiado ante nuestros ojos mientras removíamos el contenido de la olla, puro aire.

—«Te ruego que recites este pasaje tal como lo he recitado yo, con naturalidad» —exclamó nuestro padre, citando el famoso discurso de Hamlet antes de que pudiéramos hablar.

Él y nuestra madre nos dieron una gran ovación. Rose le hizo callar, saliéndose de su papel con gran frustración antes de regresar a la larga cuchara de palo que habíamos liberado de la jarra que siempre había encima de los fogones.

Rose había eliminado con limpieza todos los demás personajes, de tal modo que quedaba una producción extremadamente abreviada. En algún momento habíamos enviado a Cordy a pedirle un hermano a nuestra madre, pues nos hubiera servido de gran ayuda, pero ella dijo que no era probable y que, en cualquier caso, si tenía que ocurrir iba a tardar un tiempo horriblemente largo, así que nos resignamos a interpretar la versión abreviada.

Rose se quedó con el papel de primera bruja, que era la que tenía monólogos y además hablaba la primera, y Bean interpretó el suyo con grandes sacudidas de melena, tal como había visto en algún programa de la tele un día que se quedó a dormir en casa de una amiga; Cordy no hacía más que perderse, hasta que Rose, de pura frustración, le siseó que fuera siguiendo el texto con un dedo. Cordy descubrió que eso no le servía de nada y ello se tradujo sobre todo en que se puso a gritar las frases que sí se sabía, o sea que la cosa sonaba más o menos así:

—Las extrañas hermanas, tomadas de la MANO / por campo y mar dan vueltas en VANO. / Tres por aquí, tres por ALLÁ / y nueve con tres de ACULLÁ. / ¡Chis...! Y el hechizo ya ESTÁ.

A Cordy se le daban muy bien las rimas.

Al terminar, Rose casi se echó a llorar, frustrada porque su gran visión dramática no había conseguido equipararse con la realidad.

—¡No ha estado nada bien! —exclamó, y hubiera empezado a señalar si no llegan a intervenir nuestros padres para consolarla. A Bean y Cordy no podía importarles menos, pues aquella seguía practicando su reverencia de despedida y la pequeña iba persiguiendo a *Semilla de mostaza* por todas partes, intentando completarle el disfraz con un sombrero de bruja que (como era de esperar) él no quería ponerse.

—«De nada carece vuestra obra» —opinó nuestro padre—. Me ha encantado. Contiene todas las partes importantes sin ninguno de los personajes principales. Una

adaptación brillante.

Dio un leve beso a la cabeza tocada de Rose.

—Estoy de acuerdo —convino nuestra madre—. Siempre he pensado que las tres brujas eran lo mejor de la obra.

—Claro —añadió nuestro padre—. Ha sido apropiado que os tuviéramos a las tres para que pudiéramos disponer de nuestras propias brujas.

Por encima de la cabeza de Rose mandó un guiño a nuestra madre.

—¡Pero Cordy se ha equivocado! —protestó de nuevo Rose.

—No, solo lo ha hecho distinto —la calmó nuestra madre—. Pero no importa. ¿Acaso las mejores obras no son las que resultan distintas?

Bueno, pues no. No siempre. Vimos una producción de *Mucho ruido y pocas nueces* ubicada en un cuartel americano durante la Primera Guerra Mundial y estaba bastante bien. En cambio, luego vino una infame versión nudista de *Sueño de una noche de verano* y un *Otelo* con las razas intercambiadas, y las dos nos parecieron horribles.

Pero Rose aprendió una lección importante: la gente no siempre hace lo que le dices. A fuer de ser justos, sin embargo, hemos de recordaros la otra cara de todo esto: Rose es la única capaz de lograr que salgamos a tiempo cuando tenemos entradas para el teatro y pretendemos llegar a los servicios dominicales. Cuando nuestra madre se dejaba una olla con zanahorias hirviendo hasta tal punto que se convertían en pura chamusquina, Rose nos hacía sándwiches de manteca de cacahuets, y gelatina, y a Cordy se los cortaba perfectamente con forma de barquito de vela. Cuando se sacó el carné de conducir, se llevaba a Bean al centro comercial más cercano (que en realidad no queda nada cercano) casi cada fin de semana, y ni siquiera se chivó aquella vez que se encontró con los chicos de la Trans Am y al volver a casa le olía el aliento a vodka y llevaba restos de vómito en el pecho de la blusa. Y ayudó a Cordy a coser su vestido de graduación a pesar de que le parecía horroroso, y todos sus alumnos de matemáticas escribían evaluaciones de sus cursos que comenzaban por la frase: «Hasta que conocí a la profesora Andreas, creía que las matemáticas eran aburridas...» Y por mucho que nos odie por quitarle el trono, nunca nos ha echado de él a empujones.

Y, si no llega a ser la primogénita, no hubiera sido nada de todo eso.



Habíamos enviado a Bean a la tienda. Rose estaba ayudando a nuestro padre a mover los muebles de la habitación para el inminente confinamiento de nuestra madre y Cordy era demasiado desequilibrada para fiarnos de ella. Incluso si llevaba una lista deambulaba por los pasillos, volvía con un surtido misterioso de productos: una bolsa de gominolas rebozadas en azúcar, un descorazonador de manzanas ancho como una

mano, una caja de insípidas galletas saladas que nadie quería y que luego se quedaba en la despensa, ignorada por todos hasta que se deshacía en puras migas. Y los productos que se suponía que iba a comprar brillaban misteriosamente por su ausencia.

Con la lista apretujada en la mano, la tinta emborronada de sudor y el papel ablandado por el calor, Bean se paseaba por el supermercado de Barnwell. Aunque fuera ocasionalmente necesario, odiábamos el híper de las afueras: sus pasillos, dolorosamente iluminados y amplios, el suelo de frías baldosas industriales, el piar incesante de los escáneres de las cajas, que se combinaban con la música para crear una inquietante banda sonora. Nos gustaba mucho más la pequeña tienda que quedaba a una manzana del café, con sus estantes polvorientos en los que se podían conseguir mermeladas caseras de las granjas de la Ruta 31, productos locales que se tambaleaban peligrosamente en pilas amontonadas fuera de la tienda y el señor Williston, o su mujer, esperando con paciencia detrás del mostrador para ir marcando nuestras compras en una caja registradora que temblaba agradablemente cada vez que se apretaba una tecla.

Con el contenido de la lista, Bean llenó un canasto envejecido, con el fondo ya curvado de tanto uso, y se dirigió a la salida, pero se detuvo al oír su nombre.

—Bianca Andreas —dijo una voz de hombre.

Se dio la vuelta, sorprendida. Acababa de rozarse con el doctor Manning al pasar junto a él y ahora lo tenía detrás, con una camiseta blanca de manga larga y unos pantalones cortos de deporte, de nailon azul. No lo recordaba tan mayor como ahora parecía, aunque había pasado menos de una década; bajo la luz difusa, su cabello rubio parecía plateado, las arrugas que rodeaban sus ojos se veían más profundas y sus piernas descubiertas parecían indecentemente musculosas.

—¡Señor doctor! —exclamó ella, recordando con toda naturalidad cómo lo llamábamos.

Él soltó una risa profunda y cálida que recorrió como un arrullo la espina dorsal de Bean.

—Oh, venga, llámame Edward. Desde que pasaste por primera vez por la plaza con gorra y bata ya no tienes edad de llamarme señor doctor. ¿Cómo es que has vuelto por estos maizales? Creía que nos habías cambiado por los grandes sueños de la ciudad.

—«Estamos hechos de la misma materia que los sueños» —citó Bean en un suspiro, con un coqueto encogimiento de hombros que le bajó el escote de suave algodón en una marcada uve. Obtuvo la deseada recompensa al ver que los ojos de él reseguían la línea del escote y luego regresaban a toda prisa a su cara. A lo mejor, después de todo, no había perdido el toque. Toma ya, tíos de los bares.

—«Y nuestra pequeña vida está rodeada de sueños» —citó él en respuesta—. Veo que sigues siendo la reina de las citas de Shakespeare.

—Por desgracia, lo llevo en la sangre. ¿Cómo está? Me han dicho que la señora

doctora se ha ido a la soleada California.

—Con nuestra descendencia. He recuperado la soledad de la soltería —dijo, y juramos que guiñó un ojo.

Quizá si Bean hubiera sido una persona más fuerte... Quizá si no hubiera hecho tanto frío por la noche mientras ella repasaba sus lamentos en soledad... Quizá si uno de los pocos solteros del pueblo no hubiera sido el cura, por mucho que perteneciera a la variedad no célibe... Quizá si todo eso se hubiera dado, ella no habría hecho lo siguiente.

Pero lo hizo.

Bean se adelantó ligeramente, con un pie hacia fuera, en gesto propio de moqueta roja, e inclinó la cabeza de tal modo que el cabello le cayera justo sobre la cara.

—Qué pena —dijo—. Todo el verano sin nada que hacer.

—Ah, doy clases en los talleres de verano, pero no es lo mismo. Un puñado de alumnos, unas pocas horas y, luego, la emoción de las noches de verano de Barnwell en una casa vacía.

—No es que se haya vuelto mucho más emocionante desde que me fui —opinó Bean.

Sus ojos lo recorrían a toda prisa, midiéndolo, jugueteando con la posibilidad. Siempre había sido guapo, más parecido a una estrella de cine que cualquier otro profesor, pero ella nunca lo había mirado como un hombre, solo como esposo de la doctora Manning, padre de los niños que jugaban a la luz menguante de los atardeceres que pasaban juntos. Y aquellos niños ya eran casi mayores, ¿no? Y ella estaba muy lejos, tanto en la realidad como en el recuerdo. Y él estaba ahí mismo, con algunos michelines pero aún con sus hombros amplios y fuertes, con su sonrisa de anuncio de dentífrico y tan concentrado en ella que casi se le queda el aliento en la garganta.

—Me temo que, en comparación con Nueva York, Barnwell no quedaría muy bien. Tienes que venir a cenar y me lo cuentas. Bueno, llamémoslo cenar —añadió, señalando la lata de sopa que llevaba en la mano.

—No sea ridículo. Siempre ha sido un cocinero increíble. Seguro que, por mí, lo podría hacer mejor.

—Ah, pero recuerdo que eras muy maniática con las comidas —dijo.

Es cierto. A ella casi nunca le había gustado el talento que él tenía para la invención en la cocina y muchas veces había cambiado lo que él ofrecía —sopa fría de calabaza, medallones de búfalo en reducción de vino— por copas de vino y ensaladas.

—Sin embargo, me encantará superarme en tu honor.

—Entonces me acercaré. ¿Pasado mañana, tal vez?

—A las siete —convino él.

Y lo hicieron sin que ninguno de los dos se diera cuenta, ni tomara siquiera conciencia, del hecho de que sus cuerpos casi se estaban tocando, un pecho de ella

junto al brazo de él, las caderas juntas, una postura casi indecente y poco común en el colmado.

—¿Llevo vino?

—No, por favor. Siempre has tenido un gusto pésimo para el vino.

—Tenía diecinueve años —repuso Bean.

Recordaba la noche en que había llegado a casa de los Manning con una botella de vino liberada de la estantería de un compañero de habitación, un líquido amargo y agudo que habían vertido en el jardín después de probar un solo trago. Apartó a empujones el recuerdo de Lila, la esposa que la había invitado a todas aquellas cenas, la misma que le había aportado conocimientos, atención y cariño sin pedir nada a cambio, más allá de esperar que se diera por hecho que no intentaría seducir a su marido.

—Ni la edad ni la belleza sirven de excusa para un mal vino. Ven tú —dijo él—. No necesitamos nada más.

Bean se alejó cimbreado, encantadora, con un rastro de tensión que se iba estirando entre ellos como la vibración de un cable.

«Ah, que los cielos lo defiendan contra los elementos, pues lo he perdido en una mar peligrosa».

Ay, pobre Bean.

## Ocho

En nuestra familia siempre hemos comunicado los sentimientos más profundos por medio de las palabras de un hombre que lleva casi cuatrocientos años muerto. Pero para el asunto del cáncer (aquí la palabra es de Cordy) él guarda silencio como una tumba. La palabra «cáncer» tan solo aparece una vez en toda la obra de Shakespeare y no en referencia a la enfermedad sino en *Troilo y Crésida*, en la misma estrofa que cita los nombres clásicos de Áyax, Aquiles y Júpiter. Así que más bien nos encontrábamos sin palabras para describir lo que le estaba ocurriendo a nuestra madre.

No sabemos cómo descubrió el bulto, lo cual es interpretado por Bean como clara evidencia de que lo encontró nuestro padre mientras practicaban sexo, aunque la verdad es que no importa. Había un bulto y habían ido al médico, primero en Barnwell y luego en Columbus, y le habían hecho una biopsia. Y la palabra «maligno» se había colado en la lengua vernácula de la familia.

La mañana en que operaban a nuestra madre nos levantamos sin que Rose tuviera que despertarnos. ¿Cuánto hacía que no nos amontonábamos todas en el coche de aquella manera? Lo suficiente para que nos diéramos cuenta de que, si de más jóvenes nos había parecido que el asiento trasero era incómodo, no era nada en comparación con lo desagradable que podía resultar para tres mujeres crecidas por completo. Barnwell era tan pequeño que siempre íbamos a pie, incluso en invierno, hiciera el tiempo que hiciese, y además no estábamos acostumbradas a compartir tan poco espacio.

Rose y Cordy se quedaron junto a la puerta un momento y se miraron, a la expectativa, hasta que Cordy puso los ojos en blanco y se puso en el centro. De jóvenes lo llamábamos «la joroba», pues la que se sentaba allí tenía que conformarse con la presencia de un bulto en el lugar destinado a sus piernas.

—Ya hace mucho que no soy la más pequeña —se quejó Cordy mientras la apretujábamos por ambos lados.

—Pero sigues siendo la menor —contestó Bean, al tiempo que apartaba la pierna de Cordy con la punta de un dedo.

Rose se dio cuenta de que Bean llevaba las uñas limpias, cortadas y pintadas de rosa. Le dio pena y alivio a la vez, y sintió un nada común deseo de abrazarla, de hacerle saber que ya no necesitaba esforzarse tanto.

—Creía que desde que todas alcanzamos la edad para poder comprar alcohol legalmente eso ya no importaba —protestó Cordy.

—«Abandonemos este pueblo, pues está lleno de esclavos con cerebro de liebre» —citó nuestro padre al tiempo que se instalaba al volante y miraba a Cordy por el

retrovisor.

—Vale —dijo ella en voz alta.

Separó las rodillas con fuerza, de tal modo que Rose y Bean tuvieron que empujar a su vez para defender su espacio.

—Para ya —protestaron las dos.

Cordy nos dedicó una sonrisa angelical. Su piel había perdido ya la palidez amarillenta conseguida durante su etapa de rebelde americana, con una dieta consistente en comer lo que pillara cuando pudiera, y el pelo parecía brillar recogido en una trenza gruesa que le caía por la espalda. Rose se fijó en que incluso había recuperado un poco de peso, aunque todavía notaba cómo se le clavaba en las costillas su codo afilado. Aunque eso se debía más a la malicia que a la desnutrición.

—¿No te parece agradable tener a las niñas en casa? —preguntó nuestra madre a nuestro padre, mientras pestañeaba en gesto de falsa adoración.

—«El diente de la sierpe es menos desgarrador que el dolor de tener un hijo ingrato» —replicó nuestro padre mientras encaraba el camino de salida. Nadie había mencionado aún adónde nos dirigíamos.

Cuando éramos pequeñas, hacíamos un viaje cada verano en el viejo y amplio coche familiar, con sus asientos de plástico, dolorosamente pegajosos, que nos dejaban unos rabiosos tatuajes de color rojo en los muslos desnudos, donde terminaba el pantalón corto. Nuestros padres se turnaban al volante para llevarnos por carreteras que cortaban en dos los pastos, por túneles que se abrían a paisajes de montaña, por carreteras de costa en las que solo nos separaba del Creador la fina y mínima noción del quitamiedos. Nosotras, en el asiento trasero, alternábamos la lectura, la pintura y el infame concurso de sonetos que organizaba nuestro padre, en el que cada una componía un verso hasta que teníamos un poema entero que, al final, no tenía ningún parecido con la primera intención.

El juego, en cualquier caso, nos hizo extremadamente buenas en la improvisación de pentámetros yámbicos, aunque tampoco se trata de una habilidad de la que alguien pueda beneficiarse en cualquier otro mundo que no sea el de nuestro padre.

Así fuimos a ver los fuegos artificiales del Cuatro de Julio en Maine, a aterrorizarnos por los osos en Yosemite (por culpa de Bean, que se dejó los malvaviscos fuera de la bolsa de la comida), a sacarnos una foto en el monte Rushmore, a achicharrarnos durante un huracán de Florida que se adelantó a la estación, a quemarnos la lengua con tamales en Austin.

Ahora, al mirar atrás, nos parece extraño que no hiciéramos cosas más acordes con los conocidos intereses de la familia. Aquellos viajes, muchos de los cuales se podrían resumir con un adhesivo en el parachoques que llevara el nombre de alguna atracción turística muy obvia como Sur de la Frontera, o Wall Drug, parecían, si se permite la obviedad, muy americanos. Cuando nos quedábamos en un motel con piscina y nos hacíamos amigas de los otros críos que chillaban por el cemento, la mitad de las veces era como si habláramos idiomas distintos. Nosotras no conocíamos

sus programas de televisión, ni las canciones de la radio que cantaban. No conocíamos la comida basura ni la comida rápida, y el único juego que llevábamos en el coche era una pizarra mágica.

Disimulábamos bien, por supuesto, y tampoco importaba demasiado porque no íbamos a volver a ver aquellos niños, que se dirigían a California, a Arkansas, a Virginia, a lugares lejanos. Pero falsearíamos la verdad si no admitiéramos que nos hacía sentir un poco raras.

Sí, hubiera sido de esperar que pasáramos las vacaciones en Stratford, o en Londres, o en Padua, o en cualquier lugar de Europa con una vaga conexión shakespeariana, la verdad. Pero creemos que nuestro padre disfrutaba genuinamente aquellas incursiones al estilo americano. Pese a que manifestaba ignorar con cierta altanería los modos de vida de aquella gente, le parecía que todos los que le rodeaban, fuera de nuestra pequeña burbuja académica de Barnwell, eran fascinantes. Él marcaba aquellos viajes en una lista mental que siempre llevaba consigo, como una manera de conseguir que, aunque fuera solo por unas semanas, tanto él como nosotros nos sumáramos a la corriente general.

En aquel viaje para acudir a la cita de nuestra madre con su tetino (el *copyright* de la palabreja es de Cordy) llevábamos libros todos, por supuesto, pues a nadie de nuestra familia se le ocurriría viajar sin material de lectura, pero Rose y nuestra madre eran las únicas que iban leyendo. Nuestro padre conducía, sosteniendo el volante con mucha holgura en la mano derecha mientras se acariciaba obsesivamente la barba con la izquierda. Lo hacía tan a menudo que a veces nos preguntábamos si habría alguna marca en las zonas por donde pasaban siempre los dedos. Bean iba mirando por la ventana, equilibrando a Edward y su conciencia en una misteriosa serie de escalas mentales, y Cordy iba hablando con nuestro padre sobre una producción vanguardista de *El mercader de Venecia* que había visto en un festival experimental de no se sabe dónde.

—Y estaba esa historia sobre que las cajas que intentan abrir los pretendientes de Porcia simbolizan su virginidad; por eso se agarraba la entrepierna mientras hablaba.

—No es exactamente una teoría nueva —interrumpió nuestro padre—. No hace falta demasiada imaginación. En realidad se llaman «cofres» y es una elección de léxico que establece una conexión con los ataúdes y, por lo tanto, con la muerte de su padre, pero la verdad es que solo son cajas.

—Pero... ¿era necesario que se toqueteara en el escenario? —preguntó Cordy.

—No, supongo que es demasiado.

—Ah, pero aún no has oído lo peor —añadió Cordy.

Había juntado las manos sobre el regazo e iba algo inclinada hacia delante, con la barbilla apoyada en el respaldo del asiento de nuestra madre, como si fuera el atento perro familiar. Bean alzó un dedo y lo pasó cuidadosamente, como un metrónomo, de un lado a otro de la ventanilla, mientras contaba millas mentalmente.

—Dime, dime —propuso nuestro padre.



Es precisamente el tipo de cosa que le fascina. Del mismo modo que las caras de los presidentes en el monte Rushmore le parecían gloriosas por su bajeza, se regocijaba con el horror de ciertas interpretaciones de Shakespeare. Eso quiere decir que, a lo largo de toda nuestra infancia, la mayor parte del teatro que vimos en directo fue precisamente eso: horribles interpretaciones de Shakespeare, incluida una inolvidable producción de *El sueño de una noche de verano* en la que iban todos desnudos y que nos provocó pesadillas durante una semana tras ver cómo Bottom, en pleno desnudo de gala, tenía una erección por los toqueteos de Titania. El beneficio, aparte de estar capacitadas para citar generosamente fragmentos de cualquier obra, era que a todas se nos daba bastante bien la crítica teatral. Y dormir sentadas.

—Verás —empezó Cordy, estirando la palabra como un chicle de sal, regocijándose en el momento—, el príncipe de Marruecos, ¿vale? —Nuestro padre asintió—. El tipo que lo interpretaba era algo así como un rastafari con rastas falsas. Y hablaba con acento.

Se recostó en el asiento después de tirar la bomba. Nuestro padre soltó una risita.

—«No dejéis que mi complexión os desagrade...» —recitó en un torpe *patois*.

—Papáaaa —protestó Bean, al tiempo que detenía el vaivén del dedo y ponía los ojos en blanco.

—¡Fue totalmente así! —dijo Cordy, volviéndose hacia Bean y luego de nuevo a nuestro padre—. Papá, tendrías que haber estado allí. Creía que me iba a mear encima de tanta risa que me dio.

—¿Y qué crees que pretendían hacer, Cordelia? —planteó nuestro padre. Ahí venía, por supuesto, el asunto. Hasta la peor producción tenía algún valor, algo de qué aprender, incluso si solo funcionaba como moraleja—. ¿Tienes idea de cuál era el contexto intelectual? ¿El objetivo?

Cordy se encogió de hombros, aburrida ya.

—No creo que lo hubiera. Creo que era una panda de actores en paro que se creían muy profundos o algo así. Deprimente.

Plegó las manos sobre el regazo como si fuera a rezar. Nuestra madre apartó la mirada del libro.

—Es la próxima salida —dijo.

En el coche se hizo un extraño silencio. Cordy abrió su libro y empezó a leer.

Otra familia hubiera hecho preparativos. Otra madre hubiera cocinado unos guisos y los hubiera congelado, etiquetados con las correspondientes instrucciones. Otro trío de hijas hubiera bordado una bata de hospital, escrito una canción en su honor, preparado aceites para masajes y velas de aromaterapia para facilitar la transición. Por mucho que hablara Rose, nosotras íbamos a pelo. Inseguras sobre qué preguntar, incómodas con la enfermedad de una mujer que nos había cuidado en todas las nuestras, armadas tan solo con los libros que estábamos leyendo y no del todo sanas e ilesas nosotras mismas. Nuestra madre estaba a escasos centímetros, pero apenas sabíamos cómo se sentía: ¿Asustada? ¿Triste? ¿Resignada?

En el hospital no nos dejaron pasar del vestíbulo principal, así que nos despedimos de ella con un beso. Rose le dio un abrazo incómodo y unas palmaditas en la espalda, como si fuera apenas una conocida. Bean le dio un beso en la mejilla y un apretón en los antebrazos.

—Te quiero, mami —le dijo.

Cordy fue la única que se entregó a fondo, arrojándose entre los brazos de nuestra madre y apretujándola con fuerza. Cuando al fin se apartó, nuestra madre estaba llorando, pero solo un poco, mientras que Cordy parecía llorosa y algo aturdida.

—Te quiero —exclamamos todas mientras ella se alejaba con nuestro padre.

Como siempre, él llevaba una camisa de manga corta y unos pantalones marrones que le quedaban demasiado cortos y revelaban un destello de calcetines negros de nailon mientras nuestra madre desaparecía por el antiséptico pasillo.

—Trágico —opinó Bean, meneando la cabeza cuando ellos doblaron la esquina.

Nuestra madre llevaba el bolso entre los brazos como si fuera un bebé y nuestro padre le pasaba una mano por la espalda.

—Es terrible —concedió Cordy, que aún moqueaba.

Rose sacó un pañuelo de papel de su pesado bolso de cuero y se lo pasó a nuestra hermana.

—Me refiero a la estética.

—Joder, Bean. Ten un poco de compasión. La van a operar —dijo Rose, sorprendida.

Cordy empezó a llorar de nuevo.

—Eso no quita que lo que lleva puesto sea trágico —insistió Bean, aunque no tenía ganas de pelear.

—Perdón —dijo una voz a nuestras espaldas.

Al volvernos vimos a un empleado plantado justo detrás de nosotras con un carrito grande, cargado de provisiones y juegos de sábanas.

—Perdón —dijimos, y nos apartamos corriendo.

Rose nos dirigió hacia el vestíbulo, donde el sol apenas acababa de empezar a calentar desde el atrio, con sus cristales divididos por gruesos maderos. Cordy tocó una planta con un dedo, incapaz de decidir si era real o de plástico. Las sillas rígidas, en diversas variedades de gama azul, se apiñaban en pequeños cuadrados. Bean y Cordy se desparramaron en dos hileras de sillas, con los pies encarados, y Rose se sentó con todo primor en un único cojín. Imaginábamos a nuestros padres arriba, rezando mientras preparaban a nuestra madre para la operación, sus cabezas juntas mientras susurraban una íntima expresión de su amor y de su fe. Nosotras no podíamos invocar ninguno de ambos.

Cordy y Bean sacaron los libros, los abrieron y desaparecieron tras sus páginas. Rose se quedó sentada un largo rato, sin mirar nada en particular, y luego abrió también su libro. Aparentemente ya estaba todo. No íbamos a hablar de aquello, no íbamos a compartir nuestros sentimientos, ni a discutir ningún arreglo, ni nos íbamos

a involucrar en uno de esos momentos de montaje pelicularo, con una música creciente mientras nos abrazábamos y llorábamos por la pérdida de nuestra madre y por nuestro propio miedo. Al contrario, nos íbamos a envolver en capas tejidas por la autoindulgencia y el victimismo, negándonos a admitir que podíamos prestarnos ayuda mutua si éramos capaces de abrirnos. Al contrario, haríamos lo que hacíamos siempre, lo único en lo que habíamos sido consistentemente sobresalientes: leer.

Nuestro padre vino a recogernos justo antes de las cinco, cuando ya el aire del vestíbulo se volvía tenso y caluroso por el brillo del sol de poniente. Bean y Rose se habían dormido, tumbadas en posturas incómodas, y Cordy se había quedado bocabajo, con la cabeza colgando más allá del límite de los cojines y los pies apoyados en una de las mamparas que dividía aquella especie de caverna en cubículos más pequeños. Sostenía el libro en posición incómoda ante el rostro y para pasar páginas necesitaba las dos manos.

—«Harpier exclama: “Ha llegado la hora, ha llegado la hora.”» —anunció nuestro padre en voz alta.

Cordy levantó el libro, con la cara roja de estar bocabajo, mientras que Rose se despertó con un jadeo bien sonoro y Bean siguió roncando feliz hasta que Cordy se incorporó y, al moverse, le dio una patada. Bean dio un respingo y pestañeó con cara de sueño.

Subimos en silencio, como si fuéramos del bosque de Birnam a Dunsinane, tras los rígidos crujidos que los zapatos de mi padre arrancaban a aquellos suelos, gastados por las ruedas de las camillas. Cordy reseguía con los dedos las amplias líneas azules dibujadas en la pared. Al llegar a la habitación de nuestra madre, nuestro padre se detuvo y se volvió hacia nosotras:

—Os tengo que avisar. No tiene muy buen aspecto.

Asentimos y entramos tras él, alineadas a lo largo de la pared como si nos estuviéramos preparando para salir en una foto de grupo. Todo era blanco: las paredes, las sábanas, la cortina que separaba a nuestra madre de la cama vacía que había más allá y de la ventana, su piel, incluso sus labios. Incoloros, cenicientos, agrietados. La lámpara fluorescente murmuraba, como una abeja furiosa, por encima de nuestras cabezas. Bean se mordió las uñas. Rose lloró. Nuestra madre parecía tan pequeña, tan exhausta, con el cráneo pelado como un esqueleto encima de la almohada y la luz que solían emitir sus mejillas convertida en papel.

Nuestro padre se sentó al otro lado de la cama, por donde se plegaban las sábanas en torno al bulto del cuerpo. Tomó una mano de nuestra madre y la acarició con suavidad. Bean, evitando mirarla a la cara, se fijó de nuevo en lo envejecidas que estaban esas manos, en los nudillos amplios y huesudos, la piel recorrida por líneas que parecían de garra de gorrión y la carne floja en el dorso. Nuestra madre tensó los párpados para abrirlos y miró a nuestro padre con los ojos acuosos y embarrados, y las pupilas bien abiertas. Junto a la pared había una mesa en la que un cubito de hielo iba dejando un charco de agua al deshacerse junto a una pajilla, una jarra y una taza

minúscula llena de zumo de manzana con el papel de aluminio levantado. Rose se mantuvo ocupada moviéndolos como hacen los trileros.

Cordy se sentó a este lado de la cama y, debido a la presión aplicada a ambos lados, las piernas de nuestra madre, amplias y robustas, sobresalieron en relieve bajo las sábanas tirantes. Tras un momento de duda, tomó la otra mano de nuestra madre y copió los movimientos de nuestro padre, acariciando los nudillos huesudos que acababan de llamar la atención de Bean.

—Hola, mami —le dijo.

Nuestra madre volvió lentamente la cabeza hacia ella.

—Hola, cariño —le contestó en un susurro seco y tembloroso. Volvió de nuevo la cabeza con una rotación rígida, como si fuera una muñeca, y sonrió a Bean y a Rose —. Hola, ¿cómo estáis?

Bean sonrió.

—Muy bien. Pero no estamos ingresadas. ¿Qué tal tú?

Se tironeaba los bajos de la chaqueta roja, de lino crudo, que llevaba encima de una larga falda vaquera. Si alguien ha de ir perfecta en medio de una crisis, apuesta por Bean.

Cordy siguió acariciando la mano de nuestra madre como si quisiera sacarle algo de dentro.

Ella sonrió.

—Cansada —dijo, mirando a Cordy.

—Ya lo sé, mamá —respondió esta—. ¿Por qué no duermes un poco? Estaremos por aquí...

Se volvió hacia nuestro padre, como una niña en busca de permiso. Él asintió, tomó la mano de nuestra madre y la besó, rozándole la piel con su barba. Rose los contempló, pensando que nunca le había visto mirarla con tanto amor, y en ese momento su corazón se acordó de Jonathan con una punzada. Los ojos de nuestra madre se cerraron y vimos cómo respiraba.

Cuando se terminó la hora de visita dejamos a nuestro padre roncando feliz en la cama vacía de la habitación de nuestra madre y nos volvimos a casa en coche. Bean iba al volante, Rose sentada a su lado, agarrada a la guantera de puro terror cada vez que cambiábamos de carril, y Cordy con la cabeza asomada entre los asientos delanteros, aun en su papel de perro familiar. Se nos hacía raro ir las tres solas y pasamos casi todo el trayecto de vuelta a casa discutiendo qué íbamos a cenar. Cordy defendía la comida vegetariana (supusimos que solo para hacer las cosas más difíciles), Bean se quejaba del kilo imaginario que había engordado desde que su dieta incluía algo más que tapas y martinis y Rose se había pasado el día soñando con un puré de patatas con mantequilla, lo cual encajaba con los requisitos de Cordy, pero no con los de Bean. Al fin terminamos apretujadas en la cocina, chocando entre todas mientras cada una creaba su aventura culinaria, y luego comimos en un silencio interrumpido tan solo de vez en cuando por una desagradable conversación sobre

nuestra madre y sobre lo que debíamos hacer para dejar la casa preparada para su vuelta.

Después de cenar, Bean escaló desde su ventana y se sentó en el tejado a fumar y a mirar las estrellas. En Nueva York no se había fijado en su ausencia, pero aquí las veía con toda claridad, las constelaciones y los signos de admiración que las separaban, la espiral cremosa de la Vía Láctea que se abría camino entre la espesa oscuridad del verano igual que las luces de las fiestas de fin de curso en la Coop, tanto tiempo atrás. También los sonidos eran extraños: nada de bocinas, ni sirenas, ni gritos, ni zumbidos eléctricos, solo la llamada urgente de los grillos y unos pocos búhos madrugadores.

—¿Te importa que me apunte? —preguntó Cordy, al tiempo que sacaba la cabeza y, en posición incómoda, miraba hacia arriba para ver a Bean.

—Claro que no —respondió Bean mientras se desplazaba para dejarle sitio.

Cordy subió con las piernas por delante y se encaramó por la leve ladera que el tejado trazaba junto a la ventana. Nos quedamos juntas, tumbadas en silencio en una zona donde la pizarra estaba tan gastada que casi parecía lisa.

—Qué mal aspecto tenía —dijo Cordy al fin. Un búho se mostró de acuerdo con su lúgubre ulular desde uno de los árboles que había al fondo del patio—. No pensaba que fuera a tener tan mala pinta.

Bean se encogió de hombros y exhaló una bocanada de humo que se quedó flotando en el espesor del aire durante un instante antes de disiparse.

—Si le han de dar quimio otra vez, creo que tendrá una pinta bastante chungu durante un tiempo.

—Sí —accedió Cordy—. Ya lo sé. Es que verla así es un poco raro. Ya sabes, tan débil.

Bean sabía. Todas sabíamos. Lo que hacía que mi madre pareciese formidable era aquella constitución de robusta campesina que a nosotras tanto nos molestaba. No lo era, por supuesto; estaba sometida a los mismos caprichos del destino que nosotras, tal vez más incluso, y todas la habíamos visto llorar. No era una de esas mujeres de hierro que, en plena hambruna irlandesa, habían sido capaces de criar una docena de hijos y encima llegar a misa todos los domingos. Pero siempre pareció ser igual que esas mujeres.

—¿Crees que lo heredaremos?

—Dalo por seguro —contestó Bean, alargando las palabras lentamente—. Ni siquiera sirve de nada dejar de fumar. Serán primero las tetas.

—Racionalizad todo lo que queráis —intervino Rose, sacando la cabeza por la ventana antes de trepar con torpeza para unirse a nosotras—. Sigue siendo un hábito desagradable.

—La vida es un hábito desagradable —repuso Bean, en tono indiferente.

Cordy le dio un codazo y ella se corrió un poco para que Rose cerrase el sándwich por el otro lado. Nos quedamos tumbadas en una fila bien ordenada,

mirando el cielo juntas.

Una vez, hace mucho tiempo, nuestros padres salieron a una cena de la facultad y nos dejaron a las tres solas. Rose tenía dieciséis años; Bean, trece; Cordy, todavía atrasada en los diez. Era una noche fresca, debía de ser a fines de otoño, y Bean acababa de comprar un disco de 45 revoluciones con una canción pop que le encantaba, uno de esos fenómenos de un solo éxito con percusión de sintetizador y un estribillo contagioso.

Recogimos juntas los platos y luego Bean puso el disco, abrió de par en par la puerta de entrada y se puso a bailar en el porche, bajo la luz amarilla a cuyo calor acudían las polillas con un batir ansioso de alas. Al terminar la canción, Bean había sacado a Rose del columpio del porche y bailaban juntas, alocadas y sin aliento, sudando en aquel aire gélido. «¡Otra vez!», gritó Bean. Cordy se escabulló adentro para volver a posar la aguja en el principio, con sus pantalones frotándole los pies descalzos. La pusimos una y otra vez, y Cordy se quedó junto a la puerta mirándonos bailar juntas y correr de un lado para otro cada vez que la canción estaba a punto de acabar. Al final la sacamos con nosotras y las tres dimos vueltas y remolinos hasta que nos aprendimos la letra entera y nos quedamos sin aliento de tanto cantar y bailar. «¡Bailan! ¡Son mujeres locas!», exclamó Bean, agarrando las manos de Rose y haciéndole dar vueltas hasta que, de tanto mareo, casi olvidó quién era. Y luego subimos a este mismo tejado y buscamos juntas estrellas fugaces hasta que Cordy se quedó dormida y casi se cae.

Al encontrarnos de nuevo en el tejado nos dio por pensar en esa noche, pero ahora éramos mayores, si no más sabias.

—He encontrado trabajo —anunció Cordy.

—O sea que te quedas —concluyó Rose.

—Sí. ¿Algún problema?

Cordy se dio la vuelta y la trenza se le enganchó en una teja suelta, así que tuvo que dar un tirón para soltarse antes de volverse a tumbar, mirando el perfil de Rose.

—Claro que no. Es que es raro teneros aquí a las dos.

—Más raro es para nosotras estar aquí —intervino Bean—. Creía que me había librado de este pueblo. Lo odio.

—Qué curioso —caviló Cordy—. Él siempre ha dicho cosas buenas de ti.

—Es una sensación extraña. Ya me había acostumbrado a ser hija única y resulta que no lo soy —continuó Rose, como si nosotras no hubiéramos dicho nada.

—Dejaste de ser hija única el día que nací yo —dijo Bean, brusca—. El hecho de que no estemos aquí no quiere decir que no existamos.

—Lo sé. Solo es una sensación. Es que..., como veo a mamá y a papá todo el rato... Bah, qué más da. No lo entenderéis.

—Claro, porque es una tontería —opinó Bean.

Se incorporó, equilibró el cigarrillo sobre el dedo pulgar y luego, con ayuda del índice, lo lanzó al aire. El minúsculo proyectil salió disparado trazando un arco de

fuegos artificiales y dejó un rastro de chispas al caer al jardín. Permanecemos de nuevo sentadas y en silencio. En el aire de la noche se percibía aún el murmullo y el ajetreo del verano. Una tontería, claro, pero sabíamos qué quería decir. Todas hemos pasado por la experiencia de quedarnos solas en casa con nuestros padres y eso tiene algo de especial, algo diferente. Ni Bean ni Cordy serían tan crueles como para considerarse hijas únicas, pero sabíamos a qué se refería Rose. La competencia en el reclamo de atención llegaba solo de modo intermitente, en llamadas telefónicas de Cordy, desesperada por una inyección de efectivo, o de Bean, que llamaba desde un taxi, de camino a una fiesta, o cuando Rose estuvo fuera para sacarse el doctorado, cartas con papel elegante escritas con su excelente caligrafía. Esas interrupciones tenían más de aberración que de normalidad y, una vez transcurridas, pasaban al olvido y la que estuviera en la casa podía recuperar su lugar de nación favorita.

Bean volvió a tumbarse con las manos detrás de la cabeza.

—¿De qué es tu trabajo, Cordy?

—En el café. Dan Miller me dijo que, si quería trabajar, me contrataría.

—Si te hubieras licenciado podrías tener un trabajo mucho mejor que de camarera. De hecho, deberías pedir trabajo en la escuela. Así te podrías matricular gratis —sugirió Rose.

—¿No me sale gratis igualmente por papi?

Siendo la menor, Cordy era la única que usaba diminutivos y sufijos para los apelativos de nuestros padres. A su edad resultaba un poco molesto, pero se lo aguantábamos.

—Tienes veintisiete años. Creo que ese beneficio se agotó hace unos cuantos —aclaró Bean sin antipatía.

—Bueno, da igual. El título no me importa. Solo quiero ser feliz.

—¿Y trabajar en una cafetería te hará feliz?

—Es una profesión perfectamente noble.

—No he dicho que no sea noble. La que cree que es indigno de ti es Rose. Yo solo digo que, si tu máximo objetivo en la vida es la felicidad, te asegures de dedicarte a algo que te haga feliz.

—Yo no he dicho que sea indigno. He dicho que puede aspirar a más.

—Es lo mismo. —Bean se encogió de hombros.

Rose soltó un largo suspiro, lo cual significaba que no estaba de acuerdo pero tampoco pensaba discutirlo. A todas se nos daba muy bien comunicar grandes profundidades emotivas por medio del semáforo de nuestros suspiros.

—Ojalá tuviéramos un poco de costo —dijo Cordy, apenada.

—Pídeselo a tu jefe nuevo —respondió Bean—. En la escuela, el costo bueno siempre lo tenía él.

—Creo que se ha vuelto respetable —apuntó Rose.

—«¡Ay! ¡Aciago día!» —citó Cordy con voz profunda, y nos reímos todas—. ¿Y tú, Bean? —preguntó.

Al volver la cabeza ahora hacia el lado contrario, se dio cuenta de lo mucho que se parecían Bean y Rose al verlas de perfil. Y supuso que ella también. Nadie podría ignorar que somos hermanas.

—¿Yo, qué? Tampoco tengo costo.

—No. Quiero decir si piensas buscar trabajo. ¿Te vas a quedar un tiempo?

Bean alzó las manos y se frotó los ojos con fuerza, de esa manera que provoca luego la presencia de chispas en un velo oscuro al abrirlos de nuevo.

—Supongo. Me quedaré al menos una temporada. Quiero estar por aquí para ayudar a mamá.

—Entonces, ¿no vas a volver a Nueva York?

El silencio se arrimó a nosotras. El búho volvió a ulular, esta vez desde otro árbol; o era otro búho con una melancolía similar. Cuando al fin habló Bean, oímos incluso la sequedad de los labios al separarse.

—De momento, no. No. Puede que no durante un tiempo.

—¿Qué ha pasado, Bean? —preguntó Cordy.

Su voz era tan suave como lo habían sido sus dedos en la mano de nuestra madre. Vio cómo rodaba una lágrima por la mejilla de Bean, empalidecida por la luz de la luna, pero no se movió para tocarla. Bean la dejó resbalar hasta la oreja y, cuando al fin habló, no le temblaba la voz.

—No quiero hablar de eso —afirmó. Vimos que tenía la cara tensa por el esfuerzo de contener la emoción. Cordy pensó que parecía mayor, pero jamás se le hubiera ocurrido decirlo en voz alta—. Pero sí. Me voy a quedar un tiempo. Y también voy a buscar trabajo.

Bean se incorporó y encendió otro cigarrillo, y Rose no se quejó cuando se vio obligada a despejar el humo que se le venía a la cara. Algo en el tono de voz de Bean sonaba frágil y extraño, e inquietante para nosotras, que nos habíamos acostumbrado a su carácter espinoso.

—Tú sí que podrías trabajar en la escuela —sugirió Cordy—. Eres exalumna.

—Joder, bastante chungo es vivir aquí otra vez —dijo Bean de vuelta a su tono brusco, más cortante que el filo de un cuchillo—. Encima no voy a volver allí para trabajar. Me haría sentir fracasada.

Nos quedamos sentadas un momento, sin que nadie señalara que todas habíamos fracasado tanto si nos permitíamos sentirlo como si no. Rose, menos cómoda con la idea, se dio una palmada en las piernas como si se sacudiera un polvo invisible.

—Me voy a la cama. ¿Alguien necesita que la despierte mañana?

—Yo —dijeron Cordy y Bean.

Cuando Rose ya había entrado en casa, Bean se acabó el cigarrillo y se quedó mirando fijamente la quietud de la noche. Los densos árboles tapaban la vista del pueblo, pero ella sabía que en algún lugar de aquella durmiente oscuridad descansaban el pecado y la salvación, ambas tentadoras por igual. El sendero que llevaba al pecado era tan reconfortante, estaba tan bien trazado, hacía tan fácil caer en



el silencio del aturdimiento...

—¿Has visto al Muy Reverendo últimamente? —preguntó Cordy como si leyera los pensamientos de Bean. Esta exhaló y meneó la cabeza—. Qué pena. Es mono.

Las palabras se pasearon un momento por los labios de Bean, que dudó antes de escupirlas.

—Mañana voy a cenar a casa de los Manning.

—¿Ah, sí? Qué guay. Hace décadas que no la ves.

—No, con ella no. Con él. Ella está en California, o no sé dónde.

—Ah —dijo Cordy.

¿Había entendido lo que quería decir Bean? ¿Sabía cómo le atraía a él la curva del labio de Bean, su pecho, la silenciosa tristeza que podía perderse en el frotar de las sábanas?

Incluso si lo sabía, Cordy no lo iba a criticar. ¿Quién era ella para juzgar a nuestra Bean y todo lo que tenía escondido dentro, cuando ella misma tenía sus secretos, cálidos y dulces de tanto dolor?

Bean se frotó la frente y luego tiró el cigarrillo más allá del tejado, siguiendo el trayecto trazado por el primero. Tenía la boca seca y amarga por el tabaco.

—¿Serías capaz de vivir aquí para siempre, Cordy?

Nuestra hermana se lo pensó un momento mientras jugueteaba con el extremo de una trenza, frotando arriba y abajo las puntas de los cabellos con sus dedos.

—Es igual que cualquier otro sitio —dijo al fin—. Solo que a una escala más pequeña.

—Mucho más pequeña —dijo Bean. Recogió las rodillas contra el pecho y apoyó una mejilla—. A veces me parece que aquí no puedo respirar.

Cordy dudó un momento, luego tendió una mano y pasó el dorso con ternura por el brazo desnudo de Bean.

—Eso no es culpa de Barnwell —opinó Cordy—. Eres tú.

## Nueve

Podría parecer cruel que a la mañana siguiente, al llegar a Columbus, nos fuéramos a comprar vestidos en vez de al hospital. No abandonamos del todo a nuestros padres, por supuesto, porque llegamos al hospital hacia las once, pero no fuimos directamente allí a empezar a rechinar los dientes y rasgarnos las vestiduras.

Al contrario, nos fuimos a probar vestidos en una tienda de trajes de novia que ofrecía descuento, con sus dependientas dentudas embobadas con nosotras hasta que Rose rompió a sudar de pura incomodidad con aquellos satenes rígidos y Bean ya parecía a punto de rugir. Cordy, con los dobladillos de sus vaqueros acampanados ya deshilachados, se quedó sentada en una silla y se dedicó a menear la cabeza con tristeza ante cada uno de aquellos brebajes amerengados.

—Estoy ridícula —suspiró Rose en el enésimo intento de probarse un vestido blanco bien tieso.

Reinaba el silencio en la tienda, cosa que resultó conveniente, pues la competencia con el piar y el picoteo de un millón de madres felices y de novias de veintipico hubiera despertado su instinto asesino. El vestido era relativamente sencillo y bonito, con un corpiño imperio sellado por un arco delicado que se desparramaba hacia la falda de chifón, pero embutida en él Rose parecía agotada y desgraciada. Dedicó una mueca a su imagen en el espejo.

—Ridícula —repitió—. Parece que me las quiera dar de jovencita...

—Porfaaaa... —gruñó Bean, dándole un tirón a la falda larga para que adoptara la caída adecuada—. A los treinta y tres no eres precisamente una vieja. Además, te juro que ninguna mujer que de verdad sea alguien se casa antes de los treinta.

Rose se dedicó un puchero en el espejo y se alisó el cabello. Cordy se toqueteaba las uñas.

—Vale. No soy una vieja. Pero sigo teniendo un aspecto horrible.

—Porque insistes en esta tradición estúpida —opinó Bean. Había alejado a las vendedoras, pero una de ellas regresó aleteando, lista para aterrizar a tiempo para una venta. Sin embargo, Bean mostró los dientes y la mujer desapareció tan rápido como había llegado—. Venga, Rose, te juro que nos saldrá mucho mejor si me dejas escoger un poco en algún sitio que no parezca una fábrica de golosinas.

Rose levantó las múltiples capas de la falda y las dejó caer flotando por los muslos, como Daisy desinflándose en presencia de Tom Buchanan.

—Pero es que no quiero parecer rara —protestó—. Quiero parecer una novia.

Cordy se levantó por fin de la silla, después de haber conseguido convertir sus uñas en hebras.

—Nadie te va a tomar por ninguna otra cosa en tu boda. Pero eso del vestido

blanco y grande no te sienta bien, Rosie. ¿Por qué no dejas que Bean te escoja algo? Sabe mucho más de vestidos que tú y yo.

Rose miró a Cordy, que llevaba un top negro ajado y unos vaqueros caídos sobre las caderas que revelaban una franja del vientre. En los probadores estaba la ropa de la propia Rose, unos pantalones cortos color oliva por los que asomaban sus piernas como salchichas rechonchas y blancas, y una blusa blanca con la que se la veía gorda y desaliñada. Había escogido aquella ropa para podérsela quitar y poner con más facilidad, pero ahora se arrepentía. Bean se hubiera vestido bien y se hubiera asegurado de permanecer limpia y perfecta durante toda aquella experiencia. «Hasta la cola de su peor bata / era más valiosa que todas las tierras de mi padre».

En el centro de la zona de probadores, frente al despliegue de espejos en los que daba vueltas la imagen de Rose, cuadrada, gruesa, vulgar, había una caja de madera a la que podían subirse las novias para admirar el abanico de la cola o el detalle de un dobladillo. Rose le dio un golpe con tristeza y se tapó la cara con las manos. Pasó un momento de silencio hasta que nos dimos cuenta de que estaba llorando.

—Oh, Rosie —dijo Cordy. Se acercó de rodillas hacia nuestra hermana. Apoyó las manos en las rodillas de Rose y le dio una suave sacudida—. ¿Qué pasa?

Rose siguió llorando. Bean se apartó, concentrada en envolverse la mano con un velo, cuyo tul sonó al rozar los dedos.

—Rosie-Posie —insistió Cordy, con una mirada dulce a la cara de nuestra hermana.

Rose apartó las manos. Tenía los ojos rojos y el surco de las lágrimas le recorría las mejillas.

—Se supone que he de estar guapa —dijo, entre sorbetones—. Por un día, se supone que he de estar guapa.

—Lo estarás —dijo Cordy—. Serás la novia más guapa que jamás se haya visto.

Y Cordy, bendita sea, lo decía en serio.

Rose se dio la vuelta para mirarse en los espejos, con sus brazos desnudos embutidos en una manga demasiado prieta, la cara enrojecida por los esfuerzos de la tristeza. No era —admitámoslo, hasta Cordy lo reconocería— su mejor momento.

—«No, no, soy fea como un oso; pues cuando las fieras topan conmigo huyen despavoridas» —dijo Rose, y arrancó a llorar de nuevo. Cordy alzó una mano hacia su cara y Rose la apartó de un golpe—. No me compadezcas, hippie de mierda —dijo en tono brusco.

Cordy, herida, retiró la mano.

Bean se deshizo del velo y desfiló hasta el costado de Rose con las manos en las caderas. Se le clavaban los tacones en la moqueta blanda y avanzaba un poco a trompicones.

—Rosalind —dijo, soltando el nombre completo de nuestra hermana como si fuera una advertencia—. No seas burra.

—Bean... —avisó Cordy, pero su tono suave quedó cortado por el cuchillo de la

voz de Bean.

—Estás horrible porque los vestidos son horribles.

Cordy inclinó la cabeza como una flor sedienta y una gruesa lágrima aterrizó en el satén. Bean se agachó y levantó a Rose de un tirón.

—En serio —dijo—. ¿De verdad quieres tener esta pinta? —Con gesto iracundo señaló un arco animosamente juvenil dibujado en la manga de Rose—. Esto es una chorrada de parvulario.

—Quiero parecer una novia —dijo Rose—. Se supone que he de parecer una novia.

—¿Seguro que todo esto es por el vestido? —preguntó Bean—. Porque me parece demasiado drama para un montón de tela cutre a precio caro.

Cogió la etiqueta que colgaba del brazo de Rose y meneó la cabeza.

—No es por el vestido —dijo Rose, dejándose caer de nuevo en la plataforma—. Es por todo. Es que ya no... —Agitó los brazos—. Ya no controlo nada.

—No tienes por qué casarte —dijo Cordy.

Le entristecía e incomodaba ver a Rose con aquel vestido blanco. No sabía si era por la idea de la boda, del matrimonio o del propio vestido. No sentía ni la menor prisa por verse encima de aquella plataforma. Jamás.

Rose y Bean la miraron como si fuera una sustancia nociva que acabáramos de pisar. Era una mirada que teníamos muy bien ensayada como dúo y Cordy dio un respingo, tal como había hecho en el millón de ocasiones previas en que se la habíamos dedicado al unísono. ¿Cómo podía ser que, después de tantos años y tantas experiencias, nadie pudiera herirnos con tanta eficacia como nosotras mismas?

—Bueno, es que no tienes por qué —insistió Cordy, en tono hosco. Se guareció en su refugio de flecos y pelos desaliñados.

—Cordy —llamó Bean—, con eso no nos ayudas para nada. —Se volvió hacia Rose, le tomó una mano y la levantó—. Quítate ese maldita gominola y vámonos a ver a mamá. Iremos a otro sitio a buscarte un vestido con el que no parezcas el muñeco de malvavisco de *Los cazafantasmas* a punto de devorar Manhattan.

—Si me obligas a vestirme con pintas raras, te juro que te repudiaré —dijo Rose. Entre los dedos de Bean, sus manos estaban calientes y resbaladizas.

Bean puso los ojos en blanco.

—Menuda tragedia.

Quitó el vestido a Rose con dedos hábiles e impacientes y la sacó a empujones hacia la sala de la tienda, rodeada de cortinas.

Cuando Rose iba a segundo en la escuela pública local, uno de los profesores de Barney tuvo una idea. Ya que en la escuela había tanto talento pedagógico y tanta creatividad intelectual, ¿por qué enviaban a sus hijos a colegios tan tradicionales?

Un consorcio de profesores compró una de las viejas mansiones que había cerca del campus, toda ella rodeada de una terraza, césped verde por todas partes, tres pisos y un sótano que olía a polvo y a botes rotos de mermelada. Metieron todos los

muebles en una de las habitaciones y dejaron las otras vacías, de tal modo que las paredes devolvían el eco vano de los pasos. La cocina estaba llena de material de laboratorio, los dormitorios de crujientes estanterías y los salones tuvieron que convertirse en minúsculos auditorios. Y con esa organización caprichosa por completo nació la Escuela Cooperativa de Barnwell.

Para Rose, que había disfrutado de cada uno de los minutos pasados en lo que ella consideraba su verdadero colegio, la Coop, como todo el mundo lo llamaba, supuso un choque cultural absoluto. A ella le encantaba todo lo que los profesores encontraban denigrante: la uniformidad de los pupitres, el guardarropa limpio y pasado de moda, la organización inflexible y previsible, las prietas filas de a uno que les obligaban a adoptar de camino a la cafetería.

En la Coop no había nada de eso. Tomábamos clases, cierto, pero más bien tendían a responder a los caprichos del profesor que las diera: una semana empezábamos el lunes con biología, seguida de teatro y luego escultura, y la siguiente resultaba que el lunes no había clase. La idea detrás de aquella escuela era que los estudiantes fueran dueños de su propio destino, que dominaran todos los asuntos en persecución de lo que les interesara, guiados e informados por las grandes mentes académicas de la facultad de Barnwell. Esa clase de sistema no era una idea completamente nueva, pero habrían de pasar décadas antes de que alguien pusiera nombre a la filosofía de la Coop: desescolarización (nombre que a todos nos parecía particularmente objetable).

Rose también echa la culpa de nuestra inconstancia a los caprichos de ese sistema, pero para nosotras no había otra opción. Cuando los demás alumnos de la escuela hablaban de combinaciones de taquilla, visitas al despacho del director y exámenes tipo test, Cordy viajaba mentalmente a la Coop y recordaba el gran sillón marrón de la habitación de invitados del piso superior, que ella siempre había reclamado como propio por las horas que había pasado allí leyendo a Shakespeare, Austen o Marx, escribiendo trabajos sobre Derrida, Pascal o Curie, o simplemente mirando al techo y preguntándose cosas.

Durante lo que, en esencia, sería el último curso de Bean —aunque nadie se preocupaba por esas formalidades, nos limitábamos a decir que íbamos a la Coop y con eso bastaba—, decidió que había que dar una fiesta de graduación. Fue con su idea a lo que hacía las veces de comité, donde, como siempre, se la animó a llevarla adelante, pero a la manera tradicional de la Coop. Por supuesto, eso quería decir que la fiesta incluiría a todos, desde los bebés hasta los adolescentes existencialistas.

Pasamos meses trabajando bajo la dirección de Bean para conseguirlo. Para entonces Rose ya iba al instituto y hacía cuanto estaba en su mano para fingir que no nos conocía, pues Bean ya armaba algo de ruido en algunas fiestas cerveceras del campus y a Cordy era fácil verla deambulando por ahí con el teatro errante de la escuela vestida con algo bien raro, como unas botas de combate con calentadores rosas. Así, a Rose no le interesaba demasiado ayudarnos, pero las demás sí estábamos

implicadas. Mientras las demás niñas de los colegios de unos pueblos más allá bailaban en un polideportivo, haciendo resonar sus tacones en la pista de baloncesto, con las mesas abandonadas en las líneas del campo de béisbol y una floja banda de versiones prestada de Columbus para que tocara «Stairway to Heaven», nosotras armamos nuestra propia celebración.

Resultó más bien como una boda familiar de bajo presupuesto. La celebramos en el patio de la Coop, con un techado de estrellas creado con luces navideñas cruzadas entre los hibiscos tricolores y los arcos rojos, y una pista de baile de parqué falso bajo la cual se aplastaban algunos pedazos de hierba desigual. Los hermanos Christian hicieron de pinchadiscos, alternando cintas de casete cuidadosamente marcadas con una habilidad sorprendente y dándose bienintencionados puñetazos cuando los invadía el aburrimiento.

En la gran terraza, los niños en edad de enseñanza elemental, ostensiblemente a cargo de los refrescos, correteaban de un lado a otro (más bien uno encima del otro que de aquí para allí, más a menudo para desmontar algo que para prestar ayuda). Unos cuantos —Carrie Obertz, vestida con un montón de chifón amarillo limón que había sido un disfraz de flor, lo cual aumentó la sensación general de estar en una boda; Michael Taylor, que se quitó su corbata de cuello falso y la dejó colgando al borde del bol del ponche, añadiendo un toque refinado y único al cristal de la profesora Shapiro, y Hannah y Henry Holtz, que ahora llevan la mejor chocolatería de Barnwell, acaso por ser la única— fueron realmente útiles hasta que, hacia las nueve, se fueron colapsando en pequeñas y blandas pilas sobre los muebles del patio, como florecillas marchitas.

Como la Coop era como era, y Barnwell era como era y el cuerpo estudiantil estaba formado por los hijos de los *frikies ex hippies* desafectos, la mayor parte de los chicos entre doce y dieciocho años no acudieron vestidos a la manera tradicional de esta clase de fiestas. Cordy llegó con el vestido de boda de nuestra madre (un mini con cintura imperio muy sesentero, de una tela que parecía inquietantemente hecha de retales) y bailó con todos los hombres disponibles, incluido el doctor Ambrose, una reliquia del cretáceo que pertenecía al departamento de matemáticas, y Henry Holtz, cuya cabeza le llegaba aproximadamente a las caderas, pero que le regaló una hortensia adorable que ella encajó en la goma del sujetador y que iba dejando un rastro de pétalos imposiblemente azules por dondequiera que caminase durante el resto de la noche. La mejor amiga de Bean, Lyssie, llegó emparejada con Benjamin Marcus, ella con un vestido tirolés a lo Heidi, él con bombachos de cuero abolsados, pero redimieron su vestimenta poco ortodoxa, por así decirlo, pasando la noche entera en un lento y dulce achuchón en una esquina de la pista de baile sin importarles cuál era el ritmo seleccionado por los hermanos Christian.

En realidad, Bean era la única que no hubiera parecido fuera de lugar en una verdadera fiesta de graduación. Su vestido, que hubiera resultado ridículo en cualquier otra persona, era de lamé plateado con escote palabra de honor y una falda

amplia de mucho vuelo; si a Scarlett O'Hara le hubiera gustado el lamé plateado, podríamos considerarla como traída directamente de Tara. Su acompañante, un tal Nick Marchese, llevaba un esmoquin rígido de alquiler con pajarita y faja de lamé plateado. Hubieran sido la comidilla de la revista para adolescentes *Seventeen*.

Hasta Rose acudió, y se quedó en un rincón a medio camino entre los críos de la pista de baile y los innecesarios carabinas que se asomaban a la terraza como pollos gordos. Y, aunque Rose no suele decir cosas así, ciertamente reconoció que hubo algo de magia en aquella noche: en la manera en que las lámparas de papel que habíamos hecho, decoradas con caracteres chinos que alguien había estudiado, se cimbreaban con la brisa; en cómo chispeaban falsas estrellas de las luces navideñas por debajo del brillo de las estrellas de verdad, dando la impresión de que era posible alzar las manos y sostener en ellas la luz de mil años atrás. Se quedó un rato contemplando el serio y aplicado vals que Cordy bailaba con el doctor Ambrose, el rock que Bean y Stiff se marcaban con los brazos rígidos y, con algo más de nostalgia, el círculo repetitivo y castamente apasionado que formaban Lyssie y Daniel. Cuando Bean y Nick volvieron a dar la vuelta, ella captó la mirada de Rose y se detuvieron un momento. Entonces Rose sonrió a Bean, mostrándole en esa simple expresión cuán orgullosa estaba de cómo habíamos transformado aquel trozo de patio desnutrido en algo hermoso. Bean le devolvió la sonrisa y Rose desapareció en la oscuridad, dejando atrás el hechizo, en dirección a su dormitorio de crueles bloques de cemento.

Cuando llegamos al hospital, nuestro padre estaba sentado en una de las sillas y leía un volumen de lomo amplio mientras nuestra madre toqueteaba una bandeja de comida con expresión de suspicacia. Tenía la cara cetrina y agotada, ausente aún con el sonrojo que tanto nos gusta en sus mejillas.

—Ah, son mis «hijas con corazón de perro» —dijo nuestro padre sin levantar apenas la mirada del libro. Tenía la ropa arrugada y algunos pelos sueltos de la barba le subían por las mejillas.

—«Un padre decrépito disfruta al ver a su hija activa cometer pecados de juventud» —disparó Cordy para responderle.

—Eso es de un soneto —contestó él.

—Nadie dijo nunca que los sonetos no valen —se defendió Cordy.

—Ignoradlo —dijo nuestra madre, con una voz que sonaba aflautada y fina—. Venid a darme un beso.

—«Dame un beso, por tu vida». ¿Mejor así, papá?

Nuestro padre resopló de nuevo y volvió a su libro. Nosotras nos acercamos a la cama de nuestra madre y le dimos besos. Rose la abrazó con fuerza y nuestra madre soltó un crujido por la presión. Bean le dio un beso con sacudida, como quien pasa una escoba para limpiar, y Cordy se subió a la cama por el lado bueno y se acurrucó entre el cuerpo y el brazo de nuestra madre, como una gata.

—¿Qué tal el tráfico? —preguntó ella, cambiando de posición con cuidado antes de recostar la cabeza de nuevo en las almohadas, tan blancas como su piel.

—Conducía Bean —dijo Cordy—. Hemos venido a todo gas.

—Hemos ido a comprar el vestido para Rose —explicó Bean, apoyada en la pared con las piernas cruzadas, como una modelo.

—¿Habéis encontrado algo?

Nuestra madre alargó una mano para rascarse el cuero cabelludo, que le empezaba a picar porque estaba creciendo el pelo, y se le escapó una mueca por la tirantez de la piel bajo el brazo.

—Yo me encargo —dijo Cordy.

Se sentó y rebuscó en el bolso grueso de lana que llevaba colgado en bandolera hasta que dio con un cepillo de cerdas suaves que parecía raído, y se sentó en la cama junto a nuestra madre para pasar el cepillo sobre las briznas de pelo que le iban apareciendo en la piel del cráneo, sorprendentemente desnuda. Guardamos silencio un momento, fascinadas por lo que veíamos: el contraste entre el espeso derrame de cabello que recordábamos, su manera de caer como madera oscura sobre los hombros cuando se lo soltaba, y el pellejo ralo que tenía ahora por cabellera. De pequeñas nos encantaba mirar cómo se cepillaba, aquellas pasadas lujuriosas que hacían aparecer el brillo y, luego, los movimientos rápidos y eficaces con que se recogía el pelo en un moño. En comparación, las manos de Cordy parecían gordas e ineptas, y la cabeza de nuestra madre un capullo sin florecer.

—No —dijo Rose.

El hecho de que otras madres hubieran sido más entusiastas y se hubieran puesto a hojear revistas de bodas, a suplicar que las dejaran ir, a organizar ellas mismas la incursión, no cayó en saco roto. Pero nuestra madre no era así. No era el tipo de mujer que educa a sus hijas para que lean revistas de novias, y naturalmente tampoco ella las leía.

—Todo me parecía horrible al probármelo.

—Es que todo era horrible —reafirmó Bean.

—Es una cultura horrible —dijo nuestra madre, mientras Cordy terminaba de cepillarle la pelusa. La había incorporado en posición incómoda, presionando la parte baja de la espalda con las almohadas, y cuando la bata se abrió un poco a la altura de la clavícula vimos una tira de gasa sobre la piel y un rastro del tubo claro que drenaba la herida—. Además, ¿para qué quieres una cosa así, Rose?

Las mejillas de Rose ardían de furiosa vergüenza y se atropelló en busca de las palabras adecuadas, apretando los labios para formar una protesta silenciosa.

—Es su boda, mamá —terció Bean—. Además, tampoco se puede poner tu vestido de novia. Se lo cargó Cordy.

—Yo no —objetó Cordy.

Soltó el cepillo en las cavernas inexploradas de su bolso y nuestra madre se apoyó de nuevo en las almohadas y se relajó. Cordy se recogió a su lado, como un signo de interrogación.

—Le derramaste el ponche por encima en la fiesta.



—Lo llevé a limpiar, capulla —dijo Cordy—. Qué sabrás tú. Rose puede llevarlo si quiere.

Rose no contestó, pero todos sabíamos que el minivestido de los Locos Sesenta le iba a quedar tan bien como cualquiera de los tupés de tela que habíamos sufrido a lo largo de la mañana. En cualquier caso, habíamos cambiado de tema y Cordy se había llevado la culpa, como debe ser, de modo que la paz, así fuera solo nominalmente, quedaba reinstaurada.

—Fuera, fuera, fuera —nos ahuyentó una enfermera al entrar en la habitación, con el chillido insistente de sus suelas de crepé al rozar el suelo. Salimos todas, sorteando el baño portátil que la enfermera había traído consigo. De pie en el pasillo, Cordy siguió arrancándose las cutículas hasta que Bean le apartó la mano de la boca de un golpe. Cordy le sacó la lengua y Rose les dedicó una mirada de desaprobación.

—¿Cuándo vuelve a casa? —preguntó Rose a nuestro padre, lo que desplazó la atención de nuestra hermana desobediente.

Nuestro padre carraspeó, se mesó la barba con la mano que no señalaba el punto de lectura.

—«Mañana, no sé si Dios lo querrá así» —citó, como si dictara una lección a unas alumnas especialmente eruditas, como se supone que lo somos nosotras—. El hospital nos manda una enfermera para que nos explique qué hacer.

Lo vimos algo confundido por esa idea, como si no estuviera seguro de qué les habría llevado a hacer algo así. Bean parecía aliviada. Llevaba tacones altos como clavos de traviesa de tren y unos pantalones de caída amplia y elegante con los que camuflaba astutamente los muslos típicos de la familia Andreas. Ninguna de nosotras, empezando por la propia Bean, podía ver a esa mujer actuando como enfermera a domicilio.

—Tendrías que venir con nosotras esta noche, papá —dijo Bean—. Se te ve hecho polvo.

Nuestro padre se encogió de hombros.

—Tu madre y yo no hemos pasado ni una noche separados desde que nos casamos y no voy a hacerlo ahora. Me asearé en el baño.

Era cierto. Nuestros padres se habían casado a una edad imposible de tan temprana, cuando él era un imberbe candidato a obtener un máster y ella acababa de graduarse y, probablemente, estaba ya preñada (¡escándalo!). Nuestra foto favorita los muestra avanzando por el pasillo, con todos los invitados a la ceremonia oportunamente envueltos en una bruma de sombreros inclinados y coderas. Nuestro padre camina un poco por delante de ella, cuyo velo ondea hacia atrás movido por un viento invisible. Él sonrío como si le acabara de tocar la lotería. Ella sonrío como si acabara de descubrir un secreto.

En cualquier caso, incluso la noche en que nació Rose, en aquellos tiempos en que no se daba por hecho que los hombres tuvieran que estar presentes en el paritorio, y mucho menos que se convirtieran en enfermeros para cortar el cordón, cuando los

bebés recibían la debida bienvenida al mundo en forma de sonora bofetada en el culo para provocar una reacción quejosa (nada sorprendente), nuestro padre durmió en un sillón muy parecido a aquel en que lo habíamos encontrado hoy tras insistir en que llevaran el moisés de Rose a la habitación. Con una mano extendida para agarrar el borde de plástico del moisés, siguió durmiendo feliz las dos veces que la criatura tuvo que mamar.

Mucho se dice en los textos de psicología sobre los efectos del divorcio en los niños, especialmente en lo que concierne a sus posteriores matrimonios, muchos años después. Nosotras siempre nos hemos preguntado por qué no se investiga más a los hijos de matrimonios felices. El amor de nuestros padres no es una gran pasión, no conlleva desvanecimientos de lujuria, ni vestidos de baile y esmoquin, pero esta es la verdad: no han pasado ni una noche separados desde que se casaron.

¿Cómo podemos tener la esperanza de encontrar un amor que pueda compararse a eso?



mientras Bean conducía y cantaba desafinada al ritmo de la radio. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Ya había recuperado peso desde que volviera a casa de nuestros padres, donde la comida siempre sobraba y, de hecho, tenía buen sabor. Poco a poco se le iban las náuseas. La cuenta atrás avanzaba. La ropa de embarazada solo era el principio: iba a necesitar atención médica y ropa para el bebé, y todo eso requería dinero.

Se iba a ver obligada a aceptar la oferta de trabajo de Dan. Pero ¿cuánto podía ganar con eso? ¿Y si nuestros padres la echaban cuando se enterasen?

Podía contárselo primero a Rose. A ella se le ocurriría algún plan, aunque estaba más susceptible que nunca. Cordy tironeó una piel levantada al borde de la uña y empezó a sangrar.

Tal vez no fuera demasiado tarde para abortar. La niebla que invadía su cabeza se dispersó por un momento. Al padre, si es que merecía tal nombre, no le iba a importar. Ni siquiera lo sabía. Y a nuestra familia no podía importarle si tampoco lo sabían.

Pero a ella le importaba. No quería, pero sí.

Se llevó una mano al vientre y presionó el bulto minúsculo. Sabía lo que decía la iglesia acerca del aborto; todas sabíamos que decía un montón de cosas, pero eso nunca nos había condicionado. Cordy lo hubiera tenido difícil para argumentar que lo que la detenía tuviera algo que ver con nuestra fe.

Miró a Bean, cuyos ojos quedaban escondidos tras unas gafas de sol de diseño mientras seguía cantando lo que sonaba por la radio, cogiendo y soltando el tono como si trazara filigranas en torno a las notas. Sin la menor duda, Bean abortaría. Tal vez ya lo hubiera hecho. Rose tendría el bebé.

¿Y qué haría ella?

Se imaginó con un recién nacido, un bebé, un púber, un adolescente. Imposible. ¿Acaso no hacía bien poco que ella misma era una adolescente? ¿Acaso no lo era todavía? Alargó una mano, movió la rejilla del aire acondicionado para que le soplara a los ojos y la presión del aire la obligó a entrecerrarlos.

No era capaz de tomar una decisión así. Nunca lo había sido: la gente siempre decidía por ella, o el viento la llevaba adonde fuera y ella se las arreglaba como podía. Pediría hora al médico y entonces se lo pensaría. Ahora no.

Cuando volvieron de la tienda —donde Cordy se había desplomado en una silla de ruedas que tenía banderines rosas de bicicleta en el manillar, sin ayudar a Bean en nada, o casi nada, para ir comprobando que llevaban todo lo que había en la lista— se encontraron la casa en silencio.

—¿Holaaaaaaa? —saludó Cordy soltando las bolsas y el taburete para la ducha que Bean se había encargado de cargar desde el coche, con gran agobio—. ¿Dónde estáis?

—Arriba —contestó Rose—. Subid, por favor.

Bean y Cordy subieron a la habitación de nuestros padres. Nuestra madre estaba

en la cama con los ojos cerrados; nuestro padre, sentado a su lado y dándole la mano. Rose estaba apoyada en la chimenea con los ojos cerrados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bean.

Ella y Cordy se sentaron en el arcón del ajuar, donde se guardaban las mantas de repuesto.

—Han llegado los resultados de la biopsia del ganglio linfático —explicó Rose—. Son positivos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Cordy.

—Nada bueno —dijo Bean.

Había encontrado un libro sobre el cáncer de mama en la biblioteca y se lo había leído, pero se había hecho un embrollo con los términos médicos y había descubierto que no era capaz de seguir los complejos gráficos de coordenadas y de opciones de tratamiento.

—Significa que el cáncer se ha extendido a los ganglios linfáticos de la axila. Tendrán que darle radiación y quizá más quimio.

—Mierda —dijo Bean.

—Desde luego —convino Cordy.

Nadie parecía tener nada que añadir a esos dos concisos comentarios. Nos habíamos convencido de que después de la operación todo saldría bien, se habría solucionado el problema y todas podríamos seguir con nuestras vidas.

—Podría ser peor —dijo nuestro padre—. Es la fase IIIc. Tratable, si todo va bien. «Y lo que queda difícilmente cerrará la boca al presente: viene a toda prisa el futuro; ¿cómo defenderemos el interregno?»

—Papá —gruñó Cordy—. Habla claro.

—Habrà que convivir con esto —dijo en voz baja nuestra madre, al tiempo que abría los ojos, cuyo brillo destacaba en contraste con la blancura de la piel—. Sabíamos que cabía la posibilidad de que la cosa empeorase. Y vuestro padre tiene razón: es tratable. El médico ha dicho que, como el tumor respondió tan bien a la quimioterapia, puede ser que responda igual de bien a la radiación, o tal vez a otra ronda de quimio.

Otra ronda. Como si se invitara a unas copas. Bean se imaginó a nuestra madre sentada a la barra de un bar, ofreciendo cócteles de quimio a cuenta de la casa.

—Bueno, hemos traído todo lo que nos sugirió la enfermera —dijo Bean para despejar aquella imagen de su mente.

—Subidlas —ordenó Rose—. Vamos a dejarlo todo listo.

La enfermera había sugerido que trasladáramos a nuestra madre a la planta baja durante la convalecencia, pero a ella le horrorizaba la idea de convertir la sala en su dormitorio y se había negado en redondo, pese a que los argumentos de la enfermera eran absolutamente razonables. Así que nos habíamos resignado a darnos una paliza cargando escaleras arriba y abajo con nuestros cuerpos, las cosas de nuestra madre y, si era necesario, la propia enferma durante unos meses.

Bean y Cordy bajaron a trompicones y lo subieron todo. Adoptamos un ritmo constante, a medio camino entre el trabajo y el lío, chocando unas con otras hasta que nuestra madre se quejó del ruido y nos dispersamos como semillas hacia nuestras habitaciones respectivas, dispuestas a enterrarnos en todo aquello de lo que nos negábamos a hablar.

Bean notó que tenía las manos frías mientras sus tacones resonaban en la acera que llevaba a la puerta de los Manning. El atardecer, cálido y húmedo, la envolvía, y la seda de su camisola se pegaba a la piel caliente, pero tenía los dedos helados y le temblaban.

—Bianca —dijo el doctor Manning mientras abría la puerta. Llevaba una camisa elegante con las mangas perfectamente enrolladas, de un azul profundo que se reflejaba en sus ojos—. Estás guapa, como siempre.

—Edward —saludó ella, ofreciendo la mejilla para un beso.

Los labios de él, que le parecieron cálidos, secos y casi conocidos, se detuvieron un instante más de lo técnicamente correcto mientras inhalaba su aroma.

—Ven a la cocina —le dijo—. La cena casi está lista.

Bean se quitó los zapatos junto a la puerta —descalzos ambos, él era apenas unos centímetros más alto que ella— y lo siguió. Habían remodelado la cocina desde su última visita, con electrodomésticos caros que brillaban, satisfechos, en la luz tenue. Bean hubiera podido hacer alguna pregunta al respecto, pero de ese modo habría aproximado peligrosamente la realidad a la fantasía y habría implicado la mención de Lila y los hijos; no se le hubiera ocurrido estropear el momento. Apoyada al borde de la isla con encimera de mármol que ocupaba el centro de la cocina, se fijó en las manos de Edward mientras este abría con destreza una botella de vino y le servía una copa en la que el líquido pareció asentarse con alegría.

—Brindemos —propuso Edward, tras llenar su propia copa y alzarla—. Por el renacer de las viejas amistades.

—Por el futuro —contestó Bean.

Igual que el pasado.

En la lista de Bean, demasiado larga, solo había figurado un hombre casado, un abogado del bufete en el que había trabajado, demasiado mayor para no haberse convertido en socio, cansado, apalizado y dispuesto a acoger la maravilla de aquella joven belleza que aportaba esplendor y drama a su vida estancada. Hacían el amor en su escritorio, Bean tumbada desnuda sobre las carpetas abiertas, un frío pisapeles junto al brazo. Alquilaban habitaciones de hotel obscenamente caras para usarlas durante solo unas horas. Él le compraba joyas, la adulaba con cenas fastuosas, le susurraba letras de baladas de rockeros. En sus sueños de aventurero era poderoso y dominante, y Bean le dejaba creérselo, que fuera magnánimo a costa de que ella renunciara a su fuerza. Pero lo que la inquietaba no era eso. Eran las fotos familiares a las que daba la espalda cuando se tumbaba en su escritorio, la tarjetita dibujada que encontró en su bolsillo mientras él se duchaba en la habitación del Plaza, perdido

entre el vapor y el jabón de aroma floral. Era la manera en que, cuando se movía encima de ella, podía imaginárselo besando a su esposa por la mañana, impulsando a sus niños en un columpio, viviendo la vida de la que ella lo sustraía.

Después de todo parecía que Bean tenía algunos escrúpulos.

Y sin embargo ahí estaba de nuevo, mirando cómo cocinaba para ella un hombre casado; a decir verdad, un hombre casado con una mujer que siempre había sido buena con ella. Al fin y al cabo, no había mucho donde escoger. Sin embargo, ay, era agradable ser objeto de tan obvio deseo. Agradable preocuparse por el peinado y el maquillaje, en vez de por el dinero y las terribles perspectivas. Agradable no ser menospreciada en favor de otra más joven y bella.

En la puerta de la nevera había una foto de Lila y la hija menor, apenas un bebé cuando se graduó Bean, apretujadas sobre un fondo de nieve. Los ojos de Lila, azules y brillantes, estaban rodeados de arrugas sobre los pómulos, rosados por el frío. Bean cerró los ojos un momento y pidió perdón en silencio. Permítanos el Señor sentir un verdadero arrepentimiento por los bienes que vamos a recibir.

—¿Y a qué debemos la suerte de contar de nuevo con tu presencia? —preguntó Edward.

Sostenía la copa con una mano y con la otra manejaba con destreza una cuchara de palo sobre la sartén que había en el fogón.

Bean dio la vuelta al extremo de la isla para quedar más cerca de él y dejar la foto a su espalda. El corazón le latía deprisa y la mano resbaló por el tallo de la copa de vino cuando la posó.

—Hay mucho ruido en la ciudad —dijo—. Me pareció que había llegado la hora de tener un poco de silencio.

Edward asintió.

—Entonces estás en el sitio adecuado. Ni recuerdo cuándo fue la última vez que me tuve que quejar del ruido del Barney.

—Se nota que no pasas mucho tiempo en las fiestas cerveceras —dijo Bean.

Apoyó una mano en la encimera y se dio la vuelta, acercando las caderas a él, en un movimiento calculado que mostraba su disponibilidad.

—Mi interés por compartir las fiestas de los estudiantes terminó poco después de que desaparecieran los pantalones de campana. Creo que la capacidad de mantener el interés por la cerveza caliente tiene un límite evolutivo.

Bean se acercó de nuevo.

—Pero... ¿y todas esas jóvenes núbiles de la educación mixta? ¿No te parecen ni siquiera un poco tentadoras?

Ah, qué fácil le resultaba, cada movimiento estaba planificado para lograr un máximo efecto, cada frase calculada para subir la temperatura. La emoción de la caza seguía excitándola; aunque conocía su inevitable conclusión, aunque podía predecir cada aliento a lo largo del camino, obtenía placer de su increíble capacidad de anular todo lo que no fueran las dos personas que había en aquel espacio. Lástima que los

estúpidos del bar no supieran lo que se estaban perdiendo.

—Niñas —dijo Edward, displicente.

—Yo fui una de esas niñas —protestó Bean con un puchero.

—Pero ya no lo eres, ¿verdad? —preguntó—. Eres una mujer.

Sin dejar de sujetar su copa con un dedo en torno a la base, y sosteniéndole la mirada, él le rozó una clavícula con el dorso de la mano.

Y Bean se rindió, si es que en algún momento realmente pensó en plantar cara.

Y

El primer turno de Cordy en el café Beanery fue tranquilo, como era de esperar en verano. Si nunca has estado en verano en un pueblo universitario, es difícil de explicar. Se trata de un pueblo pequeño con un montón de edificios grandes y vacíos, y gente que va de uno a otro como bolas de billar perdidas en la mesa. Durante el año explota, pero en verano no hay nada más que un tiempo lento y espeso.

Así que solo estaban Cordy y su instructor, un estudiante de segundo en Barnwell que se había quedado a pasar el verano porque su chica trabajaba en prácticas en el campus. A decir verdad, podía llevar el Beanery él solo sin problemas. Sin embargo, la paseó con paciencia por el local, le explicó la carta, le dejó inhalar el intenso aroma del café que preparaba y luego la desterró al mostrador de los sándwiches, aunque a ella no le parecía un destierro el liso tacto de la corteza del pan en sus manos recién lavadas mientras colocaba la ensalada de huevo entre rebanadas, con una propina de pepinillo picado para que el acolchado grosor de huevo y pan denso resultara un poco más crujiente. Encajó las dos mitades del sándwich dentro de la concha de poliuretano, que se cerraba con un crujido satisfactorio, y se lo pasó al cliente, que abrió la puerta con la cadera antes de irse. Al terminar, Cordy barrió las migas sueltas con la mano hacia el pocillo colgado al borde de la barra.

—Qué bien que empieces ahora —le dijo Ian—. Porque durante el curso esto se vuelve una locura.

Cordy asintió. Parecía una obviedad. ¿Seguiría allí durante el curso? Se secó las manos en el delantal, delicadamente engalanado con puntillas de azúcar en polvo de la tarta de limón que acababa de cortar, e intentó imaginarse con el vientre pleno e inflado, plantada ante los montones de estudiantes con las mejillas sonrosadas por el frío del invierno, el olor de los cigarrillos mal apagados presente en el aire y el ruido de los libros al caer de golpe sobre las mesas y las barras.

Sonó la campanilla de la puerta.

—Hazte la atenta —dijo Ian, señalando hacia la puerta con su pelo de punta—. Son las señoras que vienen a comer.

Una ristra de risillas se coló con una ráfaga de aire húmedo y una pandilla de empleadas de la facultad, formada en su mayor parte por secretarias de departamento



que disfrutaban del tranquilo holgazaneo del verano, se acercó al mostrador.

—¿Cordelia? ¿Eres tú?

Cordy se dio la vuelta mientras, algo cohibida, se ajustaba los palillos chinos que le sujetaban el pelo hacia atrás en un nudo picudo. La cabecilla de la manada, que resultaba ser Georgia O'Connell, le dedicó una sonrisa expectante. La señora O'Connell había trabajado como secretaria del departamento de literatura inglesa desde que Cordy tenía uso de memoria. De pequeñas, nuestra madre nos llevaba de paseo a buscar a nuestro padre para comer juntos en el comité de estudiantes, y la señora O'Connell nos dejaba coger a cada una un caramelo del omnipresente jarrón que había en su escritorio: unos botoncillos con sabor a sirope, o a veces a zarzaparrilla, que soltaban un jarabe asqueroso cuando los mordíamos.

—¡Señora O! —exclamó Cordy, al tiempo que se inclinó por encima de la barra para darle un abrazo que dejó un rastro de azúcar en polvo en la limpia blusa rosa de la mujer, como de escarcha sobre una fresa—. ¿Qué hace aquí?

—Trabajar, ¿no se nota? —Le recorrían el rostro profundas arrugas que, al sonreír, se apretujaban—. Más importante, ¿qué haces tú aquí?

Ah, esa era la pregunta del millón de dólares. Cordy se encogió de hombros y dirigió una sonrisa amable a la señora O.

—Ya sabe, con lo de mamá...

—Claro. —La señora O dejó de sonreír y asintió con seriedad—. ¿Cómo está?

—Bien, supongo. Sigue con medicación para el dolor, así que no se entera mucho. Pero creemos que luego podremos vender lo que sobre en el mercado negro, ya sabe, para sacar unos pavos.

A la señora O no le pareció gracioso.

—¿En qué podemos ayudaros?

—Estamos bien. Ya sabe que Rose lleva un tiempo viviendo en casa y Bean también ha vuelto. O sea que hay muchas manos para ayudar.

—Todas juntas otra vez. Vuestros padres estarán encantados. Ya sabes que tu padre os echaba mucho de menos a ti y a Bianca. Siempre habla de vuestras cosas. No hay modo de hacerle callar.

—Uf. Qué vergüenza. Me disculpo en nombre propio y de mis hermanas.

—Es lo que pasa cuando se tiene hijos. Espera a que alguna de vosotras los tenga. Entonces sí que no podrá dejar de cacarear.

—No me diga —contestó Cordy, sonrojándose.

—Dice que has viajado mucho. Qué bueno poder recorrer el mundo.

¿El mundo? Poco había visto del mundo.

—Sí.

—Admito que me sorprende que hayas vuelto. Siempre pensé que te veríamos finalmente en el teatro. Eras tan adorable en aquellas obras.

—¿Yo? —Cordy se rio—. No. No creo que fuese lo mío.

—Vaya, pues me tenías bien engañada. A estas alturas creía que ya habría

recibido unas cuantas copias firmadas de los libretos de teatros de Nueva York. ¿Te acuerdas de Kalah Justin? Era más o menos de tu curso, ¿no?

—Claro.

—Pues le han producido unas cuantas obras en Nueva York. A lo mejor tendrías que llamarla, querida.

La idea de llamar a Kalah Justin, a la que Cordy recordaba fumando cigarrillos franceses y con gafas de sol dentro del colegio en todas las clases, era una de las menos apetecibles que podía imaginar. Cordy escogió cambiar de asunto:

—¿Qué os pongo?

A la señora O pareció sorprenderle que Cordy adoptara de repente una actitud profesional.

—Ah, sí. Bueno. Me encanta que estés trabajando aquí. Ahora tendré que venir a verte siempre. Quiero un sándwich de ensalada de pollo, por favor, y una taza de sopa.

Cordy anotó los pedidos de todas las mujeres y se puso a trabajar para preparar sus comidas en bandejas que luego Ian completó con las correspondientes bebidas y llevó hasta las mesas. Oyó los cacareos de aquellas mujeres mientras comían y se mantuvo ocupada limpiando por debajo de las cafeteras. Cuando no tenía nada que hacer, se iba a lo poco que quedaba de la cocina que había ocupado aquel espacio cuando el local, en tiempos anteriores incluso a nuestro recuerdo, era un restaurante. Ahora había un laberinto de cajas: de tazas, servilletas, pajillas y aquellas cajitas de poliuretano que chirriaban al cerrarse y con las que había peleado toda la mañana. Caminaba entre las filas con paso pensativo, pasando los dedos por encima de las superficies polvorientas.

Así que en eso se había convertido. De nuevo el tranquilo silencio de Barnwell. Le brotó un picor que no había manera de rascar, como el dolor fantasmal de los tullidos. ¿Cuándo podría irse? ¿Cuál sería el siguiente destino? Entonces notó un suave tirón del cordón que sostenía su globo mental. No podía ir a ningún sitio; ya no. Había un antes y ahora habría un después.

Casi dos horas más tarde, cuando entró Dan, Cordy se sentía como si ya hubiera limpiado todas las superficies posibles. Él intercambió con Ian uno de esos golpes de cabeza con la barbilla alta a modo de saludo que solo logran dominar los hombres de una cierta edad, e Ian se quitó el delantal y desapareció por la parte trasera.

—Cordeeeeeeeelia —la saludó Dan—. ¿Qué tal va?

—Me aburro tanto que estoy a punto de arrancarme una pierna a bocados. Aparte de eso, todo bien.

Dan soltó una risa breve que sonó a ladrido.

—Disfrútalo, nena. Durante el curso nunca hay tanta tranquilidad. Por si lo habías olvidado. Es un no parar.

—Una de locura —concedió Cordy con cara de palo.

Dan se echó a reír. Como siempre, Cordy había acertado en la diana.

—Búrlate si quieres, pero hace un café buenísimo. Cuando se gradúe me quedaré bien jodido. Bueno, ¿qué te ha dado Ian para entretenerte?

—Marcar en la caja. Hacer sándwiches. Creo que he limpiado todo unas siete veces.

—Ya sabes que te puedes traer un libro. Todavía lees, ¿no?

—¿Conoces a mi padre?

—Un poco. Pero también conozco a Bean. Creo que durante todo el año en que vivimos en la misma planta no abrió ni un libro.

—Ah, es por que Bean es muy celosa de su inteligencia. ¿Sabías que se graduó con un *cum laude*? Lo que pasa es que nunca permite que nadie la vea estudiar. Arruinaría su imagen de fiestera.

—Pues me engañó.

Dan abrió la caja registradora y se puso a ordenar billetes de modo que, en la pila, todos estuvieran en la misma dirección.

—Eso es muestra de una psicosis seria —apuntó ella.

Dan se volvió a reír y Cordy sonrió.

—Quedas contratada. Estoy encantado de haber encontrado a alguien capaz de hacer un sándwich sin ponerse a pensar cómo podría envenenar a alguien. No has envenenado a nadie, ¿verdad?

—Todavía no. Pero aún es pronto.

Cordy se puso a pestañear con cara angelical.

—Entonces, será mejor que te envíe a casa. Ven mañana hacia esta hora y te enseñaré algo más.

—¿Quieres que me vaya ya? ¿No te vas a quedar solo?

—Uy, y las prisas me matarán —contestó Dan, al tiempo que recorría el Beanery con una mirada.

Había una pareja sentada en un par de sillas junto a la ventana, ambos apoyados en la pequeña mesa que los separaba, y un estudiante repantingado junto a la mesa del ajedrez, con la cabeza caída en pleno sueño sobre el libro de Rilke que sostenía en la mano y cuyas páginas apenas había pasado. Era probable que solo lo llevara para fardar, en cualquier caso.

—Vete. Debes de estar muerta de aburrimiento.

Cordy plegó el trapo húmedo y lo soltó al borde del fregadero, que relucía. O que debería relucir: hacía poco que lo había atacado con bicarbonato y zumo de limón.

—En esta época del año suelo trabajar de camarera en un rancho turístico del oeste. Hay tanto trabajo que se pierde el control. Así que... Sí, esto es un poco raro.

—¿Lo echas de menos?

Mientras se desataba el delantal, Cordy se paró a pensar. Pensó en los días de calor, con sus amplios horizontes, y en las noches frías y estrelladas. Pensó en la libertad de ir adonde quisiera y hacer cualquier cosa, en tener o no tener deudas. Pensó en drogas, en los mareos juveniles, en el hambre eterna, en la gente

abandonada tras un beso, en las promesas que había hecho para no cumplirlas luego.

—No —contestó, y no supimos decir si mentía o no.

Cordy se sirvió una limonada y, al salir, se echó el delantal al hombro. El calor de la tarde, que se iba asando lentamente hasta convertirse en ocaso, le pegaba el bochorno a los brazos congelados. Caminó despacio, permitiendo que la humedad le suavizara la piel. Pasaron algunos coches en silencio. Maura, la dueña de la librería, asomó la cabeza por la puerta delantera y agitó la mano para saludar a Cordy, que devolvió el saludo sin mucho entusiasmo, sin llegar a cruzar la calle. Maura desapareció otra vez tras el cartel de «LIQUIDACIÓN FINAL» que Cordy empezaba a interpretar como una artimaña, pues no puede considerarse definitivo algo que dura tanto tiempo. La cartera tocó la bocina al pasar a su lado mientras doblaba en una esquina de Main para meterse por el callejón que pasaba por detrás del Beanery, y Cordy saludó de nuevo con la mano.

Entonces, ¿era esto? ¿Esto era el después? Kalah Justin estaba en Nueva York convirtiéndose en estrella y Cordy en Barnwell convirtiéndose en camarera. Si al menos hubiera terminado la carrera. Si hubiera vuelto a casa mucho antes, cuando apenas empezaba a apagarse el brillo, en vez de alargarlo amargamente con la esperanza de que todo fuese a mejor... Si hubiera...

—Demasiado tarde —dijo Cordy, a nadie en particular.

## Once

—¿Alguna vez has pensado en la palabra «no»? —preguntó Bean.

Soltó el bolso en la mesa que había junto a la ventana y se descalzó de una patada. Al otro lado de la habitación, Cordy estaba sentada en un sillón con un libro en el regazo.

—La verdad es que no, pero si eso te hace feliz me encantaría hacerlo —contestó Cordy.

—Hoy he oído la palabra «no» cincuenta mil veces. He ido a todas partes, en el pueblo y más allá, a buscar trabajo. Nadie contrata a nadie.

—Ya, bueno. Es la peor estación.

—Ya, y también el peor pueblo. —Bean se dejó caer en el sofá y estiró las piernas—. Además, tú encontraste trabajo.

—Creo que me lo dieron por pena.

Bean resopló.

—A estas alturas también me valdría un trabajo por pena.

—Bianca, por favor, ¿puedes dejar libre el sofá?

Rose daba la vuelta a la esquina del pasillo sosteniendo a su madre por el brazo bueno. Bean se levantó de un salto.

—¡Uau! ¡Está viva! —exclamó Cordy.

—Gracias, querida —dijo nuestra madre—. Te comportas muy bien con los enfermos. Creo que deberías estudiar medicina.

—Ningún problema —respondió Cordy.

Volvió a concentrarse en el libro. Bean se acercó y ayudó a Rose a llevar a nuestra madre hasta el sofá, donde la sentaron entre un nido de almohadones. Tenía mejor aspecto: el tono rosado había vuelto a su piel y el blanco de los ojos no parecía tan marchito. No había podido ducharse desde la operación, pero la habían lavado con una esponja antes de salir del hospital y desprendía un agradable olor a colada secada al sol y a loción. Si no le mirábamos el torso podíamos fingir que nada había ocurrido, que tan solo sufría un molesto resfriado veraniego.

Rose cogió una colcha que descansaba en el respaldo del sofá y la tendió sobre las piernas de nuestra madre, tapando el esmalte chillón que Cordy le había aplicado con mano inexperta en un intento de hacerse útil durante las horas de visita en el hospital.

Bean dio un paso atrás y contempló el resultado de su esfuerzo.

—«La barcaza en que iba sentada, cual bruñido trono, ardía en el agua. La popa era de polvo de oro...» —empezó a recitar.

—Popa —dijo Cordy—. Ja, ja, ja.

—Estás fuera de control —la riñó Bean.

—Gracias por la referencia a Cleopatra, Bianca. Escojo tomármelo como un cumplido —dijo nuestra madre.

Rose se inclinó para recoger la bolsita de suero que había quedado bajo la pierna de nuestra madre y se la dejó apoyada en el regazo.

—No te puedes sentar encima de eso, mamá. No te drenaría bien.

Echó una mirada crítica a toda la disposición y luego se fue hacia la cocina.

—¿Es el drenaje quirúrgico? —preguntó Bean—. Creía que sería más grande, como una botella de agua caliente.

Cordy dejó el libro y escudriñó la sala.

—Tía, qué asco.

—Una vez más, cariño, muchas gracias —dijo nuestra madre—. Espero que, si alguna vez enfermas, podamos devolverte el favor y hacer que te sientas igual de atractiva.

—Oh, mami —protestó Cordy. Se alzó del sillón y se arrastró por el suelo hasta llegar al sofá, donde hundió la cabeza en la palma de la mano de nuestra madre, como un gato—. Solo era una broma.

—Ya lo sé, amor —contestó nuestra madre, acariciándole el cabello—. Bueno, ¿qué es eso de un trabajo, Bianca?

—Nada. Ningún trabajo. Nadie quiere contratar a la vieja Beanster. —Se sentó en el sillón que acababa de abandonar Cordy y se frotó los pies.

—¿Has probado en la facultad? —preguntó nuestra madre.

—Sí. Sin suerte, salvo que quiera trabajar en el departamento de electricidad, cosa que haría gustosamente aunque me parece una mala idea para toda la gente implicada, puesto que no sé absolutamente nada de electricidad.

—Buena intuición —dijo Cordy, al tiempo que se daba golpecitos en la nariz con el dedo índice.

—¿De verdad has ido a todas partes? —preguntó Rose.

Acababa de regresar de la cocina con un vaso de agua que depositó limpiamente sobre un posavasos, al lado de nuestra madre.

Bean le dedicó una mirada fulminante.

—Sí, Rose, de verdad he ido a todas partes. Durante los dos últimos días he investigado los campos de la belleza, los fertilizantes, la contabilidad, los servicios alimentarios y todo lo que queda entre ellos.

—Fertilizantes —musitó Cordy—. Suena interesante.

—No te preocupes. No contratan a nadie —dijo Bean, y Cordy se encogió de hombros.

—Si de verdad te tomas en serio lo de salir y patear la calle, estoy segura de que encontrarás algo —concluyó Rose.

Bean se quedó boquiabierto.

—¿Estás de cachondeo? No tienes ni idea de todo lo que he hecho.

—Niñas, niñas... —intervino nuestra madre, sin éxito. Bean estaba tan cabreada

que parecía un personaje de cómic echando humo por las orejas. Rose inició una discreta retirada.

—Bianca, ya saldrá algo.

—Y mientras tanto, tampoco tienes gastos, ¿no? —preguntó Rose.

—Eso —contestó Bean, mirando fijamente al suelo.

Rose frunció el ceño. Lo había dicho con la intención de echar una mano, pero Bean mantenía la misma expresión hosca. Volvió a intentarlo:

—Si necesitas ayuda... O sea, para hacerte un presupuesto, o algo así... —dejó la frase sin terminar.

—Qué amable, Rosie —terció Cordy con voz dulce antes de que estallara Bean—. Es muy amable por tu parte.

Bean resopló por la nariz. Rose no tenía la culpa. Ella no sabía. No sabía que Bean notaba el peso de la deuda en los hombros como si fuera una carga, que Daisy ya le había enviado dos cartas, la segunda aún más insistente, exigiendo que pagara lo que les debía, que había un montón de abogados por ahí para los que meterla en la cárcel sería tan fácil como respirar...

No, Rose no lo sabía. Y Bean no se lo podía decir por mucho que quisiera. Cuando se despertaba por la mañana, lo primero que pensaba era en el dinero. Cuando se vestía, calculaba cuánto había costado cada prenda. Al pasar por delante de las tiendas se metía las manos en los bolsillos, asqueada ante la mera idea de gastar cualquier cantidad. Soñaba con las caras de sus acreedores, enfadados, gritones, y se despertaba con lágrimas secas en la cara y una sensación de desesperación que la envolvía como una mortaja. Sintió un calor en la nuca y se preguntó qué pasaría si derramaba su secreto, si abría la boca y soltaba el dolor. La idea del alivio le resultaba tan tentadora, tan cercana...

Sin embargo, era peor la idea de la vergüenza. Y la noción de lo que podría decir Rose si se lo contaba... No estaba preparada para enfrentarse a eso.

Nuestra madre tenía razón. Ya saldría algo. Tenía que salir algo. Pronto. La alternativa era impensable.

Rose se acercó caminando al pueblo para recoger las recetas de nuestra madre en la farmacia. Le habíamos pedido a Cordy que las recogiera el día anterior al volver a casa del trabajo pero, sorprendentemente, se había olvidado. Después de pagar, Rose se quedó caminando por los pasillos, pues no quería salir de nuevo al calor, y dejó que el aire frío congelara el sudor en su piel mientras su mirada iba recorriendo los estantes.

—¿Doctora Andreas?

Rose apartó la vista del expositor de pilas. Todavía se sobresaltaba un poco cuando alguien le aplicaba el nombre de su padre, pese a que ella misma se había ganado el doctorado y, en consecuencia, el título.

—¡Oh, doctora Kelly! —respondió Rose, acercándose a la mujer que se había quedado junto a la puerta. Había sido su profesora favorita de matemáticas en la

facultad, y ahora dirigía el departamento—. Cuánto me alegro de verla. ¿Cómo le va?

—Fantástico. Acabamos de volver de un adorable crucero por Grecia con la familia.

—Grecia. Uau. ¿Con los nietos y todo?

—Con los nietos y todo. Carl y yo celebrábamos nuestro cuarenta aniversario y nos apetecía que vinieran todos con nosotros.

—Suenan maravilloso. Creo que Grecia es espectacular.

—Lo es. Tendrías que ir con Jonathan. Tal vez en vuestra luna de miel...

—Tal vez.

—¿Cómo está tu madre?

—Así, así. Se está recuperando bien de la operación, pero le encontraron cáncer en algunos de los nódulos linfáticos que le quitaron, así que le toca un poco de radiación y tal vez otra ronda de quimioterapia.

—Lo siento —respondió la doctora Kelly—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Estoy segura de que le encantaría tener un poco de compañía. Aparte de nosotras, quiero decir.

—Entonces cualquier día la llamo, a ver cómo se encuentra. El caso es que había pensado en llamarte a ti, Rose.

—Ah, ¿sí? —preguntó esta.

Cambió de postura y cruzó los brazos. La bolsa con la medicación se arrugó bajo su brazo.

—Después de este curso, me retiro. Como sabes, Carl ya lleva un tiempo retirado y le gustaría mudarse. Para estar más cerca de la familia.

Una pequeña chispa de esperanza se encendió en el interior de Rose y su corazón empezó a latir más rápido. Podía ser la respuesta a sus rezos. Siempre había querido un trabajo en Barney, y ahora que la universidad en que trabajaba no le iba a renovar el contrato, la sincronización era perfecta.

—O sea que habrá una plaza disponible bajo contrato. Algún miembro del equipo actual ascenderá para dirigir el departamento. ¿Te sigue interesando?

—¿Está de broma? Claro que me interesa.

—Pensaba que tal vez, al estar fuera Jonathan, querrías irte con él.

—¿A Inglaterra? —Rose se echó a reír—. No, ya me conoce. Soy muy casera. Me encantaría formar parte de la facultad de Barnwell.

La doctora Kelly ladeó ligeramente la cabeza para mirar a Rose, que brillaba tanto que podía haber iluminado por sí sola toda la farmacia.

—Pues será mejor que empieces a preparar tu solicitud. Anunciaremos la plaza en otoño. Y Rose, yo de ti no lo contaría por ahí, pero tu nombre fue el primero que apareció en cuanto empezamos a debatir los posibles candidatos. Estoy bastante segura de que si quieres esa plaza será para ti.

—Ay, gracias, doctora Kelly —respondió Rose. Le dio un abrazo fuerte, para su propia sorpresa, y salió corriendo por la puerta—. Venga cuando quiera —dijo por



encima del hombro.

Casi fue corriendo hasta casa. Cuando éramos pequeñas, a Bean le gustaba montar exhibiciones de moda, a Cordy meriendas de té y a Rose le gustaba jugar a la escuelita: por supuesto, siempre le tocaba hacer de profe. Pero si Bean y Cordy cooperaban lo suficiente para que el juego progresara, ella nunca se veía a sí misma en una clase de primaria. Siempre era una de aquellas aulas de Barnwell. Cuando nuestro padre nos llevaba a su trabajo, ella deambulaba hasta meterse en una de aquellas aulas vacías y dibujaba en la pizarra, al tiempo que soltaba una conferencia a una clase imaginaria hasta que llegaba algún alumno de verdad y le pinchaba el globo.

Y ahora estaba ocurriendo. Entró corriendo, soltó la bolsa de la farmacia en la cocina y subió a saltos las escaleras hasta su habitación. Llamó a Jonathan, pero no obtuvo respuesta y no había contestador automático. ¿Dónde estaría? Se moría de ganas de contárselo; era la respuesta a todos sus problemas. Él podría terminar el curso en Inglaterra y luego volver y conseguir un trabajo en Barney, o en cualquiera de las universidades de la ciudad. Y entonces ella no tendría que irse. Nada tendría que cambiar.

Impaciente, volvió a marcar, pero ni siquiera habían pasado cinco minutos y siguió sin obtener respuesta.

Más irritada que desanimada, Rose se asomó a ver a nuestra madre, que estaba durmiendo, y a nuestro padre, que trabajaba en el estudio y ni siquiera se enteró de su saludo. Cordy estaba en el Beanery y Bean había salido otra vez a buscar trabajo. ¿De qué servía tener noticias maravillosas si no había a quién contárselas?

Alargó una mano hacia el teléfono para llamar de nuevo a Jonathan, pero enseguida la dejó caer. Y entonces se dio cuenta: ¿qué pasaría si él no se emocionaba?

Lo más probable era que no lo hiciera. Desde que se conocieron le había dicho que era un nómada y luego lo había demostrado largándose a la primera oportunidad. Y Rose no era nada nómada. Probablemente a Jonathan le hubiera ido mejor con alguien como Cordy, que, al parecer, empezaba a repicar con los pies en el suelo en cuanto llevaba una semana en el mismo sitio.

Aquella idea le provocó unos celos irracionales y estuvo a punto de reírse de sí misma.

Tendría que hacerle entender que era perfecto. Explicárselo con cuidado, enseñarle hasta qué punto tenía sentido instalarse allí cuando hubiera terminado su etapa en Oxford. Lo importante que era que estuvieran cerca de nuestros padres y apenas a un corto vuelo de distancia de los de él. Tenía mucho sentido, y Jonathan era lógico. Lo vería igual que ella. Claro que sí. Por fuerza.

## Doce

El domingo por la mañana se avecinaban unos nubarrones bien espesos y cargados de agua. Cordy se había levantado antes que nosotras y se había puesto a hacer masa para panqueques con arándanos hurtados de las matas del vecino, cuyos cuerpos delicados se machacaban bajo la mano de mortero y manchaban la masa con su violeta violento. Últimamente se había convertido en una especie de banda individual de cocina y servía unas sinfonías de comida simple y deliciosa. Ni Bean era capaz de resistirse, aunque se limitaba a dos panqueques y apenas se permitía el velo ladeado de una sonrisa desdeñosa mientras contemplaba a Cordy, con aquellos brazos aún esqueléticos, pero con el estallido rosa de nuevo en las mejillas, devorar una pila enorme hasta que se le quedaba la barbilla pegajosa de tanto sirope.

Nuestra madre comió con nosotras, aunque apenas pudo terminarse la primera ración, y se limitó sobre todo a beber agua y quejarse del ardor de estómago. Después del desayuno, sin hablarlo siquiera, nos cambiamos y fuimos juntas a la iglesia, tal como habíamos hecho todos los domingos desde nuestra infancia. Siempre que estábamos en casa, nuestros padres daban por hecho que iríamos con ellos a la iglesia y hasta es probable que creyeran que seguíamos yendo de manera regular incluso cuando no estábamos allí. Y como ellos le daban importancia —pues, si bien su fe nunca se expresó con grandes alardes, formaba parte de su identidad en la misma medida que los libros que leían— nosotras accedíamos siempre.

Nuestro padre y nuestra madre fueron en el coche —ella estaba aún demasiado débil para caminar hasta Saint Mark—, pero nosotras bajamos caminando por el mismo sendero que habíamos recorrido un millón de veces, la pista que trazaba curvas en el interior del bosque silencioso, por detrás de la iglesia, y luego se desparramaba entre las casas de nuestra calle. Donde se estrechaba el camino, nos pusimos en fila, con Rose a la cabeza, echando nubecillas de humo por los talones cada vez que apoyaba sus cómodas sandalias sobre el terreno. Bean iba detrás, con una chaqueta de punto bailando en la punta de los dedos, lista para cubrir la impudicia del vestido abierto por la espalda, cuya falda rozaba con las rodillas al caminar. Y Cordy, por supuesto, iba la última, canturreando y arrastrando un palo entre la maleza que flanqueaba el camino.

—¿De quién es esto? —preguntó Cordy, rompiendo con su voz la quietud que reinaba en el ambiente.

—¿El pueblo? —le contestó Rose por encima del hombro.

Un rizo minúsculo se había escapado de su moño tirante y botaba alegre al ritmo de sus pasos. Bean contempló los pasos toscos de nuestra hermana mayor, aquellas caderas anchas y gruesas que parecían tirar de ella hacia abajo, y tensó las

pantorrillas.

En el corazón del bosque, el zumbido de los insectos se acalló un poco, ahogado por el verdor ceroso de las hojas. Bean se detuvo a escuchar la sinfonía que sonaba por las alturas. Cordy, despistada mirando la punta del palo que seguía arrastrando entre la maleza, estuvo a punto de derribarla.

—¿Qué pasa?

—Los pájaros. En Nueva York nunca oía a los pájaros así.

Era extraño que hubiera podido acostumbrarse. De pequeña, al despertarse solía quedarse tumbada en la cama, escuchando las conversaciones de los carrizos, el aleteo rabioso de los arrendajos en sus intrusiones territoriales. Habíamos construido una casa para los petirrojos en el patio y Bean recordaba la sensación de que alguien la alzara, dejando abajo el tacto de la acolchada hierba, para levantar la tapa de la casita y encontrar dos huevos pequeños, de un brillo intenso como las turquesas mexicanas, en el nido que había dentro. Le había parecido que emitían un brillo imposible en la oscuridad de aquella caja y había sentido un deseo doloroso de tocarlos, pero nuestra madre la había apartado justo cuando alargaba la mano hacia dentro. Solo cuando ya habían nacido los pájaros y chillaban de hambre cada día con sus plumas remojadas, sacó nuestra madre las cáscaras del nido y nos las mostró en la palma de su mano como si fueran un valioso regalo. Bean las guardó en su armario y cada noche las acariciaba suavemente, recordando las delicadas variaciones de color hasta que aprendió a reconocer aquellos fragmentos de memoria mejor que su propio rostro.

—«Y el pájaro cantando pío-pío» —entonó Cordy, sin llegar a afinar del todo, lo cual resultaba inevitable porque, aparte de su falta de talento musical, la música de las canciones de Shakespeare se había ido cayendo por el camino, pese a que a nuestro padre siempre le interesaban los esfuerzos contemporáneos de reconstruir las tonadas de la época.

Rose se había detenido más adelante, en el camino, y esperaba con una mano en la cadera, en pose acuciante.

—Vamos a llegar tarde —dijo.

Bean seguía con la mirada perdida en las alturas, como aquellos petirrojos en su nido. Las sombras de la luz que se colaba entre los árboles le trazaban una telaraña en la cara. Se volvió para mirar a Rose, pero no hubo en su mirada muestra alguna de reconocimiento, sino un gélido vacío.

—Me han despedido —informó.

Nadie dijo nada, pero Cordy dejó de dar golpecitos con el palo y la mano de Rose abandonó la cadera.

—Me han despedido.

—¿Qué hiciste? —preguntó Rose.

Enseguida lamentó no poder retirar la pregunta. Había sonado brusca. «Aquella cuya lengua contiene más veneno que todos los gusanos del Nilo». Pero parecía que

Bean no se había dado cuenta.

Había sido más fácil quedárselo dentro. Sentía en el estómago un dolor pesado, plomizo, y sabía que era el peso del secreto, pero le costaba poco reducirlo a un rugido tenue, acallado hasta la sumisión por las distracciones simples del soñar despierta y del tiempo dedicado a buscar trabajo. Al decirlo en voz alta se volvía imposible ignorarlo. La huida de Nueva York le había dado distancia, había hecho que pareciera una vida ajena, un desastre ajeno; en cambio, decirlo en voz alta allí, en aquel bosque...

—¿«Quién es el ladrón tan tonto que se pavonea de sus logros»? —preguntó Bean. Nos quedamos quietas. Esperamos. Al fin se volvió de nuevo hacia Rose y esta vez sus ojos le dedicaron una mirada clara y directa entre el brillo de las lágrimas—: La cagué —dijo—. Robé. En el trabajo. Robé dinero. Robé un montón de dinero de mierda.

Sus hombros se agitaron cuando rompió a llorar con gemidos penetrantes y afligidos, un ulular de dolor y vergüenza. El rímel le marcó gruesos churretes por las mejillas, se llevó el sutil brillo de salud depositado por el maquillaje y dejó unas sombras oscuras bajo los ojos y líneas pálidas en torno a la boca, de la que el dolor y la pena tiraban hacia abajo.

Cordy fue la primera en moverse: soltó el palo, tomó a Bean en sus brazos y le acarició lentamente la espalda resiguiendo las líneas del tejido, con las uñas todavía manchadas de jugo de arándanos. Rose dio un tentativo paso adelante con una pregunta en los labios, pero Cordy meneó la cabeza y, cuando al fin Bean apoyó la frente en el hombro de ella, Rose alargó un brazo con delicadeza, como si fuera a tocar a un gato montés, y acarició con suavidad el cabello de Bean.

Entonces nos contó toda su historia. Sí, había sido ingenua al no entender del todo cuánto costaría la vida en Nueva York. Pero no lo había hecho por esa razón. Era por todo lo que necesitaba para representar su papel con eficacia: los zapatos, la ropa, el maquillaje, las bebidas en los bares y clubes donde una botella de agua podía costar casi diez dólares. Una de sus compañeras de piso, una joven de rostro amargado que se llamaba Stella, trabajaba para un grupo de prensa que publicaba una serie de revistas para mujeres y se había dedicado a supervisar entre las ofertas de belleza hasta encontrar el complejo abanico de productos de acicalamiento que convertían a Bean en Bianca. Y ella había descubierto cómo hacerse invitar a las ventas de saldo y hacerse amiga o incluso acostarse con los relaciones públicas que representaban las mejores colecciones. (Bean atribuía su *pièce de résistance*, un fabuloso bolso de cocodrilo que ni siquiera los famosos de primera clase habían sido capaces de conseguir durante meses, a un revolcón particularmente atrevido en una limusina de camino a casa al salir de la presentación de un libro absolutamente olvidable). Aun así, no salía barato.

Bean hubiera merecido el perdón por lo que había hecho si el primer desfalco se hubiera debido a alguna necesidad desesperada: el alquiler, la comida, pagos de

protección a la mafia... Pero no era el caso. Seamos sinceras. Demasiadas noches de juerga en demasiados clubes, demasiadas copas pagadas en las noches lentas en que no aparecía ningún hombre que se ofreciera a invitar, demasiados (en realidad, uno solo ya habría sido un exceso) pares de zapatos que costaban más que todos los libros de texto necesarios para un semestre en Barney. Pero es que siempre estaba en su escritorio, ocupándose de las nóminas. La empresa era pequeña; los cheques se hacían a mano y se llevaban a uno de los socios para que los firmase, y ella se había dado cuenta, aunque nunca antes se le había ocurrido siquiera, de que sería muy fácil añadir un pequeño extra en su propio beneficio. El socio nunca los miraba, se limitaba a firmarlos, y ella solo pensaba hacerlo una vez. Solo para compensar el exorbitante descubierto que había acumulado. Y luego lo devolvería.

Y, como nunca nadie notó que faltaba y había una venta de saldos en un almacén de bolsos en el que conocía a gente y donde podía colarse para tener a mano los bolsos de aquella misma temporada, lo volvió a hacer. Y luego una deliciosa estrella de Hollywood apareció en Broadway para interpretar el papel estelar en algún revival y Stella se moría de ganas de ir, y luego Bean la invitó por su cumpleaños. Y se vendía un abrigo absolutamente pijo y ella no podía seguir llevando su abrigo viejo; en esa ciudad, no. Y más. Y más.

No se quiere decir con esto que Bean no se sintiera culpable. Claro que sí. Cada vez que depositaba su cheque en el banco, agradeciendo a las estrellas que a la empresa no le hubiera dado aún por hacerlos nominales, esperaba que el empleado del banco la mirase, se fijara en sus mejillas ardientes y en las mentiras que le asomaban por los ojos y la delatara como lo que era: una ladrona. Pero era tan fácil olvidarse con el simple placer de gastar, de invitar a las amigas a salir una noche... Hasta que se acercaba el día de cobro y su cuenta estaba ya vacía y tenía que volverlo a hacer.

Tampoco era puro egoísmo: daba a los demás con tanta generosidad como a sí misma. Lo único que no hacía nunca era viajar y eso forma parte de la fea verdad que explica por qué Bean venía tan poco a casa. Sabía que el día que se ausentara sería el día en que la descubrirían y por eso se quedaba allí, un día sí y otro también, y le daba un poco de asco que la gente de la empresa la felicitara tanto por su excelente ética profesional, por presentarse al trabajo incluso cuando ardía de fiebre; ella se lo quitaba de encima como si fuera un maquillaje aplicado con demasiado entusiasmo y llegó a odiarse por hacerlo, pero no podía evitarlo.

Un psicólogo podría decir algo sobre cómo odiaba Bean su trabajo e incluso podía ser que odiara Nueva York, y cómo aquello representaba su manera de largarse de allí sin tener que organizar una verdadera mudanza.

Y acaso tuviera razón.

No nos lo había dicho todo, por supuesto, ni mucho menos. No nos había contado cómo había ocultado aquella sensación enfermiza y oscura a base de enterrarla en fantasías peligrosas. No nos había hablado de Edward y de cómo había traicionado a

Lila. No nos había contado nada de eso.

Las hermanas guardan secretos.

Porque los secretos de las hermanas son espadas.

Pero en aquel momento no estábamos pensando en qué había hecho mal Bean, sino en cómo podía arreglarlo.

—Todo saldrá bien, Bean —dijo Rose, con tanta suavidad en la voz como en los dedos que aún recorrían la cabeza de nuestra hermana—. Lo arreglaremos.

Rose esperaba con una toalla en las manos mientras nuestra madre salía de la ducha. Desviaba gentilmente la mirada, pero aquella incisión de un rojo rabioso, entretejida con un hilo oscuro, persistía en su mente. El espacio vacío que antaño ocupara su pecho parecía más extraño que un muñón, pensó Rose. Era más como un rostro sin rasgos; el pezón ausente era una boca desaparecida. Nuestra madre hizo una mueca de dolor al levantar el brazo para coger la toalla y Rose se la pasó, dejó que se secara un poco y luego se envolviera el pecho con ella, ignorando el agua que se encharcaba en el suelo. Todavía no podía levantar el brazo lo suficiente para envolverse por completo con la toalla, o para anudarse los pañuelos que usaba para cubrirse la cabeza. La tela tendía a soltarse, dando una sensación de desaliño, hasta que a alguna de nosotras le molestaba lo suficiente para recolocársela. Rose pasó por detrás de nuestra madre y cerró el grifo de la bañera, que seguía goteando. Nuestra madre alargó el brazo bueno y frotó el vaho del espejo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Rose.

—No, gracias, cariño —contestó nuestra madre. Estaba mirando su imagen reflejada.

—Estaré en la habitación. Te ayudaré con los ejercicios y luego podemos poner vendas nuevas.

—Vale.

Rose cerró la puerta tras ella al salir, pero mientras lo hacía vio que nuestra madre dejaba caer la toalla para revelar la bizquera de su pecho y apoyaba una mano desnuda en el vacío de la piel.

Tenía que ser muy extraño, pensó Rose. Nunca le habíamos dado demasiada importancia al pecho, porque todas lo teníamos pequeño. Pero ¿perder uno? ¿O ambos? Y los pechos de nuestra madre, que nos habían alimentado, y en los que nos apoyábamos de pequeñas para llorar... Ah, era egoísta pensarlo así, pero nosotras también los echábamos de menos.

Sentada en la cama de nuestros padres, tan alta que había una banqueta de anticuario al pie para ayudar a subir en ella, Rose notó cómo se aplastaba el edredón bajo su peso cuando se inclinó para sacar de la mesita de noche la loción y la gasa. Una vez, de adolescente, al entrar en la cocina se encontró a nuestra madre con las manos en el agua jabonosa en el fregadero y a nuestro padre pegado a ella por detrás, cubriéndole los pechos con las manos en gesto posesivo. Le besaba el cuello y le susurraba algo al oído, y luego se echaron a reír los dos. Rose se retiró, no tanto

porque la intimidara la escena como por la sensación de que su aparición inoportuna violaba la intimidad de nuestros padres. Ahora se preguntaba si cuando volvieran a hacer el amor él le besaría la cicatriz. ¿Acariciaría el espacio vacío?

Y cuando le pasara a ella —ya ni siquiera parecía una hipótesis—, ¿lo haría Jonathan?

—Me encuentro mucho mejor —anunció nuestra madre al llegar a la habitación. Volvió a sostener la toalla delante mientras se tumbaba en la cama, apoyándose en Rose y con alguna leve mueca de dolor al desplazarse hacia el centro—. Pero estoy harta de esos pañuelos estúpidos. Ojalá me creciera el pelo más deprisa.

—Podríamos comprarte sombreros. O también podrías no llevar nada. Pronto habrá crecido lo suficiente para que parezca que te lo has cortado así queriendo —dijo Rose.

Tiró de la toalla hacia abajo con cuidado, salvando el poco pudor que quedara en nuestra relación para exponer apenas la herida... Porque todavía era una herida, ¿no? Aún no era una cicatriz.

—Creo que, para que parezca queriendo, ha de pasar una eternidad todavía.

—¿Lo echas de menos?

Rose estiró con suavidad el brazo de nuestra madre, moviéndolo con paciencia, tal como nos había enseñado el fisioterapeuta.

—Sí. Aún no me he acostumbrado. Cada vez que me miro al espejo creo que lo que veo reflejado no soy yo, sino un esqueleto. —Dio un profundo y tembloroso respingo y Rose vio que se le asomaban lágrimas a los ojos—. Bueno, tal vez sea para bien —dijo al fin—. Para una mujer de mi edad no es práctico llevar el pelo tan largo. Es como el oráculo de la esfinge, ¿verdad? Empezamos con el pelo corto, nos lo dejamos largo y luego nos lo volvemos a cortar. ¿Te habías dado cuenta?

—¿De qué? —preguntó Cordy, que entraba en la habitación.

Se lanzó animosa a la cama, provocando que Rose la fulminase con la mirada. Cordy la ignoró, rodó hasta quedar de lado y se incorporó, apoyada en un brazo. Nuestra madre se volvió hacia ella y sonrió mientras Rose seguía manipulando su brazo.

—Que las mujeres mayores nunca llevan el pelo largo.

—Creo que tú aún eres demasiado joven para ir a la pelu cada semana —contestó Cordy.

—Estás manchando la cama de harina —dijo Rose—. ¿Otra vez estás haciendo pasteles?

Cordy miró fijamente la colcha.

—Es blanca. No se nota. Y... Sí, estoy haciendo *challah*.

—Huele bien —dijo nuestra madre.

Rose se echó un poco de loción en la palma y se frotó las manos antes de deslizarlas a lo largo del brazo de nuestra madre. Bajo el suave decaimiento de la edad, se notaban los músculos. Cordy se incorporó, tendió una mano y Rose le echó

un poco de loción para que pudiéramos frotarle los brazos entre las dos.

—Esto sí que es vida —suspiró nuestra madre—. Si llego a saber que me iban a tratar así, habría enfermado hace años.

—Humor de patíbulo —respondió Rose.

—No, si esto fuera vida de verdad, nosotras seríamos chulazos morenitos y tú estarías tumbada en alguna playa.

—Hoy en día no sé si aguantaría mucho chulazo —dijo nuestra madre—. Tengo la sensación de que en los últimos seis meses no he hecho otra cosa que estar tumbada. Cuando todo haya pasado, me quedará la atrofia muscular.

—Conseguiremos unos sirvientes que te lleven en un palanquín —dijo Cordy.

Sonó el teléfono y se dejó caer hacia atrás en una postura aparentemente imposible. Los pantalones bajaron lo justo para revelar su vientre mientras alargaba los brazos por encima de la cabeza para alcanzar el aparato. Nuestra madre alzó suavemente el brazo mientras Rose le ponía la venda nueva.

—¡Diga! —saludó Cordy—. ¡Hola, Jonathan! ¿Cómo está mi hermano favorito?

Rose desvió la mirada hacia el reloj. Era más de medianoche en Inglaterra. Extraño. La recorrió un leve temblor de pánico.

Cordy se calló y movió las cejas arriba y abajo mirando a Cordy.

—Estamos bien. Preparando a mamá para acostarse. —Con el hombro aguantó el teléfono, ayudó a Rose a incorporar a nuestra madre para que quedase sentada, cogió la bata blanca y se la pasó a Rose, que se la puso por la cabeza—. Ajá. Así está mejor. ¿Qué tal en Inglaterra? ¿Has tomado algún buen té últimamente? —Una nueva pausa y luego una risilla—. Por supuesto. Oye, ¿allí no son las no sé cuántas de la noche?

Nuestra madre jadeó cuando Rose le dio un tirón ligeramente brusco para meterle el brazo por el hueco de la bata.

—Lo siento.

—Espera, te voy a pasar a Rose antes de que le parta el brazo a mamá. ¡Hasta pronto!

Cordy le pasó el teléfono a Rose y luego tiró del camisón de nuestra madre para bajarlo por encima de la toalla antes de quitárselo, como quitaría un mago el tapete de una mesa. Rose dejó que Cordy ahuecara las incontables almohadas sin las que nuestra madre no podía vivir y salió al pasillo.

—¿Estás bien?

Jonathan se rio.

—Esa es mi Rose. Siempre buscando un desastre.

—Para. A esta hora sueles estar acostado.

—Tú siempre me llamas cuando para ti es medianoche. Es justo que ahora sea al revés.

—De hecho me encanta que hayas llamado. Anoche intenté dar contigo, pero no estabas. ¿No puedes ponerte un contestador?

—Podría. Pero se perdería toda la gracia. Estaba en la conferencia de Londres, ¿te



acuerdas? Presentando mi trabajo.

—Ah, claro —dijo Rose, con algo de culpa. Se había emocionado tanto que se había olvidado por completo de la conferencia—. ¿Qué tal fue?

—Fantástico. Estaba muy nervioso, pero en cuanto empecé a leer todo fue más fácil. Y luego hubo algunas preguntas buenísimas. Y también pude asistir a algunas buenas charlas. Bueno, ¿y tú por qué me llamabas?

Rose se infló de emoción y se olvidó de todos sus cuidadosos planteamientos.

—Tengo noticias excitantes de verdad.

—¿En serio? Yo también. ¿Quién empieza?

—Yo —dijo Rose—. Desde que lo supe estoy pegando saltos.

—Buena imagen mental.

—Metafórica.

—Qué decepción. ¿De qué se trata, amor? Da gusto oírte tan feliz.

Rose se metió en su cuarto, cerró la puerta y se tumbó en la cama, perfectamente hecha.

—Ayer me encontré con la doctora Kelly en la farmacia. ¿Recuerdas que te hablé de ella?

—Claro. Era tu profesora favorita en la facultad, ¿no? La que supervisó tu tesis doctoral. ¿Cómo está?

—Exacto, esa. Está bien. A punto de retirarse, de hecho, cuando acabe el próximo curso.

—Oh.

Jonathan tomó aire lentamente al otro lado de la línea telefónica y, si Rose se hubiera encontrado en el estado mental conveniente para oírlo, se habría dado cuenta de que su plan estaba a punto de desmoronarse.

—Quiere que pida su plaza, Jonathan. Dice que le darán la dirección del departamento a algún candidato interno y que entonces quedará libre una plaza bajo contrato. Y me dijo que, si la quería, sería para mí. Dijo exactamente eso. ¿Te lo puedes imaginar? Dentro de un año puedo estar dando clases en Barney.

—Creía que habíamos hablado de que para después del próximo curso buscaríamos en otro sitio —dijo Jonathan.

Su voz sonaba cauta, tentativa.

—Así es. Pero estamos hablando de Barnwell, Jonathan. Siempre he querido enseñar aquí, desde que era una niña. ¿No es emocionante? Ya sé que suena estúpido, pero es como un sueño hecho realidad.

—Ya, supongo que sí.

—No pareces muy contento.

—No estoy descontento. Es que... Me has pillado un poco por sorpresa. Eso no va en la dirección que yo creía que íbamos a tomar.

—No, no es lo que habíamos hablado. Pero es tan perfecto... Yo estaría cerca de mis padres y tú también estarías muy cerca de casa y sé que en Columbus te

volverían a aceptar. Lo dijo el rector, pese a que tú rompiste el contrato. Y aquí la vida es mucho más barata que en la ciudad. Tú podrías ir y volver y... Bueno, ¡sería perfecto!

Rose notaba las dudas en la voz de Jonathan y tiró adelante, imponiendo la alegría en la suya, como si pudiera contagiarle su emoción desde tan lejos. Se mordió el labio inferior y esperó su respuesta.

—Es curioso que me llames ahora con esto, porque lo que pasa... —Se detuvo, carraspeó y soltó una risa incómoda—. Es un poco irónico, la verdad. Me han ofrecido un puesto de profesor visitante.

—¿Dónde? —preguntó Rose.

Ya se le estaba rebelando el estómago. La iba a dejar. La iba a dejar sola.

—¡Aquí! Es alucinante. Dos años. Me permitiría terminar mi investigación. Tengo unos candidatos increíbles a trabajar la tesis conmigo; sé que en ese tiempo puedo terminarla y publicarla. Es increíble de verdad, Rosie. Ni te creerías la competencia que hay.

—No sabía que quisieras esa plaza —dijo Rose.

Ella misma notó lo débil que sonaba su voz y se odió por ello. Se incorporó y se inclinó hacia delante al borde de la cama, presionando los muslos contra el estómago.

La voz de Jonathan sonó más suave:

—No quería que te enfadaras. Te has enfadado, ¿verdad?

Rose tragó saliva.

—No, estoy contenta. Contenta por ti.

Era mentira y él lo sabía.

—Pero aún no he acabado de contarte, Rosie. Me dan un piso, así que también tendré sitio para ti. Puedes venir y seremos británicos durante dos años enteros.

—En Inglaterra.

—Es la ubicación principal —contestó Jonathan. La tensión vibraba por detrás de su voz—. Piénsalo, Rose. Es como una señal.

—Pero íbamos a casarnos —dijo Rose, aunque sonó más como un llanto porque se le rompió la voz en la última sílaba.

—Y nos casaremos —contestó Jonathan—. Pero esto significa que puedes venir aquí, tomarte un año sabático.

—No puedo. Cuando volvamos no habrá una plaza disponible. ¿Sabes cuánto tiempo he esperado que saliera algo aquí?

—¿Tiene que ser en Barnwell?

—¿Tiene que ser en Inglaterra? —preguntó ella.

Sonaba ridícula, quejica, pueril, pero no lo podía evitar.

—Rosie —dijo él, y su voz sonó severa—. Es una oportunidad única en la vida. —Y lo era. Para él—. Para los dos —añadió. Qué bien la conocía.

—Quieres que vaya a Inglaterra —dijo ella.

—No, a Inglaterra vendrías igualmente. Lo que quiero es que vivamos juntos en

Inglaterra durante un tiempo. Rose, ya sabes que esto es un empujón para mi carrera. Y sabes que las probabilidades de que aparezca una plaza en pleno curso son mínimas. Es perfecto para mí y es perfecto para ti. Puedes escribir y publicar algún artículo y luego buscaremos una plaza en otro sitio, donde te valoren como la increíble investigadora y profesora que eres. —Ella no dijo nada—. Rose, he de tenerte conmigo. Te añoro muchísimo. Cada día me pongo a mirar las torres soñadoras y deseo que estés tú también aquí para verlas.

—No sé, Jonathan —contestó ella—. Mi madre, la boda, la casa que íbamos a comprar y yo...

Lo dejó a medias. Qué injusto era. Jonathan sabía que ella siempre había querido trabajar en Barnwell. Y encima con contrato. Seguridad. Sin arrancar las raíces cada dos o tres años y tener que cambiar de sitio solo para tener que hacer lo mismo otra vez. Sin tener que preguntarse dónde viviría al cabo de unos pocos años o qué iba a pasar si no encontraban trabajo en la misma ciudad.

—No puedes vivir toda la vida en Barnwell, Rose. Te pierdes un montón de cosas. Y las cosas te pierden a ti.

—No sé de qué me hablas —dijo ella en un tono alicaído. Frío.

—Eres mucho más que ese pueblo. Eres brillante, y una profesora alucinante. Lo sabes. Y, si abrieras un poco las alas y probaras algún otro lugar, todavía aprenderías más.

—¿Y mi madre?

—Le irá bien. Además, me dijiste que parece que Bean se va a quedar. Que se ocupe ella de mantener la casa una temporada. Por una vez tienes que ocuparte de ti misma, Rose.

—No sé.

El silencio invadió la línea telefónica un momento y luego Jonathan soltó un suspiro profundo.

—Mira, no hace falta que lo decidamos ahora mismo. Ya sé lo que te dijeron, pero ni siquiera tenemos la certeza de que te vayan a dar la plaza en Barney, ¿verdad?

—Verdad —contestó Rose con cautela, preguntándose si solo por admitir eso estaría haciendo alguna concesión importante.

—Nos lo pensaremos. Y dentro de poco vendrás a visitarme, ¿no? Entonces verás qué te parece esto. ¿Ya has sacado billete?

—Todavía no. He estado muy ocupada, Jonathan.

No era del todo falso. Pero había ido aplazando los planes de viaje, más o menos igual que Bean había aplazado la apertura de los recibos. Nos parecemos más de lo que estaríamos dispuestas a admitir.

—Lo entiendo. ¿Por qué no miras a ver si encuentras tiempo para sacar un vuelo y lo seguimos hablando cuando estés aquí? ¿Vale?

—Vale —contestó ella.

De pronto se sintió a punto de llorar y muy, muy cansada. Toda la emoción que

había sentido el día anterior al ver a la doctora Kelly se había desvanecido. Jonathan no iba a saltar de alegría ante la idea de renunciar a su trabajo y volver a Barnwell con ella para siempre jamás. Y ella no lograba imaginar la posibilidad de rechazar aquella plaza después de haber trabajado toda la vida con la esperanza de conseguirla algún día.

Si no cedía uno de los dos, se iba a desmoronar todo.

Bean tenía una resaca extraordinaria, lo cual a su edad ya era suficientemente vergonzoso (¿no se supone que eso se acaba cuando dejas de beber alcohol con un embudo?), empeorada por tratarse de un jueves por la mañana. El sol se colaba por sus gafas oscuras de diseño como una animosa irritación y a cada paso que daba contestaba su estómago con saltos y volteretas.

Aquella mañana, al llegar a casa caminando, Rose, que salía a toda prisa por los escalones del porche, había estado a punto de tumbarla de un golpe.

—¿Ahora llegas a casa? No me había dado cuenta de que pensabas pasar la noche fuera.

La verdad, ella tampoco se había dado cuenta. Había salido con la intención de quitarse de encima un poco de aquel pestazo a pueblito y ahogar los problemas en alcohol. No había ido demasiado lejos, a casa de Edward, a la puerta delantera, donde él la había recibido con una copa y ella había agradecido el favor quitándose el vestido y tomándose de un trago mientras él se abría camino cuello abajo, beso a beso.

—No era mi intención —dijo a Rose al pasar junto a ella en dirección a la cocina.

Era totalmente consciente de que el olor a cigarrillos y alcohol se abría paso a través de su piel, subrayado por el húmedo y avinagrado aroma del sudor y del sexo desesperado.

Rose volvió a entrar en casa, detrás de ella.

—Hueles como una destilería.

—Y eso que no he estado en ninguna. Qué curioso, ¿no?

Bean llenó de hielo un vaso y luego dejó correr el agua del grifo, provocando que los cubitos crujieran, sobresaltados por la diferencia de temperatura.

—¿Y si te hubiera pasado algo?

—En ese caso, estoy segura de que alguno de los otros tres adultos capacitados de la casa, si no todos a la vez, lo hubierais manejado con prontitud.

Bebió un largo trago de agua y obligó al estómago, que protestaba dando sacudidas contra las costillas, a regresar a su sitio.

Rose sintió que la injusticia ardía en su estómago. No era justo que Bean pudiera ir por ahí en ese plan mientras ella se ocupaba de todo. No era justo.

Abrió la boca, dispuesta a hablar, a emitir un juicio, pero en ese momento Bean soltó el vaso vacío y sus miradas se entrelazaron. Tenía el pelo inusualmente alborotado, un derrame sanguíneo en los ojos y agotamiento en la mirada. Se había equivocado al abrocharse la blusa y, en el momento de cruzarse de brazos, le

temblaban las manos levemente. ¿Cuándo había parecido Bean tan exhausta, tan débil?

Cuando Rose tenía seis años y Bean tres, y nuestra madre estaba casi a punto de dar a luz a Cordy, estábamos en la cocina jugando mientras ella hacía pasteles. Teníamos un juego de bloques de madera y estábamos construyendo un castillo de grandes torres y puentes levadizos que se movían con la ayuda de nuestras torpes manos. Después de meter un pastel en el horno, nuestra madre salió al jardín y se olvidó de nosotras, acaso, dejándonos absortas en nuestras fantasías arquitectónicas. Al fin el aroma del chocolate que estallaba en el horno fue demasiado para el estómago vacío de Bean y, dejando a Rose al cuidado de la construcción de los muros de un foso vacío en torno a nuestra creación, caminó con pasos torpes hasta los fogones. Con sus bracitos deliciosamente rollizos, Bean alcanzó uno de los trapos de cocina que colgaban del tirador de la puerta del horno y dio un tirón. Pestañeó ante la estampida de calor húmedo que salió y el olor se aposentó flotando en su cabello y en la tela del vestido. Sin que Rose tuviera tiempo de detenerla, Bean alargó los brazos hacia el horno y apoyó las dos manos en la gruesa cazuela de cristal con la intención de acercar aquel aroma tan rico.

Rose dice que el grito de Bean fue inolvidable. Sin embargo, lo que nosotras recordamos es cómo Rose se puso en acción de un salto: arrancó a Bean del horno, cerró de golpe la puerta con un repiqueteo metálico, la subió a un banquito y le pasó agua fría del grifo por las manos y los brazos, que ya estaban llenas de ampollas rojas y blancas por el rabioso calor del horno. Ignoramos cómo supo lo que había que hacer, cómo coger una toalla, llenarla de hielo del bote de plástico que había en el congelador y poner los brazos de Bean encima. Esta mantenía los ojos abiertos al máximo y refrenaba el llanto por la eficiencia de Rose, pero seguía emitiendo fuertes sollozos mientras contemplaba cómo nuestra hermana la había salvado de sí misma. Y entonces Rose se fue corriendo a buscar a nuestra madre, cuya reacción resultó algo lenta por el peso que llevaba en las entrañas y porque su mente, como ocurría a menudo, estaba lejos de nosotras.

Ahora, al mirar a Bean a la cara, a Rose le costaba tan poco ver sus heridas como cuando le había curado las quemaduras, tantos años antes. Se calmó y anduvo hasta el botiquín que había junto al fregadero. Abrió la puerta y rebuscó con eficacia entre los botes demediados de medicación hasta que encontró las aspirinas. Se echó dos en la palma de la mano, rellenó el vaso que había quedado en la encimera y se lo pasó a Bean.

—Tómate esto. Y bebe un poco de agua. Si duermes, te encontrarás mejor.

Ahora, tras horas de descanso sin poder dormirse y un intento de comerse una tostada, Bean estaba sentada en una de las sillas de la biblioteca, irremediamente anticuadas. La lana desteñida de naranja le rascaba los muslos cada vez que cambiaba de postura. Tenía una pierna plegada debajo del cuerpo, en postura clásica de cigüeña. Al otro lado de una mesa incómoda de tan amplia había un puñado de libros

descartados: unos cuantos sobre cómo redactar un currículum, uno sobre el color de su paracaídas y una edición de lujo de un viaje fotográfico por los vientres distendidos del tercer mundo. Los había rechazado a favor de una novela fantástica. No era lo que solía apetecerle, pero tenía la garantía de que no encontraría en ella ninguna referencia a nada que pudiera evocar alguna de las bestias de su ruinoso situación, como habría ocurrido con cualquiera de esos relatos modernos de zapatos y ex novios, o incluso con algún drama sobre la vida en un pueblito irlandés. En aquellos libros siempre había alguna víctima de una traición y el asunto era que, como ella misma se había convertido por el momento en una traidora, no podía ni pensar en ello.

—Ya va siendo hora, Bianca —la llamó la señora Landrige desde el escritorio en que estaba sentada, con las manos limpiamente cruzadas delante del cuerpo. La biblioteca estaba vacía—. ¿Te vas a llevar alguno?

Bean alzó la mirada, pestañeó, se levantó las gafas de sol y frunció los ojos para mirar hacia la luz crepuscular que entraba de fuera. Se le había escapado otro día del paraíso.

—Ajá —dijo, dejándose caer hacia la mesa para juntar todos los libros que había esparcido.

—Sí —la corrigió la señora Landrige, y Bean repitió la corrección como un loro, sin pensar.

Era el problema de volver a casa. De golpe, eras de nuevo una adolescente.

Su estómago había dejado de girar y ahora gruñía con insistencia mientras devolvía los libros a la estantería antes de acercarse a la mesa de préstamos.

—Me encanta que hayas venido, Bianca —le dijo la señora Landrige, mientras sellaba el libro con eficacia y dejaba la tarjeta en la bandeja para rellenarla luego—. Tengo entendido que buscas trabajo.

—¿Ah, sí? —preguntó Bean—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Rose. Estuvo aquí el otro día y mencionó que te estaba costando un poco encontrar algo. No me sorprende, la verdad. Aun si Barnwell tuviera una economía floreciente, es la peor época del año.

—¿Rose le dijo que necesito trabajo? —preguntó Bean, aún aturdida— ¿Mi hermana Rose?

—¿Por qué te haces la sorprendida? Es tu hermana. Se preocupa por ti.

—Se preocupa por mí —repitió Bean—. Claro.

—En cualquier caso, tampoco es que sea un gran secreto. Maura, la de la librería, me comentó el otro día que habías ido a verla. Y además te has pasado todo el día en el 650.

Con un golpe de cabeza indicó la zona de los libros que Bean acababa de recolocar. La señora Landrige se conocía la biblioteca de Barnwell con los ojos cerrados. Le podías preguntar cualquier cosa y ella escupía el número según la clasificación decimal de Dewey y señalaba con mano firme hacia el estante

correspondiente. ¿Ritos de la pubertad? 390, al lado de los cubículos. ¿Las aventuras de Wilbur y Carlota? Literatura juvenil, junto al ventanal. ¿Fútbol? 796, a la izquierda de los surtidores de agua. Cuando éramos pequeñas, a veces intentábamos sorprenderla pensando en los temas más crípticos que pudiéramos, pero nunca ganábamos. La señora Landrige era la campeona del sistema decimal de Dewey.

—Supongo que sí —concedió Bean—. Parece que me voy a quedar por un tiempo.

—Yo voy a estar de baja. Me operan la cadera.

Levantó la mirada hacia Bean. El escote de su vestido (la señora Landrige siempre llevaba vestido, pertenecía a Esa Época) le enmarcaba el cuello, que parecía muy delicado en contacto con la tela, lleno de tendones tensos y piel suelta. Sin darse cuenta, Bean se acarició el propio cuello, convencida de que ya podía notar cómo empezaba a desprenderse la papada y a sobresalir la clavícula.

—Lo siento. ¿Está bien?

La señora Landrige sonrió.

—Es el problema de vivir tanto, Bianca. Todo se gasta. Me hace dudar si todos esos avances científicos merecen la pena. Pero al parecer es un mal relativamente común, así que estoy segura de que todo irá bien, aunque voy a estar una temporadita sin funcionar. Así que me pregunto si te interesaría ocupar mi puesto durante la baja.

—¿Como bibliotecaria?

—Claro.

—Pero yo no sé nada de eso. O sea, no tengo los estudios adecuados.

Si la señora Landrige hubiera llevado gafas habría mirado a Bean por encima de la montura.

—No seas ridícula. Es la biblioteca pública de Barnwell, no la del Congreso. Llevas viniendo aquí desde que empezaste a caminar y confío en ti por principio.

Bean estuvo a punto de echarse a reír. Los últimos en confiar en ella podían haberla denunciado.

—No sé, señora Landrige. No sé si sabría hacerlo.

—Querida, no se trata de diseñar cohetes. Un poco de sensatez. Necesitas un trabajo y yo necesito a alguien. Te puedes quedar hasta que nos recuperemos las dos. —Sonrió ante su propia ocurrencia.

—Bueno, vale.

—Entonces, ¿vendrás mañana a primera hora bien despierta y empezaremos un pequeño aprendizaje?

Puso el libro en las manos de Bean y esta se quedó mirando la portada con cara de estúpida. No conseguía recordar por qué diablos había escogido un libro sobre una guerrera semidesnuda con los muslos prietos de un ganador del Tour de Francia. Tampoco conseguía imaginar cómo la habían nombrado sucesora de una institución de Barnwell.

—Me pagarán, ¿no?

—Claro. De eso hablaremos mañana. —La señora Landrige se quedó mirando a Bean un momento, como si fuera a decir algo, pero luego cerró la boca. Bean se dio la vuelta para marcharse—. ¿Bianca?

—Síiiii.

Bean se dio la vuelta. Conocía aquel tono de regañina. Era el mismo que le había dedicado Rose aquella mañana. Pero la voz de la señora Landrige sonó más suave, casi maternal:

—Duerme un poco.

Bean se bajó las gafas de sol y se dirigió a la puerta. Bajó deprisa los escalones de la calle, notando las punzadas en la cara interna de los muslos, mientras intentaba sacudirse los recuerdos de la noche anterior. ¿Cómo había vuelto a aparecer en aquella casa? ¿No se suponía que iba a empezar de cero? ¿Que nos lo había confesado todo para liberarse?

Pero no lo había confesado todo, ¿verdad? Igual que cuando llegó, seguía sin estar limpia del todo. «Borrachos, embusteros y adúlteros por forzosa sumisión al imperio de los astros». Aquella mañana, al despertarse envuelta en la sábana, lo que en la oscuridad le había parecido vertiginoso y apropiado a la luz del día le resultaba apenas violento y triste. Una botella de vino vacía en el suelo junto a su ropa, arrugada y abandonada. Su rímel, oscurecido y costroso por debajo de los ojos. Aquella película amarga y seca que recubría su boca. Y el rostro del hombre que ahora dormía y que, desprovisto del deseo por ella, parecía demacrado y vacío.

Bean ladeó la cabeza y la movió en una negativa. Pasó junto a una familia que regresaba a casa, madre y padre con la niña entre los dos, dándoles una mano a cada uno para que la alzaran en el aire y la columpiaran durante unos cuantos pasos antes de posarla de nuevo en el suelo.

Al intentar excusarse y arrepentirse había traicionado a alguien que le importaba, alguien que no había mostrado más que bondad hacia ella, que le había abierto su corazón, su casa y su familia, solo para que ella le respondiera con su fealdad. Otra vez. No había cambiado. No había cambiado nada. De repente se sintió llena de un odio hacia sí misma tan intenso que hubo de clavarse las uñas en las palmas para permitir que la quemazón del dolor físico se llevara las emociones, pero ya era demasiado tarde. Ya estaba llorando.

Bean se probaba identidades como ahora se prueba prendas de ropa. Se planteó ser entomóloga (a Rose se le daba mejor la ciencia), actriz (Cordy era mejor intérprete), bailarina (ya se ha hablado de lo de nuestros muslos), poeta (todas nuestras obras se juzgaban en función de criterios que el lector podrá imaginar, y obviamente no daban la talla), la primera presidenta (Cordy hablaba mejor en público), modelo (de nuevo los muslos), diseñadora de moda (como familia, decididamente carecemos de talento artístico, razón por la que tampoco se dedicó a la pintura) y empresaria (Rose tenía que llevarle el dinero a Bean si iba a comprar algo al pueblo, porque terminaba gastándoselo en algo inútil o lo perdía antes de doblar la



esquina de la calle principal).

Lo que más le dolía era que la derrotáramos en sus propios juegos, cuando probaba algo y enseguida descubría que Rose lo había hecho antes (eso no era un problema) y mejor (eso sí), o entonces llegaba Cordy y lo hacía en un segundo (eso no era un problema) y mejor que ella (eso sí). En cierta medida, creemos que por eso Bean terminó con un estilo de vida tan impropio del sistema de valores de la familia Andreas, simplemente porque no le quedaba otra cosa.

¿Qué haces cuando pierdes todas las partidas? Coges tus canicas y te vas a casa. O, en el caso de Bean, coges tus canicas y te vas a Nueva York y decides que te importan cosas como la ropa, los martinis de diseño o la mejor manera de ligarte a un banquero de inversiones, acostarte con él y aun así llegar a casa antes de que la vida nocturna de la ciudad esté en plena marcha. Y eso te hace distinta, pero no te vuelve especial.

Pillada entre dos aguas, Bean a veces se sentía como si estuviera pegando botes, al tiempo que agitaba los brazos y chillaba: «¡Miradme! ¡Miradme!», pero solo conseguía llamar la atención cuando se portaba muy, muy mal. Así que en el instituto aprendió a salir hasta muy tarde y a volver a casa envuelta en el olor espeso y dulzón del costo; se escapaba con chicos y hacían cabañas en los árboles hasta que la policía del pueblo los pillaba y los llevaba a casa pidiendo perdón; se saltaba clases en la facultad hasta que los profesores pillaban aparte a nuestro padre cuando paseaba por los senderos; luego le dio por hacer ejercicio hasta que obtuvo una delgadez enfermiza, y podía haber seguido dando saltitos mil años más agitando los brazos sin parar y nunca le hubiera parecido suficiente la atención que le prestaran nuestros padres.

Le podríamos haber dicho que nosotras también chillábamos y agitábamos los brazos y nunca conseguíamos lo que queríamos, al menos en el terreno de la atención. Nadie lo consigue nunca.

## Trece

Durante el verano en Barnwell, incluso en agosto, que es el domingo más largo de los educadores, todo cierra pronto. Sin el inquieto zumbido de los estudiantes a disposición para mantener el negocio hasta horas decentes (o indecentes), los autóctonos cierran y se van a casa antes de cenar. Si uno caminaba por el pueblo a partir de las seis, en verano, podía ver plantas rodadoras en plena calle, u oír el crujido de la puerta de un *saloon*, suponiendo que cualquiera de esas dos cosas pudieran darse en un pueblo pequeño de Ohio. En realidad, no hay más que escaparates vacíos y oscuros, calzadas y aceras deshabitadas.

Cordy y Dan cerraron el Beanery a las cinco, aunque no había aparecido ningún cliente desde las tres y hacía mucho rato que habían acabado de limpiar y preparar provisiones, y Cordy había visto reducida su labor al rascado de chicles de debajo de las mesas, en un intento desesperado de encontrar algo que hacer. La tormenta que llevaba días amenazando estalló al fin y mandó cascadas de lluvia que barrían la calle en oleadas ordenadas que iban empujando las hojas muertas y alguna basura ocasional hacia las cloacas.

—¿Quieres que te lleve? —se ofreció Dan al salir de su despacho.

Cordy había terminado de limpiar las encimeras y estaba sentada en una de las viejas sillas marrones, con las piernas colgadas por encima del brazo de la silla, mirando al techo. Estaba bastante segura de que, en algún momento, había sido de hojalata repujada, pero años y años de descuidada pintura lo habían dejado de un blanco grumoso e impersonal.

Cordy miró por la ventana hacia la inundación art(íst)ica (¿verdad que te habíamos avisado sobre los juegos de palabras?) y asintió:

—Si no te pilla lejos, estaría bien.

—En Barnwell nada pilla lejos nunca —contestó Dan.

Era de una falsedad patente. Dan vivía en el extremo este del pueblo, más allá de la zona de residencias estudiantiles, en un bloque de pisos que resultaba apenas un poco caro para los alumnos. Gracias a sus investigaciones en la Sociedad Histórica de Barnwell, sabía que en otra época el edificio había recibido el nombre de The Theodore, aunque ahora la gente se refería a él más a menudo como «el viejo chillón», porque un propietario bienintencionado había decidido pintar todo el exterior de un intenso amarillo mantecoso que, a la luz del sol, emitía un brillo casi radiactivo. En cualquier caso, le iba a costar cinco minutos llevar a Cordy a su casa y otros cinco volver. En la medida temporal de Barnwell, eso eran eones.

—Gracias —dijo Cordy. Luego señaló el techo—. ¿Has pensado alguna vez en limpiar toda esa mierda? Estoy segura de que, por debajo, el techo es bonito de

verdad.

—¿En todo el tiempo libre imaginario que tengo? Sí, podría hacerlo.

—¿Cómo es que no vives en el piso de arriba?

Arriba había un piso amplio y sobrado con el suelo de madera rasguñada. Cordy recordaba vagamente una fiesta cervecera a la que la había arrastrado una compañera de habitación en primer curso. Había sido ruidosa y pegajosa, como toda fiesta universitaria que se precie, pero lo que más recordaba era cómo el olor del Beanery se había impuesto incluso al aroma de la cerveza, así como la sensación que había tenido a lo largo de la noche, como si estuviera recubierta de granos de café. Pero no le había molestado. Cuando su compañera de piso de primero estaba fuera del pueblo, Cordy hacía café solo para que el olor invadiera el espacio, igual que hacían los demás alumnos de la misma planta con el incienso.

—Podría. Podría reducir los viajes de un lado a otro, eso seguro. Pero entonces estaría siempre aquí, ¿sabes? Nunca me alejaría del trabajo.

Cordy se encogió de hombros y, con movimientos perezosos, pasó las piernas por encima de la silla mientras Dan apagaba las máquinas desde detrás de la barra.

—Tampoco es que así te alejes mucho del trabajo.

—Tienes razón —contestó él. Levantó el trozo de la barra que basculaba sobre unas bisagras y salió al otro lado—. Oye, qué bien ha quedado esto.

Cordy había ordenado los puzzles, juegos y revistas que se amontonaban en las mesas y había barrido el polvo de las esquinas del suelo desgastado.

—Es que había poco trabajo —dijo.

—Cuando vuelvan los críos, lo echarás de menos —avisó Dan. Movié un par de sillas y fue hasta la puerta principal para cerrarla, tirando de la verja, verde y pesada. Se volvió hacia Cordy—. Te quedarás, ¿no?

—Sí, una temporada —contestó ella.

—Bien. Me he acostumbrado a tenerte por aquí —dijo él—. Eres mucho más interesante que el empleado medio.

—Eso es solo porque soy mucho más vieja que el empleado medio.

—Eso también —concedió él—. Y más guapa.

Le dirigió un guiño. Sus pestañas, oscuras y densas, dibujaron sombras sobre los pómulos en la penumbra.

Cordy frunció los ojos. ¿Estaba coqueteando con ella?

Más importante: ¿le molestaba?

Salieron por la puerta trasera, dejaron atrás la oscuridad del Beanery y cruzaron corriendo el aparcamiento hasta el coche de Dan, un turismo plateado que parecía sospechosamente nuevo y olía impecable.

—Bonito coche —dijo Cordy. Dejó en el suelo el bolso, con el que se había tapado la cabeza, aunque apenas había servido para evitar que se mojara—. Huele a nuevo.

—Lo es. Venderse al capital sale rentable.

—Más que el Peace Corps, sin duda. ¿Aún vendes costo?

Con una mano en la llave, ya encajada en su sitio, Dan se volvió para mirarla.

—¿Quieres comprar?

—No. Es por curiosidad.

—No. Ya no vendo. Lo único más deprimente que ser el viejo que todavía vive a una milla del campus es ser el viejo que aún vive a una milla del campus y vende costo a los estudiantes.

—Podría ser peor. Podrías ser el viejo que vive a una milla del campus, vende costo y tira los tejos a todas las alumnas.

Al salir del aparcamiento, Dan frenó y comprobó que no pasara ningún coche. No había ninguno. Cordy oyó cómo las ruedas levantaban manantiales de agua al encarar Main Street en dirección oeste. El agua se derramaba cristal abajo, ajena al limpiaparabrisas, que trazaba su ruidoso e inútil vaivén bajo el diluvio.

—Eso sí que no me interesa para nada. Las miro y solo veo niñas. ¿Me entiendes? O sea, hay mucha diferencia entre las de primero y las que acaban, pero la diferencia entre estas y una mujer de treinta años es como un abismo. Enorme.

—No sé. Siempre espero la llegada del momento en que me sentiré mayor, como una adulta, pero todavía no ha llegado. ¿Crees que es el gran secreto que nos esconden los mayores? ¿Que nunca te sientes como un adulto?

—Yo me siento maduro. Creo que me pasó al comprar el Beanery. A lo mejor por eso me resisto a comprar una casa. Sería como la rendición definitiva.

Las sombras que trazaban los surcos de agua rodaban por su cara mientras avanzaban. Cordy se dio cuenta de que necesitaba un afeitado, aunque tal vez fuera una impresión subrayada por que tenía el pelo oscuro. Bajo el grueso labio inferior se estaba dejando crecer una cabritilla, un artificio que daba a la mayoría de hombres un aspecto de... bueno, de amanerados, pero a él le hacía parecer a la vez dulce y peligroso.

—Supongo que tienes razón —concedió, pensando en los veintitantos ya perdidos que habían acompañado a su vagabundeo, entrando y saliendo de sus días. Al fin y al cabo, ¿acaso no había acabado renunciando porque se sentía demasiado mayor?—. Lo que quiero decir es que yo siento que sigo siendo la misma. No es como si me hubiera despertado un día pensando que ya era responsable y adulta. Me miro en el espejo y me veo a mí, la misma estúpida a la que llevo años viendo.

Sin apartar la mirada de la calle, Dan alargó una mano hacia ella y le acarició la cara con el dorso de los dedos. Cordy notó los pelillos, así como la sequedad de la mano de tanto fregar platos.

—No tienes nada de estúpida, Cordy.

Dan volvió a poner la mano en el volante mientras giraba para entrar en nuestra calle, se pegó al bordillo y se detuvo delante de casa.

Se encararon y Cordy supo que la iba a besar. Tenía unos ojos oscuros e intensos, con un color inflamado de deseo y con algo más que no supo reconocer.

—Me encanta que hayas vuelto —le dijo. Le apoyó una mano en la rodilla y el calor traspasó los desgastados vaqueros—. Es bueno tener a alguien con quien hablar.

Cordy se quedó un momento mirándole la mano, el modo en que su amplia palma se curvaba sobre la rodilla, con los dedos ligeramente abiertos hacia el muslo, y luego alzó la mirada para clavarla en la de Dan. Afuera golpeaba la lluvia y las luces que marcaban las entradas de las casas apenas conseguían abrirse paso en la oscuridad impregnada de nubes.

Cuando cada uno se inclinó hacia el otro —fue mutuo, no dejéis que Cordy os diga lo contrario—, ella notó cómo contenía la respiración en la garganta y luego exhaló cuando se juntaron los labios. Al contacto con la suya, la boca de Dan parecía amplia y fuerte y suave, y aquel beso fue más profundo y dulce que todos los que había compartido durante los últimos años.

Y entonces se echó hacia atrás.

—Estoy embarazada —le dijo.

—Qué rápido —contestó él.

—Dan. En serio. Estoy embarazada —dijo ella.

Se llevó los dedos a la boca y se mordisqueó las uñas. Se volvió hacia el otro lado y se quedó mirando la oscuridad.

—O sea que... ¿hay otro?

—No —contestó ella—. No hay nadie.

Se encaró a él y le dedicó una sonrisa rápida y vacía.

—Mierda —dijo Dan, exhalando. Descansó las manos en la parte baja del volante. El lugar de la pierna de Cordy en que había estado apoyada su mano parecía ahora frío y desnudo—. ¿Lo sabe tu familia?

—No —dijo ella—. Todavía no.

—¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. —Se volvió hacia la ventanilla, que empezaba a empañarse por el vapor, y pasó el índice por el cristal, trazando una serie de líneas inconexas—. Mira, por eso no soy adulta todavía. Los adultos no cometen este tipo de errores.

—Los adultos cometen errores a todas horas, y no estoy diciendo que esto sea un error. Eres demasiado dura contigo misma.

—¿Dura conmigo? ¡Lo que estoy es preñada de la hostia, Dan! ¡Voy a tener un hijo! Yo, Cordelia Beatrice Andreas, voy a ser responsable de la vida de otro ser humano, cuando todo el mundo que conozco me ha dejado más que claro que no soy capaz de ocuparme de la mía. ¿No te parece el mejor chiste que has oído en tu vida?

Notó que estaba empezando a llorar y trató de ocultar el llanto por debajo de la rabia. Dan suspiró, se inclinó un poco hacia delante y cambió de postura antes de volver a apoyarse en el respaldo. El motor murmuraba y la lluvia caía a raudales golpeteando sobre el techo, reclamando atención.

—Diga lo que diga, me vas a arrancar la cabeza a bocados, así que será mejor que mantenga la boca cerrada.

De un manotazo, Cordy borró las líneas que había trazado en el vapor condensado.

—Lo siento —le dijo sin mirarlo—. No es culpa tuya. Es que... No sé qué hacer.

—Tienes que decírselo, Cordy. Tienes que decírselo a tu familia.

—No sé. A Rose le encantaría, claro, le daría un ejemplo más para señalar lo idiota que soy. Y Bean tiene que cargar con su propia mierda.

—Entonces, ¿no se lo vas a contar? Antes o después se van a dar cuenta.

—Ya sé. Supongo que tenía la esperanza de poder esperar hasta...

No terminó la frase. No sabía cuándo había decidido que sería el momento oportuno para contárnoslo.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé —dijo Cordy.

Pero lo sabía. Hasta que llegara el momento de irse. Hasta que llegara la hora de liarse la manta a la cabeza y desaparecer. Porque eso es lo que hace Cordy: Cordy se va mejor que nadie que conozcamos. Nada de corazones partidos, nada de reproches, apenas un rastro fantasmal en la noche y desaparece.

Se echó la trenza atrás por encima del hombro y miró a Dan. Con el rostro recorrido por las lágrimas, dio un fuerte sorbetón y se secó la nariz con el dorso de la mano.

—Bastante tienen con lo que tienen. No es justo hacerles cargar también con esto. Ya sabes lo de mi madre, y mi padre ni siquiera vive en este planeta. No tendría que darte la paliza con todo esto. Es que tengo la sensación de que no hay con quién hablar.

—Estoy yo —dijo Dan.

En aquel momento parecía tan dulce y generoso que Cordy sonrió entre las lágrimas. Él alargó un brazo, le tomó una mano y se quedaron así sentados mientras el ventilador les soplabla aire frío a la cara, secando las lágrimas de Cordy, y afuera la lluvia se iba convirtiendo en bruma.

Al día siguiente se había despejado la tormenta, dejando una humedad que se elevaba del suelo empapado, espesa, a medida que el sol la iba calentando. Bean y nuestra madre estaban sentadas en las sillas del patio, junto al jardín trasero. Con un bikini que dejaba ver la musculatura de los muslos, Bean se fumaba un cigarrillo, con los ojos tapados por las gafas de sol y el pelo echado hacia atrás para apartárselo de la cara. Parecía lista para irse a la Riviera. Nuestra madre había retirado su asiento del acoso de los largos dedos del sol y sus piernas, pálidas y surcadas de venas, parecían emerger de los pantalones cortos. Se había atado el pañuelo a la cabeza de una manera distinta y los cabos sueltos le caían por los hombros como un eco de los mechones que había perdido. Estaba leyendo una revista de procedencia desconocida. No nos iban mucho las revistas, pero siempre había una o dos por ahí, por lo general cortesía del siseo que nuestros cinco dedos le aplicaban a nuestro dentista.

—¡Bean! ¿Qué haces? —preguntó Rose.

Cuando salió al patio enladrillado, la puerta golpeó a su espalda. Lentamente, como si no supiera qué pretendía Rose, Bean se llevó el cigarrillo a la boca e inhaló una bocanada. Las virutas de humo se elevaban en la quietud del aire y se quedaban suspendidas, azules y espumosas.

—Tomar el sol.

—Estás fumando al lado de mamá —siseó Rose—. ¿Quieres que le dé cáncer de pulmón, también?

Inició un ademán como si pretendiera arrancar la colilla ofensora de las manos de Bean, pero esta bajó la mano, apoyó los dedos perezosamente en el contorno del brazo de la silla y conservó entre ellos el cigarrillo.

—He pensado que podríamos probar la tríada del cáncer: piel, pulmones, pecho.

—No tiene gracia —contestó Rose, frustrada por la obvia insensibilidad de Bean y por la renuncia de nuestra madre a hablar por sí misma.

Rose agitó la mano delante de la cara en un gesto melodramático para apartar el humo. Llevaba otra de sus túnicas, aparentemente incontables, con pantalones de cintura amplia. El estampado le daba pinta de profesora de arte iracunda.

—No pasa nada, Rose —dijo nuestra madre. Pasó una página de la revista—. El viento se lo lleva hacia el otro lado, de todos modos.

—Sí que pasa —insistió Rose.

Bean dio una última calada desafiante y apagó el cigarrillo aplastándolo en un cenicero que tenía junto a los pies.

—Relájate, Rosie. Además, ahora me tengo que ir a trabajar. —Bean se levantó recogiendo el bote de gelatina que había estado tomando, y dio un beso en la frente a nuestra madre—. Que tengas un buen día.

Se escabulló hacia el interior, con su olor a coco y sudor y el picotazo ardiente del humo del cigarrillo. Había estado a punto de dar las gracias a Rose por haber hablado bien de ella en la biblioteca, pero aquellos ataques constantes dificultaban su gratitud. Todas esperábamos que lo que molestaba a Rose, fuera lo que fuese, se resolviera pronto. Era como vivir con una treceañera inusualmente mandona. Otra vez.

Con un suspiro melodramático Rose se dejó caer en la silla que Bean había dejado vacía, que aún desprendía el calor de su cuerpo y que estaba un poco resbaladiza a causa del bronceador.

—No es justo —dijo Rose.

—¿Qué es lo que no te parece justo? —le preguntó nuestra madre.

Apoyó la revista en el pecho, donde se le quedó en desequilibrio. Rose apartó la mirada. En cierta medida, el acto íntimo de ayudar a nuestra madre a bañarse no le resultaba tan duro como ver aquel espacio vacío por dentro de la ropa.

Rose frunció los labios.

—¿Cómo es que todo les toca a ellas? Yo lo hice todo bien y ellas no, pero resulta que todo les sale a favor.

—¿Preferirías que recibieran un castigo por sus errores?

Rose se lo pensó. «Unos serán perdonados, otros serán castigados». Se imaginó a Bean tendida en el potro, con sus pulseritas tintineando, los tacones de aguja torcidos mientras los torturadores tiraban y tiraban de las extremidades. Para Cordy, tal vez una tortura con agua, un gota a gota lento y doloroso. Ninguno de esos pensamientos le dio nada de placer. De hecho, casi se sintió mal por haberlos tenido.

—Un castigo, no, pero... ¿Cómo puede ser que a ellas siempre les salga todo bien y a mí no?

Rose se levantó y echó su silla hacia atrás para apartarla del calor del sol.

—¿Qué es lo que no te ha salido bien? Tienes una carrera, un prometido adorable. Eres guapa y brillante, y te has ganado todo aquello por lo que has trabajado. Tu vida es una bendición, Rosie. —Rose masculló algo desagradable en voz baja y nuestra madre alargó un brazo y apoyó levemente los dedos en su mano—. Siempre hemos estado muy orgullosos de ti. De todas vosotras. Y, si a tus hermanas les ha costado un poco más encontrar el camino, tampoco hay por qué decepcionarse con ellas. Solo necesitan un poco más de apoyo que tú. Tú siempre has sido muy independiente. Incluso de bebé, dejaste de tomar el pecho mucho antes que Bean y Cordy: querías biberón porque así podías echarle un vistazo a todo mientras bebías. —Hizo una pausa y luego se rio—. Te juro que empezaste a gatear de puro fastidio porque yo iba demasiado despacio para ti.

El sombrero, ancho y suelto, le dibujaba una sombra temblorosa por la cara cuando movía la cabeza. Sonrió y Rose vio las arrugas trazadas en torno a los ojos, los labios.

Pese al cuajo amargo que sentía por dentro, Rose sonrió. Le encantaba oír historias de cuando era un bebé. Los recuerdos la hacían sentirse cálida y especial, como si de nuevo volviera a ser la única y no una de tres.

—Solo es que no me parece justo —suspiró.

Bean tenía la ropa bonita y el cuerpo adecuado para llevarla. Cordy era la persona con quien todo el mundo quería estar, aquella cuya sonrisa parecía iluminar a quien la recibiera. Y ella era —y sería siempre— la pesada y fiable Rose. Nada bonito, nada especial. ¿Nos odiaba? ¿Se odiaba a sí misma? Al sentarse le había parecido que había una diferencia muy clara.

—¿Qué te reconcome, Rosie? —preguntó nuestra madre.

Acarició con sus dedos, leves como el satén, la mano de nuestra hermana. La piel de nuestra madre siempre ha sido suave como un pétalo, y tan reconfortante como sus palabras. Podemos acudir a nuestro padre en busca de estímulo intelectual, pero la que nos serena el alma es nuestra madre.

—Es Jonathan —dijo Rose—. Le han ofrecido... —¿Le habían ofrecido? ¿Había aceptado?—. Le han ofrecido una plaza de profesor visitante en Oxford. Para dos años.

—¿Quieres decir además del año que ya está pasando allí? —quiso confirmar nuestra madre.



Rose contestó con un movimiento afirmativo de cabeza. Fuera, en el jardín, veía cómo las abejas iban derrapando entre las flores. Veía las líneas y las curvas oscuras de los pensamientos que bordeaban el sendero. «Hay romero para el recuerdo; por favor, amor, recuérdalo; y luego hay pensamientos. Son para pensar».

—Quiere que vaya con él. A vivir.

—¿Y? —preguntó nuestra madre.

—Y eso quiere decir que no podré presentarme a la plaza de Barnwell.

—Ya —dijo nuestra madre. Dejó la revista en el regazo y pasó una página—. Pero no sabes con certeza si esa plaza de Barnwell será para ti, ¿no?

—No, supongo que no. Tendrían que hacer una convocatoria nacional. Pero estoy segura de que me escogerían. Me lo dijo la doctora Kelly.

Nuestra madre sonrió.

—O sea que crees que has de escoger entre tu carrera y Jonathan.

—Es exactamente lo que me obliga a hacer.

—No creo que te obligue a nada. No te ha planteado un ultimátum, ¿verdad? ¿Dijo que estaba dispuesto a hablarlo?

—Más o menos —concedió Rose a regañadientes—. Quiere que vaya a verlo. Dice que entonces lo hablaremos.

Nuestra madre asintió, pensativa.

—Bueno, pues sin duda deberías ir a ver a ese pobre hombre. Es probable que esté muy solo.

—No lo parece —dijo Rose en tono petulante.

Si ninguna de nosotras estaba de acuerdo con Rose, ¿qué probabilidades había de que lo estuviera él?

—No te amargues, cariño. Te saldrán arrugas. —Rose miró a nuestra madre, que soltó una risotada larga y tintineante—. Es broma. Bueno, ¿qué sería lo peor que podría pasar si él aceptara esa plaza y tú te fueras a vivir con él?

—Que yo perdería la plaza de Barney.

—Hay otras facultades.

—No podría conseguir un trabajo.

—Entonces Jonathan tendría que mantenerte durante un tiempo. Tampoco eres un vicio caro, Rose. No eres Bean.

Rose cerró los ojos, pero las abejas siguieron trazando surcos rojizos contra la oscuridad de los párpados.

—Además, ¿qué voy a hacer allí? Jonathan estaría trabajando y yo sería... ¿qué? ¿Ama de casa?

Se hizo un silencio, porque nuestra madre es exactamente eso. Rose piensa con un cierto sentido de culpa en su conversación con Bean, pero no puede evitar la sensación de que la vida de nuestra madre no tiene todo lo que ella desea para sí misma. ¿A qué dedica sus días? Lee, cocina y cuida el jardín. A Rose le parece una vida pequeña. Pero se reprocha haberlo pensado, pues... ¿acaso su vida tiene algo de

grandeza? Al menos las de Bean y Cordy tienen algo de drama. No es que Rose quiera ningún drama; tal vez envidie el reflejo del brillo que aporta, pero nunca ha sido capaz de soportar las incursiones del drama en su propia vida. Y nuestra madre..., ¿acaso no ha tenido una buena vida? ¿No ha criado a sus hijos, leído buenos libros, viajado, leído, mantenido un matrimonio capaz de sobrevivir treinta y tres años? Si buscas las estadísticas de Barnwell te dirán que la mitad de la población está sin trabajo, pero ese dato es falso, no técnicamente, sino desde un punto de vista práctico. Barnwell está lleno de gente como nuestra madre, mujeres casadas con esposos que las habían arrastrado hasta el centro de un campo de trigo y luego se habían largado a sostener sus carreras académicas, apenas con un beso y una animosa exhortación a seguir adelante y hacerse con una vida propia en medio de la nada.

—Lo siento —dijo Rose—. No quería decir...

—«Joven, llevas el rostro de tu padre» —dijo nuestra madre inesperadamente. Era de quien menos nos esperábamos que citara al inmortal—. Si no estuviera siempre ocupado, se volvería loco.

—No me importa estar ocupada. Solo me gusta planificar. Me gusta saber qué va a pasar. Y no quiero volverme perezosa.

—Te conozco, Rose. Nunca te permitirías permanecer quieta el tiempo suficiente para que te creciera el musgo.

—Entonces, ¿te parece que debo ir? —preguntó Rose, volviéndose hacia nuestra madre con expresión severa, como se movería un girasol en busca de la luz de la aprobación.

—Creo que la oportunidad llama a tu puerta —dijo nuestra madre.

Y por si no quedaba claro dio unos golpes con los nudillos en el brazo metálico de su silla. El contacto emitió un sonido vacío, reverberante, y a Rose le sonó siniestro y amargo.

Una mañana, antes de ir a trabajar, Bean llevó el coche al mecánico. Lo había comprado por 300 dólares al salir de Nueva York —al fin y al cabo, nadie tiene coche en la ciudad— y ahora ya solo era un albatros, un recordatorio de cómo había necesitado escapar. Cuando nuestro padre hizo un comentario sobre su continua presencia como una ruina en el camino de entrada a casa («qué horrenda visión de la muerte en los mis ojos»), Bean captó la indirecta y llamó a la esposa del mecánico, que aceptó elegantemente quitárselo de las manos. Bean sabía que el viaje de nueve horas desde la ciudad le había chupado al coche la poca sangre que quedaba en el motor, de modo que comprárselo había sido un gesto de buena voluntad, no un negocio. Así que el coche había desaparecido y ella tenía cien dólares en un bolso que había costado el quíntuple, y ahora se dirigía a su nueva y glamurosa vida de bibliotecaria de pueblo. «El fruto maduro es el primero en caer».

Sin embargo, debía admitir que su mera presencia en la biblioteca bastaba para calmarla. Tenía que aprender muchas cosas, y al mismo tiempo ninguna, pues se sabía de memoria cómo se colaba la luz por cada ventana, todas las arrugas de la

moqueta y el olor exacto de los libros, que se le quedaba pegado en la ropa al cabo del día. Se sentía segura. Y la señora Landrige, una figura que le inspiraba amor y temor al mismo tiempo, estaba muy débil. Bean no se había percatado de la diferencia hasta que empezó a pasar días enteros con ella: apenas se levantaba de la silla y, cuando lo hacía, fruncía el ceño por el esfuerzo y usaba un bastón para desplazarse lentamente por la sala.

Al estar las dos había poco que hacer, así que Bean se dedicó a leer (innecesariamente) los anaqueles, y a recolocar o poner derecho el volumen que ocasionalmente se había separado de su grupo, cuando vio entrar a Aidan. Le llamó la atención el pelo al verlo con el rabillo del ojo, pero apenas tuvo tiempo de sacudirse el polvo de la falda y soltar un botón de la blusa antes de notar el sorprendente contacto en el codo. El hombre tenía la mano caliente y sudada. Llevaba un pliego de páginas ligeramente onduladas.

—Padre Aidan —dijo Bean. Su voz de biblioteca se juntó con la voz de bares y sonó grave, ronca y reverencial—. ¿Qué le trae por aquí?

—No consigo hacer nada en la iglesia. La gente no para de venir. Este lugar es mi santuario secreto.

—Me temo que, después de decírmelo a mí, ya no será un secreto —contestó Bean.

Se dio la vuelta para encararse a él, agradecida porque el entorno proveyera un espacio vital inusualmente corto. Él parecía más un surfista que un sacerdote, con las gafas de sol montadas sobre el pelo, una camisa blanca y amplia sobre unas bermudas y unas pantorrillas imposiblemente fuertes que terminaban en las sandalias. Hasta el vello de las piernas brillaba a la luz del sol como el cobre fundido.

—Supongo que en los pueblos pequeños no hay secretos —dijo.

«Ay, si supieras».

—Pero me alegro de haberme encontrado contigo. ¿Estás trabajando? —siguió.

—Vagamente —respondió Bean—. ¿Qué hay de nuevo?

Apoyó la espalda en la estantería, cruzó los pies por los tobillos y adelantó la curva de las caderas bajo la falda estrecha que se había puesto. Como era de esperar por tratarse de Bean, había revisado todo su guardarropa en busca de prendas apropiadas para su papel y, como era de esperar por tratarse de Bean, las había encontrado. Llevaba una blusa de manga corta y fruncida y una falda larga hasta la rodilla. Por un momento se había planteado ponerse unas gafas, pero había decidido lo contrario.

—Se me ha ocurrido que podría juntar a algunos de los miembros más jóvenes de la congregación para que hagan algunos trabajos de servicio a la comunidad. Los de veintipocos y los recién casados.

—¿Tantos son?

Bean tenía la impresión de que en la iglesia, sobre todo en verano, abundaba el cabello blanco. Reprimió la siguiente pregunta: ¿quiere que haga servicios a la

comunidad?

—Probablemente tenemos entre quince y veinte, más que suficiente. En Cadbury están construyendo unas casas los de la ONG Habitat for Humanity. Se me ha ocurrido que podríamos acercarnos un fin de semana. Y luego ver qué se puede hacer. A lo mejor durante el curso podríamos ir a la ciudad, ver si alguna iglesia de allí quiere juntarse con otras para hacer algo.

—Suenan fantástico. Me encantan esas cosas —dijo Bean.

Mentía. Bean, pese a no ser mala persona, jamás había dedicado parte de su tiempo a plantearse prestar servicios a la comunidad. Pese a (o precisamente por) haber pasado tanto tiempo en la ciudad, rodeada de tanta miseria, había tenido a bien descartar la idea de hacer cualquier cosa por sus congéneres hasta aquel mismo momento.

—Qué bien. ¿Quieres pasarte por ahí para que busquemos algunos nombres y hagamos unas cuantas llamadas?

—Claro. ¿Pasado mañana cuando salga de aquí?

—Está bien. Aunque yo me tendré que ir a las seis. Voy a la ciudad a ver a unos amigos.

—Ah —dijo Bean.

Sinceramente, esperaba que hicieran lo que hubiera que hacer y luego ella sugeriría una copa de vino y hablarían...

—Entonces, nos vemos —dijo él. Y desapareció entre las pilas de libros.

Bean se incorporó en el asiento y tiró los omóplatos hacia atrás, donde los libros se le habían clavado en la piel. Cuánto trabajo costaba aparentar naturalidad.

Se puso de nuevo a ordenar los estantes, pasando un dedo por los lomos irregulares de los libros. Le pareció interesante que algunos tuvieran mucho más polvo que otros. Al parecer, los libros de autoayuda y los recetarios de cocina a fuego lento no interesaban a nadie en Barnwell.

Aidan la tenía perpleja. En Nueva York habría estado bastante segura de que la estaba acosando, con eso de tropezarse con él cada dos por tres; sin embargo, allí no había demasiada gente con la que tropezarse. Estaba segura de que era pura casualidad. Aunque hoy había quedado claro que quería hablar con ella. ¿Estaría... interesado en ella?

Alguien se había dejado unos cuantos libros en una mesa y Bean los recogió al pasar, miró ociosamente los códigos y buscó el lugar que les correspondía. Salir con Aidan no quedaba fuera del reino de lo posible: era joven, soltero y mono; ella también.

Bean notó que sus mejores instintos se le echaban al cuello y sacudió la cabeza al tiempo que encajaba en la estantería el último libro díscolo. «Claro, Beany, serías una gran pareja para él. Sobre todo por los desfalcos, el adulterio y la bebida. Eso es lo que todo hombre busca en una esposa: una ladrona fornicadora y vagamente alcohólica».

No, solo se comportaba con simpatía. Y ella no le iba a dar más importancia. Bueno, tal vez pudiera beber un poco menos. Y asegurarse de tener buen aspecto cuando saliera a correr, por si acaso. Y Edward... No estaba del todo lista para renunciar a esa droga en concreto. No. Era tan agradable poder olvidarse de todo un ratito...

## Catorce

La luz fluorescente osciló y amenazó con fundirse del todo. Cordy levantó la mirada hacia la lámpara, con los ojos quemados por aquel chisporroteo como de bola de discoteca, y esperó:

—Notarás un poco de frío —dijo la enfermera.

Cogió un tubo de gel y trazó una fina línea sobre el vientre de Cordy, como si adornara un helado. Efectivamente era una sensación fría, aunque menos desagradable que el tacto de un estetoscopio helado o, peor aún, de un frío espéculo. Cordy giró la cabeza para mirar el monitor mientras la enfermera apretaba el transductor sobre la piel.

Nada por un momento, un borrón azul, la presión del plástico contra el vientre, y entonces la enfermera apretó más y movió la mano arriba y abajo.

—Tienes el útero retrovertido —informó, como si trabara conversación.

—Ah —contestó Cordy, como si supiera qué significaba.

—Nada importante —añadió la enfermera sin dejar de presionar—. Hacia el segundo trimestre se inclinará solo para ponerse bien.

Soltó el transductor, pero luego se detuvo y volvió a presionar.

—Ajá —dijo, como si acabara de localizar una lentilla huidiza. Pulsó unas cuantas veces el botón del ratón para fijar diversas cruces en la pantalla. Volvió a presionar, se deslizó sobre el gel resbaloso y volvió a pulsar el ratón—. Parece de unas diez semanas —concluyó.

Cordy echó un vistazo a la pantalla y trató de distinguir algo entre el barullo de aquel espacio gris pedregoso. La imagen se extendía como en los dibujos de los cómics que representan el haz de una linterna y, en el centro, se veía la mancha oscura de su útero, con forma de riñón. Dentro, un círculo blanco como un puño bien apretado, rodeado de crucecitas por todas partes. El cuerpo no parecía tanto de un bebé como de un intruso minúsculo, un cálculo biliar o una úlcera, y Cordy se lo quedó mirando con curiosidad, preguntándose cuál sería su origen.

Aquella cosita se dio la vuelta en su interior y Cordy alcanzó a ver las vértebras articuladas de su columna, la curvatura de una cabeza propia de un alien y, pese a la fealdad de su carencia de forma, lo amó al instante.

—Mío —susurró Cordy, acercando los dedos a la pantalla—. Mío.

Hasta entonces no había tenido nada que fuera solo suyo. Ropa, libros, juguetes, chistes... Todo había sido en algún momento de Rose o de Bean —o peor, de ambas — y luego pasaba a ser de Cordy. La maldición de las herencias. Nuevo para mí, no sencillamente nuevo. Cordy recuerda en particular un vestido que deseó mientras lo vio pasar de Rose a Bean y esperaba impaciente que algún día fuera suyo. Cuadro

escocés suave de tonos marrones, cuello de Peter Pan, mangas fruncidas, una falda que nos dibujaba una campana en torno a las rodillas cuando volvíamos a casa desde la iglesia.

Lo deseó desesperadamente, trazó su linaje en las hermanas, contó cuántas veces se lo ponían, sumando hasta que fuera suyo. La tela se volvía suave de tanto lavarla, la puntilla del cuello se separaba de la tela, nuestra madre lo arreglaba. Como nuevo. Pero no era nuevo. Y entonces, al fin, llegó el día en que Bean había crecido demasiado para seguirlo llevando y lo abandonó. Cordy lo cogió de la pila de ropa para la lavadora, se fue corriendo a su habitación y se lo puso.

Qué pequeño era. Bean había tardado en dar el estirón, mientras que Cordy lo había dado pronto, de modo que sus cuerpos habían alcanzado la adolescencia al mismo tiempo, y por eso no le cabía. Los botoncitos nacarados tironeaban del pecho, las mangas delicadas quedaban tensas cuando adelantaba los brazos; el cuello, tan femenino, la ahogaba. Cordy se arrancó el vestido, lo embutió en el cubo de la basura y lloró su pérdida durante años, como si le hubieran echado sal en una herida.

En cambio, aquel bebé sería suyo para siempre. Esa sensación de asombro la mantuvo caliente mientras se vestía, poniéndose la ropa con un tierno respeto hacia la hinchazón de su vientre y mientras salía flotando de la esterilidad del despacho hacia el coche de Dan, en el aparcamiento. Se había ofrecido a llevarla, pero ella había insistido en ir sola. Le golpeó una fuerte náusea y tuvo que buscar apoyo con una mano en la puerta del coche. Tragó la desagradable arcada que le había subido a la boca, se dio la vuelta y se recostó en el metal caliente.

Ya no se iría de allí. Basta de ir a la deriva con la corriente, basta de seguir caprichos y abandonar facturas sin pagar, amantes no deseados y trabajos insatisfactorios. Esta herencia se queda aquí. Para siempre.

Notó que se le aguaban los ojos y se los secó con el borde de la falda mientras pestañeaba a la luz del sol. El borde de la llave del coche se le clavaba en la piel, un dolor reafirmante.

Pero podía irse, ¿no?

Podía irse en aquel mismo momento, desaparecer en la oscuridad del mapa, plantarse en un pueblo nuevo, otra vida nueva. La promesa de un depósito de gasolina lleno y un futuro vacío le resultaba dolorosa.

No. No podía. Porque incluso en esa nueva reencarnación seguiría llevando una criatura en sus entrañas. Nunca podría volver a desaparecer.

Condujo de vuelta a Barnwell entre hectáreas de gavillas ondulantes, verdes de tanta agua caída aquel verano. Entró por la cocina, que estaba vacía, soltó las llaves en el escritorio de Dan, en la trastienda del Beanery, sin detenerse a saludar, y se fue a casa con las manos apoyadas en el vientre.

Aunque no fuera físicamente posible, ni técnicamente cierto, se sentía como si hubiera empezado el día sin nada propio y lo terminase ahora con algo que podía describir como suyo. Cuando pasó Dan, después del trabajo, se la encontró de pie en

la cocina, amasando harina y mirando por la ventana el aspersor, que escupía arcos de agua contra la luz crepuscular.

Dan se apoyó en la encimera con los brazos cruzados, peludos como los de un *hobbit*. Su voz, grave y profunda, hizo pensar a Cordy en el retumbar de las voces de los hombres cuando ella descansaba con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dan, inclinándose hacia delante.

Por encima de los ojos, las cejas trazaban un ceño amplio y oscuro.

Cordy estiró la masa, cálida y elástica, entre sus manos, la enrolló cuidadosamente entre los dedos y le dio la vuelta para cubrir la superficie con la manteca que había repartido por el interior del cuenco. Luego la empujó hacia el centro de la encimera y la cubrió con un trapo húmedo.

—Lo voy a tener —dijo Cordy—. Voy a tener un bebé.

Dan asintió, apartó la mirada de Cordy y la posó en la nevera, que había sostenido durante años proyectos artísticos e imanes caseros y ahora se había convertido en depósito de cupones caducados, notas de Rose que nadie leía y un juego de poesía magnética de Shakespeare que en aquel momento estaba dispuesto en una serie de versos: «Lengua fulana animosa entre caballeros» y «Kate resuelta arboledas raíz de sonrojo al beso». (Autores: el primero es de nuestro padre; el segundo de Bean. Parece que haya de ser al revés, ¿no?)

—¿Para cuándo esperas?

—Navidad —contestó ella—. O por ahí. No te parezco una mala persona, ¿verdad?

Lo miró con ojos redondos y brillantes.

—¿Y por qué me lo habrías de parecer?

—No puedo mantener un hijo —dijo Cordy—. La verdad es que no entraba en mis planes.

—¿Hay un plan? —preguntó Dan con sorpresa fingida—. Nadie me cuenta nada. Déjame echarle un vistazo.

Golpeó la encimera con la mano abierta y el cuenco tembló en consonancia con el golpe.

—No seas estúpido —dijo Cordy—. Soy como esas mujeres que salen en los documentales. Una carga para el Estado.

Posó una mirada lúgubre en sus manos, aún pegajosas por la harina, y se acercó al fregadero para lavárselas.

—Vale, volvamos a poner un momento el carro detrás de los bueyes —dijo Dan—. No es la decisión más inteligente que puedes tomar en este momento, pero para ti es la correcta. Así que o la mantienes, o te pasas nueve meses dándole vueltas a la duda sobre si has hecho algo malo o no.

—Vale —dijo Cordy.

Su voz volvía a sonar como un susurro. Sus manos, tras secarse en el trapo de los platos, volvieron a deslizarse para tapar el vientre. Mío. Nunca había tenido nada



suyo. Nada.

Bean se había llevado una sorpresa al comprobar cuánto costaba hacer una buena obra. Había repasado una docena de servicios caritativos con Aidan, pero en todos ellos sobraban voluntarios para los siguientes tres meses. Quién lo habría dicho.

Al llegar al final de la lista, donde estaba el trabajo de construcción de casas que había sugerido inicialmente Aidan, estuvo a punto de mentir y decirle que también estaba saturada. ¿Trabajar al aire libre? ¿Con aquel calor?

Sin embargo, no estaba en la mejor posición para molestar a Dios más de lo que ya lo hacía a diario, y mentir a un sacerdote y engañar a una obra benéfica para dejarla sin voluntarios ya quedaba tan solo a dos puntitos de que un ángel vengador te derribara. Así que hizo la llamada y, por supuesto, se mostraron encantados de recibirlos. Por supuesto.

Tomó prestadas algunas prendas de Cordy, tan andrajosas que no podían serlo más ni aunque hubiera abandonado el trabajo manual para dedicarse a rodar por el suelo; limitó el maquillaje al protector solar, rímel y brillo de labios y se dirigió a la obra. Estaba sentada en el capó del coche, balanceando las piernas y silbando, cuando llegó Aidan con un grupo de voluntarios de Saint Mark.

Se habían juntado para compartir coche. Mierda. Tenía que haberlo pensado. Es lo que hacía la gente buena.

—Bianca —dijo él, meneando la cabeza al verla—. Vas demasiado guapa para este trabajo.

Ella se miró la ropa, sorprendida porque un último vistazo al espejo antes de salir le había transmitido la certeza de que la abordarían por la calle para proponerle que hiciera de suplente de un huérfano en una reposición de *Oliver Twist*. Dan golpeó con un dedo la patilla de sus gafas de sol. Ella alzó una mano en un gesto protector para cubrir el logo de nácar. Bueno, también podía haberlas comprado en Canal Street. Él no lo sabía.

—No me asusta ensuciarme —dijo ella. El tamaño de las gafas escondía cualquier atisbo de inseguridad. Frunció los labios y meneó la melena. Mostró las manos en alto, libre de esmalte de uñas—. Vamos al lío.

Bean no conocía a los demás voluntarios. A sus conocidos del colegio les habían crecido alas y habían echado a volar, como ella, aunque sus aterrizajes forzosos no fueran tan espectaculares. Sus amigos de las fiestas estrepitosas y bañadas en cerveza, las chicas duras de bocas crueles y los chicos amenazantes de manos fuertes habían desaparecido en el éter; se habían mudado, tenían trabajos —trabajos de verdad con sueldos semanales inferiores al coste de aquellas gafas de sol— o habían tenido hijos y habían madurado antes de que la mera idea de la madurez pasara siquiera por la mente de Bean.

Sin embargo, los demás componentes del grupo de St. Mark fueron agradables, amables, y le dieron la bienvenida. Conocía a algunos de la biblioteca: una madre joven que solía ir con sus hijos, la pareja que había comprado la ferretería y había

donado las herramientas para el trabajo de hoy. Tres profesores recién nombrados y con el rostro fresco. Y Bean descubrió que todos eran más útiles que ella. Nosotras vivíamos la vida del intelecto en nuestra casa, y eso estaba muy bien, pero a veces, cuando la amenaza de la bomba había pendido sobre nuestras cabezas como una espada de Damocles, Bean se preguntaba qué sería de nosotras si llegaba el fin. Nadie necesitaría a la gente como nosotras. El arte sería inútil. Necesitaríamos granjeros, carpinteros, científicos, líderes. Pero no a la deshonrosa adúltera de un gestor de despacho con la inútil capacidad de citar a Shakespeare y un incipiente dominio del sistema decimal Dewey.

Porque ahora, aunque reconocía que no con la soltura de la señora Landrige, podía llevarte directamente y con facilidad a la sección que buscabas, acertando ocasionalmente el libro exacto; sacarlo del estante y dejarlo en tus manos agradecidas, y luego despreciar tu agradecimiento con una descuidada sacudida de manos. En cambio allí, puesta a cargar y acarrear, se sentía torpe y entrometida, con los brazos incómodamente abiertos sobre las tablas de contrachapado, corriendo de un lado a otro entre el serrín de la sierra y la ruidosa punzada del martillo en sus oídos. Enseguida se encontró sudorosa y cansada, se recogió el pelo, se frotó el rímel que avanzaba pómulo abajo con el sudor y se esforzó por olvidar quién era y por qué estaba allí.

En la comida, se sentó a la sombra junto a la madre joven de la biblioteca.

—Es un placer conocer a alguien de mi edad —dijo la mujer—. Amanda.

Bean se quedó sorprendida. Miró a Amanda, el minúsculo ramillete de arrugas que se le formaba junto a los ojos al sonreír, el surco arqueado entre la nariz y la boca, el pelo alborotado, las caderas anchas. ¿Tenían la misma edad? Bean se había acostumbrado a pensar en sí misma como alguien de veintitantos, una chiquilla más del pueblo enfrascada en un glamuroso *roman-à-clef*. De pequeña solía calcular qué edad tendría cuando llegara el milenio y le había parecido tan anciana, tan lejana en el futuro, que de ninguna manera podía conectarse con la chica que era entonces. Y, sin embargo, ahí estaba ahora: había incluso sobrepasado aquella edad inconcebible.

Se reconcentró y se comió el sándwich en silencio mientras Amanda seguía parloteando a su lado hasta que, afortunadamente, llegó la hora de volver a acarrear espuelas y alzar fardos.

Al acabar el día, Bean estaba escocida y astillada, desprovista de maquillaje, con el pelo alocado (aunque de modo atractivo, según había comprobado en las ventanillas del camión de los tejados).

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Aidan.

Le apoyó la mano en la espalda y Bean se tensó automáticamente, con los omóplatos bien recogidos en la espalda, tal como hacía siempre que veía a alguna mujer jorobada por la edad.

—Estoy hecha polvo —dijo Bean, con la boca retorcida en una sonrisa de humildad—. Pero me siento bien. Como después de una buena clase de kickboxing,

pero mejor.

Aidan se rio.

—A lo mejor deberíamos plantearnos venderlo así. Servicios a la comunidad como forma física.

—Franquicias en grandes almacenes con fotografías en las que apareceríamos sujetándonos unos vaqueros enormes.

—Ya tenemos a qué aspirar —dijo Aidan.

Pasaron a su lado unos cuantos trabajadores de St. Mark. Aidan los saludó: una mano en el hombro, firme apretón con la otra. Se rio y dijo a Amanda que se verían el domingo en la iglesia. Amanda se quedó un momento, acaso con la esperanza de tener audiencia con Bean más que con Aidan, pero luego se alejó y se quedaron solos de nuevo.

—Estoy contento de que hayas venido —le dijo Aidan.

—Yo también —contestó Bean.

Era verdad a medias. Estaba bien encontrar una herramienta para el olvido que no fuera una botella de vino ni la cama de Edward.

—Si todo va tan bien como hoy podremos hacer algo de verdad con este grupo de jóvenes. Has hecho un buen trabajo juntándolos con tan poco tiempo de aviso. ¿Lo volvemos a hacer dentro de un par de semanas?

—¿Qué tal el mes que viene? —sugirió Bean—. Creo que a la gente le gusta disponer del fin de semana. A mí no, claro, porque ahora soy oficialmente una bibliotecaria solterona y me tengo que quedar en casa con mi gato a tomar el té.

—¿De verdad? Me parece horriblemente injusto.

Bean se encogió de hombros.

—Así son las normas. Está en el manual.

—Bueno, supongo que nos tenemos que ir. He de terminar de escribir mi sermón para mañana y parece que todos los demás están listos ya para marcharse.

—Ooh. Padre Último Momento —dijo Bean, con un suave codazo de provocación mientras caminaban hacia el coche.

—No es eso. Es que me gusta que estén... recién sacados del horno mental.

—Homilias al rojo vivo.

—Exacto. ¿Y tú?

—A casa —contestó Bean.

Pero era mentira.

Ni la misma Bean era capaz de definir la fuerza gravitatoria que la atraía a Edward, salvo que le daba asco por dentro en la misma medida en que la deleitaba.

—No digas nada —dijo Bean cuando Edward le sostuvo la puerta de la calle abierta. Se estaba fumando un puro y el olor amargo le revolvió un poco el estómago a Bean al pasar a su lado—. Llevo todo el día haciendo el bien y ya sé que parezco hecha polvo.

—¿Y has venido a hacer un poco el mal? —preguntó él, al tiempo que se

acercaba el puro a la boca y lo agitaba antes de dar una calada.

—He venido a darme una duchita —dijo ella.

—¿Y luego?

—Búscame en el piso de arriba dentro de diez minutos y sabrás la respuesta —contestó Bean.

—Eres una manzana bien podrida —dijo él, al tiempo que señalaba la amplia escalera que llevaba al piso superior y le daba una palmada en el culo con la mano libre.

Sonaba un blues en el equipo de música y el periódico estaba repartido por la sala. Edward se había adaptado con tanta facilidad a la vida de soltero que resultaba fácil olvidar que, cada vez que Bean acudía a su casa, quemaba todo el bien que pudiera hacer en una mísera jornada de servicios a la comunidad. Su esposa, sus hijos, a todos hacía el mal con su presencia. Todos los sermones que habíamos oído en nuestra educación, todos los cuentos de la Biblia que habíamos leído hasta que se nos desencuadernaba en las manos, todo para nada. A Bean se le había ocurrido que a lo mejor se estaba abriendo paso por los diez mandamientos, violando cada uno de ellos con buen sentido del orden hasta que no quedara de su alma más que un jirón desgarrado y flameante en la vacía oscuridad de su interior.

Caminó hacia la escalera y se dio la vuelta para mirar a Edward por encima del hombro. Pensó que cada vez lo veía menos guapo: sus dientes seguían siendo blancos, su pelo perfecto como el de un candidato, pero su rostro parecía distorsionado por el alcohol y la decepción. Sin embargo, cuando él le guiñó un ojo y le dedicó un brindis alzando el vaso, ella le devolvió el guiño. Y, cuando estaba bajo el chorro de agua que se llevaba consigo el sudor y el polvo del día y él se metió en la ducha, ignoró la voz de su conciencia y dejó que Edward alejara el mundo frío e incierto y el nuevo lugar que ella ocupaba en el mismo. Entonces, su vida era así. Buena por fuera, podrida por dentro. Era una manzana podrida, sí. Podrida hasta el corazón.

Y

Nuestro padre estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo su *Riverside Shakespeare*. Rose entró y se sentó en una de las sillas de respaldo recto, al otro lado de la mesa.

—Papá —le dijo.

Pero él alzo un dedo sin apartar los ojos del libro. Era una señal: solo un momento, estoy leyendo. Rose puso los ojos en blanco. Fuera cual fuese la obra que estaba leyendo, tampoco era que no supiese el final.

Al terminar dejó el libro boca abajo en la mesa. A Rose le dolían los dedos de ansiedad por levantarlo y marcar la página.

—Necesito un consejo.

—«Ni tomes ni des prestado, pues dando se suele perder préstamo y amigo, y tomando se vicia la buena economía» —dijo con una sonrisilla de satisfacción.

Ay, papá, un chiste de *Hamlet*. No hacía ninguna falta.

Rose se obligó a responder con una sonrisa.

—Gracias. Pero es sobre el trabajo.

—Ah, la atracción de la plaza fija —dijo—. ¿Qué dice Jonathan?

—Se quiere quedar en Inglaterra. Es ridículo. Porque luego, dentro de dos años, tendremos que volver a buscar.

—Hay otras universidades. La gente se muda de una facultad a otra sin parar.

—Tú no —dijo Rose en tono acusador.

—No —admitió nuestro padre—. Pero era una época distinta. Vietnam nos dejó con superávit de académicos y el que encontraba plaza se consideraba afortunado, sobre todo en facultades tan prestigiosas como Barnwell. Pero tú tienes opciones que yo no tuve. Y trabajas en un campo menos saturado que el mío.

—O sea que me estás diciendo que no coja esa plaza.

—No hago más que señalar, con cierta lógica, mi pequeña matemática, que nada te obliga a aceptarla.

—¿Y si nunca vuelvo a conseguir un trabajo aquí?

—Entonces te irás a otro sitio.

—No puedo dejaros —contestó Rose.

Nuestro padre levantó el ceño en un sobresalto.

—¿Por qué?

Rose titubeó.

—Bueno, por mamá. Y ahora Bean y Cordy están aquí.

—Y ninguna de ellas es responsabilidad tuya, Rose. Nadie te ha pedido nunca que cuides de nosotros. Supongo que lo que ha permitido que lo hagas durante tanto tiempo son las carencias de tu madre y las mías. Siempre has tenido un don para cuidar de los demás, pero es un don que se concede con cierto sacrificio por tu parte, lo sepas o no.

Concedido. Rose nunca había pensado que toda la responsabilidad que asumía dependiese del permiso de nadie. Era simplemente algo que debía hacer. En una cena en un restaurante italiano casi vacío, Bean y Cordy jugaban al escondite entre las patas de las mesas vacías, asustando con sus alaridos a los camareros que llevaban bandejas llenas a la mesa en que nuestros padres comían con unos amigos, hasta que Rose se las llevaba a la entrada y las mantenía ocupadas con lápices y una larga tira blanca de papel de cocina. En un picnic de verano del departamento, Cordy se quitó la ropa para echar a correr por encima del aspersor hasta que le pesaba el pañal de tanta agua; Rose, avergonzada por la desnudez infantil de Cordy, se la llevó adentro para secarla y volverle a poner su vestido de rayadillo, con un lazo limpiamente anudado a la espalda. En la tienda de comestibles, si nuestra madre había olvidado

comprar algo de comida que pudiéramos llevarnos al cole, Rose se había aprendido dónde estaba el dinero para las compras, en una jarra junto al fregadero, y escogía con esmero pan blanco y mortadela para que nuestros sándwiches parecieran iguales a los de todos los demás críos de la clase (hasta que fuimos a la Coop, claro, donde era más probable que el niño sentado a nuestro lado tuviera *hummus* dentro de su fiambrrera en vez de una sopa Campbell). En la sala de estar, Rose vaciaba con cariño las cenizas de la pipa de papá cuando este se quedaba dormido en el sillón. Ciertamente, nadie le pedía que hiciera todo eso, pero sí dábamos por hecho que lo iba a hacer, lo dábamos por hecho en tal medida que nunca se nos había ocurrido lo injusto que podía ser para ella, o hasta qué punto ella había empezado a pensar en sí misma como la persona que hacía esas cosas.

Pero si no las hacía, si dejaba de ocuparse de nosotras... ¿quién sería? ¿Quién sería Bean si abandonaba la máscara de la belleza? ¿Quién sería Cordy si aceptaba la responsabilidad en su vida? ¿Quién sería Rose si dejaba de ser la responsable de todo?

—Te vas a verlo, ¿no?

A Rose le sorprendió que su padre hubiera registrado el dato. Había anunciado el viaje y lo había escrito en el calendario familiar de la cocina, pero esperaba tener que recordárselo una docena de veces a cada uno antes de irse. ¿Cuándo había empezado a prestar atención nuestro padre?

—Pues cuando vayas ya verás.

—Pero... ¿qué debo hacer? —preguntó Rose, más perdida todavía que al principio de la conversación.

—«Sobre todo, sé fiel a ti misma, pues de ello se sigue, como el día a la noche, que no podrás ser falso con nadie».

Nuestro padre se inclinó hacia el otro lado de la mesa, le dio unas palmadas en la mano y volvió a coger su libro.

*Finis* de la conversación.

Gracias, Polonio.

## Quince

La noche antes de que nuestra madre empezara su primera semana de radiación, Cordy dejó caer su bomba a la mesa a la hora de cenar. Había hecho pan, como todos esos días, y lo había dispuesto en una cesta, grano roto contra tela de cuadros amarillos como la mantequilla, rebanadas que echaban vapor y aportaban al aire un aroma de levadura y consuelo. Rose había bendecido la mesa y nos disponíamos a comer cuando Cordy habló:

—Voy a ser madre —dijo nuestra hermanita.

Nuestro padre, que había empezado a untar una rebanada entera con mantequilla, desafiando la regla de nuestra madre que obligaba a ir untando bocado a bocado, se detuvo. Su mano, que aún sostenía el cuchillo embadurnado de mantequilla, descansó en el mantel.

—Oh, Cordelia —dijo, y en aquellas palabras hubo mundos enteros.

Bean alzó una mirada que no parecía sorprendida. Aún llevaba la ropa del trabajo, una chaqueta lavanda encima de una camiseta blanca metida en unos vaqueros que con toda sinceridad te reconocería que le habían costado más de trescientos dólares. La señora Landrige no daría su aprobación a la tela vaquera por muy alto que fuera el precio etiquetado.

—Uau —dijo.

—¿Qué? —preguntó nuestra madre.

Estaba canturreando mientras cortaba un tomate en trocitos pequeños, rascando el plato con el cuchillo.

Ahí está. Nuestra familia resumida.

—Estoy embarazada. Voy a ser madre —repitió Cordy, como si no la hubiéramos oído bien.

Bueno, nuestra madre no la había oído, pero eso no era nuevo. Siempre tenía respuestas retardadas, se pasaba la mayor parte del tiempo recogiendo las colas de las conversaciones que daban vueltas a la mesa para poderlas tejer y reconstruir.

Así se explicaban muchas cosas: el aumento de peso, su quietud por las mañanas, la hinchazón del vientre contra la cintura del pantalón apreciada por Rose, aquella urgente ansiedad de alimentarnos a todos. Y, sin embargo, quedaban un millón de preguntas pendientes.

—¿Quién es el padre? —preguntó Rose, tomando la delantera del ataque.

Cordy parecía agitada, como si no estuviera preparada para esa pregunta, como si nunca se le hubiera ocurrido que había un padre, que la gente podía tener algo de curiosidad acerca de su paradero.

—No lo sé —contestó, y nuestro padre se sonrojó tanto de golpe que los

mechones blancos relucieron en su frente contra la piel—. Nadie que importe.

—Maldita sea, Cordelia —dijo nuestro padre, al tiempo que su cuchillo tintineaba contra el plato, un sonido agudo que sobresaltó a nuestra madre—. No puedes tener un crío.

—Demasiado tarde —dijo Bean con una sonrisa—. Creo que, a esos efectos, el caballo ya ha abandonado el establo.

—Jim —dijo nuestra madre, cubriendo la rabia de su marido con un velo de seda.

—¿Cómo te vas a mantener? ¿Y las facturas? ¿La comida del bebé? Por el amor de Dios, ¿cómo vas a pagar el médico?

—Me las arreglaré —dijo Cordy, y era tanto un juramento para ella misma como una promesa para nuestro padre—. Tengo mi trabajo y si hace falta cogeré otro.

—¿Y quién se ocupará del crío mientras trabajas todas las horas de Dios?

—Nosotros —dijo nuestra madre, y ahora la seda era hierro—. No vamos a dejar sola a una de nuestras niñas si necesita ayuda.

La mirada que se asomó al rostro de nuestro padre era dolorosa de ver. ¿Lo habíamos visto llorar alguna vez? En el funeral de su padre, sí; se vino abajo y lloró en la iglesia mientras el sacerdote declamaba una letanía de las buenas obras del papá de papá. Pero esta expresión era más triste, un millar de traiciones gritaron por su cara en un instante. Se levantó y salió a grandes zancadas de la cocina, dejando su servilleta en la silla como si se le hubiera ocurrido a última hora.

—Mira qué bien —dijo Bean.

—Cállate, Bean —dijo Cordy, que tenía un aspecto miserable—. Como si tú no la hubieras cagado igual que yo.

—Niñas —dijo nuestra madre en tono suave—. Esa lengua.

—¿No has oído hablar del control de natalidad? —preguntó Bean.

Cordy cerró los ojos mientras el recuerdo cruzaba su mente a toda prisa. El pintor, el desierto, la última noche en su viejo futón. ¿Cuánto hacía de eso? No más de tres meses. Parecía una vida eterna.

—Algo me suena —respondió.

—¿Para cuándo lo esperas? —preguntó nuestra madre, al tiempo que pinchaba con delicadeza un trozo de tomate y lo masticaba.

—Diciembre —dijo Cordy—. Tal vez en Navidad.

—Bueno, desde luego esto cambiará tu vida —dijo nuestra madre.

—Lo sé —concedió Cordy. Era imposible saber a qué respondían las lágrimas que brillaban en sus ojos—. Lo sé.

Esa misma noche, algo más tarde, nos quedamos sentadas en la sala, haciendo ver que leíamos. Después de años de vivir en esa casa con suelos de madera, habíamos aprendido a reconocer los pasos de cada una. Nuestra madre, rápida y ligera. Nuestro padre, pesado y decidido; Rosey, pesada pero dubitativa; Bean, firme y aguda, y Cordy, con un arrastre cada pocos pasos. Escuchábamos los pasos que sonaban por encima de nosotras, nuestra madre cruzando el dormitorio para llegar al tocador,



donde se sentaba para ponerse la hidratante. De nuevo en pie, caminaba hasta la puerta del baño, donde dejaba siempre colgado el camisón. Nuestro padre, lento y melancólico, paso a paso hasta el baño, el agua al correr, un caminar arrastrado de vuelta a la cómoda, donde vaciaría sus bolsillos, con el tintineo de las monedas sobre el plato, en el que descansaban hasta que alguna de nosotras las reclamara para un cucurucho. Y, entremezclada con todo eso, la vibración de las voces. Nuestro padre, sonoro y enfadado. Nuestra madre, más suave. Nuestro padre, nuevamente enfadado. Nuestra madre, alzando la voz para igualar la de él. El crujido de la puerta del baño.

Bean levantó la vista hacia Cordy, que estaba llorando con unas lágrimas silenciosas y plateadas que le iban recorriendo la cara y luego se deslizaban —plop— desde la barbilla para gotear sobre la fina tela de la camiseta.

—Eh —dijo.

Se levantó y caminó hasta nuestra hermana, que estaba en el sofá. Aunque Cordy no era más pequeña que nosotras —todas medíamos lo mismo—, en aquel preciso instante parecía imposiblemente canija en medio del sofá, con las piernas cruzadas bajo el libro, con su top y sus pantalones verde oliva, viejos y de talla equivocada. Bean se sentó a su lado y le acarició un brazo. Cordy siguió llorando.

—Eh —repitió Bean—. Todo irá bien. Lo has desconcertado, ¿sabes?

—Lo sé —dijo Cordy.

Como siempre que se escucha algo entre llantos, no se creía nada. Se secó la nariz con el interior de la muñeca. Rose se levantó, cogió una caja de pañuelos de papel, se la acercó y se sentó al otro lado. Cordy sacó un pañuelo y se sonó.

Nos quedamos sentadas a ambos lados de Cordy, consolándola con nuestras manos con un ritmo continuo.

—Solo está sorprendido —dijo Rose con voz suave—. No está enfadado de verdad.

—Lo acabaré aceptando. Va a tener un nieto, se volverá loco del todo. Y te ayudará, siempre lo hace. Pero ahora mismo está disgustado —dijo Bean.

—Lo sé —volvió a decir Cordy. Sacó otro pañuelo y se lo pasó por debajo de los ojos. Alzó la mirada hacia nosotras, nuestra hermanita, con sus oscuras ojeras y el surco de las lágrimas ya secándose en las mejillas—. Aunque me gustaría que se alegrara un poco por mí. Solo un poquito. Sé que hay un millón de razones para considerar que esto es una estupidez, pero quiero este bebé. Y seré una buena madre.

—Por supuesto —terció Rose—. Y nosotras te ayudaremos.

—Serás una gran madre —dijo Bean, al tiempo que le acariciaba el pelo.

Eran esas cosas que se dicen para apoyar a alguien, pero no nos parece que nadie de quien había en ese sofá se las creyera del todo todavía. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. La voluntad no bastaba para volver valiente a Rose, honesta a Bean, sensata a Cordy. ¿Acaso nosotras, aquella triste hermandad, unidas en la misma medida por nuestros fracasos y por nuestras esperanzas, no éramos la prueba viviente de eso?

Unos pocos días después del anuncio de Cordy, Rose estaba sentada en la sala leyendo cuando oyó que Bean y Cordy hacían ruidos en la habitación de Bean. En su interior, como una suave ola, se alzaron los celos hasta que ella pudo empujarlos de nuevo. ¿Había llegado hasta aquí solo para verse de nuevo inmersa en décadas de tironeos entre nosotras? Resuelta, soltó el libro y se dirigió al piso superior. Se entretuvo un momento, pues temía no ser bienvenida.

En las dos primeras semanas de su primer curso en Barnwell, Rose había perdido seis kilos. No es que lo pretendiera, sino que, al enfrentarse a la sobrecogedora tarea de acercarse al comedor sin saber cómo funcionaba ni tener una amiga con quien sentarse, había escogido comer en su habitación. Día tras día, comía por la mañana cereales con leche de la nevera pequeñita que había llevado su compañera de habitación, con cuidado de no hacer ruido con la cucharilla para no despertarla. A mediodía se zafaba al sindicato de estudiantes, donde nuestro padre nos había comprado hamburguesas mil veces, y comía sola. A la hora de cenar, se iba paseando al pueblo, comía en la seguridad de una cafetería o una librería, o se escapaba a casa con la excusa de que añoraba la cocina de nuestra madre, incluso si ella había representado uno de sus actos de desaparición mental y no hubiera alimento alguno que comerse. No pisó el comedor hasta que una chica frívola y guapa con collar de cáñamo y con una mirada de ojos ligeramente abiertos que, según aprendería Rose bien pronto, era de origen químico, la invitó a cenar con las demás chicas de la planta, y aun entonces entró con mucho cuidado detrás de su salvadora, comió exactamente lo mismo que ella y puso los pies, los cubiertos, todo en el mismo lugar preciso, hasta tal punto que se hubiera dicho que era su sombra.

Rose aún no había hecho acopio del valor necesario para abrir la puerta cuando Cordy la abrió de golpe.

—«¿Quién habla por ahí? ¡Eh, abrid la puerta!» —cacareó.

—Ah, nos preguntábamos quién se arrastraba así por el pasillo —dijo Bean, mirando a Rose por encima del hombro.

Luego, sin mostrar mayor interés, se concentró de nuevo en el montón de ropa que había encima de la cama. Rose reprimió un suspiro al ver la habitación. Daba la sensación de que Bean había abierto todas las cajas y bolsas que había traído consigo —y había conseguido meter una cantidad impresionante de las mismas en aquel compacto, como si fuera un coche de payaso— para esparcir su contenido por toda la habitación. Cordy iba de un lado a otro con unos zapatos de tacón de aguja desparejados, pantalones, faldas, una camiseta de manga larga y una *pashmina* en torno a la cabeza, como si esperase que vinieran a recogerla para dar una vuelta en un descapotable. En 1952.

—No me arrastraba —dijo Rose—. Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué estáis haciendo aquí?

Cordy se detuvo, echó la cadera hacia delante y agitó un dedo crítico en dirección a Rose.

—No tomes el nombre del Señor en vano, querida —dijo—. Es muy torpe.

Se echó la punta del chal por encima del hombro y salió dando cabriolas en otra dirección.

—Estoy haciendo limpieza. Y aquí Rita Hayworth me ayuda. O eso dice —explicó Bean señalando a Cordy.

Rose se acercó a la cama, apoyó en ella los muslos y tocó algunas de las prendas desparramadas por su superficie.

—Tienes mucha ropa —dijo.

—Ya lo sé.

Con aire inquisitivo, Rose meneó la manga de una chaqueta rosa de seda cruda.

—Esta todavía tiene la etiqueta.

En una esquina, Cordy sacó de una caja un bolso de piel verde brillante y cruzó la habitación caminando con torpeza y resbalando ligeramente sobre los tacones. De las tres, Bean siempre tuvo los pies más grandes. Cordy se detuvo a medio camino en su circuito, lanzó un beso a Rose y siguió desfilando por su pasarela.

—Ya lo sé —repitió Bean.

Había en su voz una timidez que indicaba arrepentimiento. Dios, ¿cuántas de aquellas prendas llevaban todavía la etiqueta? Había comprado tantas por puro deseo de poseer, de adueñarse, de abrir el minúsculo armario de las escobas de su cuartucho y ver cómo reventaba de despojos de guerra. Y luego estaba la moda, claro, aquella cortesana inconstante que al parecer cambiaba de opinión en el tiempo que cuesta pedir una copa, y la dejaba tirada con los zapatos de la noche anterior o el peinado de esa misma mañana.

—¿De verdad necesitas todo esto? —preguntó Rose. Bean alzó bruscamente la mirada y entrecerró los ojos en un gesto defensivo—. No, lo digo sin maldad. Solo me lo estaba preguntando. Porque podrías llevarlo a una tienda de segunda mano de la ciudad, venderlo.

Las manos de Bean se movían con rapidez para plegar, escoger, sacudir arrugas de un traje. Se detuvo con las manos en una falda gris de tubo y una chaqueta a juego. Mala suerte. Era el traje que llevaba cuando la despidieron; aún se recordaba tironeando del dobladillo para que al sentarse quedara a una altura aceptable. Echó la pieza a un lado y le quedó un temblor en las manos. ¿Sentirían los demás aquella especie de vudú con su ropa? Sin duda tenían sus calcetines de la suerte, sus prendas favoritas, pero Bean sentía también lo contrario, que, si ocurría algo malo cuando llevaba una prenda en concreto, nunca podría volvérsela a poner. Algo a tener en cuenta.

Pero si la vendía, al mismo tiempo se libraría del recuerdo. O casi, por lo menos.

—Sacarías un pastón —dijo Cordy.

Saltó sobre la cama y los zapatos de Bean se le cayeron de los pies y resonaron al golpear el suelo. Luego, obediente, levantó las caderas para que Bean pudiera sacar de un tirón la ropa sobre la que se había tumbado. Cordy abrió el bolso que acababa

de coger y empezó a repasar las cremalleras, a sacar pañuelos, un tubo de caramelos de menta a medio comer y demasiada calderilla.

—Pues debo un pastón, así que no estaría mal —concedió Bean.

Tenía el ceño tan fruncido que en otro momento habría intentado hacerlo desaparecer frotando con la mano, o incluso planteándose una posible cirugía estética.

Cuando Bean nos contó su historia, después de venirse abajo en el bosque, nos quedamos asombradas ante la cantidad de dinero que debía y ante la imposibilidad de reunirlo, pero no habíamos contado con la alta costura de nuestra hermana. Rose, que ni sabía ni le importaba qué estaba de moda en París en esa temporada, echó un vistazo a una etiqueta y se le abrieron los ojos como platos. Un pastón, por imprecisa que fuera esa medida, era lo que iba a sacar Bean.

—A lo mejor hasta sacas más de lo que debes. Te podrías quedar con lo que sobre —apuntó Cordy.

Bean y Rose se miraron y ambas menearon la cabeza.

—No quiero el dinero —dijo Bean.

Rose sonrió, sorprendida pero orgullosa.

—Solo quiero devolver lo que debo —insistió Bean—. Es una buena idea, Rose, gracias. —Rose, abrumada, se sonrojó un poco—. Y, de paso, gracias por plantearle a la señora Landrige la posibilidad de contratarme. Fue muy amable. No tenías por qué hacerlo.

—Quería ayudar —contestó Rose—. Sigo queriendo, si necesitas algo...

—Bean, qué gamberra eres —dijo Cordy, moviendo de nuevo un dedo como la aguja de un metrónomo.

Acababa de sacar una pitillera de plata de las profundidades del bolso y la mantenía abierta como si fuera un relicario. Cuando giró las manos para que se viera lo que contenía, Rose pestañeó.

—¿Llevas tu marihuana ahí? —preguntó, señalando con un movimiento de cabeza aquella cajita, emborronada por las descuidadas huellas dactilares, pero evidentemente antigua y cara.

—Bueno, en algún sitio hay que llevarla.

—Cuánta razón tienes —dijo Cordy con seriedad fingida, como si Bean acabara de compartir el secreto de la felicidad perfecta.

—De hecho, la había olvidado —explicó Bean.

Alargó una mano hacia Cordy, que se había retirado la *pashmina* de la cabeza y, con el cuello entre los pliegues de la tela, parecía una tortuga. Nuestra hermanita olisqueó uno de los canutos como si fuera un puro de calidad.

—Obviamente —dijo Cordy—, esta mierda está pasada.

Entregó la cajita a Bean.

—Los pobres no pueden escoger —contestó Bean.

Nos negamos a creer que Rose nunca hubiera pillado un ciego hasta entonces,

pero en ese momento, desde luego, sí lo pilló. Al fin y al cabo, si lo hubiera pillado alguna vez tendría que haber sido con nosotras, y cuando Bean y Cordy descubrieron el costo, ella estaba ya en la facultad y se negaba a tener nada que ver. Él único chasco fue que Cordy no pudiera compartirlo. Nos tumbamos en el tejado a mirar cómo las nubes entraban y salían del cielo azul. Rose se quedó acostada, completamente boca arriba, con los pies, anchos y pálidos, colgando al borde del tejado. Estaba adormecida y desconectada, y el esfuerzo de mantener los ojos abiertos le resultó excesivo, de modo que hubo de cerrar los párpados, una gruesa cortina que, pese a alejar de ella el mundo, le permitía sentirse extrañamente abierta.

—¿Te vas a mudar a Inglaterra? —le preguntó Bean.

Rose sentía el mentón increíblemente pesado, como si se estuviera moviendo entre la arena, y antes de responder guardó una larga pausa.

—Inglaterra está muy lejos —dijo. Sus palabras sonaban soñadoras y humeantes contra la presión de los labios—. Muy lejos.

—Pero tú eres la única que no se ha ido lejos —señaló Cordy—. Ni siquiera has vivido nunca fuera de este Estado.

Era cierto. Rose se había aferrado a Barnwell y trepaba como una parra por una pérgola, con zarcillos que llegaban hasta arriba del todo para volver a bajar.

—Creo que vivir en otro sitio está bien —opinó Bean—. Te cambia la perspectiva. Incluso ha cambiado mi manera de ver Barney.

—A mí me gusta cómo veo Barney —dijo Rose en tono petulante. Con el labio inferior hizo un puchero que provocó la risa de Cordy—. Barney es mi amigo.

Cordy rio aún con más fuerza.

—Pero Jonathan es tu amigo y estará en Inglaterra —señaló Bean, como si hablara con una chiquilla, que era precisamente el efecto que la droga parecía provocar en Rose—. ¿No quieres estar con Jonathan?

Con un empujón tremendo y lánguido, Rose se incorporó con los ojos cerrados todavía. Cruzó las piernas en postura de yoga, con la espalda recta y rígida. Siempre había tenido buena postura, cosa que a veces olvidábamos porque escondía su cuerpo bajo pliegues de tela que le daban un aspecto prematuramente matronal.

—Quiero estar con Jonathan. Lo echo de menos —dijo, y había en su voz una tristeza pesada—. Pero no quiero estar en Inglaterra.

—Cuando fuimos a Stratford, Inglaterra te encantó —dijo Cordy.

—Estábamos de vacaciones —precisó Rose—. Esto sería para vivir allí. Británicos a todas horas.

—Con esos acentos curiosos —dijo Bean para secundarla.

—Y esa comida tan rara —añadió Cordy.

—Yago decía que Inglaterra era dulce —apuntó Bean, sacudiéndose la ceniza de los pies mientras mantenía los brazos con firmeza en torno a las pantorrillas.

—Creo que al decir «dulce» no quería decir exactamente «dulce» —dijo Cordy.

—Yago era un mentiroso —opinó Rose.

—Dejémonos de Yago —propuso Cordy—. Yo digo que votemos. Que levanten la mano todas las que crean que Rose debería irse a Inglaterra. —Bean y Cordy levantaron la mano—. ¿Las que están en contra? —Rose no ofreció ninguna respuesta—. Ha ganado el sí —concluyó, triunfante.

Se hizo el silencio por un momento y luego Bean tendió una mano y la apoyó suavemente en la de Rose.

—Ya sabes que no sería para siempre. A lo mejor es una señal, o algo así. —Rose resopló ligeramente, pero Bean insistió—. Como de que estás destinada a hacer otra cosa. Lo verás cuando vayas a visitarlo. Verás si es la decisión acertada.

—No me presiones —dijo Rose.

Abrió los ojos de golpe, y las pupilas, duras y oscuras, abarrotaban el iris.

Sabía que tenían razón. Lo sabía al despertarse por las mañanas, frescos aún los sueños en que se quedaba encerrada fuera del aula, golpeando la puerta para suplicar que la dejaran entrar. Lo sabía cuando se sentaba en el sillón de la ventana y se quedaba mirando el jardín y preguntándose qué había más allá del camino que había recorrido con tanta limpieza. Rose no era de las que creen en signos, ni en significados más allá de lo que pueda verse y medirse, pero no podía evitar preguntarse si alguien le estaba susurrando, ni cuánto tiempo podría seguir negándose a escucharlo.

Bean miró a nuestra hermana y suspiró. Cordy se inclinó hacia delante, se rodeó las rodillas con los brazos y flexionó los omóplatos como si fueran alas de ángel.

—«Pues casi cambia el uso la naturaleza de las cosas» —citó, al tiempo que apoyaba una mejilla en la rodilla, mirando a Rose.

—¿Y qué es tan necesario cambiar de mi naturaleza? —preguntó Rose.

Nadie le contestó.

Fue bueno que Cordy nos anunciara que estaba embarazada cuando lo hizo, porque de repente era imposible no darse cuenta; la curva del estómago ya no podía atribuirse al hecho de que estaba nutriéndose de verdad en vez de sobrevivir a base de fideos y brotes de alubia de dudosa procedencia. Tenía el pelo denso y falto de brillo, y las uñas tan fuertes que había pillado a Bean mirándoselas con envidia al pasarle la sal en una comida. Antes de vestirse, Cordy se quedaba desnuda delante del espejo y trazaba un mapa recién formado de venas sombreadas a lo largo de sus pechos crecientes (otra cosa que Bean también miraba con envidia). Se bebía un vaso de agua cada hora, al parecer, plantada delante del fregadero y tragando con fruición, desesperada por saciar aquella sed nueva y extraña, y con la misma frecuencia se encontraba en el cuarto de baño.

Su florecimiento era el contrapunto al marchitarse de nuestra madre. Nuestra madre había perdido un pecho; a Cordy le crecían. Nuestra madre estaba seca; Cordy se ahogaba en líquidos. El pelo de nuestra madre había desaparecido y su pálido cráneo se escondía bajo un surtido de pañuelos que le daban un aspecto curiosamente glamuroso; el cabello de Cordy se espesaba. La piel de nuestra madre adquiriría un

brillo extraño; a Cordy le salían espinillas que la hacían gemir de dolor, preguntándose qué se habría hecho de la tan cacareada complexión propia del embarazo y cómo era posible que ella tuviera que enfrentarse al mismo tiempo a las espinillas y a las arrugas.

Las náuseas eran fugaces y la dejaban hambrienta y creativa; las de nuestra madre eran persistentes y el olor a comida las agravaba. Una noche, Cordy había decidido hacer pan con zumo de naranja en vez de leche y le había salido tan rígido y desmigado que solo servía para freír tostadas a la francesa, cosa que ella misma hizo con Rose por la mañana en la cocina.

—¡Parad! —gritó nuestro padre, bajando a tumbos la escalera.

Rose y Cordy, que no hacían nada más peligroso que mojar el pan en huevo mientras escuchaban las noticias por la radio, se quedaron paralizadas.

—Vuestra madre no soporta el olor —explicó.

Aún estaba en pijama, con el pelo algo alocado por el sueño y las gafas torcidas. Le asomaba el vientre bajo la camisa del pijama. Nuestros padres siempre han sido muy formales con respecto a la ropa de cama: nunca dieron el salto a la camiseta o el pantalón de chándal. Nuestro padre lleva pijamas tradicionales de algodón con rayas de ejecutivo; nuestra madre, camisones que prestaron servicio en variadas y abundantes ocasiones para nuestras producciones teatrales.

—Vaaaaaleeee —dijo Cordy, sosteniendo una rebanada de pan de la que aún goteaba el huevo amarillo y espeso hacia el cuenco.

Rose pasó a la acción más deprisa y encendió la campana extractora con una mano, al tiempo que con la otra retiraba la sartén del fuego.

—Abre la ventana —reclamó. Cordy soltó el pan en la pasta para rebozar y se acercó a la ventana—. ¡Lávate las manos primero!

—Ay, joder —dijo Cordy—. Mira que hay gente mandona.

Nuestro padre se retiró, una visión de pijama flameante. Nosotras trabajamos en silencio durante un rato para ventilar el invisible olor hacia la ventana. Rose cogió un plato de rebanadas ya rebozadas que había en la encimera y las tiró al cubo de la basura. Cerró la tapa, pero luego la volvió a abrir, ató la bolsa y la sacó.

—¿O sea que no podemos comer nada que huela? —preguntó Cordy.

—Cordy, esa mujer tiene cáncer. ¿Estás disgustada porque no te puedes comer un pan rebozado?

—¿Quién ha dicho que estoy disgustada? Solo me quiero asegurar de que he entendido bien las reglas.

Se dirigió a la nevera, rebuscó en su interior y sacó unas moras frescas y un yogur.

—No seas egoísta —dijo Rose.

Cordy se quedó parada en plena acción de mezclar las bayas con el yogur, manchas azules y rosadas en el blanco, y se quedó mirando a nuestra hermana. Abrió la boca de par en par y luego la cerró para sellar un pensamiento en el interior.

—Lo siento —dijo Cordy al fin.

Como Dan necesitaba el coche, fue Rose quien llevó a Cordy a su cita con el médico.

—Cordelia Andreas, a las cuatro —ladró Rose a la recepcionista.

La sala de espera estaba llena de mujeres en distintas etapas del embarazo, desde las muy sufridas de tobillos hinchados hasta las recién preñadas de cara iluminada que aún se tomaban la molestia de maquillarse. Cordy se quedó detrás de Rose. Los pantalones le iban largos y los dobladillos se habían ido deshaciendo en hilachas que ahora se arrastraban sobre la moqueta.

—¿Carnet y mutua? —repuso la recepcionista sin inmutarse.

Suponemos que si estás todo el día rodeado de mujeres en pleno estallido hormonal, ni la mismísima Rose implica una amenaza. Rose se volvió hacia Cordy y tendió una mano.

Rose diría que la gente normal sabe que se espera que tengas esas cosas, que incluso cabe la posibilidad de que, al acercarte, ya lleves los documentos en la mano. Cordy diría que ella nunca ha tenido nada de normal, ja, ja, ja, y que por qué iba a empezar ahora. Las demás mujeres de la sala llevaban bolsos idóneos, de un negro sensato o de un plateado juguetón. Piel. Cordy se había echado al hombro su bolsa de calceta, en bandolera, y al meter la mano dentro la sacó con un libro, un tampón que había visto tiempos mejores, un paquete vacío de chicles, una cucharilla de plástico (¿por si había una necesidad urgente de cucharillas?), el recibo arrugado de su última paga y, al fin, una caja pequeña que cumplía las funciones de cartera.

—No tiene ninguna mutua —dijo Rose—. Has traído dinero, ¿no? —preguntó, volviéndose hacia Cordy.

Cordy asintió.

—Vale, puede pagar cuando programemos la siguiente visita —dijo la recepcionista.

Le cambió el carné de conducir por un montón de formularios. Rose desfiló hacia una silla que había en una esquina y Cordy echó a andar tras ella, sintiéndose más bien como una invitada de piedra. Cuando Cordy se sentó, Rose había destapado ya el bolígrafo con gesto formalista y empezaba a rellenar un formulario con su letra minúscula y precisa.

—¿También piensas examinarte en mi lugar? —preguntó Cordy, con más curiosidad que sarcasmo.

Escarmentada, Rose se detuvo y le pasó la tabla que sostenía los documentos y el bolígrafo.

—Pues hazlo tú. Solo intentaba ayudar.

Metió la mano en su propio bolso (uno de gente adulta) y sacó un libro. Cordy se la quedó mirando fijamente y luego rellenó el formulario apretando tanto con el bolígrafo contra el papel que llegó a rasgar la tabla que lo sostenía por debajo. La verdad era que le preocupaba un poco no ser capaz de hacerlo sin Rose. No ser capaz



de hacer nada sin Rose: ni ponerse de parto, ni cambiar los pañales, ni quitar la corteza a los sándwiches de mantequilla de cacahuete con mermelada. El deseo de vagabundear volvió a circular por su interior como una estrella fugaz, una ansiedad repentina y violenta por huir y desaparecer de nuevo en la oscuridad. Reprimió la estela de aquel brillo y se concentró.

Cuando la llamó la enfermera, Cordy buscó la mano de Rose.

—Ven conmigo —le propuso.

Sus dedos pegajosos se entrelazaron con los de Rose.

Decir que Rose no aprobaba que Cordy hubiera decidido tener aquella criatura sería poco. Cualquier cosa relacionada con la idea de que Cordy tuviera un hijo la preocupaba, empezando por el hecho de que a ella le hubiera tocado primero y acabando por su certeza de que Cordy rehuiría sus responsabilidades a la primera ocasión que se presentara. Pero entonces miró a nuestra hermana, que temblaba ante lo desconocido; volvía a ser nuestra niña pequeña y solo necesitaba alguien que se ocupara de ella.

—De acuerdo —dijo Rose, y se levantaron juntas y echaron a andar, cogidas de la mano, hacia la consulta.

## Dieciséis

Cuando Edward salió de la ducha, Bean estaba acurrucada en la cama, leyendo. Hacía tiempo que había dejado de considerar ofensivo que los hombres se ducharan compulsivamente después del sexo. Era un momento excelente para leer un poco sin que nadie intentara hablarle.

Edward le arrebató el libro de las manos, dejando huellas húmedas con sus dedos en el papel esponjoso y un rastro de gotas de agua que se deslizaron por la tapa. Echó un vistazo a la contraportada, hizo un gesto de burla y lo tiró a un lado.

—Bueno, ¿qué has hecho todo el día?

—Trabajar.

Se dejó caer en el colchón y se le desanudó la toalla que llevaba enrollada a la cintura. Como la sábana se había soltado durante sus ejercicios físicos, se resbaló un poco sobre la tela sedosa del colchón. Bean rescató el libro justo a tiempo y recolocó la esquina de una página que se había plegado al caer.

—¿Qué te parece que nos vayamos los dos unos días? ¿Un fin de semana largo?

—No puedo. He de trabajar.

Por un instante, él hundió la cara entre las manos.

—Bianca, seguro que ese desastre de biblioteca puede sobrevivir un par de días sin ti.

Bean le dio un golpe bastante seco en la cabeza con su libro, rodó y tiró de la sábana suelta para cubrir con ella su cuerpo desnudo.

—Desde que tengo edad para leer, adoro ese desastre de biblioteca.

—Bueno, bueno —dijo él al tiempo que apartaba las manos de la cara para protegerse de nuevos golpes—. Lo siento. —(Mentira)—. Déjame volver a empezar: noble Bianca, anhelo recorrer con vos la campiña durante unos días. ¿Podrá vuestro templo del aprendizaje sobrevivir sin vos?

—No —contestó Bean. Rodó para quedar boca arriba y abrió de nuevo el libro. Edward lo apartó de un manotazo y Bean resopló de frustración—. ¿Qué quieres?

—Quiero un fin de semana romántico con una mujer espléndida.

Los ojos de Bean se volvieron pequeños y malvados.

—¿Romántico? ¿Y qué es exactamente lo que te ha hecho creer que me interesa el romance?

—A todas las mujeres les interesa.

—No seas tan estereotípico. Esta relación no tiene nada de romántica, Edward. Es un rollo cutre.

Él tuvo incluso la jeta de fingir que le dolía y a Bean le supo mal. Pero solo por un momento.

—¿Eso piensas de mí?

Edward aún tenía la piel roja de la ducha y parecía inflamado y cansado. Bean se incorporó y tiró de la sábana para envolverse mejor en ella.

—¿Qué esperabas, Edward? No es el gran amor del siglo. Si no te importa que te lo recuerde, estás casado con una mujer bastante maravillosa con la que tienes unos hijos bastante maravillosos. Esto es sexo.

El rostro herido no cambió. «Ay, señor», pensó Bean. Él se había imaginado como un héroe dramático, un amante mayor y escandalosamente talentoso para una (casi) joven ingenua, y ella acababa de destrozarle el sueño, y a él mismo, con su sinceridad. Alargó una mano hacia su brazo, pero el rostro de Edward ya empezaba a parecer cruel.

—Tendrías que estar agradecida. Ya no estás precisamente en tu mejor edad, Bianca. —Ella se llevó una mano a la barbilla y, sin darse cuenta, comprobó la firmeza de la piel. Él vio el gesto de debilidad y sonrió—. Tampoco es que tengas muchas más ofertas, ¿verdad?

Bean regresó a aquella noche en el bar, cuando los rostros se apartaron de ella cuando entró alguna mujer más joven o más bella. Pero él no lo sabía. Inclino la cabeza en ademán desafiante.

—¿Quieres poner a prueba esa teoría? Supongo que solo uno de nosotros dormiría solo.

Él se recostó y apoyó la cabeza en una mano. Normalmente Bean se habría acurrucado en su pecho y habría percibido su calor y la solidez de su cuerpo, en contraste con la frialdad que sentía por dentro. Pero ahora tenía cara de maldad y ella se sentía entumecida por dentro.

—Tal vez deberíamos dejarlo —dijo él.

Ella sabía que solo pretendía obligarla a volver, a pedirle perdón. De pronto se sintió agotada, deseosa de estar en casa, en su cama, rodeada por el sonido de nuestras respiraciones en los cuartos contiguos.

Dejó caer el libro abierto sobre su propia cara y se encontró respirando aquel papel barato. Cuando exhalaba, las páginas vibraban como hojas de hierba.

—No te pases de dramático.

Y de gilipollas.

—No veo que tenga ninguna importancia. Si esto solo es un rollo cutre, nada más que sexo, y tú tienes, aparentemente, colas de amantes deseosos a la puerta de tu casa, dejarlo no debería significar nada para ti.

Bean miró a Edward con ojos achinados. Como llevaba el pelo mojado y echado hacia atrás, podía ver el retroceso de sus entradas. Estaba sacando pecho y le bailaba en las comisuras una sonrisilla de autosatisfacción.

«No», pensó Bean. Su rabia no la entristecía. Le daba pena por él. Ella no quería ser así: amargada por el envejecimiento, viviendo una película que solo se proyectaba en su cabeza, dispuesta a herir a cualquiera que se atreviera a amarla solo por estar

decepcionada consigo misma. Ella podía ser mejor.

Lo distrajo como mejor sabía, con un atisbo de su pierna desnuda sobre la sábana blanca y un ligero vaivén del cabello sobre el hombro desnudo. Sin embargo, no pudo evitar odiarse un poco cuando la boca de Edward empezó a recorrer su piel mientras ella se deslizaba hacia otra noche vacía de bondad.

Y

—¿Sabes una cosa? Yo no era virgen cuando me casé con tu padre.

—¡Mamá! —exclamó Rose.

Sorprendida, dejó caer el libro en el regazo. Nos había suplicado que le leyéramos algo; le dolía demasiado la luz en los ojos. Todo el mundo había dicho que la radiación sería más fácil que la quimio, pero de momento no parecía ser así. Tenía la piel del pecho quemada y de un rojo rabioso, y la medicación le provocaba unas náuseas eternas. Estaba permanentemente agotada, una fatiga que le llegaba hasta los huesos y que apenas alcanzaba a explicar, aunque nosotras la notábamos en la lentitud con que movía los brazos, la reacción retardada cuando la luz del sol se derramaba por la habitación y ella intentaba volverse, atrapada en la melaza de la lucha que se estaba librando dentro de su cuerpo.

Nuestra madre siguió hablando, ya fuera porque no se dio cuenta de cómo aquella noticia incomodaba a Rose o porque decidió ignorarlo.

—No sé si vuestro padre lo sabía. Nunca hemos hablado de eso.

Estiró los dedos por encima de la sábana buscando una sensación de suavidad para su piel dolorida.

—¿Quieres que pare de leer? —preguntó Rose, dispuesta a servirse de la conversación como puerta de huida.

Nuestra madre volvió lentamente la cabeza para mirar a Rose, con los ojos acuosos de dolor y agotamiento, el azul diluyéndose un poco más hacia el blanco.

—Sí —contestó.

Rose buscó un punto de lectura y dejó el libro al borde de la mesita de noche de nuestro padre, perfectamente alineado con la esquina. Permanecieron un rato en silencio, Rose con las manos plegadas sobre el regazo. Nos parecíamos a nuestro padre en muchas cosas, pero cuando Rose y nuestra madre estaban juntas una parecía la imagen fotográfica de la otra, envejecida en tono sepia. El giro del cabello detrás de la cabeza, las arrugas que el cansancio les trazaba en las comisuras de los ojos, la suave caída de hombros, el modo de apretar los labios de rabia.

—Fue con el novio que tuve antes de conocer a tu padre, Jack Weston. Lo quería. No como quiero a tu padre, ya sabes, pero lo quería.

Hemos visto fotos de ese chico, ese hombre que podría haber sido nuestro padre. Un viaje a un camping de Pensilvania, con las verdes montañas detrás de él, el pecho

desnudo y quemado por el sol, un brazo echado con naturalidad por encima del hombro de nuestra madre. Ella se ríe y aparta la mirada de la cámara, como si alguien que no sale en la imagen le hubiera hecho una broma, pero él mira al objetivo con una mirada directa de ojos verdes, sus dientes torcidos y blancos contra el tono levemente anaranjado de las primeras fotografías en color.

Rose se quedó sentada, esperando todavía que pasara el momento y confiando en que la historia no tuviera demasiada chicha.

La respiración de nuestra madre parecía extrañamente pesada y lenta, y se tomaba pausas entre una frase y la siguiente para reunir la energía necesaria para continuar. La luz que se colaba entre las cortinas se volvió pesada y amarillenta, como si se hundiera hacia el horizonte.

—Yo creía que nos íbamos a casar. Él era muy apasionado. —Rose se tensó, pero no era necesario—. Era un soñador que creía en un mundo mejor. Por eso no nos casamos. No porque yo no quisiera lo mismo que él, sino porque él lo quería más. Se alistó en el Peace Corps para pasar un par de años en África. Y quería que yo me fuera con él.

Silencio de nuevo, salvo por el rasposo fluir de su respiración. Rose estuvo a punto de decir algo y debía haber preguntado —más adelante lamentaría no haberlo hecho— si nuestra madre estaba bien, pero estaba demasiado distraída con aquella confesión repentina. Los ojos de nuestra madre se movían arriba y abajo tras la tela rugosa de sus párpados.

—No hace falta que hablemos —dijo Rose. Cogió el libro de nuevo y pasó el pulgar por el lomo, percibiendo los finos pliegues de la sobrecubierta en torno al fajo de páginas—. Me lo puedes contar luego.

O nunca. Nunca también vale.

—Me tienes que escuchar —dijo nuestra madre, con un tono repentinamente agudo—. A mí me daba demasiado miedo salir al extranjero. No era capaz de imaginarme allí. Tenía miedo de enfermarse por el agua. O de no tener fuerzas suficientes para hacer el trabajo físico. O de que me diera... nostalgia. Lo que sea.

—No pasa nada —dijo Rose—. A mí también me hubiera dado miedo.

—Ay, cariño —dijo nuestra madre. Movi6 una mano por encima de la colcha, tanteando a ciegas hasta que encontró los dedos de Rose y los apretó con fuerza—. Ya lo sé. Por eso te estoy contando esto.

Hubo otra larga pausa y Rose pensó que tal vez se había dormido. Se pasaba casi todo el rato entrando y saliendo del sueño, en el crepúsculo de la anestesia, a medida que los venenos entraban y salían de su cuerpo.

—Tienes que ir —dijo al fin.

Rose miró a nuestra madre. Seguía con los ojos cerrados, los labios grises y agrietados pese a los cubitos de hielo que le llevábamos a cada hora. Apenas comía nada y aún bebía menos.

—Lo lamentarás siempre.

El asunto tomaba una dirección imprevista hasta entonces. ¿Habíamos sido siempre tan egoístas como para dar por hecho que las vidas de nuestros padres empezaban con nosotras y terminaban, tras vivir en una animación suspendida, solo cuando nosotras abandonábamos su órbita? ¿Acaso ellos pasaban sus días como nosotras, en un barullo de recuerdos, emociones, deseos, esperanzas y lamentos?

En ese momento Rose se dio cuenta de que no conocía para nada a su madre.

—Pero es que me da miedo —le dijo.

Admitirlo le había costado tanto que se desinfló y se sintió tan exhausta como nuestra madre, tumbada en la cama en un atardecer de verano absolutamente hermoso, esperando revivir.

—«Haz cada día una cosa que te dé miedo» —citó nuestra madre—. Eleanor Roosevelt.

Seguía aferrada a la mano de Rose.

—¿No me necesitas? —preguntó Rose en tono quejoso.

—Oh, Rosie, claro que me encanta tenerte aquí. Pero lo que necesito es que hagas lo que tengas que hacer para ser feliz. Y ahora no lo eres, ¿verdad?

—No. En este momento concreto, no.

—Pues vete —dijo nuestra madre, y le acarició levemente la mano—. Vete y mira a ver qué tal. Antes de que sea demasiado tarde.

Rose notó que las lágrimas se asomaban a sus ojos mientras veía cómo nuestra madre se deslizaba hacia el sueño, agotada por la conversación. Pero, cuando se movió para ponerse de pie y abandonar la habitación, ella volvió a abrir los ojos.

—No me arrepiento de no haber ido —dijo en voz baja—. Pero me gustaría haberlo hecho. Habría podido ser una persona distinta.

A Rose jamás se le había ocurrido esa posibilidad.

—Quiero que sepas que lo que estás haciendo me parece una estupidez cósmica —dijo Bean a Cordy, que le hacía el favor de llevarla en coche a la ciudad.

El asiento trasero del coche de nuestros padres estaba lleno de cajas con la ropa de ciudad de Bean, prendas seleccionadas y recogidas como si fueran gavillas de trigo, listas para ser vendidas al mejor postor en la tienda de segunda mano que había encontrado.

—¡Gracias! —respondió Cordy—. Últimamente nadie me lo había dicho. Resulta agradable que me recuerden que mantengo el título un año más.

Puso el intermitente y pasó al siguiente carril.

—No he terminado. También me parece valiente. Y no es tan novedoso: siempre se te han dado bien los críos. Al revés que a mí.

—No es que se te den mal los niños, Bean. Lo que pasa es que nunca te han divertido demasiado.

—En cambio a ti sí. Y si eres capaz de arreglarte con toda la parte práctica serás una gran madre.

—Gracias —dijo Cordy, con la voz desprovista de asperezas—. Me encanta oír a

alguien que me apoya.

—Ya sabes que ellos te van a apoyar hasta el fin. Y cuando digo «ellos» quiero decir «papá». Mamá ya te está apoyando, lo que pasa es que está demasiado agotada para que nada le importe de verdad, creo.

—Eso espero.

Pero la voz de Cordy sonaba lúgubre y temblorosa.

Estaba resultando duro el modo en que nuestro padre se apartaba de Cordy, escondiéndose incluso más de lo habitual en su estudio, gruñendo en respuesta a sus acercamientos, flotando por la casa cerca de nosotras, pero nunca con nosotras. Ella había pasado de nación favorita a aliada inútil; de Cordelia a Ofelia.

—¿Les vas a contar lo tuyo? —preguntó Cordy.

Mantenia los ojos fijos en la carretera, ilegibles para Bean.

—¡No! —exclamó Bean, escandalizada solo de pensarlo—. Joder, ¿te lo imaginas?

—Así yo tendría menos presión. Ya lo hago yo por ti —propuso Cordy.

Era una broma desagradable y nos revolvía el estómago. Puede que otras hermanas hicieran esas cosas, pero nosotras, pese a nuestros pequeños conflictos y molestias, no éramos así.

—Cordy, va en serio. No se lo puedes decir a nadie. Nunca.

—No puedes fingir que no ha pasado.

—¿Fingir? No tienes ni idea. Pienso en ello a todas horas, Cordy. Es lo primero que hago cuando me levanto por las mañanas y me da tanto asco que me entran ganas de vomitar.

«Tanto asco que tengo que pasar la noche en la cama de otra mujer, aprovechando la crisis de la mediana edad que sufre su marido para olvidarme de mí misma».

—Conozco esa sensación —dijo Cordy.

No se refería tan solo a las náuseas matinales, pero Bean ya no escuchaba.

—Me odio. Odio la persona en la que me he permitido convertirme, lo que me permití hacer. Es como si la persona que hizo todo eso ni siquiera... Es como si fuera una desconocida. Porque a mí no me criaron así. No tengo ninguna excusa como una infancia problemática con un agujero que ahora debo llenar. Solo lo hice porque creía que lo necesitaba. Creía que lo merecía. Es asqueroso.

—Te gusta, ¿verdad?

—¿Qué?

—El padre Aidan —aclaró Cordy. Miró hacia atrás por encima del hombro, en un acto reflejo pese a que las cajas de cartón le tapaban la vista, y se dirigió hacia la salida de la autopista que llevaba a la entrada de la ciudad—. O sea, que te gusta.

—¿Qué diablos tiene eso que ver con todo lo que te estoy contando?

—Todo —entonó Cordy.

—Mira, está bueno —dijo Bean—. Para ser sacerdote. ¿Pero tú crees que un sacerdote se quedaría conmigo?

—Creo que se supone que los sacerdotes no «se quedan» con nadie —señaló Cordy.

Se detuvo en un semáforo. A nuestro lado, un hombre con la ropa hecha andrajos sostenía un cartelito escrito en un cartón. Cordy sonrió y dijo que no con un meneo de cabeza y el hombre se alejó repiqueteando por el carril de salida.

—Me gusta. Como amigo. Creo que puede ayudarme.

—Solo para que conste, follar no es ayudar —puntualizó Cordy.

—Cállate —replicó Bean.

—Si lo quieres, tendrás que dejarlo con el profesor Manning —dijo Cordy.

Bean se quedó tiesa. Cordy le echó un vistazo y luego meneó la cabeza.

—Bean, no pensarías que no nos íbamos a dar cuenta.

—Yo no... Es que no... —empezó Bean, pero no tenía nada que decir.

La habían vuelto a pillar.

—Creo que no eres mala persona, ya sabes. Estoy segura de que has hecho cosas peores. Joder, hasta yo las he hecho. Pero eso no es lo que quieres, ¿no?

—No —susurró Bean, con un nudo de culpa y lágrimas en la garganta—. Cuando estoy con él me siento feliz, pero... —lo dejó en suspenso.

No era cierto, por supuesto. El olvido no era lo mismo que la felicidad. Estar borracha tampoco era lo mismo que olvidar y, del mismo modo que a menudo estaba literalmente borracha cuando estaba con él, también la intoxicaba el esfuerzo de olvidar todo aquello a lo que debía enfrentarse.

—No es verdad —dijo Cordy con voz animosa—. Es obvio que te sientes desgraciada, Bean. Cuando nos hacemos esas cosas a nosotras mismas es cuando más desgraciadas somos. Triste, pero cierto.

—Como si tú fueras tan feliz —replicó Bean.

—«Ellos quieren que se me castigue por haber dicho la verdad, tú quieres que se me castigue por mentir; incluso a veces me castigan por guardar silencio».

—No te hagas la mártir a cuenta mía —se burló Bean, pero había algo de cierto en las palabras de Cordy.

—Nunca he afirmado que fuera feliz. Por suerte, no estamos hablando de mí. Hablamos de ti. Y de cómo lo vas a dejar. Tanto si quieres a Aidan como si no.

—No puedo —dijo Bean, de nuevo en retirada.

—Tienes que hacerlo —insistió Cordy—. No te hace sentir como deseas. No arregla nada y no mejora la vida de nadie. Solo te impide pasar a otra cosa.

—¿Pasar a qué?

Como si en Barnwell hubiera algo a lo que mereciese la pena pasar.

—A la persona en quien te vas a convertir —dijo Cordy, como si con eso arreglase algo—. La nueva Bean. —Y luego, como le dio risa, lo repitió—: Nueva Bean.

He aquí la nueva Bean, igual que la vieja Bean.

En Nueva York, ella y sus compañeras de habitación dieron una fiesta de



inauguración a la que asistió el novio de Daisy. Como siempre, Bean bebió demasiado y al día siguiente, cuando se adaptaba de nuevo a la luz del sol como un vampiro cauteloso, Daisy se encaró con ella en la cocina.

—Deja a Michael en paz —la amenazó.

Por una vez, el acento de Georgia no suavizó la fuerza de sus palabras.

—¿Qué? —preguntó Bean. Estaba desequilibrada, como un marinero en tierra, y tuvo que agarrarse al borde de la mesa pequeña para encararse a Daisy. El rostro de aquella mujer se había vuelto tan blanco de rabia que las pecas destacaban como estrellas.

—Anoche estuviste todo el rato encima de él. Es mi novio.

Daisy agitó un dedo peligrosamente cerca del pecho de Bean. Demasiado agotada y resacosa para concentrarse, ella se fijó en la consistencia blandengue de su carne, en las uñas sin manicura y en aquella mano tan ancha que en el retrato de su puesta de largo se notaba la tirantez de las costuras de los guantes.

—No era con mala intención —tartamudeó Bean, rebuscando en su memoria algo por lo que debiera pedir perdón.

Le llegó una imagen difusa, un giro de su mano en torno al hombro de Michael, su boca cerca del oído del muchacho. Sin querer, se llevó una mano a la boca. Mierda.

—Ese es tu problema, ¿sabes? No has descubierto cómo tratar a un hombre si no te lo estás follando. —La procacidad sobresaltó a Bean por venir en sílabas tan dulcemente envueltas. Daisy se percató de la emoción que cruzaba el rostro de Bean y asintió, satisfecha de ver que su comentario había dado en el blanco—. Sí, lo he visto. Tus salidas sigilosas por esos bares, tus vueltas a casa apestando a cerveza, tabaco y vete a saber qué más. Pero no lo voy a aguantar más. Déjanos en paz.

Bean se sintió traicionada, justamente malinterpretada. Pero Daisy la conocía mejor de lo que ella misma estaba dispuesta a conocerse.

La nueva Bean. Quería reírse, pero estaba segura de que si lo hacía terminaría llorando sin parar. No había una nueva Bean. Solo había la misma manzana podrida, escondida bajo capas de maquillaje, mentiras y robos: dinero, el marido de otra mujer. Todo era lo mismo. Había jurado cambiar, pero no lo había cumplido. En la iglesia se arrodillaba para recibir la comunión como si la mereciera, iba a los servicios comunitarios como si la oscuridad que sentía por dentro no se colara en los cimientos de las casas que construían, dejando rastros de decadencia bajo las capas de pintura. Se le revolvió el estómago y apoyó la frente en la ventanilla para permitir que el aire acondicionado que rebotaba en el cristal aliviara el calor de su piel.

¿Hasta dónde iba a caer? ¿Cuántas mentiras más podría llegar a decir?

¿Quién la iba a salvar?

Cordy tenía razón. Tenía que dejar a Edward. Y Aidan... Proyectó en su mente la imagen de la cara de Aidan, su manera de tocarle el hombro cuando hablaban, aquellas espaldas que parecían tan anchas y fuertes cuando trabajaban en las casas,

sus cálidos saludos cuando lo veía con nuestra familia en la iglesia.

No sería tan malo amar a Aidan, pensó. Había algo en su presencia que la hacía sentirse limpia de nuevo, como si hoy pudiera ser íntegra, rescatada desde el margen, recuperada de los daños. Quería sentir eso a todas horas.

Rose se había equivocado antes, al decirle a Jonathan que creía que Bean iba por Aidan. O tal vez había sido profética. Porque, si bien Bean no se había planteado en serio la posibilidad hasta entonces, ahora sin duda pensaba en ello. Y, al pensar en él, representado en su mente parecía más alto, más guapo, más perfecto.

Era él. Él podía salvarla de sí misma.

## Diecisiete

Nuestra madre se estaba recuperando de la primera semana de radiación. Llevaba tanto tiempo cansada que ya casi no la recordábamos de ninguna otra manera. No se quejaba, aunque sabíamos que le dolía el pecho y hasta el mínimo esfuerzo parecía agotarla.

Bean estaba trabajando y Rose había ido al pueblo, lo que dejaba a Cordy sola con nuestros padres. Cuando nuestro padre llevó a nuestra madre a casa, ella parecía agotada, pero jugó una partida de Scrabble con Rose, salió a caminar por el jardín y se sentó a cenar con nosotras, aunque apenas comió nada y su presencia sirvió más que nada para suavizar el recargado silencio entre Cordy y nuestro padre.

A la mañana siguiente, Cordy se despertó al oír que nuestra madre vomitaba y, aunque ella misma lo hacía a menudo últimamente, le pareció peor que otras veces, un vómito desesperado y doloroso como no lo era el suyo por desagradable que fuera. Cordy se levantó de la cama a trompicones con el pelo enredado en el moño suelto que usaba para dormir, con su camiseta moteada de agujeros y los pantalones de pijama atados con holgura a la cadera, y se abrió camino a tientas hacia la habitación de nuestros padres.

¿Qué edad tenías cuando te diste cuenta por primera vez de que tus padres eran humanos? ¿De que no eran omnipotentes? ¿De que, de hecho, lo que decían no ocurría? ¿De que tenían miedos, sentimientos y cicatrices? ¿O es que no te has dado cuenta todavía? ¿Todavía llamas a tus padres para tener conversaciones unilaterales con ellos, de hijo a padre, no entre adultos?

Cordy, según creemos, se dio cuenta de todo eso en el momento en que vio a nuestra madre recostándose de nuevo en la cama, con el brazo de nuestro padre en torno a los hombros, la boca empapada de saliva, la piel emblanquecida y apergaminada bajo el implacable brazo del sol que se colaba entre las cortinas. Nuestro padre dejó el cuenco plateado que todos hemos usado en algún momento bajo el influjo de algún horrible trauma intestinal. El repiqueteo hueco que emitió al golpear la mesita de noche hizo que Cordy se echara a temblar, invadida por los recuerdos. Nuestro padre rozó suavemente la frente de nuestra madre con una toallita mojada, y luego la boca, y ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa y entonces ella cerró los ojos.

—¿Está bien? —preguntó Cordy, apenas con un suspiro.

Nuestro padre cambió de postura en la cama para darse la vuelta y mirarla, y ella pensó que siempre parecía sorprendido de vernos, como si no nos hubiera conocido en la vida. «¿Quién va?»

Él se quitó las gafas, las limpió, aunque no hiciera falta, con el pañuelo que

llevaba siempre en el bolsillo con tal propósito —todo un caballero, nuestro padre— y se las volvió a poner. Miró a Cordy como si la limpieza de los cristales pudiera resolver el misterio de su aparición. Al respecto solo tenemos una cosa que decir: «Buena suerte, papi».

—Se pondrá bien —dijo—. Creo que solo es por la medicación.

Parecía levemente decepcionado por esa noticia, como si las cadenas químicas presentes en las píldoras le hubieran fallado a un nivel profundo y personal.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Cordy.

Dio un cauto paso adelante, rozando con el pie descalzo el perfil que separaba los tablones anchos del suelo de tarima y el borde de la alfombra, desgastada por el uso. Los dedos agitados a ambos costados, como pájaros en vuelo.

—Ven aquí —dijo nuestro padre, al tiempo que daba una palmada en la cama, al otro lado de nuestra madre.

Ella no abrió los ojos, pero emitió una leve sonrisa al notar que Cordy se sentaba.

—Hola, mami —dijo Cordy.

Nuestro padre le entregó la toalla y ella la pasó cuidadosamente por la mandíbula y por la boca. Siempre había tenido una piel hermosa, tersa y con una leve pelusa, como la fruta, con unas pecas minúsculas en el puente de la nariz (ninguna de nosotras las había heredado, bastante rabia nos daba), y un estallido de pétalos en las mejillas. Nuestro padre se levantó para ir al baño y Cordy escuchó el tintineo familiar del cuenco en el fregadero, el sonido que emitía mientras él lo enjuagaba.

—¿Necesitas algo?

—No, cariño, gracias. Solo estoy cansada. —Seguía con los ojos cerrados, temblando levemente bajo el papel de seda de los párpados, recorridos por venillas azules—. ¿Le preparas el desayuno a tu padre? —Hizo una pausa, se lamió los labios—. Y a lo mejor luego puedes subir a leerme un poco.

—Claro —concedió Cordy.

Dio un beso en la frente de nuestra madre, que estaba fría y pegajosa, y se levantó suavemente, con cuidado de no mover la cama. El aire era fresco todavía en la habitación y Cordy recolocó el grueso edredón blanco antes de tirar de las cortinas para dejarlas bien cerradas y bloquear el paso a los inquisitivos rayos que se abrían camino, como dedos en un teclado, por encima de la cama. Cordy siempre había tenido eso, una serena voluntad de aceptar lo que viniera. Demasiado a menudo habíamos robado juguetes de sus dedos regordetes cuando aún no tenía habilidades motoras o la voluntad suficiente para defenderse luchando. Pero seríamos falsas si dijéramos que no le afectó ver a nuestra madre tumbada de aquel modo en la cama. *Savasana*: postura del muerto.

En la cocina, Cordy hizo ruido y armó lío; partió huevos, cortó verduras para una tortilla y rebuscó entre los botecitos de especias. En su cocina, Rose clasificaba los botes y las latas por orden alfabético. Aquí estaban todos amontonados, como marinos borrachos que soltaran hojas secas por el fondo del armario de la despensa.

—Está durmiendo —anunció nuestro padre con voz áspera al entrar en la cocina.

Ya debía de haber salido a la calle, porque tenía el periódico abierto y, a su lado, una taza de café frío. Alzó la portada mientras Cordy deslizaba con habilidad un plato en la mesa, con una tortilla dorada moteada de verde y blanco, con cebollas y pimientos del jardín.

—Gracias —dijo, dirigiéndole una mirada que luego volvió a posar en el plato mientras cavilaba el misterio de la conexión entre la chica y la comida.

—De nada —contestó Cordy.

Echó más huevo a la sartén para otra tortilla, la sacó a otro plato y se sentó a la mesa junto a él. Nuestro padre se escondió detrás del periódico, pero ella oía el ruido de los cubiertos y el sonido que emitía al tragar con una mueca su café, negro y amargo.

De niña, Bean había desarrollado una tremenda aversión a los ruidos de la masticación. En la mesa a la hora de desayunar, enfrentada al melodioso triturar de las dentaduras de la familia mascando cereales, se ponía cada vez más furiosa hasta que se levantaba y salía en estampida hacia otro lugar, en busca de paz. A Cordy nunca le había preocupado. Le encantaba la armonía sinfónica de la gente al comer, el gentil suspiro de placer generado por el encuentro de gusto y papila, la percusión de la cubertería.

—La verdad es que me gusta trabajar en la cafetería —dijo, sin venir a cuento. Nuestro padre apartó el periódico, bajó el ceño y miró a nuestra hermana—. Estaba pensando que me encantan todos esos sonidos. Como el vaporizador y la campana de la puerta y las conversaciones. Puedo trabajar y dedicarme a escuchar todos los sonidos que se generan a mi alrededor, y resulta bastante reconfortante, ¿sabes?

—«Si la música es el alimento del amor...» —declamó nuestro padre, con una breve sonrisa.

Cordy lo aceptó como una migaja. Él regresó a su periódico. Ella notó que le picaban las lágrimas en los ojos. Nunca había sido así. Él siempre había escuchado sus historias, siempre le había pedido que compartiera sus sueños y se había reído de sus chistes como el que más. Ahora parecía que a duras penas soportaba el sonido de su voz y ni siquiera por educación era capaz de mantener una conversación casual.

Cordy estaba segura de que nos equivocábamos. No iba a cambiar de actitud. Tal vez no cambiara nunca.

¿Cómo podía ser que no se hubiera dado cuenta de lo bueno que era hasta después de perderlo?

Terminó de comer en silencio aunque ya no le encontraba ningún sabor a la comida y luego subió las escaleras mientras nuestro padre fregaba los platos. Cordy se quedó un momento quieta mirando cómo descansaba nuestra madre, el roce que emitía su respiración. ¿Iba a ser así? ¿Siempre preguntándose si lo que hacía estaba bien, si calmar el dolor y alimentar la esperanza implicaría la suficiente ternura, gentileza y cariño? Un pequeño latido de pánico revoloteó en su corazón al pensar en

toda aquella importancia. Al menos en eso podríamos acudir nosotras si ella dejaba algo a medias. Pero el hijo sería suyo. Solo suyo.

Cambió ligeramente de posición. Cuando nuestra madre oyó el crujido del suelo bajo los pies de Cordy, abrió los ojos.

—¿Ha comido algo? —preguntó.

Esa es nuestra madre. Ya pueden estar atacándonos a lo bestia los cuatro jinetes del Apocalipsis que ella querrá asegurarse de que nuestro padre ha comido algo. Será para que no pase hambre en el más allá o algo así.

—Sí —contestó Cordy—. «El duque ha cenado». —Miró a nuestra madre con más atención—. ¿Estás bien? Te veo un poco... —Agitó una mano—. Rara.

Nuestra madre suspiró.

—Estoy bien. Un poco cansada, como siempre. Y tengo hambre.

—¿Quieres comer algo?

Cordy se dio la vuelta para dirigirse hacia la cocina.

—No, gracias, cariño. Aun si pudiera contenerlo en la tripa, estos días todo me sabe a metal. Es horroroso.

—Ah. —Cordy se dio la vuelta y caminó hacia la cama—. ¿Quieres que te lea un poco ahora?

—Me encantaría —dijo nuestra madre.

Cordy cogió el libro que había en la mesita de noche.

—¿Tolstoi? —preguntó con suspicacia.

—Creía que tendría mucho tiempo —contestó nuestra madre con una sonrisa irónica.

Somos famosas por nuestros esfuerzos por leer los clásicos (no shakespearianos), pero también y en la misma medida, salvo por ciertas excepciones, por nuestra incapacidad (o falta de voluntad) para terminarlos.

Cordy asintió, se subió a la cama por el lado de nuestro padre con bastante entusiasmo y se excusó al ver que ella hacía una mueca de dolor.

—¿Aún no lo has empezado? —preguntó.

—No. En la clínica tu padre se puso horriblemente bibliográfico, así que vimos una película. Algo de un perro.

Cordy sabía exactamente a qué se refería nuestra madre. De vez en cuando, en particular si estaba leyendo algo complejo, nuestro padre entraba en un estado de ánimo en el que le daba por carraspear exagerada y repetidamente, y luego detenerse en intervalos aleatorios para leer citas en voz alta, como para decir: «¿Te puedes creer esta falacia?» Aunque no es muy probable que usara la palabra «falacia».

Cordy asintió y abrió el libro. Nuestra madre volvió la cabeza, con el cabello derramado en la almohada, y se la quedó mirando.

—Mi bebé —le dijo con una sonrisa.

Cordy se llevó una mano al vientre.

—Mi bebé —repitió nuestra hermana.

Como ya conocéis a nuestra familia, no os sorprenderá que cuando nuestro padre quisiera romper el hielo lo hiciera con una nota. Asimismo, tampoco os parecerá sorprendente que no se tratara de una nota escrita, sino de la fotocopia de una página de su edición de *Riverside*, con algunas líneas cuidadosamente repasadas con un marcador. Polonio a Ofelia. En alguna ocasión nuestro padre había escrito un artículo en el que desmenuzaba los consejos que recibe Laertes («Sobre todo: sé fiel a ti mismo...», la misma frase que había citado a Rose) y el que recibe Ofelia (a grandes rasgos: no te acuestes con Hamlet, tontorrón). Bueno, visto cómo le fue la cosa a Laertes y a Ofelia, siempre hemos pensado que, pese a la desigualdad de género inherente en esos dos consejos, Polonio dio en el blanco en ambos casos y Ofelia, ciertamente, debería haberle hecho caso. Al fin y al cabo, Hamlet = loco que te cagas, y al parecer era contagioso.

En cambio estas palabras eran más tiernas de lo que habríamos admitido y, al formar parte del regalo de nuestro padre a Cordy, parecían inocentes y amables: «Hablas como una chiquilla inexperta y sin criterio en circunstancia tan peligrosa... Sé más cauta... Sé bien que, cuando arde la sangre, el alma es pródiga en juramentos. Estas llamaradas, hija, dan más luz que calor y ambas cosas se extinguen pese a la promesa...».

Cordy sostenía el papel entre sus manos, sentada en el callejón en sombras de la parte trasera del Beanery. Un año antes habría sido su pausa para el cigarrillo, pero ahora era tan solo un momento, el rato que pasaba apoyada en la rasposa dureza de la pared de ladrillo visto para inhalar el aroma de la basura añeja. Llevaba en el delantal varias marcas de manos incompletas, como si acabara de atacarla un monstruo harinoso con manos de tres dedos. ¿Cuántas veces había desplegado ya aquel papel para leerlo y volverlo a plegar? El sudor de sus manos empezaba ya a ablandar las dobleces.

He aquí uno de los problemas de comunicarse por medio de palabras de un hombre que no está disponible para dar explicaciones: a veces resulta enormemente difícil saber de qué estaba hablando. El mero hecho de que la gente no haga más que escribir libros y artículos e interpretaciones dramáticas sobre este tío ya debería hacernos saber que, pese a su elocuencia, no era precisamente el más diáfano de los comunicadores. Claro que ninguna de nosotras le diría eso a nuestro padre, pero ciertamente lo pensábamos.

Cordy sabía que nuestro padre creía que ella estaba cometiendo un error, que era inmadura, juvenil, que se trataba de un capricho pasajero. Y esa presunción de inmadurez era en buena medida culpa suya. Se había regocijado toda la vida en la condición de hija favorita, complacida en ser la niña querida, y ahora llegaba la otra cara de la moneda. ¿Quién la iba a creer cuando decía que había decidido hacerse adulta?

—¡Cordy! —la llamó Dan desde dentro.

Se llevó una mano a la cara y sintió la quemazón de antiguas humillaciones. ¿A

quién quería engañar? Nuestras regañinas tácitas ardían en torno a ella, daban vueltas, se retorcían alrededor de su pelo y emborronaban los límites de su visión. ¿Había triunfado alguna vez en algo que no fuera ir a la deriva, cosa que tampoco representaba mérito alguno? Mucho tiempo antes, había pensado que la valentía significaba moverse, que el poder estaba en el trayecto. Ahora sabía que, para ella, marcharse no implicaba ningún valor; la fuerza venía del retorno. La fuerza estaba en quedarse.

Abrió la puerta enrejada que daba a la cocina (en tiempos lejanos el Beanery había sido un restaurante y Cordy empezaba a mirarse aquellos fogones industriales con cierta astucia) y escuchó el crujido de las bisagras y el portazo a sus espaldas. Por delante, el suelo embaldosado se estrechaba hacia el pasillo y luego volvía a ensancharse detrás de la barra. Caminó hacia allí como una novia nerviosa.

—Eh —saludó Dan, con una sonrisa. Cordy, como un cachorro que ha recibido demasiadas patadas, se relajó—. Hay que hacer un par de sándwiches. —Dan movió la cabeza para señalar hacia una madre sentada con su hija en unas mesas al otro lado de la sala. Parecía una alumna de instituto en viaje de prospección. Permanecían sentadas con rigidez, mirando a su alrededor, con aire crítico la madre, tentativo la hija: «Este podría ser el sitio de mi primera cita. Aquí podría venir a tomar algo con las amigas al salir de clase»—. Cruasán relleno de ensalada de pollo, pavo con pan de *focaccia*.

Le pasó la hoja del pedido, le guiñó un ojo y Cordy se puso a trabajar.

Al terminar los sándwiches los partió limpiamente en platos a los que añadió una rodaja de pepino, patatas fritas de bolsa, unos dados de sandía dispuestos como un ramillete comestible y los llevó hasta la mesa.

—Es demasiado pequeño —decía la madre, mientras sin darse cuenta toqueteaba una pajilla—. No estoy segura de si te acostumbrarías a estar tan lejos de... De todo.

Cordy aguzó el oído al oír el comentario y un millón de pensamientos se atropellaron en su mente, pero se limitó a sonreír y dejar los platos en la mesa. Total, su aprobación tampoco importaba. La chica era como Bean, se notaba, llena de sueños, exigencias e ideas propias. Además, ¿quién no se iba a enamorar de Barney? Las evocativas paredes de grandes piedras de la calle principal, la escalera arqueada original de Rubin, los rascacielos del Círculo de Estudiantes, engañosamente atractivos durante los campus de verano y luego amenazantes en el profundo invierno, la extensión del patio, de un suave verdor a la sombra de los arcos. El campus es precioso y chicas menos listas que ella han sucumbido al canto de estas sirenas.

—Tú vives aquí, ¿verdad? —preguntó la madre, y Cordy tardó un momento en darse cuenta de que se dirigía a ella.

—Sí. Aquí nací y me crie.

La madre alzó las cejas y meneó la cabeza ligeramente en dirección a su hija, como si le dijera: «¿Ves lo que le pasa a la gente en esta clase de sitios?»



—¿No se hace difícil vivir tan aislado? —preguntó la madre.

Cordy dudó. Ni le importaba que la chica escogiera Barney o no, pero le parecía injusto que no pudiera probarlo un poco, plantarse ante el espejo y volverse a un lado y al otro para dar forma a la posibilidad de su futuro.

Se volvió hacia la hija, incómoda con la ropa que se había puesto para acudir a la entrevista en la facultad, un vestido verde que encerraba cualquier personalidad que pudiera tener.

—Es verdad, Barney está un poco aislada. Pero te asombraría la vida que tiene el campus durante el curso. Ocurren millones de cosas. En la oficina de recepción suele haber un calendario que te pueden dar para que veas la pinta que tienen las semanas. Y, si quieres aprovecharte de eso, puedes hacerlo. —Se dio cuenta de que estaba muy pendiente de su propio acento, vigilando aquellas vocales propias del medio oeste, tan traicioneras—. Creo que descubrirás que la mayoría de la gente que va a la universidad en una ciudad grande acaba tan envuelta por el campus que tampoco sale demasiado. Y además, como estudiante, serías demasiado pobre para disfrutarlo. — La hija le dirigió una sonrisa agradecida. La madre parecía fría—. Además, solo estamos a una hora de la ciudad. Disfrutad de la comida.

Sonrió y se volvió a meter detrás de la barra. Dan estaba en su despacho, repasando papeles y suspirando, así que Cordy se puso a trabajar. Al rozar la barra con la cadera mientras limpiaba sintió el crujido del papel en el bolsillo y volvió a sacar la nota de su padre. Sabía que no la avisaba acerca del sexo, pues era absolutamente obvio que para eso llegaba tarde. Entonces... ¿de qué?

El trapo que llevaba en la mano trazaba círculos sobre la barra, de un blanco frío que imitaba el mármol, surcado por venas grises. Se recordó cuando tenía... ¿ocho años, quizá? Cuando Bean y Rose empezaron a apartarse nuevamente de ella, cuando empezó a no resultar ya tan divertida como juguete para sus hermanas porque había desarrollado una voluntad propia. Rose había empezado su búsqueda de un príncipe shakespeariano y Bean estaba implicada en algo más interesante que Cordy, tan inútil que ni siquiera tenía sentido recordarle que terminara de peinarse, de modo que iba por allí con una cola de caballo y un mechón de pelo suelto rebotándole en el cuello por el otro lado.

Descubrir que había sido abandonada de ese modo fue algo solitario, aturridor en cierto modo. Se volcó en los libros y se dedicó a emular todos los personajes que descubría. Si leía una historia sobre una chica que se encerraba a leer en el armario mientras comía galletas de chocolate, hacía lo mismo. Recorría las páginas de las novelas de los detectives infantiles Nancy Drew y los Hardy Boys, y luego iba por todas partes buscando pistas y anotándolas en su libreta de *Harriet la espía*, si bien el hecho de que aquellas notas se negaran a ofrecer una conclusión le provocaba una decepción perenne. Intentó fugarse, imitando a un millón de niños de un millón de libros, pero con su maleta, que llevaba estampada la imagen de una chiquilla anticuada con gorrito, nunca fue capaz de conservar la calma hasta más allá de los

rododendros.

Nunca logró encontrarse en aquellos libros por mucho que lo intentara, exhumando rasgos de entre las páginas para usarlos ella durante una hora, un día, una semana. Creemos que, en cierta medida, todas hemos hecho eso toda la vida, buscar el libro que nos diera la clave de nuestra propia identidad, el que nos llevase hasta una personalidad formada por completo, como si se tratara de una habitación amueblada y lista para ser alquilada. Como si pudiéramos entrar en ella, echar un vistazo y decir a la casera, que estaría detrás de nosotras con su melena gris: «Me la quedo».

La idea del juego de magia vino de una novela sobre un chico cuyo juego de magia resultó ser mágico de verdad y, de aventura en aventura, lo fue llevando hacia mundos extraños, guiado por su varita mágica y rescatado del peligro con un pañuelo multicolor o con un nudo gordiano en una cuerda.

En nuestra familia no se compraban demasiadas cosas. Formaba parte del esfuerzo de nuestros padres, más o menos inconsciente, por salirnos del consumismo, simbolizado por sus planteamientos antitelevísivos. Hasta los juguetes eran heredados, puzzles a los que faltaban piezas, construcciones que no acababan de encajar; nuestras muñecas no tenían marca e incluso la ropa la hacía nuestra madre con la máquina de coser. Nuestros padres recibieron la petición de Cordy de un juego de magia con cierto escepticismo y con la certeza de que enseguida lo abandonaría por la siguiente moda pasajera.

Pero no fue así. Cordy suplicó y suplicó y suplicó hasta que al fin, por su cumpleaños, obtuvo como premio uno de los regalos más raros que jamás entraron en nuestra casa: algo retractilado.

Dominar los trucos no le costó mucho: el juego, como el libro en el que había nacido su fascinación, estaba hecho para alguien más pequeño que ella. Nos siguió por toda la casa, llamó a la puerta cerrada de Rose, suplicó que la dejara entrar, sacó del baúl de los disfraces una falda que usaba como capa y nos preparó un número en el sótano. Y luego, unos pocos días después, se olvidó. En defensa de Cordy, los trucos eran más bien cutres: las cuentas se salieron de la cuerda y rodaron por debajo de un sofá (donde, suponemos, siguen hoy en día), la varita perdió su preciosa punta blanca. Pero enseguida pasó a la siguiente fascinación: una muñeca a la que le crecía el pelo para aprender a hacer trenzas.

Abracadabra.

Eso fue todo, claro. Hasta el presente, siempre que expresaba interés en algo, alguien de la familia invocaba el maldito juego de magia con los ojos en blanco, como para decir: «Ay, ya estamos otra vez». Así que para nosotros el bebé era otro juego de magia, otra tarde de encierro en el armario para comer galletas de chocolate y leer a la luz de una linterna.

Pero no lo era.

¿Lo era?

Un par de estudiantes que trabajaban en el campus de verano entraron y pidieron café con hielo. Mientras se alejaban de la barra, Cordy fue a meter el dinero en la caja y sus dedos se detuvieron en los billetes. Nunca había robado como Bean, pero si tuviera un jefe particularmente odioso no era impensable que marcase mal unos cuantos pedidos y se quedara con la diferencia, sobre todo si esa diferencia equivalía a poderse pagar un billete de autobús para abandonar el pueblo, en vez de tener que hacer autoestop.

¿Por qué había defendido el pueblo? Era una trampa. Nuestro padre le estaba atando unos cordones de seda en torno a los tobillos, la ataba a Barnwell con sus mensajes impenetrables. Nuestra madre le aferraba las manos con su enfermedad. Y nosotras nos poníamos la zancadilla con nuestros pasados respectivos y hacíamos papilla del futuro con nuestros miles de fracasos. Cordy notó que la rabia la sofocaba y sintió una ansiedad, un picor, una quemazón por largarse, por estar en cualquier sitio menos allí.

Oxford en verano no era lo que Rose esperaba. La ciudad de las torres durmientes—en la que imaginaba a los estudiantes corriendo para llegar a clase con sus togas puestas, profesores que comentaban con solemnidad la teología de *La República* de Platón, gigantescas jarras de cerveza, campus serenos engalanados con gárgolas y ceremoniales jardines ingleses—era más moderna, ajetreada y dedicada al turismo de lo que había supuesto. A través del velo del *jet lag*, todo aquel movimiento le pareció agotador y abrumador y, por primera vez, le hizo entender la sabiduría contenida en una tranquila taza de té o en una pinta de cerveza a media mañana.

Al llegar se había lanzado en brazos de Jonathan con el estrés del vuelo, los meses de ausencia y los latidos de su propio corazón, todo derrumbándose en un montón de astillas en cuanto lo vio. El cuerpo de Rose, confuso por la falta de sueño, por el brillo del sol cuando tendría que haber oscuridad (¿y no llovía? ¿No se suponía que en Inglaterra siempre llovía?), se movía solo.

Fueron a Oxford en tren y los ojos de Rose fueron de Jonathan al paisaje bucólico que se veía emborronado por la ventana. En Estados Unidos se había fijado en cómo se alejaban los barrios periféricos de la ciudad, en cómo disminuía cada vez más el espacio vacío que quedaba entre su pequeña extensión y la vastedad de los campos de Barney, y algo en su interior se había tambaleado y se había puesto a rezar por el espacio verde que estaba viendo, por las casas de piedra abandonadas por el progreso, por la simplicidad de un rebaño de ovejas.

«¡Cuánto se parecía al invierno esta ausencia tuya!», pensó Rose en cuanto sintió la calidez del cuerpo de Jonathan junto al suyo, su mano, caliente y seca, contra el frío de las suyas. Llegaron a la habitación, cayeron en la cama y se redescubrieron. Luego, ella se quedó tumbada con la cabeza en el pecho de Jonathan y se permitió sentirse pequeña, femenina, protegida, con su mano abierta sobre el palpitante corazón de él. Se durmió, él la despertó con un amable recordatorio de los peligros de quedarse dormida el primer día y ella se volvió a dormir.

Fueron a dormir vergonzosamente pronto, Rose mareada aún de tanto agotamiento y tanta novedad. Jonathan la había llevado a un pub con las vigas a la vista en un techo tan bajo que Rose había tenido que agacharse para pasar de una sala a otra y la escalera que llevaba al segundo piso le había parecido más un territorio donde gatear que una zona de paso.

—¡El pub más antiguo de Inglaterra! —anunció Jonathan.

O a lo mejor era el más antiguo de Oxford. No era justo poner a prueba su capacidad de comprensión en aquel momento. Él pidió un par de pintas en la barra y luego subieron. Se sentaron a ambos lados de una mesa vieja y rayada, con las zonas que sobresalían entre los arañazos, tan oscurecidas que parecían quemadas, y se tomaron las manos. Ella no había olvidado la cara de Jonathan, pero al verlo en persona se dio cuenta de que su memoria sí había perdido el recuerdo de aquella intensidad, la precisa profundidad de sus ojos, el ángulo geométrico que trazaba el perpetuo remolino de su pelo, el ardor de su piel al contacto con la de ella.

—Me encanta tenerte aquí —dijo él—. No sabes cuánto te he echado de menos.

Ella le devolvió la sonrisa, con un suave sonrojo.

—Yo más —le contestó—. Pasar por todo sin ti ha sido duro.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó él juntando las cejas.

—Estaba mejor, pero la radiación la deja muy cansada. Parece hecha polvo.

Jonathan exhaló.

—Lo siento.

—Parecería que a estas alturas deberían ser capaces de encontrar una solución mejor que el veneno. —Lo miró y sonrió—. Tú eres científico. Arréglalo.

Él alzó las manos de ambos y entrecruzó los dedos de tal modo que las palmas se tocaban.

—Sabes muy bien que no es mi especialidad. Pero te puedo asegurar que están trabajando en ello.

—Para ella llegan tarde —dijo Rose. «¿Y para nosotras?»

—¿Y cómo se encuentra...? Mentalmente, quiero decir.

—Descansa mucho y le leemos libros, que es lo que más necesita. Si Bean y Cordy... —se detuvo.

—¿Si Bean y Cordy qué?

—Bueno, iba a decir que si Bean y Cordy ayudasen más, pero no sería justo. De hecho las dos han aportado una tremenda ayuda. Sorprendentemente.

—Hmmm.

—Todavía soy yo la que más rato pasa con ella, pero las dos están trabajando. Así que supongo que debo entenderlo.

Rose sintió una punzada de culpa por esa última afirmación, pero estaba tan acostumbrada a criticarnos que no lo había podido evitar.

—¿Y qué tal progresa Cordy?

Rose separó su mano de la de Jonathan y bebió un trago. En cierto modo, odiaba

hablar de nosotras con Jonathan. El maldito era demasiado equilibrado.

Él notó que dudaba.

—Venga, sé justa.

—Físicamente está bien. La llevé al médico y está sana y todo está como debe ser. De hecho ha conseguido mantener su trabajo. Pero... —Bebió otro trago. Jonathan rodeó su vaso con la mano y ella se maravilló ante la belleza de sus dedos y lo amó de nuevo—. Pero estoy preocupada por ella. Hizo muy pocas preguntas en el médico, no sabe quién es el padre y no parece que le importe. Y el trabajo en la cafetería está bien por ahora, pero con una criatura no podrá vivir de eso y es absolutamente injusto pedir a nuestros padres que la mantengan, con los problemas que tienen. —Jonathan asintió sin decir nada—. No está preparada para ser madre.

—No está preparada para ser madre como lo estarías tú —corrigió él.

—Ay.

—Lo digo en serio. Ya sabes que una de las cosas que más me gusta de ti es tu capacidad para conseguir que todo, lo tangible y lo intangible, adopte una cierta apariencia de orden. Pero ese es el estilo de Rose, no el de Cordy.

—Me temo que el estilo de Cordy no bastará.

—Cordy ha sobrevivido hasta ahora en circunstancias que a ti te hubieran hecho huir a la carrera hace mucho tiempo. Obviamente, ha ido descubriendo el modo de cuidar de sí misma.

—Pero es que no hablamos de cuidar de sí misma. Hablamos de cuidar de un bebé. Temo por ella. No quiero que le resulte demasiado duro.

—Exacto —dijo él, con una sonrisa.

Le exasperaba cuando se ponía así, sereno ante la tormenta. Su paz dejaba a Rose sin nada contra lo que clamar. Meneó la cabeza.

—¿Y qué hay de la bella Bianca?

Al contarnos sus pecados, Bean nos había suplicado que guardáramos el secreto, pero Rose no había sido capaz de no contárselo a Jonathan. Así que él conocía toda esa sórdida historia, o al menos lo que nos había contado Bean.

—Está mejor. Se está involucrando mucho en la parroquia St. Mark. Participa en proyectos altruistas, sale por ahí con el padre Aidan. Es como una conversión.

—Nadie es ateo cuando las cosas van mal.

Rose se lo pensó un poco mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Me gustaría creer que es por eso. Pero el padre Aidan es guapo...

—¿Bean? —Jonathan se llevó una mano al corazón y fingió una mueca de horror—. ¿Involucrarse en algo por un hombre? Me sorprende que sugieras algo así.

—Créeme —insistió ella—. Aunque me da la sensación de que se va a llevar un chasco tremendo cuando descubra que probablemente él comulga todo ese rollo de no practicar el sexo fuera del matrimonio.

—Ah, eso le irá bien —apuntó Jonathan.

—También está trabajando para devolver la deuda. No sé... Yo creía que se

limitaría a esconderse, pero la verdad es que está trabajando para reparar el mal que cometió.

—A lo mejor está genuinamente arrepentida —concluyó Jonathan.

—A lo mejor. Ojalá.

Él alargó un brazo, cubrió la mano de Rose con la suya y le sonrió de esa manera que ella encontraba irresistible. Ah, sabía que no era el hombre más guapo del mundo, ninguna mujer se pararía por la calle para verlo caminar, pero para ella era la única luz del cielo.

—¿Lo ves? Te dije que la gente puede cambiar. No es tan difícil.

Si Rose no hubiera estado tan ocupada echándose hacia delante para besarlo, para catar la cerveza en sus labios, para regocijarse en el hecho de que podía tocarlo en vez de abrazarse a sí misma mientras su voz susurraba desde el otro lado del océano, acaso hubiera puesto en duda esa idea. No había nada tan difícil como cambiar.

## Dieciocho

Todo fue idea de Bean. Teníamos quince, doce y nueve años. Ninguna de nosotras, obviamente, tenía carné de conducir. Alguna vez, si era un día despejado y no teníamos prisa, nuestro padre paraba en la cuneta y dejaba conducir a Rose por alguna de aquellas carreteras anchas que rodean Barney, esparcidas como cuerdas de regaliz negra al alejarse del pueblo. Por todas partes había pastos, vacas que nos dirigían sus torvas miradas cuando veían pasar corriendo nuestro coche. Aunque «corriendo» podría ser una palabra errónea, pues Rose nunca quería poner el coche a más de cuarenta por hora. Los chicos que circulaban en deportivos semidescapotables pasaban zumbando y gritaban sobre la música que estallaba por sus ventanillas, lo que provocaba que a Rose le temblaran las manos en el volante, sin dejar nunca de señalar las dos y diez.

En cambio, a Bean nunca se le había concedido esa oportunidad; acaso dos o tres veces. Nuestros padres no estaban en el pueblo porque él hablaba en una convención en la que algunos serios profesores anotarían aplicadamente cada perla que él soltara y luego se irían a beber al bar del hotel para más adelante llegar tambaleándose a sus habitaciones, llenos de vino y perdido todo propósito. Nuestros abuelos estaban con nosotros, pero Nana y Pop-Pop habían alcanzado mucho antes la edad de acostarse a la misma hora que nosotras, y la excitación de los cambios en casa nos había dejado demasiado alteradas para dormir.

Rose estaba en la cama, perdida en el mundo de *La isla del tesoro*, cuando oyó las risillas de Bean y Cordy en la habitación contigua. Nuestra creciente amistad la tenía atemorizada, paralizada, temerosa de que la dejáramos atrás. Se quitó de encima la sábana, limpia y blanca a la luz de su lámpara de lectura, apoyó los pies en el suelo y caminó con pasos suaves hacia la habitación de Bean. La puerta no estaba cerrada del todo y un haz de luz se derramaba por el suelo del pasillo. Con una mano en el picaporte, Rose dudó antes de abrirla y colarse dentro, precedida por el chirrido de las bisagras.

Bean y Cordy se estaban cambiando, cuerpos aún planos y fútiles, poniéndose vaqueros y zapatillas deportivas.

—Ven —dijo Bean a Rose, porque si la convertíamos en aliada no nos detendría—. Nos vamos a la heladería Deee-Lite.

—¿Ahora? —preguntó Rose. Fuera cual fuese la idea que se había hecho al levantarse, sin duda no tenía nada que ver con aquello—. Nos costaría una hora llegar hasta allí.

El Deee-Lite estaba en la otra punta del pueblo, donde las casas cedían el lugar a los trigales, todo oscuro y vacío en aquella época del año.

Bean y Cordy se miraron y se echaron a reír. Cordy se puso el calzado.

—Vamos a coger el coche —dijo.

Por alguna razón, nos pareció divertidísimo de nuevo y nos echamos a reír con tanta fuerza que dimos por hecho que Nana y Pop-Pop se iban a despertar.

Por supuesto, Rose intentó convencernos para que no lo hiciéramos, pero algo tenía esa noche, algo de despedida del otoño en el aire —el Deee-Lite iba a cerrar la semana siguiente por la llegada del invierno (cosa que ocurría regularmente, no por culpa nuestra)—, algo relacionado con la libertad que sentíamos por estar fuera nuestros padres e inocentemente dormidos al otro extremo del pasillo nuestros abuelos... Y creemos que tuvo algo que ver con el hecho de que estuviéramos juntas las tres sin nadie más, suceso tan raro y hermoso que nos hacía vibrar por dentro, como las cuerdas de una guitarra.

Y cuando vio que, con ella o sin ella, nos íbamos igualmente, decidió venir. Para mantenernos a salvo, dijo.

Y ahora que lo pensamos, ¿hasta dónde era una estupidez? ¿En qué medida era alocado que tres chicas, de las que solo una tenía alguna experiencia de verdad en conducir, por decir algo, aunque ninguna por la noche, demasiado jóvenes las tres para salir a una oscuridad poblada de chicos con coches rápidos y chicas con faldas tan cortas que eran como no llevar nada, salieran en busca de un poquitín de peligro para romper la monotonía? Desde entonces hemos hecho un millón de cosas más estúpidas que las de esa noche, pero esa aún nos hace menear la cabeza.

Entonces no lo sabíamos. Solo sabíamos que éramos locas y aventureras, que la noche era nuestra y que ahí estaba el poder de las tres, las hermanas fatídicas, tomadas de la mano.

Rose se puso bien pesada con que cada una cogiera su chaqueta, como si fueran alguna clase de talismán, un hechizo contra la pura idiotez de nuestro acto. Y ella sabía que era algo loco y estúpido, tan poco propio de ella que se podría pensar que precisamente por eso había aceptado sumarse.

Cuando estuvimos todas vestidas salimos por la puerta delantera conteniendo la respiración mientras caminábamos sobre las tablas que sin ninguna duda iban a crujir para traicionarnos, abrimos la pesada puerta y escuchamos el doloroso chillido de las bisagras de la puerta mosquitera, que seguía puesta desde el verano. Rose llevaba las llaves porque había negociado que conduciría ella. De hecho, ni siquiera había puesto nunca el coche en marcha, así que dejó que el motor raspara bien fuerte durante un rato antes de apartar la mano de la llave y buscar el interruptor de las luces y así salimos hacia la oscuridad.

Bean se había pedido ir delante e iba pasando de una emisora de radio a otra — algo que, como parece típico, estaba absolutamente prohibido—, hasta que encontró una canción pop que le gustaba, bajamos las ventanillas y nos fuimos alejando del pueblo envueltas en la música y sintiéndonos como si estuviéramos en una película; y aquella canción fuera la banda sonora de nuestra gran huida. Alrededor nuestro las



casas estaban a oscuras y en silencio, pero al pasar por la zona de residencias estudiantiles vimos luces y oímos música y eso nos dio energía y nos hizo sentir parte de un mundo en el que pasaban cosas y en el que tres chicas podían escaparse de casa por la carretera sin que pasara nada, de modo que ya podíamos ser cualquiera: sobre todo Rose, ya no necesitábamos seguir siendo nosotras mismas, sino alguien emocionante y valiente.

Cada vez que oímos esa canción pensamos en aquella noche, en lo felices que éramos. Bean miraba a Rose, con sus manos aferradas al volante, la frente tensa de tanta concentración mientras la luz de las farolas se deslizaba por su cara, clara y oscura, clara y oscura. Detrás, Cordy iba apoyada en el asiento, cantando al son de la música y mirando por la ventana.

Cuando sobrepasamos los límites del pueblo, Bean sacó de pronto la cabeza por la ventanilla, asomó hasta los hombros en plena noche y soltó un aullido salvaje a la luna. A Rose le dio un susto de muerte. Luego Cordy se encaramó hasta su lado y le sostuvo una mano mientras bramábamos contra la decadencia de la luz y, a nuestras espaldas, el parloteo crítico de Rose se convirtió en risa y entonces también nosotras rompimos a reír a la cara de la oscuridad. Había algo menos de un quilómetro de pasto entre el fin del pueblo y el Deee-Lite, pero nos parecía como si ante nosotras se extendiera el mundo entero, nuestro futuro y nuestras vidas abiertas.

Salir del aturdimiento del subidón para encontrarnos en el aparcamiento del Deee-Lite nos pareció poco natural y algo prosaico. Hacía rato ya que las familias se habían ido a casa y el pavimento se había convertido en lugar donde prendían y se extinguían los romances, donde se esparcían los rumores, donde se destruían o cimentaban las amistades, donde se tejía el hilo de aquella vida típicamente americana que bullía fuera de Barney y de la Coop y de nuestro mundo sin televisión. Y, aunque, cada una a su manera, nosotras queríamos formar parte de aquel mundo y de su brillante idealismo —Bean con sus revistas para adolescentes, Rose con sus romances, Cordy con sus curiosos sueños—, nos dábamos cuenta de que, tal como estábamos aquella noche, podíamos aspirar a mucho más que eso.

Creemos que el helado solo le importaba a Cordy. Se tomó un cucurucho recubierto de fideos de chocolate de colorines, Bean pidió un banana split y Rose, por supuesto, quiso vainilla y pagó los tres con su semanada. Era la que más gastaba, pero siempre parecía tener más dinero que nadie. Rose, tacaña, contaba las monedas sobre la mano abierta como si estuviera repartiendo partes de sí misma a la desinteresada cajera, pero tampoco nos negó nunca algo que necesitáramos.

Dejamos que Cordy pidiera un cucurucho grande, algo que nuestros padres siempre habían prohibido con el argumento de que le daría dolor de barriga (y podríamos señalar que estaban absolutamente en lo cierto). Pero se comió el condenado helado entero de todos modos y se le quedó la boca cubierta de fideos de chocolate y de helado seco, y las manos pegajosas y apestosas de leche. Rose y Bean iban hablando y riéndose, mientras Cordy corría alrededor de una mesa de fuera, una

de esas mesas de plástico con parasoles torcidos, cada vez más mareada.

Puede que hubiera luna llena. Desde luego, cuando miramos hacia atrás la recordamos con un brillo tremendo: las imágenes entran en un relieve agudo, perfectas como para un museo, iluminadas en una vitrina. Y puede que eso también tenga algo que ver con el estado de ánimo, con el hecho de que incluso Rose, perfecta como un pétalo, viniera con nosotras y se riera cuando estábamos a punto de matarnos con el cuerpo asomado por la ventanilla e intercambiara susurros y bromas con Bean sobre los chicos que merodeaban a nuestro paso, con su movimiento de caderas y sus labios apretados. Cordy se tumbó en una de las mesas y se asomó cabeza abajo por un extremo y contempló cómo Bean se acercaba muy lentamente a una papelera, sobre plástico y guijarros, acercándose escandalosamente a un par de chicos que fumaban y la miraban desfilar. Rose se tapó la boca y rio en silencio mientras Bean balanceaba sus inexistentes caderas y, por supuesto, ya sabéis que los chicos la seguían con los ojos, como no dejaron de hacer durante los años por venir.

Qué contentas estábamos cuando llegamos al coche para volver a casa. Parecía que habíamos incurrido en algún peligro al salir, mientras que ir a casa tan solo era una tarea que debíamos ejecutar. Así que tal vez por eso Rose pasó las llaves a Bean. O quizá fue porque en aquel momento nos sentíamos tan cercanas, llenas, adormecidas y empachadas de dulce por los helados, con nuestra hermanita correteando como una Ariel liberada en torno a nosotras, su cabello volando en la oscuridad mientras nosotras fingíamos ser las chicas que no éramos. Y tal vez porque habíamos ido hasta allí un millón de veces, habíamos pasado por aquella carretera otro millón y nos conocíamos cada palmo de la valla y del asfalto, cada hojilla de hierba, y Barney siempre nos había hecho sentir seguras y bajo control.

Fuera cual fuese la razón, el caso es que Rose lo hizo y ocupó el asiento de la derecha y le fue diciendo qué debía hacer y miró mientras Bean lo hacía y ni siquiera entonces nos pareció que corriésemos peligro alguno. Cordy iba tumbada detrás, con las manos en la barriga hinchada, gimiendo bajito, y Rose bajó la radio.

Al principio Bean pisó demasiado el acelerador y salimos de la plaza de aparcamiento dando botes y tumbos para luego detenernos con un chirrido de frenos al límite del aparcamiento, mientras ella miraba a izquierda y derecha. En alas del viento, un motorista pasó a nuestro lado, dejó un chirrido de frenos en el asfalto, un rebufo flatulento del motor, y Bean arrancó, levantando el pie del freno y permitiendo que el coche se deslizara hacia la carretera. Rose respiró hondo y se agarró al borde del asiento, pero Bean colocó el pie con firmeza en el pedal y aceleró.

Cuanto más conduces, más se pierde el placer de hacerlo, pero aquella era una noche de fresca independencia y circulábamos carretera abajo con más velocidad de la que hubiera sido técnicamente prudente, y Bean apenas vio la figura del ciervo que saltó por encima del cerco de los pastos y se lanzó contra nuestros faros.

Rose lo vio. Jura que lo vio un instante antes que Bean, pero fue tan rápido que no pudo abrir la boca para gritar y luego vinieron el fuerte golpe sordo del impacto, el

chillido de los frenos y los coletazos enloquecidos que dio nuestro coche antes de chocar contra un poste del cercado. Cordy se deslizó hasta caer del asiento trasero y terminó arqueada sobre el pequeño montículo del suelo del coche y se dio un golpe en la cabeza con la manivela de la puerta. Lloró, por supuesto, pero cuando Bean y Rose abrieron las puertas y salieron chillando a la noche ella fue capaz de levantarse y salir detrás de nosotras, con un pequeño churrete de lágrimas que surcaba el helado embadurnado en la mejilla, con un aspecto penoso y confuso. Mientras permanecíamos allí nos asaltó la noción de que la cantidad de problemas en que nos íbamos a meter era inmensurable. Era lo peor que jamás habíamos hecho. Incluso nuestros padres, incapaces de aplicar de manera consistente ninguna restricción, privación o castigo más severo que una reprimenda severa, iban a tener que hacer algo.

—Conducía yo —dijo Rose.

Oh, Rose: sensata incluso frente al desastre, no crean que no la amamos por ello. Pero Bean ni siquiera lo oyó; estaba plantada en medio de la carretera con las manos en la boca en una mueca de horror. El ciervo estaba tumbado justo al lado de las gruesas líneas amarillas pintadas en el centro de la carretera, como si obedeciera las señales: prohibido adelantar. Era una hembra de gamo que conservaba todavía un rico color de manteca y chocolate por el verano, con una mancha blanca en la base del cuello. Cada vez que alzaba la cabeza en un vano intento de mover el cuerpo, el mechón blanco brillaba como una estrella bajo la luz de los faros.

Rose intentó impedir que Cordy lo viera, pero la pequeña forcejeó para librarse de sus firmes manos y caminó por la carretera. Llegó hasta Bean, que seguía allí plantada, todavía en silencio, jadeando bajo las manos que cubrían la boca, mirando al gamo, viendo sus estertores, oyendo su silencioso gruñido, una súplica de ayuda. Bean rechazó el contacto de Cordy y le dio la espalda, pero sus ojos seguían entrelazados con los del gamo. Tenía una pierna rota y había sangre en el asfalto.

A saber cuánto rato estuvimos en aquella carretera, impresionadas por la violencia, saturadas de azúcar, hasta que llegó la patrulla de la policía. Conocíamos al ayudante, el oficial Franklin: solía desayunar en la cafetería que había al lado de la librería y al pasar a nuestro lado por la calle nos sacaba una moneda de la oreja para hacernos reír. Era joven y le pedíamos si nos podíamos probar su gorra, en parte para reírnos de cómo nos resbalaba sobre la frente la amplia visera y en parte para ver el vulnerable tono rosa de su cuero cabelludo bajo el corte policial.

Las luces giratorias del patrullero convirtieron la silenciosa carretera en un desfile de carnaval, lanzando espirales de azul y rojo que daban vueltas en torno a nosotras. Nos miró, miró el coche, vio el espacio vacío que deberían haber ocupado nuestros padres y luego miró hacia el gamo, la mancha blanca que ya se volvía roja; no podemos decir si era por la sangre o por la sirena de la policía. Sin decir palabra, caminó de vuelta hacia su coche, marcando un pesado clic clac con sus tacones en el asfalto, y volvió con una escopeta. Cuando la amartilló sonó un sólido crujido

metálico del tambor. Nos quedamos todas mirando, las tres, hasta que alzó el arma, nos miró por encima de la culata y, con voz áspera, nos dijo:

—Chicas, ahora tenéis que mirar a otro lado.

Y lo hicimos.

Debía de tener buena puntería, pues durante un momento se oyó solo el ruido de las patas del gamo escarbando en la carretera y después sonó un trueno agudo, repetido en la noche una y otra vez por el eco hasta que nos pitaron los oídos, y luego nada más. Cordy salió corriendo hacia la cuneta, se agarró a la cerca metálica con las manos y vomitó el helado en el pasto.

Nunca volvimos a hacer nada parecido a todo eso.

A menudo pensamos en esa noche, pero lo que vuelve a nosotras no es el final terrible, sino lo libres y felices que fuimos, y aquella sensación de que juntas podíamos hacer cualquier cosa, dominar el mundo sin importarnos las consecuencias. Recordamos las ventanillas abiertas, el fuerte empujón de la brisa contra nuestra piel, los aullidos en la noche, el sonido de aquella canción que se enfrentaba al grito del viento y al ruido de los neumáticos sobre el asfalto, la manera en que Rose se plantó con su fuerza y su equilibrio, protegiéndonos de cualquier daño. Y recordamos nuestra promesa de no volver a dañar jamás a ninguna criatura y nos preguntamos adónde fueron aquellas niñas, si murieron con el gamo aquella noche en la carretera, o si hubieran desaparecido igualmente.

## Diecinueve

—Ya sé —dijo nuestro padre, sacudiéndose granos de maíz de la barba como quien echa a un pájaro del nido— que la ilegitimidad hoy en día ya no conlleva el estigma de otros tiempos. Pero me parece una idea básicamente mala traer al mundo a una criatura sin padre.

—Mi bebé tiene padre —contestó Cordy—. No me va a crecer de la cabeza.

Estaban solos a la mesa porque nuestra madre se había esforzado en vano por comer un poco de sopa y un tomate, y luego se había excusado para irse a descansar. Bean había salido.

—¿Qué clase de padre? No has sido capaz de decir cómo se llama.

—«También yo soy un bastardo. Me encantan los bastardos: como bastardo fui engendrado, como bastardo instruido, bastardo soy en mi mente, bastardo es mi valor, ilegítimo en todos los sentidos» —citó Cordy.

Era claramente incierto, pero siempre nos había gustado esa cita.

—Y el padre tiene responsabilidades —dijo nuestro padre, como si ella no hubiera hablado—. Tú podrás sentir que eres capaz de darle al crío todo lo que necesita en el plano emocional, pero... ¿y económicamente? Al menos él debería responder de eso.

—No quiero su dinero —dijo Cordy.

—Querer y necesitar son dos cosas distintas, Cordelia. «Soy un imbécil cargado de pobreza».

Movió sus cubiertos para dejar el tenedor y el cuchillo cruzados sobre el plato como manecillas que señalaran las cuatro en punto. A Cordy se le despertó el instinto de camarera y se preguntó si era una señal de que quería que le retirasen el plato. Se quedó quieta.

—Ya no soy una niña, papi —dijo.

Con una sola frase acababa de conseguir reforzar y debilitar al mismo tiempo la razón que tenía.

Nuestro padre carraspeó exageradamente.

—¿Sabes al menos quién es el padre?

Cordy pensó en el pintor. Había hablado poco con ella, le había pedido aún menos y, al final, había sido ella quien acudió a él, una de las pocas veces en que, al compartir su cuerpo, había sentido que todavía lo poseía. ¿Por qué le parecía que nombrarlo era una traición?

—No importa —dijo Cordy.

Nuestro padre dio un palmetazo en la mesa. Los cubiertos saltaron y repicaron contra la porcelana.

—Maldita sea, Cordy, deja de ser tan irresponsable.

Cordy alzó la vista y fue como mirarse al espejo.

—«¿Por qué habla mi padre con semejante urgencia?» —preguntó.

Ah, Miranda. La perdición de nuestro padre. Shakespeare está lleno de padres que se niegan a soltar a sus hijas, padres que desean protegerlas, conservarlas jóvenes, virginales, propias. Mas ninguno derrite el corazón de nuestro padre como Próspero y Miranda, la liberación de la prisión del Edén. La miró y se quedó esperando, y a Cordy le dio un vuelco el corazón. Desde que nos había hablado de su embarazo, era la primera vez que le parecía que él quizá la escuchara.

—He cometido un millón de errores —dijo Cordy, con la mirada fija en la mesa—. He sido una cría. Te he permitido... No, te he suplicado que me mantuvieras. —Hizo una pausa y lo miró, buscó en sus ojos oscuros una señal que le permitiera seguir. Él asintió y Cordy devolvió el gesto y continuó—: Me he pasado siete años corriendo, intentando convertirme en alguien especial, alguien importante. Me he entregado a algunos hombres solo para que pudieran herirme y me he alejado de aquellos que me hubieran ayudado. —Apretó los dedos con los puños cerrados, los soltó de nuevo y apoyó las palmas bien abiertas en la mesa—. Pero vine a casa porque había terminado, no porque tú me lo pidieras. Porque estaba harta de andar en círculos. Así que la criatura no es una página nueva. Es parte de la página que ya había pasado.

Alzó la mirada de nuevo hacia él y dio por terminado el discurso. Él seguía sentado, con los brazos cruzados, las gafas resbaladas sobre la nariz de tal modo que la miraba por encima de la montura, como si le estuviera dictando una de sus clases.

Nuestro padre se quedó sentado en silencio un largo rato. En clase lo hacía a menudo: escuchaba el comentario de un alumno y luego se quedaba callado, sosteniéndolo en su mente como si fuera un cristal y quisiera ver cómo incidía en él la luz al llegar desde distintos ángulos antes de contestar. A algunos alumnos les costaba un poco acostumbrarse a ese hábito, a esas pausas aparentemente incómodas, pero al final lo apreciaban y se lo tomaban como lo que era, un cumplido, que un Gran Hombre que podía tumbar sus ideas con un solo golpe verbal se planteara con tanto cuidado aquellas palabras.

—No puedes mantener a un hijo con lo que ganas en el Beanery —dijo—. Y no tienes un seguro médico.

—Lo sé. Me estoy haciendo cargo de eso.

—¿Y vas a vivir aquí?

—No es necesario. Encima del Beanery hay una vivienda. Dan se la suele alquilar a críos de la facultad, pero dijo que si quiero me la puedo quedar yo.

—Tu madre quiere que vivas aquí. Creo que quiere tener un bebé por aquí, pero no sé si le conviene. Con un bebé... se duerme muy poco.

—Para entonces ya habrá terminado con los tratamientos —dijo Cordy—. Y a lo mejor el bebé hará que se sienta mejor. Creo que así ella siente que tiene algo en el

horizonte. Pero aún no lo he decidido.

Él se levantó, recogió sus platos, los aclaró lenta y deliberadamente, y los metió en el lavavajillas. Apoyó las manos en el borde del fregadero y miró por la ventana, gracias al mínimo aliento de luz que aún le permitía ver algo antes de que el cristal se convirtiera en un espejo en medio de la oscuridad.

—¿Por qué os lo hacéis tan difícil, Cordelia? ¿Por qué nunca podéis escoger el camino fácil?

—No lo sé —dijo Cordelia con tristeza.

Cuando Cordy repasó la conversación —la discusión, en realidad— mentalmente aquella misma noche, el disgusto le sonrojó las mejillas. Frotándose con rabia las manchas rojas de la vergüenza, intentó evitar decir en voz alta las palabras que ahora le sonaban tan infantiles. Una vivienda en el Beanery. Una página que ya había pasado.

¿Por qué tenía él ese poder de hacer que pareciera tan joven, tan tonta? Esas palabras que sonaban con tanta fuerza en su mente y en su corazón se le caían ahora de los labios como ripios de saltar a la comba. Miró hacia el jardín y sopló con fuerza contra el cristal. Él tenía razón: no estaba preparada. No podía hacerlo: no podía ocuparse de un bebé si ella misma era una criatura.

Difícilmente podía pillarla por sorpresa el oír un coche que se acercaba por el camino de entrada y luego una suave llamada a la puerta, un sonido acallado en la casa durmiente. Se levantó del sillón de la ventana y abrió la puerta para recibir a Max, el amigo que la había llevado a casa en plena noche el primer día de su regreso. Le caía el pelo sobre la frente en mechones grasientos y llevaba una camiseta de manga corta llena de agujeros por encima de otra de manga larga, con unas bermudas raídas. Le pareció que habían pasado años desde que lo viera por última vez y sintió un inexplicable alivio al verlo aparecer.

—Cordy —dijo él, con un rápido golpe de cabeza—, necesito un sitio donde dormir.

Ella dudó, plantada en el umbral, envuelta en el calor de la noche. Max necesitaba una ducha, se notaba su olor a carretera: ropa sin lavar, gasolina derramada en los zapatos la última vez que había repostado, restos de café y cigarrillos en el aliento. Una oleada de recuerdos la asaltó con tal dureza que hubo de rodear el picaporte con la mano para no caer hacia atrás. Ahí era donde tenía que estar. En la carretera. Libre. Donde nadie la juzgara, nadie la cuestionara y nadie pensara jamás en el mañana.

—Y yo necesito un coche —le contestó.

Bean agradeció que el instinto le hubiera dicho que conservara un par de conjuntos buenos sin entregarlos en la tienda de segunda mano, aun si eso implicaba tener que dedicar más horas de cuentacuentos en la sala infantil para pagar sus deudas. Aquel día tenía algo importante que hacer y no pensaba hacerlo sin la armadura que le prestaba la ropa buena.

Se vistió con cuidado, como había hecho siempre en Nueva York y cada vez

menos desde que estaba allí, permitiendo que las capas de artificio con que se había ido protegiendo se pelaran día tras día. Se peinó hasta que le quedó liso el pelo, usó todos los cepillos que había en su neceser de maquillaje y al fin se miró satisfecha al espejo y asintió.

Era triste ver la ansiedad con que Edward saltaba del sillón del cuarto de estar cuando ella llamaba a la puerta, sin dejar de mirarlo por el ventanal de la fachada. De pronto sintió una magnánima pena por él, por la horrible soledad que debía de haber sentido al estar tanto tiempo sin Lila y los hijos, por lo duro que era ver cómo tu juventud y tu belleza se iban flotando hacia el reino del recuerdo, por cómo se esforzaba por mantenerse a la altura de requisitos que se había puesto muchos años antes —qué libros leer, qué vino beber, qué música escuchar—, cuando podía haberlo tirado todo a un lado y haber sido quien le diera la gana.

—Esperaba que vinieras esta noche —dijo, acercándose a tocarla—. Ha pasado mucho tiempo.

Fue a besarla, pero ella se echó a un lado y la boca de Edward apenas le rozó el pelo, cargado de perfume.

—No puedo quedarme, Edward. Solo he venido a decirte que lo lamento.

—No hay nada que lamentar —dijo él.

De nuevo quiso besarla, con el aliento cargado de vino, y ella le dejó acercarse y se permitió sentir una vez más su calor antes de dar de nuevo un paso atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Bean cerró las manos ante la cintura.

—No puedo seguir haciendo esto, Edward. Tenemos que dejarlo.

Él pareció sorprendido primero, luego impresionado. Buscó su mano, la tomó entre las suyas.

—No seas tonta. No hemos de terminar nada. Tendremos que ir con más cuidado, claro...

La sonrisa se convirtió en una mirada lasciva y a ella se le amargó el ánimo. La mera noción de estar con él le revolvía el estómago y la idea de esconderse a espaldas de Lila, de enviarlo a la casa en que vivían sus hijos con su sabor en los labios, le daba ganas de llorar.

—No, Edward. Se acabó. Para empezar, no tendríamos que haberlo hecho. Dios, pienso en Lila y es que...

Pensó en la foto de Lila que había en la nevera y se sintió asqueada y rabiosa. Se dio la vuelta y miró el espacio vacío de la pared, junto a la puerta.

—No quiero hablar de Lila.

—¿Que no quieres hablar de ella? —Casi gritó Bean, al tiempo que se volvía hacia él. Hizo una pausa y recuperó la compostura—. Hemos de hablar de ella. Estás casado con ella. Y te ama. No puedo ni imaginar por qué, pero te ama. Y tú deberías ponerte de rodillas cada noche y agradecer a Dios que ella te aguante, que tengas alguien que te quiere lo suficiente para prometer aguantar todas tus gilipolleces hasta



que la muerte os separe. Ojalá todos tuviéramos esa suerte.

Edward tenía los ojos como platos y se había quedado sin palabras. A Bean le sudaban las manos y notó que estaba respirando como si hubiera echado una carrera.

—Adiós, Edward —dijo.

Se dio la vuelta sobre sus tacones (de alta costura) y salió por la puerta con la sensación de que, tal vez por primera vez en su vida, había hecho exactamente lo que debía.

Mientras Cordy preparaba sus bolsas, Max se había dado una ducha, se había comido aproximadamente la mitad del contenido de la nevera y luego se habían ido juntos, Cordy al volante, rozando con el vientre la funda de piel falsa.

Pasaron la noche en una casa anónima y vacía, donde Cordy durmió en un sofá hecho polvo cuya estructura se le clavaba en la espalda. Al despertarse, demasiado pronto para ir a un café, se paseó por la casa, en nada distinta de los cientos de casas en que había dormido otras veces. En algún momento, al morir un padre, alguien la había heredado y se la había quedado un holgazán con una mínima intención de actualizar una decoración agotada. Pero entonces los muebles empezaban a llenarse de cuerpos de amigos que solo estaban de paso, la nevera se llenaba de cerveza en vez de comida, el porche se quedaba moteado de minúsculas colillas de cigarros liados a mano, la casa dejaba de serlo para convertirse en estación de paso y ya no merecía la pena luchar por ella. Y, aunque Cordy había agradecido una y otra vez la existencia de aquellas casas, siempre le dejaban una sensación sombría y vacía, como si se alejara de los maullidos de una gatita callejera.

Luego fueron en coche a un festival en un parque, a kilómetros de distancia de cualquier lugar conocido por ella, uno más de los millones de intentos de recrear Woodstock con unos artistas tan acomplexados que no podían representar un *revival* con eficacia. Cordy estaba sentada en una tienda de campaña con Max y algunos de sus amigos, y se esforzaba por recordar qué era lo que odiaba tanto de Barnwell como para haberse obligado a ir hasta allí. En aquel momento le tocaba estar de turno en el Beanery, pensó, y al pensar en aquel lugar le invadió un anhelo doloroso: el olor del café, el tintineo de los cubiertos, el modo en que los ruidos crecían y disminuían a lo largo del día, desde los soñolientos madrugadores hasta la burbuja de la multitud a la hora del almuerzo, pasando por el ronroneo de los rezagados de la tarde. ¿Podía ser que se hubiera enamorado locamente... de una cafetería?

Cordy suspiró y se recostó en un montón de mochilas que había en una esquina, apoyó una mano en el vientre y se lo acarició lentamente. Por mucho que amara el Beanery, ya no le pertenecía. Al largarse se lo había cargado. Desvió la mirada hacia Max, que le miraba fijamente el vientre.

—Estás embarazada —observó Max.

Le había costado más de un día poner en orden esa brillante idea.

—Cosas que pasan —contestó Cordy.

—A mí no —dijo Max en tono vago.

Cordy se preguntó si lo decía en un sentido literal, como si le sorprendiera no haber quedado preñado nunca, o si solo significaba que nunca había tenido el placer de dejar embarazada a una mujer.

—¿Así que estás en el lío otra vez? —preguntó él.

Un niño —porque era de verdad un niño, larguirucho, con los ojos rojos y sombras de una caprichosa barba en las mejillas— entró a trompicones en la tienda y se desplomó en uno de los sacos de dormir que había al fondo, donde se durmió enseguida con una pierna despreocupadamente colocada en los muslos de Cordelia, como un perrito faldero desobediente.

Llevaba tiempo sin oír aquella frase. La gente usaba toda clase de nombres para ese mundo en el que uno iba de un pueblo a otro como las plantas rodadoras, detrás de una banda, detrás de un sueño, detrás de un amante, detrás de una estrella. Pero Max siempre lo había llamado «estar en el lío», dada su tendencia a meterse en líos menores, como los que se derivaban de su costumbre de negarse a pagar la cuenta del hotel.

—No lo sé —dijo Cordy. De pronto la tienda la parecía cerrada y calurosa, la luz del sol al entrar a través del nailon rojo dibujaba en las mejillas huecas de Max un trazo de venillas y sangre—. Necesito...

Se quitó de encima bruscamente la pierna del niño, se levantó y abrió la tienda para asomarse al aire.

El escenario quedaba lejos, más allá de un pequeño grupo de árboles que escondían los baños y las duchas del campamento, y la música era solo una apagada confusión de golpes y gritos. Un grupo de gente jugaba a dar toques a una pelotita junto a un racimo de tiendas y sillas de camping. Una mujer joven, junto a una caravana, lavaba la ropa en un caño. Las rastas rubias le caían por la espalda, densas y sucias a la pálida luz de la tarde. Tras ella, un bebé daba vueltas tambaleándose a una silla de camping. Cordy abrió y cerró un puño.

La mujer alzó la mirada hacia Cordy y en su rostro se vio la máscara de una mujer veinte años mayor que ella. Cordy se llevó una mano al cuello y se acarició los huesos con suavidad. Podía hacerlo. Podía criar a un bebé «en el lío», educarlo en el mundo de la carretera, las bandas, las fogatas en el desierto, a la luz de la luna. Crecería con una mentalidad abierta y libre, como una hoja al viento.

Y ella tendría la misma pinta que aquella mujer, libre de ataduras y exhausta. Y el bebé nunca se sabría de memoria el techo de una habitación, como se lo sabía ella. Y se le secaría la leche por la escasa e inconsistente comida que encontrara por el camino. Y Cordy no sentiría los brazos cálidos y firmes de Dan en torno a ella, y nosotras no conoceríamos a nuestra sobrina o sobrino y nuestro padre no murmuraría sonetos a su nieto, y el bebé nunca sabría qué significaba odiar Barnwell hasta el punto de no poder evitar el regreso.

La banda terminó una canción, la multitud vitoreó. Los que jugaban con la pelotita abandonaron y echaron a andar hacia el escenario y Cordy los siguió, como si

la atrajera la estela que dejaban. El campo era enorme, encerrado por todos los lados con vallas municipales, y en su interior se formaba un pulular apresurado de gente, dada la cantidad de cuerpos en movimiento. «Contempla este ejército, tan masivo y cargado».

En aquel campo estaba su pasado, una imagen y un sonido ya difusos, un fluir de experiencias diseñadas para mantener fuera el mundo, no para abrazarlo. Dentro de su cuerpo estaba el futuro, su familia, todo lo que estaba dispuesto a acogerla. Se le retorció levemente el estómago por el sentido de culpa cuando pensó en nosotras, que estaríamos en casa preguntándonos dónde estaba, dando por hecho lo peor, dando por hecha la verdad.

Sin embargo, si volvía en ese mismo momento, si era capaz de encontrar a alguien dispuesto a conducir toda la noche para traerla, tal vez la perdonásemos. Tal vez olvidáramos. Tal vez entendiéramos.

Cordy volvió a entrar corriendo en la tienda para recoger sus cosas.

No tenía modo de saber que en aquel momento apenas pensábamos en ella.

## Veinte

Cuando Bean llegó a casa después del trabajo nuestro padre estaba plantado en la puerta como un perro suplicando que lo saquen a pasear. Él y nuestra madre habían inaugurado mucho antes la tradición de dar paseos antes de las comidas, en la medida en que se podía esperar de nuestra madre que siguiera un plan. Él podía llegar a casa del trabajo a última hora de la tarde, ella abandonaba los preparativos de la cena (y a nosotras, desde que alcanzamos la edad suficiente) y los dos se iban a pasear por los caminos del pueblo. Y, pese al hecho de que nuestra madre ya no podía participar, él persistía en la tradición.

—Tu madre está descansando —dijo a modo de saludo.

Luego salió hacia el refrescante atardecer.

Pero cuando Bean subió las escaleras para cambiarse oyó un extraño jadeo que procedía de la habitación de nuestros padres. Con taconazos como disparos corrió hacia la puerta y la abrió. Desde luego, nuestra madre no estaba descansando. Estaba extrañamente inclinada, como si a medio salir de la cama la hubieran interrumpido, con la espalda arqueada, una pierna estirada y flotando sobre el suelo. Estaba apoyada en un brazo doblado que temblaba por el esfuerzo y cuando alargó una mano hacia Bean había en sus ojos una mirada enloquecida.

—¡Mamá! —exclamó Bean—. ¿Qué pasa?

Buscó sangre, vómito, algo, pero solo oía el peligroso raspar de la respiración de nuestra madre y no veía más que el movimiento agitado y sacudido de sus brazos. Bean la colocó sobre las almohadas y tironeó para liberar del peso del cuerpo el brazo doblado. Nuestra madre jadeó en busca de aire y trató de sentarse de nuevo.

—Joder —exclamó Bean—. ¡Rose! —gritó.

Su voz resonó como un eco en la casa vacía. Abrió la boca para volver a llamar a Rose, pero entonces se dio cuenta de su error: Rose no estaba, Rose no la iba a rescatar. Esta vez no.

Agarró el teléfono que había en la mesita y marcó un número. La respiración de nuestra madre se había vuelto más lenta, pero todavía era áspera y sibilante, los ojos seguían abiertos de par en par, con unas ojeras bien oscuras sobre una piel llamativamente blanca.

—¡Necesito una ambulancia! —gritó Bean cuando alguien contestó.

Corrió hasta la ventana y la abrió de un tirón.

—¡Papá! —gritó.

No se podía haber alejado demasiado. Luego volvió a gritar, en parte para el teléfono y en parte para la noche, mientras nuestra madre temblaba tras ella:

—¡Necesito una ambulancia!

Bean estaba absolutamente furiosa.

¿Cómo era posible que Rose no estuviera allí en ese momento? Era el tipo de emergencia que le correspondía por completo, al cien por cien. En su lugar, Rose habría estado brillante por completo. Era un lugar en el que habría podido ascender la cruz de su martirio y hablar de cómo había salvado la vida de nuestra madre y de la suerte que habíamos tenido todos de que ella estuviera presente.

¿Y dónde diablos estaba Cordy? Hacía unas cuantas noches que nadie la veía, después de que nuestro padre se tropezara en la cocina con un desaliñado refugiado que se servía las sobras y se las comía en un plato directamente dentro de la nevera. ¿Había decidido al fin que teníamos razón, que no tenía ningún sentido criar un hijo, y se había largado llevada por el mismo viento que la trajo?

He aquí una medida de lo enfadada que estaba Bean: ni siquiera se dio cuenta de lo guapo que era el doctor que tenía sentado a su lado en la sala de espera. Ni siquiera dedicó una mirada a su pelo perfectamente alborotado, ni siquiera frunció los labios tentadoramente al ver el brillo de sus dientes blancos, ni siquiera se fijó en las amplias manos con que se alisaba la bata blanca al sentarse.

O tal vez fuera una medida de cuánto había cambiado después de todo, de algún modo, finalmente.

Se había formado un coágulo en un brazo de nuestra madre, o quizá en una pierna, que, empeorado por el obligado abandono del descanso, por la quimioterapia, por la radiación, se había soltado y había viajado hasta los pulmones. Quizá los médicos hubieran advertido a nuestros padres de que era algo a vigilar, pero, entre que la mente de nuestro padre estaba eternamente perdida en el libro que sostuviera su mano y la de nuestra madre eternamente... bueno, en otro lugar, no nos lo habían dicho. Y aunque juraban que era imposible de predecir... ¿No deberíamos haberlo sabido?

Tampoco lo hubiéramos oído, ¿no? Como todas estábamos envueltas en nuestros traumas privados, no servíamos de nada para nadie. Ni siquiera para nuestra madre.

Así que el coágulo había trepado por sus venas para llegar a los pulmones y por eso le habían dado aquellos jadeos desesperados. Y se iba a curar, se iba a curar, el guapo doctor lo dijo muchas veces y Bean asintió para dar su conformidad cada vez que lo oía, pero se la iban a quedar unos días. Y nosotras podíamos irnos a casa y volver al día siguiente, en horas de visita.

Pero nuestro padre, por supuesto, se instaló en un incómodo sillón de la habitación de nuestra madre, así que Bean se fue sola a casa.

Donde la esperaba Cordy.

—Joder, Bean, ¿qué pasa aquí? —preguntó cuando entró Bean, dando un portazo—. ¿Dónde está todo el mundo?

—¿Y dónde coño estabas tú? —preguntó Bean.

Se acercó a grandes zancadas a la nevera y abrió la puerta de golpe. Cordy estaba acurrucada en el sofá, pero siguió a Bean hasta la cocina. Titubeó:

—He... salido. Con unos amigos.

—Salir solo se aplica si es por unas horas, Cordy, no días. ¿Qué has hecho? ¿Te largaste y luego te arrepentiste?

Cordy puso la espalda tiesa.

—Yo no... —empezó, pero no pudo terminar la frase.

—Bueno, pues escogiste un momento de mierda para desaparecer. Mamá está en el hospital.

Bean agitó los dedos impotente ante la comida que tenía delante y luego cerró la puerta.

—¿Qué le pasa? —preguntó Cordy, y se le quebró un poco la voz.

Era el momento que había escogido para irse. Excelente trabajo, como siempre.

—Un coágulo de sangre se le metió en los pulmones. Como somos grandes enfermeras, por alguna razón hemos sido completamente incapaces de darnos cuenta hasta que esta noche ha estado a punto de asfixiarse. Así que somos las mejores, ¿vale? ¿Qué tal tu viaje?

Bean cogió una jarra de té helado que había en el alféizar de la ventana y se sirvió un vaso.

—¿Se va a curar?

—No, la he dejado en la morgue. Se pondrá bien, tontorrón. Papá se ha quedado con ella y yo iré mañana a visitarla.

—Yo también voy —dijo Cordy.

—No te molestes —contestó Bean.

Soltó el vaso de golpe y el té saltó peligrosamente hacia el borde, pero luego retrocedió como la marea.

—Me alegro de que estés aquí.

—Ah, yo también. Me encanta. Qué suerte tengo. —Bean se volvió hacia los armarios un momento y bebió un trago antes de encararse con Cordy a tal velocidad que el líquido le salpicó el pecho del vestido y dejó una mancha oscura por encima de una amapola roja brillante—. Cordy, ¿dónde coño estabas? No puedes largarte así, sin avisar a nadie. ¿Y si yo no llego a estar en casa?

—Alguien habría estado —contestó Cordy, tirando de las mangas de la sudadera.

—¿Quién? Papá había salido a pasear. ¡Rose está en Inglaterra! No podemos pasarnos la vida cubriéndote, Cordy. No vas a tener a alguien que vaya detrás de ti recogiendo todo el resto de tu vida.

Cordy, que iba tirando de la tela que la cubría como si fuera una tortuga, respondió con brusquedad:

—¿Me estás dando consejos, Bean? Si no llegas a estar en casa, ¿dónde habrías estado? ¿En la cama con tu amante casado? ¿Se supone que he de ponerte una medalla por no haber estado follándotelo justo cuando mamá necesitaba ayuda?

—Lo he dejado —escupió Bean, en tono de acero.

—Pues hubiera sido con cualquier otro —respondió Cordy en voz baja.

Se quedaron un momento paralizadas: Bean porque sabía que era cierto y Cordy porque nunca había dicho nada tan cruel hasta entonces.

—No estás en condiciones de poner en entredicho la moral de nadie —dijo Bean mientras dejaba el vaso en el fregadero—. Ahora voy a tener el infinito placer de llamar a Rose y contarle las novedades. Salvo que desees hacerme el honor.

Cordy se frotó las mangas de la sudadera contra los dedos.

—Si quieres...

—No seas idiota. Ni siquiera estabas aquí —dijo Bean, y se marchó indignada a llamar a Rose.

Cuando sonó el teléfono con aquel extraño doble tono al que Rose estaba segura de que nunca podría acostumbrarse, se despertó de golpe con un jadeo. Adormilado, Jonathan se dio la vuelta y contestó:

—¿Diga? —saludó. Rose alcanzó a oír la voz aguda y amortiguada de Bean—. No, está bien. ¿Ha pasado algo? —Una pausa—. Está aquí mismo. Espera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rose, agarrando el teléfono con una mano.

—A mí también me encanta hablar contigo —dijo Bean en tono seco. Su voz tenía un eco metálico en el oído de Rose—. Veo que Inglaterra no te ha mejorado los modales.

—Cállate, Bean. Aquí son las cinco de la mañana. Y si no hubiera pasado algo importante no llamarías. ¿Qué pasa? ¿Es mamá otra vez?

Rose ya estaba de pie, rebuscando la ropa que, en un acto impropio de ella, había dejado esparcida por el suelo. El cordón del teléfono rozó la nariz de Jonathan y este tiró de él, obligando a Rose a regresar a la cama.

Bean soltó un sonoro suspiro, como si fuera Rose quien había interrumpido su sueño.

—Sí, mamá está en el hospital.

—¿Qué? —chilló Rose. Jonathan se echó hacia delante y le apoyó una mano en el muslo desnudo y se sorprendió al notar el calor de la piel—. ¿Me voy unos cuantos días y está en el hospital? ¿Qué ha pasado?

Bean se lo explicó con calma y paciencia. Rose casi boqueaba, rechinaba con fuerza los dientes, que resonaban al tiempo que ella hundía los dedos en las sábanas. ¿Por qué había pasado ahora que ella estaba allí? Ella tenía que ser la encargada de manejar las crisis. Habría sabido qué hacer, a quién llamar para pedir ayuda, cómo hablar con los médicos. Era imposible que Bean y Cordy manejaran las cosas ni la mitad de bien que ella.

—¿Me das el teléfono del hospital? —preguntó. Chasqueó los dedos en dirección a Jonathan, que rodó a un lado y luego al otro para ofrecerle un cuaderno y un bolígrafo con los que Rose anotó el número—. Vale. Llámame si cambia algo.

Caminó hasta el lado de la cama de Jonathan para colgar el teléfono y luego empezó a marcar de nuevo, pero él le puso una mano en la muñeca.

—Está bien, ¿no?

—Eso dice Bean, pero quiero oírsele al médico. ¿Me dejas marcar?

—No —contestó Jonathan. Mantuvo la mano sobre la de ella y alargó la otra para tomar el auricular y dejarlo colgado en su sitio. Tiró de ella hacia abajo de tal modo que Rose quedó sentada a su lado, al borde de la cama—. Allí están en plena noche. Déjalos dormir. Ya hablarás con el médico por la mañana.

Rose se quedó mirando su pelo alborotado por el sueño, sus ojos cansados.

—Pero es que si...

Jonathan sonrió, deslizó sus manos por las palmas de Rose y luego se las acercó a la boca y depositó un beso en cada una.

—No lo puedes controlar todo desde cinco mil kilómetros de distancia, Rose. Deja que ellas se preocupen de todo.

—Si no hablo con alguien de allí, no conseguiré dormir.

—Pues nos quedamos despiertos los dos —dijo él.

Tiró de ella para tumbarla a su lado, con su cuerpo encajado bajo el brazo y le dio un beso suave en la frente mientras rompía el alba y la vieja ciudad se agitaba.

Cuando Cordy y Bean se despertaron por la mañana, la casa era como una vaina de guisantes vacía en cuyo interior ellas se ajetreaban, tropezando cada dos por tres pese a disponer de un espacio al que no estaban acostumbradas.

Bean tenía que ir a abrir la biblioteca, así que Cordy hubo de ir sola al hospital. Dejó a Ben en el trabajo y se fue sola en el coche, con las ventanillas bajadas y un fútil estrépito de la radio en el remolino del aire. Le parecía que había pasado una vida entera desde su viaje con Max y el movimiento de las ruedas sobre el asfalto no despertó en ella las ganas de vagabundear.

Puede que penséis que Rose era la que tenía más convicciones morales, pero nosotras creemos que ese es, de hecho, un don de Cordy. Las creencias de Rose son frías y duras, y no conciben la compasión por la humanidad. En cambio Cordy distingue el bien del mal, pero también entiende que no son ideales inflexibles; la gente acepta a renunciar a ciertas cosas a causa de la guerra, del amor, del dolor, o por la certeza de que simplemente hacen lo que deben.

—He venido a ver a mi madre —dijo Cordy en recepción, antes de mostrar su identificación y firmar con su nombre.

—Tercer piso, ala oeste —dijo la recepcionista.

Cordy se metió en el bolso la etiqueta de visitante que acababan de darle y entró en el ascensor.

Precisamente por sus escrúpulos compasivos, Cordy se sentía culpable por haberse ido en aquel momento. Ah, le había montado un numerito a Bean y, aunque sabía que todo era una coincidencia, una terrible, horrible coincidencia que su huida y la caída de nuestra madre se dieran tan juntas, no podía sacudirse la tristeza.

La luz del día, al iluminar el vuelo de su capricho, había mitigado el romance y retirado el brillo para revelar la irresponsabilidad que contenía. Y eso, más que las cartas de su padre, le había hecho decidir: iba a quedarse, echaría raíces,



permanecería. No porque la vida que había vivido tuviera nada de malo, sino porque había llegado la hora de enfrentarse a las razones por las que la había vivido.

—Buenos días —dijo, al tiempo que dejaba caer un beso en la frente de nuestra madre—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —contestó ella, aunque con voz áspera y ojos cansados—. ¿Dónde está Bean?

—En el trabajo —dijo Cordy.

—El doctor no tardará en venir. Como Rose no está, esperaba que viniera Bean a hablar con él —dijo nuestra madre.

Dirigió una mirada a nuestro padre, pero él estaba leyendo y se acariciaba la barba, pensativo, hundiendo los dedos en el pelo entrecano.

—Puedo hacerlo yo —afirmó Cordy. Metió una mano en su bolsa y, tras rebuscar apenas un momento, sacó un cuaderno pequeño con tapas y un bolígrafo. Los alzó y sonrió—. ¿Ves? Lista para la clase.

Detrás de su libro, nuestro padre carraspeó.

—¿Dónde estabas, Cordy? —preguntó nuestra madre.

Le tendió una mano. Cordy se acercó y la tomó.

—Tuve que irme unos días —dijo—. Pero volví. Aquí estoy mejor.

Esperar a que Jonathan saliera del trabajo era una tortura. Para entretenerse en aquel piso pequeño, Rose ordenaba cosas, cogía el libro y lo soltaba después de quedarse mirando fijamente sus páginas sin comprender nada. Llamó a la compañía aérea para averiguar cómo podía cambiar el billete y le dio un leve escalofrío cuando el empleado le mencionó el precio del vuelo que salía esa misma noche.

Miraba el reloj una y otra vez para calcular la diferencia horaria, dispuesta a esperar hasta que fuera suficientemente tarde para llamar. Cuando al fin lo hizo, contestó nuestro padre.

—¡Rosalind! —exclamó. El tono de su voz expresaba una sorpresa como si hubiera olvidado por completo que existía—. «¿Hay noticias de Oxford? ¿Se celebraron los torneos?»

—Todo bien, papá. Me llamó Bean. ¿Cómo está mamá? He llamado a la compañía aérea y puedo volver hoy mismo.

—No seas tonta. Tu madre está bien. Acabamos de hablar con el médico y mañana la mandan a casa. Nos ha dado un montón de información, pero Cordelia lo está manejando todo.

—¿Cordy? —preguntó Rose sin reprimir el tono de sorpresa.

—«No os asombre, señores; es cierto sin duda». Bianca está en el trabajo, pero esta noche estará en casa. Y Cordelia cuidará muy bien de nosotros. ¿Cómo está Jonathan?

—Bien —contestó Rose.

Era una insensatez. ¿De verdad le estaba diciendo que Bean y Cordy, ni más ni menos, se iban a encargar de que todo fuera bien en casa?

—Para mí no es ningún problema volver, papá. En realidad aún no he deshecho la maleta.

—Rosalind, cálmate. Estamos bien. «Nada irá mal. Volverá la yegua al amo y todos en paz». Tu madre y yo agradecemos que te preocupes pero, gracias a Bianca, está fuera de peligro. Y nos quedamos más felices sabiendo que estás con Jonathan.

Rose quería objetar de nuevo, incluso abrió la boca, pero al fin se limitó a asentir.

—Vale —dijo, mientras se enfriaba su impulso decidido—. Pásame a Cordy.

—Hola —Cordy se puso al teléfono—. Estamos bien. Deja de preocuparte.

—¿Cómo sabes que me preocupó?

—Porque no nos acabamos de conocer —respondió Cordy—. He hablado con el médico. Lo he anotado todo. Cuando vuelvas, ya podrás obsesionarte con todo esto.

—¿Estás segura de que no me necesitáis? —preguntó Rose.

Aunque quiso sonar decidida y responsable, le salió una voz aguda y entusiasta. Carraspeó.

—Nos arreglaremos bien. Tengo que colgar. El teléfono está pegado a la cama y la enfermera está intentando entrar, ¿vale? ¡Pásatelo bien! ¡Manda una postal!

Hubo una serie de repiqueteos y algunos murmullos mientras Cordy intentaba colgar y luego la línea quedó en silencio.

Por su lado, Rose colgó el auricular de un golpetazo, pero mantuvo la mano encima como si esperara —o deseara— que volviera a sonar. Permaneció en frustrante silencio.

Así que ya estaba. La habían reemplazado. Bean y Cordy serían las que lo arreglaran todo. Se imaginó en casa barriendo la sala de estar, poniendo marcadores en los libros para que no se les estropeará el lomo, quitando el polvo de las pantallas de las lámparas, apresurando a todos para que no llegaran tarde a la iglesia. Al parecer, siempre nos las podíamos haber arreglado sin ella.

Metió sus cosas en una mochila y abandonó los confines de la pequeña habitación sin ningún plan. Era casi mediodía y las calles rebosaban de turistas. Pasó un grupo por delante de ella, el guía con un paraguas cerrado y sostenido en alto, como si fuera una farola. Detrás de la multitud, dos mujeres con tacones cortos avanzaban con dificultad por la calle adoquinada porque la fina punta de los tacones se les encajaba en las grietas entre los adoquines. Rose bajó la mirada hacia sus gruesos y sensatos zapatos de caminar y arrancó.

Así que no servía de nada. Solo la necesitábamos si teníamos demasiada pereza para hacer cosas que, al parecer, podíamos hacer perfectamente sin ella.

Si hubiéramos estado allí para hablar con ella, para calmar esos miedos, para decirle que no, que no hubiéramos podido pasar sin ella todos esos años, que solo ahora, solo después de haber pasado por todo, solo porque la habíamos visto manejar los asuntos, podíamos dar un paso adelante y tomar las riendas, cumplir con nuestra parte. Que lo que le había dicho Jonathan era cierto: la gente puede cambiar.

Que quizás a ella le había llegado también el momento de cambiar.

O tal vez se diera cuenta ella sola.

Rose fue bajando calle tras calle, se metió por callejones traseros, por rincones residenciales escondidos tras las facultades, a grandes y rabiosas zancadas por las aceras. La gente formaba una mancha difusa. Ignoró los quioscos, los titulares resaltados con marcadores gruesos en hojas de papel que la llamaban a gritos, siempre misteriosamente escritos por la misma mano de limpia caligrafía.

Un callejón minúsculo la escupió hacia High Street, atiborrada de gente. Avanzó con dificultades entre el tráfico. Las aceras estaban saturadas por una coalición de naciones que conducía, y en consecuencia también caminaba, por el lado contrario del asfalto. Caminaba con tanta fuerza que parecía tatuar el suelo con los pies mientras su mente le daba vueltas a todo. Si hubiera estado en casa, si no le hubieran ofrecido aquel trabajo a Jonathan... si... si... si...

Se detuvo frente a la torre Carfax, noventa y nueve escalones hasta arriba. Un grupo de escolares se le adelantó correteando detrás de una guía del National Trust. Rose pagó la entrada y luego pasó a la oscuridad. No empezó a notar el temblor del corazón en el pecho hasta que ya había empezado a ascender, y entonces adoptó de inmediato una respiración controlada que le permitió acallar el martilleo que resonaba en su cabeza. Mucho más arriba que ella los chicos salieron al tejado; por encima del tráfico y de un parloteo en mil idiomas distintos, Rose oyó cómo se llamaban entre ellos y bromeaban al inclinarse con vértigo por encima del borde.

¿Y si no conseguía llegar arriba? ¿Y si se desmayaba? No llevaba encima el teléfono del despacho de Jonathan y no podrían dar con él hasta que llegara a casa...

En ese momento se odió a sí misma. Un grupo de mochileros, desaliñados y agotados por el viaje, pasaron a su lado. Rose odió su cuerpo por su vulnerabilidad, por su modo de evidenciar sus miedos y su ansiedad en el vívido tatuaje de su corazón. Se odió a sí misma por no avanzar más rápido, por no haber luchado contra nuestra genética para ser más fuerte y tersa, como Bean. Se odió por estar en aquella ciudad de la belleza, con el mundo entero girando en torno a ella, con las venas recorridas por un estremecimiento de energía, y permitir que se le bloquearan las piernas. Volvió a su cabeza su conversación con nuestra madre, la dulce y melancólica nostalgia que había visto en sus ojos a propósito de lo que pudo haber sido si, ay, hubiera tomado opciones distintas. Rose alcanzó a ver un millón de momentos de su propia vida, un millón de esquinas en que podría haber doblado, un millón de momentos en que podría haber pisado el acelerador en vez del freno.

¿Y por qué no podía aquel ser uno de esos momentos, Rose? ¿Por qué no podía aquel ser tu momento, como el de Cordy cuando tomó la carretera que llevaba a casa en vez de la que la alejaba, o el de Bean cuando le cerró la puerta en las narices a Edward?

¿Por qué no podías soltarte?

¿Y si no había ningún «y si»?

En la oscuridad siguió subiendo, rodeada por las frías y húmedas paredes que

impedían el paso al calor brillante del día. Le latía con fuerza el corazón y sus pasos despertaban un eco en el vacío —los colegiales se habían largado ya, chillones y alegres, antes de que ella reuniera el valor suficiente para subir— y le temblaban los muslos por el esfuerzo. Siguió avanzando, respiró hondo y contó los escalones en grupos de tres mientras inhalaba y exhalaba.

Y entonces alegre, eufórica, exhausta, salió de golpe al aire libre, entre los sonidos de la calle que se iban filtrando hasta arriba, donde la brisa soplaba con más fuerza, y se puso a dar vueltas con la puerta abierta a sus espaldas. Subió los amplios escalones que llevaban hasta la plataforma más elevada y contempló sus dominios. Abajo, los coches y autobuses zumbaban por las mismas calles ajetreadas, los peatones caminaban con paso firme o deambulaban y los ciclistas daban vueltas. A lo lejos las torres de la universidad, los tejados puntiagudos de piedra, las suaves laderas de los montes lejanos, verdes como el recuerdo. Contuvo la respiración, con la garganta irritada, y se echó a reír.

Ah, ojalá hubiéramos estado con ella aunque solo fuera para ver aquella sonrisa en su cara, para mirar cómo contemplaba lo que acababa de conquistar, ver el puro placer que agraciaba su cuerpo, sus brazos salpicados de sudor. Pero nuestra presencia habría estropeado el momento. Habría subido solo para cumplir con nosotras. O para cuidarnos. O se podría haber quedado atrás para mantenernos con los pies en el suelo mientras nosotras subíamos corriendo y hacíamos cualquier locura. Hasta aquel momento no nos habíamos dado cuenta de la medida en que Rose renunciaba a ciertas cosas por nosotras y ahora dependía de ella ser capaz de agacharse hasta el suelo para poderse desatar y flotar libre hacia el cielo.

La tarde, azul y despejada, se extendía sobre la ciudad. Rose bajó de la torre, ligeramente bañada en sudor, y se metió corriendo en un pub, donde pidió un pollo coronación y media pinta de sidra y se dedicó a contemplar la gente que pasaba. Al terminar admiró el pequeño vaso de media pinta, sus perfectas proporciones en miniatura. No hubiera podido explicar por qué le fascinaba y le atraía tanto y, desde luego, en ningún caso hubiera podido explicar lo que hizo a continuación. Se llevó el vaso a los labios, bebió las últimas gotas y luego soltó el recipiente en el bolso. Al salir del pub, con la mochila acunada en los brazos como si fuera un bebé para proteger su botín, el corazón se puso a latir a lo loco. Pero no era el mismo latido salvaje del miedo; era una extraña sensación de exaltación, la emoción de una montaña rusa, y Rose se apresuró a alejarse del pub mientras el vaso se movía suavemente en la bolsa y no pudo evitar una sonora carcajada que mandaba su alegría inesperada a volar por los aires.

Mientras sus pasos arrancaban crujidos a la grava en un sendero, vio a un grupo de gente parada en una hierba de un verdor imposible, estirando los brazos y las piernas como si los movieran en miel. Rose entendió que se trataba de una clase de tai-chi y eso le trajo a la memoria la delicada sensación de paz que había sentido en sus primeras sesiones de yoga. La instructora iba de blanco y la brisa le agitaba las

perneras del pantalón mientras mantenía los pies separados en un movimiento calculado que le llevaba a subir los brazos en un delicado arco y mantenerlos en lo alto apenas un instante.

Era lo más bello que había visto en su vida.

Como si su cuerpo ya no fuera suyo, se sintió atraída hacia el grupo y, tras colocarse detrás del mismo, al final de la última fila, soltó la mochila, se quitó las sandalias y entró sin titubeos en la figura que estaban trazando. A lo lejos, el suave murmullo de los coches y de la gente. Allí, solo el viento y el sol en los brazos desnudos y el apagado sonido de su propia respiración. Se movían juntos: los movimientos de los alumnos eran apenas discernibles de los de la maestra. Rose notó la tensión en los músculos de las piernas, el suave temblor de los hombros al estirar los brazos hacia delante, miró hacia la vasta extensión del cielo y sintió, por primera vez en mucho, mucho tiempo, que podía volar.

## Veintiuno

En *Bien está lo que bien acaba*, Helena, al curar al rey con una de las pócimas de su difunto padre, demuestra que ha heredado su talento. O al menos su provisión de pócimas. ¿A nuestro padre le preocupaba que nadie heredase el suyo? ¿Que después de todas aquellas historias a la hora de acostarse, de las tramas disimuladas, de las auténticas representaciones teatrales cuando ya nos hicimos mayores, del teatro aficionado, la peregrinación, las notas que les había ido dejando, la exigencia de citas, el uso de los nombres...? Por el amor de Dios, ¿nadie se había enamorado del Bardo como él?

De hecho nosotras lo agradecemos, y no solo porque seguir sus pasos, llevando su apellido, habría sido estúpido y, al mismo tiempo, repetidamente doloroso, sino porque no queríamos vivir esa clase de manía. Y pese a todo lo hemos heredado igualmente, en pequeñas gotas; su obsesión se había repartido en una fina capa entre las tres. La pasión de Rose por el orden. La de Bean por llamar la atención. La de Cordy por encontrar un significado. ¿Acaso no estamos, cada una a su manera, tan atadas a nuestra búsqueda como lo está él a la suya? ¿Y acaso no somos nosotras las más locas? Al menos a él su búsqueda le ha brindado alguna pequeña remuneración.

Bean caminó con sus tacones sobre los adoquinados escalones que llevaban a la puerta de la señora Landrige. Al terminar la jornada llegaba a notar el olor mustio de los libros en la ropa y tenía las manos secas de tanto tocar papel por mucha loción que usara. Al principio el silencio le había parecido claustrofóbico. Al mudarse a Nueva York siempre había tenido presente el ruido. Incluso con las ventanas cerradas, afuera murmuraba la ciudad. Conversaciones, coches, sirenas, choques, bocinas, obras. Pasó meses durmiendo mal hasta que aquel ruido empezó a formar parte de ella, de modo que para oír aquella cacofonía tenía que prestar atención conscientemente. Y ahora, de nuevo en medio de la nada, el silencio le parecía ajeno.

El silencio que la rodeaba la obligaba a enfrentarse a las cosas, a revisar la historia que ella misma había escrito. Nada había cambiado para ella, salvo la capacidad de calmar la oleada de dolor que la invadía cuando recordaba.

—¡Adelante! —saludó la señora Landrige cuando ella llamó al timbre.

Bean sonrió. Era la seguridad de los pueblos pequeños; la invitación abierta a todos, sin cerraduras, sin rejas en las ventanas, sin sistemas de alarma.

Entró. De pequeñas nunca habíamos visitado aquella casa. Pensábamos en ella como suelen hacerlo los niños de sus profesores en la escuela, convencidos de que al salir de la biblioteca dejaba de existir como por un guiño y volvía a hacerse presente como una imagen de la televisión cuando la veíamos en la iglesia, o cuando volvíamos a buscar más libros.

Dentro hacía calor y reinaba la penumbra. La señora Landrige estaba sentada en un sofá abigarrado, tan relleno y rollizo como delicada y esbelta era ella. Tenía los pies subidos en un puf y un andador al alcance de la mano. De las barras metálicas de la parte delantera pendía una cesta de mimbre para bicicleta, festoneada con flores de plástico, en cuyo interior Bean alcanzó a ver un periódico limpiamente plegado.

—Bianca —dijo la señora Landrige—. Estoy muy feliz de que hayas venido. Me perdonarás que no me levante.

Le dedicó una leve sonrisa, con las mejillas como manzanas mustias.

—¿Cómo está? —preguntó Bean.

La señora Landrige llevaba un vestido, como siempre, pero había renunciado a las medias y llevaba zapatillas. Tenía el pelo recogido y se había puesto un carmín que revelaba las arrugas de los labios. La anciana sacudió una mano en el aire.

—Vieja —dijo—. Ve a la cocina y tráenos un poco de limonada. También hay galletas por ahí. Las ha traído el doctor Crandall, o sea que no te garantizo que no estén envenenadas, pero las probaremos.

Tal como se le pedía, Bean retrocedió por el pasillo y entró en la cocina. No había platos sucios en el fregadero, pero sí algunos vasos y platos limpios en la encimera, junto con algunos víveres. Encima de la puerta, un reloj de cuco emitía un nervioso tictac, en espera de su gran momento. Bean sacó una jarra de cristal de la puerta de la nevera y sirvió dos vasos, quitó el envoltorio de la bandeja de galletas y lo llevó todo hasta la sala.

—Gracias. Te voy a decir una cosa: esta prótesis de cadera es como un grano en el culo —dijo la señora Landrige.

Bean, impresionada por aquella forma de hablar, se rio sorprendida.

—O un grano en la cadera —dijo.

—También. Ven, deja todo eso aquí para que pueda alcanzarlo. —Se inclinó hacia delante con una leve mueca de dolor y cogió una galleta y el vaso que le pasaba Bean—. Gracias. Posavasos, por favor —añadió cuando Bean soltaba ya su vaso encima de la mesa, pero la mano salió disparada y lo rescató antes de que las gotas de agua pudieran resbalar hasta la madera—. Bueno —dijo la señora Landrige cuando estuvieron instaladas. Bean estaba sentada al borde de un sillón que amenazaba con tragársela—, supongo que te preguntarás por qué te he hecho venir hoy —dijo, sin el menor rastro de ironía, como si fuera la presidenta y estuviera concediéndole audiencia a un miembro del gobierno.

—Claro —contestó Bean.

Dio un mordisco a una galleta y la volvió a dejar en la mesa con gesto cursi. No tenía veneno. Por desgracia, tampoco tenía ningún sabor.

—No voy a volver a la biblioteca —anunció la señora Landrige. Alzó una mano mostrando la palma, aunque Bean todavía no había objetado—. He decidido que ya es hora de retirarme. Me va a costar meses recuperarme de esta operación y ya no me interesa pasar el tiempo que me quede, que será cada vez menos, detrás de un

mostrador.

—Lo lamento —dijo Bean, dudando cuál era la respuesta correcta—. O me alegro por usted. No estoy del todo segura.

—Un poco de cada, probablemente. Pero no estás aquí por eso. Estás aquí porque quiero que ocupes mi lugar. Serás la nueva bibliotecaria fija de Barnwell.

A Bean casi se le atragantó la limonada. Aquello era una solución provisional, algo temporal. Con perdón por decirlo así, ella no pensaba convertirse en la señora Landrige, cuyo único amor no parecía ser su marido, ya fallecido tiempo atrás, sino aquel pequeño y viejo edificio y todas las maravillas que contenía. Al fin y al cabo, Bean se iba a largar a San Francisco. O a algún otro lugar. ¿No?

—No puedo aceptarlo —dijo.

—Tonterías —contestó la señora Landrige. Bebió un trago de limonada, con su meñique levantado y dejando una leve marca de carmín en el vaso—. Has hecho un magnífico trabajo, todo el mundo lo dice.

Ah, los espías de Barnwell. Entre los locales, al menos, nunca se podía mantener un secreto más tiempo del que tardaban las cajeras del súper de Barnwell en meter tu compra en bolsas.

—Pero es que no tengo la titulación adecuada. Nunca me contratarían.

La señora Landrige se inclinó hacia delante para depositar el vaso, medio lleno todavía, en el centro exacto del posavasos.

—Estas galletas son asquerosas —dijo, en tono sereno, mientras daba otro mordisco—. No te preocupes por la junta. Al final tendrás que sacarte un máster, claro, pero contratarán a quien yo les diga. Y vas a ser tú.

—Pero es que yo no pensaba quedarme —dijo Bean con voz débil.

La señora Landrige frunció los ojos y clavó una mirada larga y dura en Bean. Ella se sintió incómoda y paseó los ojos por la habitación. Sobre la chimenea había una foto de una pareja que salía de Saint Mark después de la boda. La foto era vieja y estaba descolorida; la cara de la novia se veía ya tan blanca como el vestido. ¿Eran la señora Landrige y el misterioso Señor? Quería levantarse y estudiarla, pero la mirada de la señora Landrige la mantuvo en el sillón, clavada como un bicho en aquel expositor de cartón que ella misma había hecho un año para la exhibición de Ciencias de la Coop.

—¿Vuelves a Nueva York? —preguntó al fin la señora Landrige.

—A lo mejor. O tal vez a California.

Pero Barnwell no; el plan no era quedarse allí.

Hubo otra pausa larga.

—No vas a volver a Nueva York —afirmó al fin la señora Landrige—. Puede que al principio necesitaras ir, pero ya no volverás. Lo supe en cuanto entraste de nuevo en la biblioteca. Allí no fuiste feliz y algo te golpeó con tanta fuerza que te obligó a volver a casa. ¿Quieres ir y que te golpeen de nuevo?

Había en su voz un matiz duro que nunca habíamos oído, acostumbradas en



nuestra juventud a la voz suave de la biblioteca. Se deslizó por la piel de Bean, cortante y dura como un filo.

—Fui feliz allí —dijo Bean.

Notó que tenía ganas de llorar. La verdad, cruel y fría, le clavó una mirada despectiva.

—Si hubieras sido feliz no habrías vuelto —concluyó la señora Landrige.

Bean la volvió a mirar y vio que, si bien su voz era aún de piedra, la mirada era suave.

Una lágrima se deslizó y goteó, gruesa y traslúcida, sobre la mano de Bean.

—Entonces, Bianca, ¿qué va a ser? ¿Volverás a un lugar que te hizo daño? ¿O te quedarás en un lugar que te ama para construir tu propia vida?

No hay nada acerca del pan que no sea bonito. Su manera de crecer a partir de unos granos pequeños, de unos cuencos en la encimera, de la levadura que florece en un vaso medidor como un conjunto de islas pantanosas. Su manera de llenar una habitación, una casa, un edificio, con sus olores inimitables en todas las etapas del proceso. Su manera de inflarse, cómo se somete al puño aplicado con firmeza y se contrae para volver a inflarse; cómo se estira y se expande cuando lo amasas, con ese tacto cálido y flexible en la piel. La visión de un panecillo caliente en la mesa; el sabor: dulce, amargo, la levadura en la lengua.

Por la noche, cuando no podíamos dormir, Cordy se levantaba, caminaba arriba y abajo por los pasillos con su camisón («ni el cielo ni la tierra han hallado la paz esta noche»), se metía en la cocina como una sílfide y sacaba los cuencos, el cedazo de la harina, los ingredientes, dejaba la mantequilla en el alféizar de la ventana para que se ablandara mientras ella se ajetreaba. Hacía la masa y la trabajaba al ritmo del sonido de la segunda del reloj, único ruido en la oprimente quietud de la noche. Luego se retiraba a la sala y leía en un sofá hasta que caía dormida y se despertaba en la oscuridad como si el propio pan la hubiera invocado para que volviera a amasarlo y se durmiese de nuevo. Aquel verano parecía que casi cada mañana nos levantamos al olor de la masa que flotaba por toda la casa como un humo invisible.

Hacía pan de cualquier cosa, con cualquier receta y el milagro de la cocina de nuestra madre —en la que los armarios, al abrirse, vomitaban cualquier cosa que se necesitara: pasas, almendras, salvado de trigo, coñac— la mantenía bien provista. Después de cenar nos la encontrábamos en la sala, revisando alguno de los recetarios de la estantería de la despensa, con las páginas llenas de manchas que parecían lunares de nacimiento, costras de harina y churretes de salsa.

Aquella mañana Cordy apareció en el Beanery con una cesta de pan cubierta con trapos de cocina. Aún caliente, qué continental. Tres hogazas, todas con forma de trenza. Cada vez le fascinaba más la apariencia del pan: aprendió a pintar la cobertura de huevo para añadir color, experimentó con las distintas formas de colocarlo en el recipiente para que tuviera la forma exacta, usó moldes de galleta para dar formas a las cortezas. Pero lo que más la atraía era el pan trenzado: aprender a hacer todas las

tiras iguales, a unirlas de manera que quedaran fundidas y sin embargo se mantuvieran independientes al hornearlas. Aquel día había hecho un pan de santa Lucía, glaseado y con la corona pegajosa; uno de chocolate en tiras largas, oscuras como el centeno; y uno hawaiano, dulce y ligero, cuyo secreto eran los copos de patata que se añadían a la masa y las nueces de macadamia trituradas que cubrían cada capa.

Dentro, el Beanery ya tenía un olor intenso de café y al retirar el trapo Cordy inhaló los aromas que, combinados, se retorcían en el aire, entremezclándose como la propia masa.

—Caray, qué bien huele —dijo Dan al salir de su despacho.

Cordy se sobresaltó.

—Me has asustado. Creía que hoy abría Ian.

—Ian —dijo Dan, dando un manotazo al aire—. Por las mañanas no es muy fiable. ¿Los has hecho tú?

—Sí. ¿Quieres un poco?

—¿Estás de cachondeo? Trae acá. —Fue a buscar dos tazas, grandes como cuencos de sopa, y en una metió café y en la otra una bolsa de té a remojar para ella—. ¿De qué son?

Cordy sacó una tabla de cortar, platos, un cuchillo de sierra y fue señalando cada hogaza y poniéndoles nombre.

—He horneado mucho últimamente —dijo—. A lo mejor es el síndrome del nido.

Dan asintió. Habían hablado muy poco desde aquella tarde en la cocina y sus conversaciones se habían vuelto pesadas por lo vacías. Ella le puso un plato delante, con tres rodajas finas, y él fue partiendo un trozo de cada una, permitiendo que el sabor se instalara en su lengua.

—Son increíbles —Dan se dio una palmada en el estómago—. Antes esto era una barriga cervecera —dijo con tristeza—. Ahora solo es una barriga.

—¿Dan? —Él alzó la mirada y sus ojos se entrelazaron. No dijo nada—. Si fui cruel contigo, lo siento. Estaba tan...

—Cordy —dijo Dan con una voz suave y templada—. No pasa nada.

—No, sí que pasa. Es que estaba asustada y salté, y ahora lo siento. Tenías razón. No tengo ningún plan. Solo intentaba... Bueno, sabía lo que diría mi padre y supongo que pensé que me haría menos daño si yo lo decía antes.

—O sea que se lo has dicho.

Cordy asintió.

—Reaccionó como era de esperar. Supongo que irá cambiando de opinión. Sobre todo por mamá. Creo que para ella es importante de una manera extraña... Porque está enferma, ya sabes.

—Sí, el otro día me encontré con Bean en la biblioteca. Hablamos un poco de eso. —Si Cordy lo vio como una traición, no dijo nada—. Bean, tía. ¿Alguna vez se te había ocurrido que Bean acabaría de bibliotecaria?

—Ni en un millón de billones de años —contestó Cordy.

Se sonrieron. Bean hubiera perdonado por completo aquella broma a su costa, pues había servido para reanudar los lazos entre ellos.

—Ya sabes que a mí no me importa, ¿eh?

Alargó un brazo y apoyó una mano en la de Cordy. Cálida, tranquilizadora.

—¿El qué?

—Me refiero al bebé. O sea, así es como yo lo veo. No me crea ningún problema salir con una mujer que tenga un hijo, ¿verdad? Entonces, ¿qué diferencia hay con salir con una mujer que está embarazada?

A Cordy se le ocurrían más o menos un millón nueve diferencias, de hecho. Las hormonas, el sexo, la lactancia, el recordatorio permanente y visible de la presencia de otro hombre en su cuerpo... Pero, por otro lado, no. No había ninguna diferencia.

—¿Sabías que una vez me encoñé con Bean? ¿En la época del cole? —Agitó la cabeza y le cayó un mechón delante de los ojos. Lo retiró de una sacudida—. Durante unos cinco minutos. Creo que fue porque era capaz de beberse hasta el agua de los floreros. Pero ella... Bean es muy bestia, ¿sabes? Pura fuerza de voluntad. Aristas afiladas, podría cortarte si te acercas demasiado. —Hizo una pausa—. Pero tú eres distinta, Cordy. Desde que llegaste al Beanery entendí por completo por qué Bean estaba tan acomplexada contigo.

—¿Conmigo?

Las cejas de Dan dieron un salto.

—Absolutamente. Todo lo que sabía hacer lo hacías mejor tú. Ella lo odiaba. Y la gente adora a Bean, ya lo sabes. Pero no como te quieren a ti. Es como un remolino, capaz de tumbarte porque es demasiado. En cambio tú eres como un meteoro silencioso: entras y dejas un cráter sin intentarlo siquiera. Siempre te miraba caminar por el campus y eras como una princesa de un cuento de hadas. Como si tus pies no tocaran el suelo.

Sonó la campanilla de la puerta de entrada. Dan saltó del taburete. Tenía los pómulos altos y sonrosados y le ardían las orejas. Cordy apenas podía moverse.

—¡Señora O! —dijo Dan, como si la intimidad de aquella conversación no hubiera existido.

Sin embargo, sí había existido y Cordy aún la percibía en el aire, envuelta en torno a ellos como una telaraña, lustrosa, pero sustancial.

—Buenos días, Daniel. Hola, Cordelia. Oooh, ¿son nueces de macadamia? —Señaló el pan.

—Lo ha hecho Cordy. Pruébelo —ofreció Daniel, y miró hacia atrás al tiempo que abría el grifo de una de las urnas metálicas para servirle un café a la mujer en una taza de plástico.

—Desde luego, no debería —dijo la señora O, pero Cordy ya había sacado una pequeña bandeja de plástico y le estaba preparando unas rodajas para que se las llevara—. ¿Así que ahora serás panadera? —preguntó.

—No —dijo Cordy—. Bueno, quizá. ¿Por qué no me dice si le han gustado y luego decidimos?

La señora O'Connell asintió como si siempre hubiera sabido que su opinión sería clave y se alejó hacia la puerta. Siempre acudía a primera hora, pero su llegada significaba que pronto habría más clientes. Incluso en verano había una lenta cadencia por la mañana, cuando los empleados se dirigían a sus trabajos, o cuando algunos de los granjeros retirados se acercaban a tomar un café y comentar el periódico, perdidos sin el ritmo de sus antiguas tareas.

—No lo sabía —dijo Cordy, volviéndose hacia Dan como si no les hubieran interrumpido.

Alargó los brazos hacia él, las manos entraron en contacto, se entrelazaron los dedos y él tiró de ella, la besó con el suave rasguño de su lampiña barba en la barbilla, una mano en el pelo de Cordy, la otra en su cintura y el balón del vientre entre los dos, suave y dispuesto a ceder contra cualquier empuje de él. Y si ella apoyó la espalda en una urna, si el acero caliente le dibujó una línea de quemadura en la espalda, pues bueno. No se dio ni cuenta.

Al volver del laboratorio, Jonathan se encontró a Rose feliz, cocinando en los pequeños fogones de su apartamento, con el aire bien cargado del aroma de las especias.

—¿Sabías que aquí le dan un nombre distinto a los calabacines? *Courgettes*.

Alzó la cabeza para recibir su beso y sonrió al notar la emoción que aún le brindaba su boca. ¿Cuántas veces se habían besado ya? ¿Cientos? ¿Miles? Rose sabía que ninguna relación puede conservar la pasión de la novedad, la energía que recorre un millón de células a la vez al mero contacto de un nuevo amante, pero le daba una gran satisfacción seguir anticipando el contacto de él, no darlo por hecho a la sombra del acomodo.

—Estos ingleses chalados —dijo él. Rodeó con un dedo un mechón suelto que se había rizado por el vapor que salía de una olla en los fogones y luego lo soltó como si fuera un muelle—. ¿Por qué no aprenderán americano?

Rose levantó una cuchara de palo, en una amenaza fingida.

—¿Qué tal tu día? ¿Algún descubrimiento destinado a merecerte el Premio Nobel?

—Todavía no, por desgracia. Será mejor que sigamos con la esperanza de que nos toque la lotería. Estás animada, ¿qué tal el día?

Se sentó en el brazo de un sillón pesado y descolorido, se quitó los zapatos y agitó los dedos de los pies dentro de sus calcetines oscuros.

—Glorioso —explicó Rose—. He subido a la torre Carfax.

—Menuda vista, ¿eh? Ya te dije que esta ciudad es bonita.

—Ha merecido la pena, absolutamente. He estado a punto de no ir. Creía que las escaleras me matarían, pero he subido bastante bien.

—Te falta fe en ti misma —dijo Jonathan. Se acercó a ella con pasos suaves, le

rodeó la cintura con los brazos y le dio un beso en la nuca—. ¿Qué más has hecho?

—Me he colado en una clase de tai-chi en la facultad Magdalen. Y he robado un vaso de esos pequeños de media pinta. Y no me siento culpable.

Jonathan se rio y la apretó contra su cuerpo.

—No te preocupes. Todo el mundo lo hace. Siempre he sabido que había una rebelde escondida en tu interior.

—Me quiero quedar, Jonathan —dijo ella. Bajó el fuego de uno de los quemadores y se zafó de su abrazo para poder encararse a él—. Me resulta fácil ver que esto me encantaría.

Él volvió al brazo del sillón y se sentó en él con los brazos cruzados. Como nuestro padre, era proclive a pensar las cosas con calma, así que dejó hablar a Rose.

—Aquí... Me siento distinta. Como si no fuera yo misma. Más libre.

Jonathan asintió.

—Puede que no dure para siempre. Lo nuevo se vuelve común.

Rose arrugó el ceño y adelantó el labio inferior un instante.

—No creo que sea así, de verdad. O tal vez sí, en cierta medida. Pero hoy he pensado que a lo mejor todo ocurre por alguna razón. A lo mejor la razón de que Cordy y Bean volvieran a casa fue darme un mensaje.

—¿Y cuál crees que es?

—Que no pasa nada por irme. Es como si me hubiera pasado años dibujando un círculo mental con Barnwell en el centro. Nunca me pareció que pudiera ir más allá de sus límites, como si tuviera que haber alguien siempre allí... Bah, es una tontería.

—No, termina.

—Como si yo fuera lo que mantenía unida a la familia y al irme tuviera que desmoronarse. Al haberse ido Cordy y Bean era como si mis padres fueran míos de nuevo, como si mis hermanas no existieran y yo fuese hija única, así que me necesitaban. Pero ahora que han vuelto y que se han encargado de este asunto de mamá... Es como si no me necesitaran y...

—Y eres libre para irte —Jonathan terminó por ella.

—Y tal vez debería hacerlo. A lo mejor todas esas cosas que me retenían no eran el problema. A lo mejor eran un síntoma de llevar demasiado tiempo allí. Una señal de que tendría que haberme liberado hace años.

Se volvió hacia los fogones, levantó la tapa de una olla y luego, satisfecha, la apartó del quemador y sacó un vaporizador de verduras en cuya superficie las rodajas perfectas de calabacín se volvían translúcidas por el calor. Cuando se dio la vuelta de nuevo, Jonathan estaba sentado en el sillón con los pies en la mesita del café.

—Supongo que la única cuestión molesta es qué harás mientras estés aquí. No me parece que estés hecha para quedarte mano sobre mano.

Rose se acercó y se sentó frente a él en un sillón tan destartado como el suyo.

—No, a mí tampoco me lo parece. Pero nunca me quedo sin hacer nada. Quizá cuando miraba a mi madre pensando cómo llenaba los días estaba siendo demasiado

estricta. Porque si... —Rose se detuvo antes de pronunciar las palabras que, pese a su poca probabilidad, no nos habíamos atrevido a decir hasta entonces por miedo a tentar al destino—. Porque, si ella no sobrevive, no creo que le quede el deseo de haber dedicado más días al trabajo. Creo que deseará haber pasado más días en el jardín, o leyendo, o paseando con nuestro padre.

Jonathan asintió.

—¿Todavía te preocupa la boda?

—No, preocuparme no. Además, ninguno de los dos quiere un gran montaje, ¿verdad?

Lo miró con la cabeza ladeada.

—No se me ocurre nada que me apetezca menos —contestó Jonathan con una sonrisa.

Qué curioso, pensó ella, que aquel hombre que entregaba tan excelentes trabajos a los que asistían a sus conferencias, que hablaba con tanta soltura frente a su clase, tuviera tan pocas ganas de ser el centro de atención.

—Y yo no tendré que llevar uno de esos vestidos horribles —se rio ella, llevándose el dorso de la mano a la frente en un drama fingido—. No necesitamos un gran montaje en Barnwell. Al final estaremos casados de cualquier modo y eso es lo único que importa, ¿verdad?

—¿Lo ves? Todo fantástico —corroboró él—. Y ahora ven aquí, moza, y dame un beso.

Rose se levantó de su sillón y se sentó con delicadeza en el regazo de Jonathan, pero entonces él la rodeó con sus brazos y la acercó más y la tensión que ella había acumulado se disolvió en una carcajada. ¿Nos habíamos preguntado qué era lo que tanto le gustaba a Rose de él y viceversa? Tal vez esto: él tenía la habilidad singular de derribar las defensas que ella construía cuidadosamente con ladrillos, así que se complementaban de un modo que conformaba el secreto de su amor.

Esa noche, mientras permanecían tumbados juntos en la cama, ella contempló la sombra de la luna a medida que se iba desplazando sobre el edredón. Era, como dicen los poetas, la misma luna que brillaba aquí para nosotras.

Bueno, estaba allí. Y podía seguir existiendo en la oscuridad de su miedo o podía prestar cariño y persuasión a la semilla de esperanza que habitaba en su interior. Y Rose, con toda la decidida fiereza que nos había provocado tanto orgullo cuando se abría paso a hachazos en las batallas académicas, escogió la esperanza. Había cambiado el amplio cielo del medio oeste por el azul y gris de Inglaterra, pero el lugar no importaba. Solo importaba que se alejara un paso de la seguridad y que confiara en que iba a remontar el vuelo.

La carta parecía pesar en las manos de Bean. Le dio la vuelta, comprobó el sello del sobre, volvió a girarla. Había incluido un talón y una nota: qué agonía escoger las palabras de aquella breve misiva.

«Escaso pago para tan gran deuda», tanto en sentido literal como figurado. Había

llegado un talón de la tienda de segunda mano: era más de lo que esperaba, pero menos de lo que necesitaba. Y una animosa nota de la dueña en la que le hacía saber que si tenía algo más por vender podía llevárselo con toda libertad. Solo faltaba. Le había llevado prácticamente todas sus propiedades, la libra de carne en pago de sus pecados. Mirar ahora en el armario era desalentador, las perchas se descolocaban con facilidad al pasar la mano entre las reducidas opciones. Había dejado de fumar, no porque temiera en absoluto por su mortalidad, sino porque así ahorraba un dinero que podría enviar en el siguiente cheque. Pero no pensaba quejarse.

Bean se repasó en el espejo que había encima de la mesa del vestíbulo y se echó la melena sobre los hombros. No sabíamos cuál era su secreto para mantenerlo tan dulcemente liso bajo aquella humedad que todo lo rizaba. A lo mejor sacrificaba animales. Repasó su apariencia con mirada crítica y se echó el bolso al hombro. Con aquel talón casi había vaciado su cuenta bancaria. No es que necesitara el dinero; hacía siglos que no gastaba nada. El secreto de la riqueza: vivir con tus padres a los treinta años. Ese pensamiento le dejó un sabor amargo y metálico en la boca.

—«Y entonces, ¿a trabajar?» —preguntó nuestro padre, saliendo de la cocina. Iba de uniforme: camisa de manga corta, pantalones informales.

Es lo que había llevado desde tiempos inmemoriales, fuera o no a la oficina, y es lo que llevaría hasta el fin de los días.

—Primero pasaré por la oficina de correos —contestó Bean.

—Iré andando contigo —dijo nuestro padre—. Un momento.

Bean suspiró. La carta le pesaba cada vez más en el bolso. Solo era una carta a unos amigos de la ciudad. Solo una nota para decir «hola, no me denunciéis, ahí va un poco de dinero. Conseguiré el resto en cuanto pueda». Ya sabéis, lo típico.

Oyó sus pasos en la escalera y salieron juntos por la puerta, anunciados por los muelles de la mosquitera. Fuera, los aspersores silbaron en la hierba del patio del vecino. Bean oyó a unos críos que jugaban a béisbol, el golpetazo del bate y sus gritos al correr. Entretejido con todo eso, el zumbido de los insectos y el pacífico saludo matinal de los pájaros. Los sonidos del hogar.

—Dicen que te estás planteando aceptar la oferta de la señora Landrige —dijo nuestro padre sin preámbulos.

Se metió las manos en los bolsillos y caminó con pasos lentos, acompasados a los de Bean. ¿Siempre se había movido tan despacio, o era la evolución de la edad? «La sexta edad nos trae al flaco payaso en zapatillas, lentes en la nariz y bolso al costado...»

—Me lo estoy pensando —dijo Bean—. Tendría que volver al cole.

Él asintió.

—No es tan difícil.

Aunque las calles estaban en silencio, Bean miró a izquierda y derecha para comprobar el tráfico antes de cruzar la calle. Notaba el creciente calor del pavimento a través de las finas suelas de sus zapatos.

—¿Crees que debería?

Sorprendido, nuestro padre desvió la mirada del suelo y la fijó en ella.

—Siempre estabas tan decidida a largarte de aquí... —dijo—. Confieso que me pregunté por qué volviste.

Levantó una mano para saludar a la señora Wallace, que estaba cuidando su jardín. Ella devolvió el saludo, hundió la espátula en la tierra y soltó un ramo de petunias de boca blanca.

—La verdad es que no quiero hablar de eso —contestó ella—. Ya no me iba bien.

—«La lotería de mi destino me niega el derecho a escoger a voluntad» —dijo—. Porcia.

A veces nos entraba un ansia abrumadora de agarrar a nuestro padre por los hombros y sacudirlo hasta que el significado de sus obtusas citas le cayera de la boca como si fuera un diente suelto.

—Mmm —dijo en cambio.

—Estaría bien tenerte en casa —dijo él—. No tienes que quedarte permanentemente, aunque ha sido de gran ayuda que estuvierais las tres aquí en este momento. ¡Y convertirte en bibliotecaria! No es lo que esperábamos, pero tal vez sea lo mejor. Una ocupación buena y estable. «Sabiedo cuánto amaba yo mis libros, me surtió de volúmenes de mi propia biblioteca...

—... que yo amaba más que mi ducado» —Bean terminó la cita con él.

Nuestro padre sonrió.

—*La tempestad* siempre fue una de tus favoritas.

—La isla perdida. Como *La familia Robinson*.

—Siempre se te ha dado muy bien la gente, Bianca. Podría ser una oportunidad para ti. Aunque me temo que la vida social de Barnwell te parecerá... escasa.

—Supongo que soy demasiado mayor para los chicos guapos de la facultad —caviló ella.

Entraron en Main y pasaron delante del Beanery. Bean llegó a ver la trenza de Cordy, que brincaba de un lado a otro mientras trabajaba detrás de la barra. Algo se marchitó en su interior. ¿En eso nos habíamos convertido? ¿Habíamos heredado el genio de nuestro padre para derrocharlo haciendo de camareras, de académicas peripatéticas y de bibliotecarias? Se suponía que la vida no iba a ser así. Se suponía que iba a ser martinis y campañas publicitarias lustrosas en despachos lustrosos, con hombres lustrosos a su lado. No la estúpida y desaliñada Barnwell, con sus mínimas posibilidades.

—¿Has hablado con el padre Aidan? —preguntó él.

Ella rechinó los dientes. ¿Se habría enterado? Aidan no había dicho nada, ¿no?

—Claro —contestó, fría—. Hemos salido unas cuantas veces.

—No, quiero decir como sacerdote.

Bean se detuvo a mirar el escaparate de la ferretería. Antaño, ciertamente antes de que tuviéramos memoria, había sido una tienda de vestidos, con escaparates



diseñados para exhibir la más fina costura que podía ofrecer Barnwell; la pareja que había comprado el local se había impuesto la deliciosa exigencia de vestir los escaparates como si sus herramientas fueran tan finas como la moda de París. Ahora habían creado un jardín con herramientas y materiales dispuestos como si fueran la vegetación; un ramo de martillos en un jarrón, guantes de trabajo floreciendo en hileras ordenadas, etiquetadas con paquetes de semillas.

—Le pedí que te cuidara —aclaró él.

Bean se dio la vuelta y olvidó el jardín posmoderno.

—¿Qué dices? —Su voz rebotó en la calle vacía y tembló al chocar con los cristales del escaparate—. ¿Qué tengo, cinco años?

Sintió que se le abría la boca mientras su mente hacía mil horas extras para revisar cada momento que había pasado con Aidan a la luz de aquella nueva información. O sea que no había... que él nunca...

—Vaya mierda —dijo.

Nunca había cometido un error de juicio tan atroz como al interpretar su interés por ella. No había habido tal interés. Ninguno. Solo una transferencia psicológica de libro de texto y la pena de un hombre que en realidad no se preocupaba por ella en absoluto, pues solo estaba cumpliendo con su trabajo. Se consumió al imaginar qué pensaría él de ella.

—¿Qué le dijiste?

Histérica, se le quebró la voz.

—No es así, Bianca. Solo que habías vuelto de repente, que parecías herida por alguna razón y que tal vez necesitaras alguien con quien hablar. Alguien que no fuéramos nosotros.

Esto último sonó melancólico, con una sonrisa de triste aceptación dirigida al suelo. Bean se dio la vuelta y se alejó. La vergüenza le pesaba tanto que le dolían los hombros.

Frente a la oficina de correos sacó el sobre del bolso, abrió un buzón, lo soltó y escuchó el susurro del roce entre papeles al caer. El conjunto de sus ganancias en la biblioteca, la venta de aquel coche horrible y todo el brillo artificial de su vida en la ciudad. Pensar que ahora podía volver era una tontería: ya no tenía la ropa necesaria.

Nuestro padre se acercó tras ella y se quedaron un momento mirando la vacía oscuridad de las fauces del buzón.

—En Barnwell no se vive tan mal. Sé que siempre has querido más, pero me pregunto qué es eso que necesitas tanto y que no puedes encontrar aquí. —Ella soltó la tapa de la rendija del buzón y ambos echaron a andar de nuevo—. Fuiste la que empezó a caminar antes, ¿lo sabías? Rose gateó tan bien que le costó siglos decidir que quería caminar y Cordy se contentaba con que la lleváramos a cuestas. Pero tú pasaste directamente de estar tumbada a caminar a toda velocidad. Pienso en eso cada vez que leo *El sueño*... «Mis piernas no siguen el ritmo de mis deseos».

Se estaban acercando a la biblioteca. Nuestro padre, que caminaba por la parte

exterior de la acera, se agachó para pasar bajo un olmo que barría la calle con un brazo lleno de hojas, como si practicara una reverencia.

—Si te sentiste sola en medio de tanta gente, Bianca, no hay nada que perder por dejarlos ir. La pregunta que debes hacer es: ¿qué te va a dar satisfacción? ¿Qué te aportará paz? Y tal vez la respuesta esté en preguntarte cuándo has sido menos feliz. La ciudad, aquel deseo ardiente de libertad que tenías, ¿qué te han dado? «El ruido y la furia, que no significan nada». Tal vez creas que soy un viejo estúpido, ya hecho polvo, pero nosotros escogimos esta vida, tu madre y yo, y nunca lo hemos lamentado. «Me gano lo que como, consigo lo que visto, no debo odio a ningún hombre, ni envidia su felicidad, me alegro del bien que acaece a los demás». No te vamos a retener, Bianca, pero queremos que encuentres la felicidad.

Terminó su discurso del día de San Crispín y se detuvieron ante los amplios escalones de piedra de la biblioteca. Bean se volvió hacia nuestro padre, le apoyó una mano en el brazo y, al darle un beso en la mejilla, notó el cosquilleo de su barba en los labios, tan familiar.

—Gracias, papá —le dijo.

Él asintió, se quedó con las manos en los bolsillos y los hombros echados hacia delante, y la miró hasta que desapareció en el interior. Luego se alejó andando, mirando al cielo, y Bean lo vio partir. Quería odiarlo por haber pedido al padre Aidan que cuidara de ella, por convertirla en objeto de desgracia y no de belleza. Pero, por mucho que le costara aceptarlo, sabía que lo había hecho por amor.

Entonces la golpeó con fuerza una noción: algún día él desaparecería. Sus inescrutables citas, sus cartas por correo, sus modos anticuados, la red protectora con que él y nuestra madre se habían envuelto, todo se evaporaría y nos dejaría solo los recuerdos de su sonrisa pensativa, su distancia y una vida entera de trabajo que hubiera importado sobre todo a un hombre que llevaba cuatro siglos muerto. Dejó que se cerrara la puerta, apoyó la cabeza en el frío cristal y rompió a llorar.

## Veintidós

No había recibido respuesta de Nueva York, pero habían cobrado el talón. Bean no sabía qué había esperado. ¿Un agradecimiento por la devolución de algo que les pertenecía? ¿Una reprimenda por el dinero que seguía debiendo?

Había pensado que si pagaba un primer plazo todo sería más fácil, pero solo había servido para intensificar el disgusto que sentía consigo misma. Por las noches salía a correr. Esperaba hasta que el calor del día refrescase, hasta que empezara a anochecer para así poder trazar ochos entre las farolas y recorrer manzanas junto a las casas a oscuras. De vez en cuando pasaba junto a niños que jugaban en algún patio a perseguir luciérnagas, o al escondite con la ayuda de las sombras de los árboles, y cruzaba a la otra acera. Pasaba gente paseando el perro y Bean saludaba con un meneo de cabeza y respiraba hondo como si fuera una fuerza de la naturaleza, constantemente propulsada hacia delante, incapaz de detenerse para hablar. Corría hasta quedar empapada en sudor, hasta que si se estrujaba la trenza salía un hilillo de líquido frío que le bajaba por la espalda, hasta que sus piernas soltaban gritos a cada paso, y solo entonces daba la vuelta y se iba a casa.

Correr era lo único que le permitía olvidar. En Nueva York siempre había tenido distracciones: gente nueva, lugares nuevos. Era el mejor lugar para esconder cualquier oscuridad interior. En cambio, aquí no tenía escapatoria. Corría y corría, desesperada por poner distancia entre el corazón y la mente, con los recuerdos de Edward, de Lila, de cómo había estado dispuesta a hacer el ridículo de mil maneras distintas por Aidan, que no tenía el menor interés por ella, y a quien apenas había conocido de verdad.

Las lágrimas se mezclaban con el sudor en su rostro. Cada latido era una recriminación, un tam-tam que le recordaba lo que había perdido: su vida en Nueva York, el respeto que sintiera por sí misma, su trabajo, su habilidad para ver el futuro. Ahora no veía nada. Antes le parecía que se abrían un millón de posibilidades ante ella, mil caminos inexplorados que se adentraban en los años venideros; ahora, solo un camino aparecía por delante y a ella le daba terror tomarlo porque significaba que nunca más podría esconderse del hecho de que era terrible y completamente normal.

Una noche, mientras regresaba corriendo a casa, cuando ya sus pies exigían alivio, chocó con Aidan. De toda la gente que podía ver en ese momento, él hubiera sido su última opción.

Estaban a pocas manzanas de la iglesia, hacia donde él se dirigía con las manos en los bolsillos, paseando lentamente por las calles oscuras. Ella le golpeó en el pecho con la cabeza y se torció un tobillo, y él la agarró por los hombros con la intención de sujetarla, pero también de no perder el equilibrio.

—¿Bianca? —preguntó—. ¿Estás bien?

Ella lo miró. Se quedaron quietos, tal como habría propuesto el gran director cinematográfico de nuestras vidas, a la luz de una farola, y ella sabía que tenía la cara inflada de tanto llorar y perlada de sudor. Estaba empapada: la camiseta se le pegaba a la espalda y el sudor le emplastaba los pantalones en los muslos. Su respiración era rápida y rasposa.

—¿Bianca? —volvió a preguntar él.

Ella se dio cuenta de que siempre usaba su nombre completo. Le sonaba extraño oírlo en su boca y pronunciado en el pueblo, donde todo el mundo sabía quién era, todos sabían que solo era Bean Andreas, doña Problemas, con «P» mayúscula.

Alzó la mirada hacia él, hacia el oro de su cabello y la luz de sus ojos, y dijo:

—Necesito confesar algo.

Y luego rompió a llorar y él tiró de ella para acercarla y la abrazó mientras las lágrimas y el sudor le empapaban la camisa y a ella ni siquiera se le ocurrió pensar que, después de tanto tiempo, al fin estaba entre sus brazos.

Y

En nuestra fe, la confesión no es como la versión católica, tan cinemática, con esos pequeños confesionarios y esas celosías. Ni siquiera es obligatoria, pues el servicio semanal ya contiene una penitencia al modo inglés, tan limpio, práctico y terrible. Pero sabemos que, cuando Bean estuvo lista, la única palabra que parecía adecuada era «confesión». Tal vez fuera la lenta suma de pequeños cambios con el tiempo, tal vez la pura desesperación, pero algo estaba cambiando dentro de ella y ahora percibía el millar de ocasiones en que había violado cosas que en realidad le importaban ya no como algo inmoral, sino como un cruel dedo corazón alzado contra todas las cosas buenas que había recibido en el mundo.

Entraron en la rectoría, que parecía la casa de un viejo. Al parecer, el padre Cooke no se había llevado demasiadas cosas al irse a Arizona y Aidan no se había preocupado de redecorar la vivienda. Desapareció en la cocina y volvió a salir con un vaso de agua helada y una bolsa de guisantes congelados para ponérsela en el pie —ella se preguntó si en realidad iba a comérselos algún día o si aquella verdura estaba designada solo para lesiones deportivas—. Se sentaron en la sala.

—¿Qué pasa, Bianca? —preguntó él.

Ella se había bebido el vaso de un trago y, en postura incómoda, sostenía la bolsa contra el tobillo, que ya empezaba a hincharse. Se echó a llorar de nuevo. Él se acercó, le tomó una mano y, cuando vio que ella se calmaba, se levantó.

—Enseguida vuelvo —dijo, al tiempo que cogía el vaso vacío.

Volvió con el vaso lleno y una caja de pañuelos de papel en la otra mano. Dejó ambas cosas al lado de Bean y ella sacó un pañuelo y se sonó sin la menor elegancia.

—Tómame tu tiempo —dijo él—. No tengo prisa.

Acercó su silla a la de Bean, de modo que quedaron cara a cara, y asintió meneando la cabeza.

Ella esperó un momento, mientras se esforzaba por acompasar la respiración después del llanto y trataba de recuperar la compostura.

—Soy una ladrona —soltó por fin—. Soy una ladrona, una mentirosa y una puta, y no merezco nada bueno.

—Bean —dijo él. Ahora ella estaba llorando a mares y no podía mirarlo—. Bean —repitió. Le apoyó una mano en el brazo—. No eres nada de eso. Eres humana. Eres falible. Cometes errores. Y, cuando cometemos errores, nos arrepentimos. Y cuando nos arrepentimos, se nos puede perdonar todo.

—Todo —susurró ella, y era un eco, no una pregunta. Tenía la voz tomada y respiró como si se estuviera riendo, cuatro largas y temblorosas inhalaciones—. Me despidieron —explicó—. Me despidieron porque robaba dinero en el trabajo.

Le contó toda la historia. Lloró, desvió la mirada, volvió a llorar. Sostenía el vaso en el regazo y bebía un trago cuando se le secaba la boca de tanto hablar. Él no dijo nada; se dedicó a escuchar, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en los muslos, sin apartar la mirada de ella. Bean no podía sostenérsela más que unos pocos segundos. Le contó más que a nosotros; le habló de los hombres a los que había seducido, de las mentiras que había dicho, a sí misma y a los demás, de cómo veía las luces del futuro pestañear delante de ella como velas que se extinguían al final del servicio. Le habló del doctor Manning, de cómo había caído en sus brazos porque así amortiguaba el dolor de los recuerdos, de lo cómodo que le había resultado olvidar a su esposa e hijos, aparte de ignorar el hecho de que algo destinado a ser placentero cada vez parecía más y más doloroso. Hasta le contó que había deseado que él se enamorase de ella, convencida de que su bondad compensaría la oscuridad que ella tenía, y él no la juzgó por nada de lo que le estaba contando. A ella ya no le importaba impresionarlo; solo quería librarse de aquel dolor en el pecho.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

Bean había terminado y estaba recostada en el asiento. La bolsa de guisantes sudaba encima de la mesa y la voz de Bean sonaba ronca de tanto hablar.

Ella apartó la vista hacia una distancia media y miró vagamente el avance de las manecillas del reloj de la chimenea.

—Ahora no sé. Ahora, solo intento no hundirme en este pantano.

—¿La deuda económica?

—La estoy pagando. Poco a poco, claro, pero no creo que les importara el dinero. Creo que solo querían librarse de mí.

Cogió un pañuelo y se sonó con fuerza.

—¿Y los hombres?

—¿Qué hombres? Desde que volví a casa solo me he acostado con uno, y ya se ha acabado. Se acabó antes de empezar. No puedo retirar lo que está hecho, pero solo he

hecho daño a una persona que sufriría aún más si lo supiera. Además, no es probable que vuelva a ocurrir. Tú eres el único hombre disponible en Barnwell que no duerme con mi hermana pequeña y... Bueno...

No necesitaba terminar la frase.

—No me refiero al potencial. Me refiero a lo que pasará cuando vuelvas a enfrentarte a la tentación.

Bean lo miró con descaro.

—No me voy a convertir en una virgen conversa.

Aidan se echó a reír y se recostó en el sillón para quedar en la misma postura que ella.

—No quiero decir eso. Se supone que debo decirte que el sexo prematrimonial está estrictamente prohibido, pero puedo manejarlo al mismo tiempo en el nivel de lo prescriptivo y en el de lo probable. Sin embargo, lo que me preocupa es el significado de todas estas cosas. Los robos, la promiscuidad, las mentiras. —Ay, cómo dolía oírle decir esas palabras aplicadas a ella—. Todo eso forma parte de un patrón mayor. ¿Cuál es el patrón, Bean?

—¿Que soy una idiota?

Él no dijo nada. Ella lo miró y luego desvió la mirada. Bean tenía los ojos rojos e irritados y sentía un cansancio que le llegaba hasta los huesos. Le latía el tobillo y le dolía el estómago.

—¿Me puedo tomar otro vaso de agua?

Aidan asintió, cogió el vaso y echó a andar bajo el arco que llevaba al comedor. Bean apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y soltó una larga y lenta exhalación. Cuando regresó, ella bebió con cuidado un trago del vaso que le había dejado delante. Él siguió sin decir nada, esperándola.

—Rose siempre fue la más lista. Puede hacer lo que sea. Puede ser una cabrona total, para quien todo ha de ser perfecto, pero no importa porque ella es capaz de hacerlo. Tiene un doctorado, tiene el prometido perfecto, sabe hablar en público y comentar todas esas cosas que yo no sería capaz de entender ni en un millón de años y siempre me hace sentir estúpida. Y Cordy... Todo el mundo la quiere. Ya sabes, desaparece por ahí y abandona los estudios y vive como una mochilera durante años y todo el mundo dice: «Oh, qué aventura». Vuelve a casa embarazada sin saber siquiera quién es el padre y Dan se enamora de ella y todo el mundo hace cola para llevarle regalos para la criatura. Es la favorita de todos.

Durante un momento, Aidan parecía perplejo.

—Pero estamos hablando de ti. No hablamos de Rose y de Cordy.

—Pero... ¿no lo entiendes? —Bean alzó las manos y se inclinó hacia delante—. Yo no existo. Solo existen Rose y Cordy. Yo soy como uno de esos túmulos que ponen en la calzada, obligo a todos a ir más despacio porque siempre la estoy cagando. Y no soy lista como Rose, ni mona como Cordy, así que no me dan el salvoconducto. Nadie desfila por mí.

Aidan caviló un momento.

—Entonces, si Rose es la lista y Cordy es la mona, ¿qué eres tú?

—Yo no soy nada.

Aidan frunció el ceño. Bean le sostuvo la mirada con beligerancia. Él se recostó de nuevo en el sillón y miró por la ventana, cuya cornisa se adentraba en la oscuridad de la noche, más allá del reflejo de ellos dos. Cuando habló de nuevo, en vez de volver la cabeza lo hizo sin dejar de mirar por la ventana, como si leyera en una bola de cristal.

—Todos nos contamos historias a nosotros mismos. Nos contamos que somos demasiado gordos, o demasiado feos, o demasiado viejos, o demasiado tontos. Nos contamos esas historias porque nos permiten excusar nuestras acciones y nos permiten pasar la responsabilidad de lo que hemos hecho... a lo mejor a algo que controlamos pero ajeno en cualquier caso a las decisiones que hemos tomado.

Se inclinó hacia delante y Bean, que estaba mirando hacia otro lado, se sintió impulsada a mirarle a los ojos.

—Tu historia, Bean, es la historia de tus hermanas. Y ya va siendo hora, creo, de que dejes de contarte esa historia en particular y cuentes la tuya. Deja de definirte en función de ellas. No tienes por qué limitarte a vivir en los espacios que ellas dejen libres. Hay momentos de la vida en los que hemos de darnos cuenta de que nuestro pasado es exactamente lo que es y ya no podemos cambiarlo. Pero cambiamos la historia que nos contamos para explicarlo y, al hacerlo, podemos cambiar el futuro.

En el sofá, Bean apretó las manos sobre el regazo y empezó a llorar de nuevo.

—No hubieras pedido hablar conmigo esta noche si no fuera porque querías cambiar tu historia, Bean. Entonces, ¿qué será?

Mostró las manos con las palmas hacia arriba.

Pasó mucho rato hasta que ella las tomó entre las suyas.

Cuando nuestra madre volvió del hospital a casa, la metimos de inmediato en la cama. Le cambiamos las vendas compresivas, le dimos masajes en los brazos y en las piernas, le ayudamos a hacer los ejercicios que nos habían mandado. Pasó por la radiación, la medicación fue disminuyendo, pero no pudimos hacer lo suficiente para intentar siquiera compensar el hecho de que habíamos estado tan centradas en nosotras mismas que casi la perdemos.

Al cabo de una o dos semanas de cuidados exhaustivos, nuestra madre se hartó. Un día se levantó de la cama, hizo los ejercicios de fisioterapia sola, exigió que Cordy la ayudara a ducharse y luego desfiló hacia la cocina, donde empezó a preparar pan con Cordy como si se tratara de un acontecimiento olímpico.

Cordy y nuestra madre habían transformado la cocina en un taller. En todas las superficies disponibles, y hasta en alguna no disponible, había cuencos con masa en espera de que fermentara la levadura, panes puestos a enfriar. El aire acondicionado no podía competir con el calor del horno y el ambiente estancado contenía aromas de levadura y chocolate amargo que se impregnaban en el grueso sudor de nuestra piel y

no desaparecían al movernos.

Por fin nuestra madre había recuperado las papilas y el estómago, y Cordy estaba hambrienta a todas horas. Estaban en pleno éxtasis creativo, haciendo pruebas, muestras, probando combinaciones y recetas, y disfrutando de la premura de los descubrimientos.

Bean iba entrando y saliendo, y se quejaba de que hubieran decidido cebarla, pero aceptaba de buena voluntad las sabrosas y humeantes rebanadas que le pasaban para que las probara. Como en la sala hacía menos calor, se retiró allí y dejó que los olores la tentaran a medio capítulo, cuando se desconcentraba.

Con las manos pegajosas por la masa, Cordy estaba trenzando una hogaza gruesa de pan de jengibre cuando se detuvo y se llevó una mano al vientre, donde dejó una huella de harina en la camiseta.

—Mamá —dijo.

Nuestra madre estaba removiendo el relleno, girando con gestos expertos la muñeca dentro de un cuenco hasta triturar el azúcar y convertirlo en una espuma dulce.

—¿Qué? —preguntó ella sin levantar la mirada.

—¿Crees que seré una buena madre? —preguntó Cordy.

Apretó el pan de jengibre en el molde y comprobó el horno. Sus manos revolotearon de nuevo hacia el vientre.

—Creo que serás una madre excelente.

Nuestra madre volcó el relleno en un pastel *bundt* que descansaba sobre un papel de aluminio y miró cómo goteaba y se derramaba artísticamente por los lados.

—¿No te parece que soy demasiado irresponsable?

Boquiabierta, la mirada ladeada. Nuestra madre posó de nuevo el cuenco y descansó las manos en las caderas.

—Ay, Cordy. Para nosotros es muy difícil, ¿sabes? Para todos nosotros eres nuestra nena. Tu padre y yo... Os miramos, chicas, y no vemos gente adulta. Vemos a las niñas, las noches que hemos pasado despiertos porque teníais cólicos, se os había caído un diente, os habíais pelado la rodilla, todas las tarjetitas hechas a mano... Y contigo supongo que aún es más difícil porque tú eras también un bebé para Rose y para Bean.

Meneó la cabeza, llevó el cuenco al fregadero, donde tintineó al soltarlo y provocó que los platos sucios se recolocaran, como el cieno que se desprende hacia el fondo del estanque.

—Pero tienen razón, ¿no? —Cordy paseó una mirada por la cocina, con los brazos abiertos, indefensa—. Me he pasado la vida cagándola.

—Eso lo diría Rose.

—No seas ridícula. Rose nunca diría «cagándola» —intervino Bean.

Entró y hundió un dedo en el relleno que se había cohesionado sobre el papel de aluminio. Nuestra madre le apartó los dedos de un manotazo indulgente.



—¿Para qué crees que han servido todos estos años, si no es para eso? —preguntó nuestra madre—. No salimos del vientre materno con todos nuestros talentos listos. Van creciendo por las cosas que aprendemos. Y, si no hubieras trabajado en restaurantes, o si no hubieras aprendido a montar una comida con lo primero que encontraras, nunca te habrías convertido en la cocinera que ahora eres.

—«Hay quien nace grande, hay quien alcanza la grandeza, hay quien la recibe por castigo» —citó Bean—. Y algunas no la encontramos ni aunque nos muerda las manos. Pero sobrevivimos.

—Yo no quiero grandeza —dijo Cordy—. Tú eres la que siempre ha querido ser famosa. Yo solo quiero ser feliz.

Nuestra madre no nos había oído. Estaba sentada de lado en una de las sillas de la mesa de la cocina, después de retirar una barra de pan negro que había en el asiento y ponerla a enfriar encima de la nevera. Tenía el índice apoyado en la barbilla. Clásico. Aunque el agotamiento había pasado, seguía débil y tenía la piel pálida y brillante a la vez, como si sufriera una fiebre constante.

—Siempre os he admirado porque tenéis muchos recursos —dijo—. No conocéis el miedo. Bean se fue a Nueva York y se abrió camino en una ciudad que siempre me ha parecido totalmente inhóspita.

—Y tú —dijo Bean, señalando a Cordy con un movimiento de cabeza— has sobrevivido todos estos años prácticamente sin nada, la verdad, más que tus manos y tu cerebro. Yo no hubiera podido.

—Yo tampoco —dijo nuestra madre, meneando la cabeza.

Cordy nunca había considerado que aquellos años fueran un logro. Durante el tiempo en que aún se trataba de algo embriagador y romántico para ella se había creído una especie de pionera antropológica, como si estuviera abriendo caminos y ampliando horizontes cada vez que conocía a alguien nuevo, cada vez que oía una historia, pero nunca había pensado en esa época como un éxito. Y oírsele a Bean aún la sorprendía más.

—Por eso vas a ser una buena madre —dijo Bean, asintiendo como si supiera de qué hablaba—. Porque eres una superviviente, Cordy. Harás lo que haya que hacer.

—Papá no está de acuerdo —dijo Cordy con tristeza.

Nuestra madre apartó ese pensamiento mientras se despejaba un mechón de la frente.

—No tiene que ver contigo, Cordy, de verdad. Ni con tu capacidad. Lo que pasa es que tu padre se preocupa. No quiere que pases dificultades.

—Eso me dijo —explicó Bean—. Dijo que no entendía por qué nos lo poníamos tan difícil. Por qué escogíamos siempre el camino más duro.

—Y terminamos siempre sin hacer nada —añadió Cordy—. Menos Rose.

Nuestra madre negó con un movimiento de cabeza.

—¿Según quién? Sois todas iguales. No sé qué hicimos para que os quedarais con la idea de que has de ser una maestra de tu especialidad antes de los treinta.

Tal vez ella no lo supiera, pero nosotras, desde luego, sí. La idea venía de haber vivido a la sombra de nuestro padre en una comunidad pequeña en la que solo importaba la vida intelectual, en la que la mayor celebridad no venía de las pantallas de cine o de los escenarios teatrales, sino de los atriles, de las notas al pie de los diarios.

—Yo no quiero ser maestra de lo mío —dijo Bean—. Pero sí me gustaría no cagarla del todo.

Esperábamos que nuestra madre regañase a Bean por las palabrotas, pero no lo hizo. Exhibió una sonrisa indulgente y dijo:

—Ah, cariño, cada una la caga a su manera.

Y eso provocó que Cordy se riera con tal fuerza que tuvo que sentarse en el suelo, encima de un montón de harina, lo cual provocó que Bean se riera con tal fuerza que rompió a llorar y solo pudo desear que Rose hubiera estado allí para verlo todo.

## Veintitrés

En la biblioteca, Bean alzó un pesado monitor para colocarlo en la mesa de circulación de ejemplares. Había apartado todas las herramientas de trabajo de la señora Landrige a un lado: almohadillas de tinta para sellos, sellos con numeritos que iban cambiando, lápices pequeños tantas veces afilados que les quedaban escasos centímetros de vida y, oh, papel, papel y papel.

Su primera petición de trabajo tras ser oficialmente nombrada, coronada e instaurada como bibliotecaria pública de la biblioteca de Barnwell (Jefa de Todas las Cosas de la Biblioteca, la llamaba Cordy) había sido informatizar el sistema. Sorprendentemente, los grandes padres del pueblo no solo estaban dispuestos, sino que habían apartado el dinero años antes, en espera de que la señora Landrige, que más bien tendía al ludismo, viera la luz tecnológica. Y eso, por supuesto, no había ocurrido. Así que los fondos habían quedado a disposición y Bean solo tuvo que pedirlos y, quién lo iba a decir, recibirlos.

Acababa de ordenar los cables y salía arrastrándose de debajo del escritorio, sacudiéndose el polvo de las rodillas, cuando se abrió la puerta y entró Aidan.

—Señora bibliotecaria —saludó con un meneo de cabeza.

—Padre Aidan —repuso ella, con un acento irlandés dolorosamente flojo. Él hizo una mueca y le guiñó un ojo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Solo necesito un lugar tranquilo para trabajar —contestó él.

—¿Vagancia sabática?

—No, vagancia de toda la semana que lleva a urgencias sabáticas por ética profesional. Por cierto, ¿te apuntas a un servicio el sábado que viene?

—Sí. ¿Qué vamos a hacer?

—Iremos en coche a Columbus para trabajar en un banco de comida. Apilar latas, repartir raciones. Será glamuroso y seguro que acudirán los mejores paparazis.

—Entonces, ¿cómo voy a negarme? —Bean se atusó el cabello y fingió una pose.

—Te llamaré para organizarlo. ¿Habrá vuelto ya Rose? No nos vendría mal un poco de gente.

—Puede que sí. Pero estoy bastante segura de que cuando vuelva se dedicará casi en exclusiva a hacer las maletas.

Bean se inclinó, apretó una tecla y el ordenador se encendió con un ronroneo.

—Entonces, ¿se va?

—Sí. Qué raro, ¿no? Que ella se largue al mundo de la *jetset* académica y yo quede constreñida a la servidumbre por contrato en Barnwell.

—Inglaterra le sentará bien —dijo Aidan. Se apoyó en el mostrador, sosteniendo los libros y papeles junto a la cadera, con sus largos dedos curvados sobre los lomos

—. Hace demasiado tiempo que tendría que haberse largado de Dodge. Y a ti te sentará bien Barney. Ya verás.

—Claro —dijo Bean, con un brusco golpe de asentimiento.

—Entonces, ¿te veo mañana en la iglesia? —preguntó Aidan.

Se echó hacia atrás de golpe y se fue alejando.

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó Bean.

Él sonrió y, con pasos despreocupados, se dirigió a los cubículos del fondo, donde se instaló a trabajar. Ella contempló cómo caminaba, el cómodo balanceo de sus pasos, el modo en que la camiseta colgaba desde los hombros.

No lo deseaba. ¿Alguna vez lo había deseado? Qué fácil es mirar el amor cuando ya se ha terminado y creer que nunca fue cierto. Pero no había ningún lúgubre residuo de un desastre que lanzara sobre un amor grande de antaño una luz sucia y gris. Lo único que había era el mundo al que Bean había vuelto, el mundo de la verdad y de los hechos y las consecuencias; y, si había en él menos emoción, tampoco había amenazas constantes, ni miedo a que la descubrieran y expusieran. Con esa calma llegó el solemne inventario con que Bean supo qué había soñado y cuál era la realidad.

Aidan no era mágico. Quemada por su propio pecado, incapaz de buscar la absolución en ningún lugar, ella había convertido la atención prestada por el sacerdote en lo único que era capaz de entender. Y ahora sabía que, pese a la petición de nuestro padre, Aidan la tenía por amiga y estaba feliz de contar con ella entre su rebaño y, acaso más increíble todavía, nunca la hacía de menos por todo lo que ella le había contado. En cierto sentido, probablemente él había sabido qué necesitaba Bean y ella lo quería más por eso de lo que jamás hubiera podido quererlo como amante.

Además, en una relación sin sexo se hubiera muerto.

Mientras barajaba un montón de tarjetas de libros pendientes de devolución en actitud ausente, miró por la puerta de entrada hacia el grupo de árboles que había en la acera, donde nuestro padre le había citado una frase de *Como gustéis*: «Me gano lo que como, consigo lo que visto, no debo odio a ningún hombre, ni envidia su felicidad, me alegro del bien que acaece a los demás». Palabras de un pobre pastor, objeto de burla por su simplicidad. Eso era Barney para ella y se había atribuido el papel de payasa, encontrando un pecado donde no había ninguno. Vivir aquí nos había afectado a todas: Rose con su búsqueda infinita de consuelo, como un bebé que le succionara el pecho; Cordy y Bean luchando contra la inercia, convencidas de que el secreto de la vida estaba justo al otro lado de la siguiente colina, más allá de la siguiente fila de taxis echando humo. Pero... ¿adónde nos había llevado el tatuaje impreso por nuestro lugar de nacimiento? Seguíamos siendo las mismas, y Cordy y Bean, que eran las que menos lo habían deseado, habían vuelto a casa para echar raíces en el nido.

Bean se sentó al escritorio y tiró de un largo cajón lleno de tarjetas de archivos para acercarlo. No podía hacer nada para cambiar Barney, y lo sabía. Convertir la

rubia madera de las tarjetas de archivo en un código informático binario era solo cosmética y no alteraría nada del corazón del pueblo, que seguiría arrastrándose «con paso mezquino día tras día hasta la última sílaba del tiempo registrado por escrito», pero ella sí podía cambiar el lugar que ocupaba en él. Podía dejar una marca, pagar sus deudas a los hombres y a Dios y algún día, anclada en aquel lugar, en vez de apisonada por él, tomaría la parte de su identidad que respondía a Barney y la lanzaría al mundo, y esta vez no fallaría.

Tal como había previsto Bean, cuando Rose llegó a casa solo pensaba en volverse a ir. Escasos meses atrás, al mudar sus pertenencias a esa misma casa, se había arrodillado en el suelo y había ido acariciando con los dedos cada una de ellas mientras deshacía las maletas. Ahora le parecían distintas, más pesadas, cada pieza dotada de menos valor que antaño. Necesitaba poca cosa: ropa, notas para los artículos que quería investigar, buenos zapatos para andar (aunque, por supuesto, Rose no tenía zapatos de ninguna otra clase). Era raro que ahora todo le importase tan poco. Rose siempre había sido la peor de las tres en lo que concierne a las propiedades, aunque se lo agradecíamos cuando queríamos mirar los álbumes de recortes que conservaba de los viajes familiares, o las cajas de zapatos llenas de papeles y notas y proyectos artísticos. Ahora era como Cordy, no quería nada que le añadiera peso a la mochila. Al enviar su carta de renuncia, con una redacción artística para transmitir de la manera más dulce posible que la universidad de Columbus podía coger su trabajo y metérselo por donde pudiera, había sentido un alivio repentino del peso que llevaba en la espalda. Nunca tendría que volver a su oficina cutre, a las clases grises y a los alumnos agotados. El letargo que la afectaba desde que pusiera pie en aquel campus no volvería a rodearla nunca más con sus tentáculos y hasta podría, si se atrevía a decirlo así, ser más feliz lejos de aquel lugar.

Cordy estaba tumbada en la cama de Rose, apenas cubierta con la ropa que Rose había descartado y se la había tirado encima al ver que se negaba a apartarse. Siempre estaba igual, nuestra Cordy, siempre quería estar cerca de la acción, mirar cómo nos vestíamos para salir, o seguirnos cuando al fin salíamos. En la adolescencia nos había parecido pesado, pero ahora era reconfortante, aunque Rose se quejó un poco de la molicie de Cordy y de que le estuviera arrugando las prendas que habían quedado desparramadas en torno a ella, o encima de su cuerpo.

—¿Te refieres a las que se van a guardar? —preguntó Cordy, rodando deliberadamente hacia atrás para pasar por encima de una camisa que acababa de deslizarse desde su cadera y aplastarla con aquel culo que no dejaba de crecer.

Ah, las alegrías del metabolismo y del embarazo. Rose sacó de un tirón la prenda de debajo de Cordy y la estiró.

—Sí, a esas. Salvo que te estés ofreciendo a planchármelas todas cuando vuelva.

—No vas a volver —dijo Cordy.

Luego pestañeó como si no hubiera dicho nada.

—No seas ridícula. Volveré por Navidad y luego en agosto, y siempre que mamá

me necesite.

Con un experto giro de muñeca sometió unos pantalones y los enrolló hasta formar un prieto cilindro que quedó apretujado entre la ropa que ya estaba en la maleta. Cogió un abrigo, se fijó en lo largo que era y lo descartó a favor de otro.

—No me refiero a aquí. A Barney.

Rose se detuvo y miró fijamente a Cordy, pues la certeza con que esta hablaba le había provocado un leve escalofrío.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Simplemente lo sé —contestó Cordy. Luego se echó a reír—. «¡Cuídate de los idus de marzo!»

—Es una posibilidad —dijo Rose, sentada al borde de la cama para encajar un par de zapatos—. Pero supongo que al cabo de un tiempo me dará la nostalgia.

—Puede —concedió Cordy. Alargó una mano hacia la mesita de noche de Rose y cogió un bote de loción, apretó para que le cayera un poco en la palma y luego lo frotó—. La verdad es que a mí nunca me dio.

—Tú no eres como yo —dijo Rose.

Cordy la miró como una ardilla curiosa.

—No seas ridícula. Soy exactamente igual que tú. Todas somos exactamente iguales, ¿sabes?

—Claro, del mismo modo que somos exactamente distintas. Muévete —dijo Rose, dándole un empujón en la pierna. Cordy, siempre dispuesta a ayudar, rodó para salirse de una hilera de ropa interior limpiamente enrollada. Rose cogió los bultos y rellenoó con ellos los huecos que quedaban en los laterales de la maleta.

—No, del mismo modo en que somos todas exactamente iguales. Todas queremos lo que tienen mamá y papá. Todas queremos ser la favorita, la más querida, la estrella de nuestra propia película. Y todas queremos llegar a algo mejor que Barney, pero no lo conseguiremos. —Se calló un momento y se quedó mirando el techo mientras pensaba—. Tampoco es que sea tan malo, ya sabes. Barney no está tan mal.

—Hace años que os lo digo —contestó Rose.

—Hace años que nos lo dices porque te daba miedo irte porque creías que te olvidaríamos, o que sobreviviríamos sin ti, y luego... ¿qué sería de ti? Perderías el único papel que tenías.

Cordy devolvió el bote de loción a la mesa y volvió la cabeza para mirar a Rose.

Rose miró fijamente a nuestra hermana menor.

—«Mi oráculo, mi profeta» —dijo al fin.

¿Cuándo diablos se había vuelto tan sabia Cordy?

—Mis años en la carretera me han enseñado muchas cosas, pequeño saltamontes —dijo Cordy, como si Rose hubiera pronunciado en voz alta lo que estaba pensando.

Así son las mentes de las hermanas.

## Epílogo

Por Nochebuena cayó una ligera nevada que empezó por la mañana y duró todo el día, con un susurro de copos que prometían magia e iban cubriendo los árboles con su silenciosa belleza. Nos quedamos dentro de casa tanto rato como pudimos hasta que el rastro de la escarcha en las ventanas y la promesa de la nieve fría en la piel nos hizo salir. Había caído la suficiente para que los críos salieran al monte Wilson. Oíamos sus gritos y alaridos cuando se tiraban en trineo por la suave ladera que, tantos años antes, a nosotras nos pareciera tan alta.

—Vayamos al bosque —propuso Cordy.

Como echó a andar, tuvimos que seguirla. El parto se había adelantado, o simplemente los médicos se habían equivocado (cosa que, según nos aseguró nuestra madre, era posible porque la propia Cordy había nacido un mes más tarde de lo esperado), y ella disfrutaba ya del placer de su movilidad recuperada. Caminaba rápida y ligera sobre la nieve caída y nosotras colocábamos los pies en sus huellas y las íbamos ensanchando.

Faltaba una semana para la boda de Rose y Jonathan, una ceremonia pequeña con recepción pequeña, servicio religioso en Saint Mark y celebración en un restaurante. Celebrar el matrimonio en la facultad de Barnwell le había parecido un error, un retorno innecesario al pasado. Bean había escogido el vestido, de un profundo azul medianoche que resaltaba el brillo de los ojos de Rose y de una intensidad que ponía de relieve su piel cremosa y delicada. Cuando se lo probó, Rose dio vueltas y vueltas delante del espejo, en parte asombrada por su propia belleza, en parte por oír el delicioso roce que emitía a cada giro. Todos los demás estarían celebrando el fin del año viejo, la llegada del nuevo, y nosotras celebraríamos la unión de nuestra hermana con el hombre que le había capturado el corazón en el bosque de Arden.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Bean.

Pasó por encima de un tronco caído; aún se veía el musgo, quemado y marrón, bajo la capa de nieve.

—Qué va —contestó Rose. Sonrió, dientes blancos contra las frías manzanas de sus mejillas—. ¿Verdad que es una tontería? Tendría que estarlo, ¿no?

—No necesariamente. Si estás segura de lo que haces, no.

—Estoy segura —contestó Rose.

A todas nos pareció que se refería a algo más que su relación con Jonathan. Había vuelto de Inglaterra más alta, más orgullosa, perfumada por una fuerza que parecía de aceite esencial. Le habían aceptado un artículo para publicárselo. Después de la boda se iban hacia el oeste de viaje de novios, adonde las montañas ceden el paso al mar, a visitar universidades o facultades que pudieran querer contratarlos a los dos a la

vuelta de Inglaterra. Lo único que cada uno de ellos tenía por seguro era la presencia del otro, y todas veíamos que para nuestra Rose, ahora, era suficiente.

—Oohhh, mirad. Están montando la representación de Navidad —dijo Cordy, señalando hacia la iglesia. En el patio delantero se habían alzado contra el blanco unas balas de heno y un pequeño establo y algunas figuras, envueltas en ropas pesadas, se movían con cajas y tablas en las manos—. ¿Os acordáis de aquella vaca que se murió durante una representación y nadie se dio cuenta?

—Uf, qué deprimente. ¿Tenías que recordárnoslo? —preguntó Rose.

—Sí —contestó Cordy, y se fue trotando hacia la iglesia.

Al pasar vimos al padre Aidan, que estaba en la escalera de la entrada, sacudiéndose la nieve de las botas antes de volver a entrar, y él alzó una mano para saludar.

—¿Os veo esta noche? —dijo.

Desde que Rose tenía memoria siempre habíamos ido a la ceremonia con velas que se celebraba por Nochebuena en Saint Mark. Cuando pensábamos en la iglesia nos la imaginábamos así, rebosante de acebo, las luces casi apagadas, toda llena de rojos exuberantes y de la cremosidad cerosa de las velas mientras nosotras —sí, nosotras también— cantábamos himnos al invierno, al niño Jesús, a la oscuridad y a la luz.

—¡Ya sabe que sí! —exclamó Cordy.

Le apuntó y hizo el gesto de disparar con los dedos. Pum.

—Por Dios, Cordy —se quejó Bean—. Me avergüenzas.

—Me dedico a eso —contestó Cordy, agitando los brazos a ambos lados del cuerpo.

Caminamos de vuelta a casa cruzando el pueblo, tiendas cerradas y oscuras tras los remolinos de nieve. Las anticuadas farolas se habían encendido en honor a la oscuridad del cielo y brillaban el doble gracias a las hileras de luces navideñas enroscadas a los postes.

—Es la época más bonita en Barney —suspiró Rose.

—¿Oxford no es bonito en Navidad? —preguntó Bean.

Las calles estaban vacías, y solo unas pocas huellas leves de pisadas, rápidamente cubiertas por la nieve nueva, demostraban que había pasado alguien por ahí. A lo lejos, el campus central parecía puro e intacto.

—Así, no —contestó Rose—. Es húmeda. Y hay todas esas luces de neón horribles que estropean la imagen por completo.

—Al niño Jesús no le gustaría nada —dijo Cordy con cara de palo.

—¡Qué bruta! —se rio Bean.

—Me encanta que estés aquí —dijo Cordy a Bean—. ¿Te irás luego a casa de Mathew?

Bean había empezado a salir con un padre soltero que vivía unos pueblos más allá. Era mayor que ella y sus hijos se acercaban a la adolescencia, pero era probable



que eso fuera mejor para Bean, quien se sentía bastante más feliz intercambiando maquillajes que cambiando pañales.

—No —contestó—. Vendrá él al servicio de esta noche después de dejar a los críos en casa de su madre.

—Ay, qué bien —dijo Cordy, dando palmadas con los guantes puestos mientras tomábamos la calle de casa—. Será como si estuviera aquí toda la familia. Dan vendrá después de la iglesia. Es un pagano descreído, pero me parece que se apunta a la sidra caliente y al pan de Navidad.

Encaramos la amplia extensión de nieve que cubría el camino de entrada a nuestro patio, nuestro paseo. La casa se veía hermosa, iluminada y brillante, con un reluciente árbol de Navidad en la ventana principal, luces cálidas en todas las demás y Jonathan moviendo sombras tras los cristales.

Dentro, Ariel estaría esperando la hora de mamar. Todos sus rasgos eran la pura imagen de Cordy, de nosotras. Era absolutamente de las nuestras. Nos emocionaba la visión de sus manitas minúsculas e impotentes que se aferraban al aire cuando Cordy se la llevaba al pecho y, cada vez que tomaba aire, nos parecía que las maravillas del mundo se multiplicaban por mil. Quizá la única persona más encaprichada con ella era nuestro padre, que se negaba a perderla de vista, o siquiera a no tenerla en brazos, salvo que estuviera mamando. Si habíamos pensado que Cordy era su favorita, aquella predilección empalidecía ahora ante el amor que sentía por Ariel, y su nacimiento había puesto fin a cualquier conflicto que hubiera entre ellos.

Dentro, nuestra madre, curada y feliz, habría convertido la cocina en un hogar de fuego, caliente y dulce por los aromas de la cena, aportándonos la promesa de su presencia, ese año y siempre.

Dentro, nuestro padre estaría releendo el discurso navideño de *Hamlet*, preparando el brindis que iba a proponer durante la cena:

Dicen que cuando se acerca la estación en que se celebra el nacimiento del Salvador el ave de la aurora canta toda la noche; y entonces, dicen, ningún espíritu se atreve a moverse; las noches son íntegras, no golpean los astros, las hadas no embrujan ni hechizan las brujas, tan santo y gentil es este tiempo.

Dentro, el árbol rodeado de regalos, la gente que amamos. Dentro, nuestras camas, nuestros recuerdos, nuestra historia, nuestros destinos, nuestros azares. Dentro, nosotras tres. Las hermanas fatídicas. Tomadas de la mano.

EXEUNT

## Agradecimientos

Un agradecimiento enorme...

A Amy Einhorn (abeja y mejor amiga para siempre), por encargarse de *Las tres brujas* y por aportar ideas que me dejaron boquiabierta y preguntas que me obligaron a pensar y convirtieron el manuscrito en una novela. A Halli Melnitsky por dar respuesta a todas las preguntas que se me ocurrían y por hacerme reír a lo largo del proceso.

A Ivan Held, Leigh Butler, Lance Fitzgerald, Marilyn Ducksworth, Mih-Ho Cha, Katie Grinch, Michelle Malonzo, Kate Stark, Lydia Hirt, Chris Nelson y el resto del increíble personal de Amy Einhorn Books/Putnam. Vuestro infinito estímulo y vuestra experiencia han sido de un valor incalculable.

A Elizabeth Winick Rubinstein, agente tenaz y mujer elegante, divertida y brillante, una presencia calmada y paciente en medio del huracán y una guía espectacular de Nueva York. Te debo eterna gratitud porque dijiste que sí. A Rebecca Strauss, Alecia Douglas y el equipo de McIntosh & Otis, por vuestro apoyo entusiasta.

A mis primeros lectores: Dyani Galligan, Rebecca Kuhn, Lauren Wilde, Lily McGinley, Jennifer Eckstein Coon, Denice Turner y Francesca H. Redshaw. Gracias por creer en mí.

A las supervivientes de cáncer, los especialistas en oncología y en obstetricia y ginecología que me concedieron tiempo para responder a mis preguntas: Darlene McGinley, Susan Westgate, Linda Ross, Cara Leuchtenberger y Nana Tchabo. Vuestra información fue absolutamente valiosa. Cualquier error que permanezca me corresponde por completo.

A mis padres, Bill y Cathy Brown, por hacer de mí una lectora. Es un regalo que nunca os podré agradecer lo suficiente.

A los maestros que me enseñaron a escribir y me estimularon a hacerlo: Terri Rubin, Ann Scott, Cheryl Wanko y Steve Almond. Y en amorosa memoria de James Andreas, John Kelly y Don Belton, tres profesores cuya pasión y cuyo humor sirvieron de inspiración tanto para mí como para incontables personas. Os echamos de menos y sabemos que haberos conocido fue una bendición.

A los amigos que no he mencionado en ninguna otra parte y que me apoyaron sin desmayo durante la escritura: Michele Delaney, Amanda Holender, Amy y Rob Schoen, Lissette Diez, Tammy Doll, Alan Newton, Nicole Gellar, Jennifer Chaffin, Wayne Alan Brenner, Holly Fults, Jonathan Segura, Marcela Valdes y Hanne Blank. Vuestra presencia en mi vida es una suerte.



ELEANOR BROWN nació y creció cerca de la ciudad de Washington (Estados Unidos) y ha vivido en St. Paul, San Francisco, Philadelphia, South Florida, Oxford, Londres y Brighton. Es la menor de tres hermanas.

Sus escritos han aparecido en antologías y revistas literarias y su primera novela, *Una casa llena de palabras*, llegó a las listas de los más vendidos elaboradas por diferentes medios de comunicación. Actualmente vive en Colorado con su pareja.